LA DEFENSA NACIONAL

Y

LOS PROBLEMAS MILITARES

POR

WASHINGTON PAULLIER

Presidente honorario del Comité de Defensa Nacional
—Vicepresidente de la Asociación Patriótica—Catedrático de Filosofía
en la Universidad de Montevideo—Ex Diputado y miembro
de la Comisión de Guerra y Marina



MONTEVIDEO

Editor: CLAUDIO GARCIA

441—CALLE SARANDÍ—441

1919

LA DEFENSA NACIONAL Y LOS PROBLEMAS MILITARES

LA DEFENSA NACIONAL

Y

LOS PROBLEMAS MILITARES

POR

WASHINGTON PAULLIER

Presidente honorario del Comité de Defensa Nacional —Vicepresidente de la Asociación Patriótica—Catedrático de Filosofía en la Universidad de Montevideo—Ex Diputado y miembro de la Comisión de Guerra y Marina



MONTEVIDEO

—

Editor: CLAUDIO GARCÍA

441— CALLE SARANDÍ — 441

1919

Nº 23.

[illegible]

Imprenta "El Siglo Ilustrado", San José, 938.--Montevideo

DEDICATORIA

Al doctor don Feliciano Viera, al terminar su presidencia.

Dedico esta obra al doctor don Feliciano Viera, porque evidenció en 1915, durante el ejercicio de la primera magistratura, su empeño decidido a favor de la organización de la Defensa Nacional, con un sistema de servicio obligatorio moderado, y las diversas reformas necesarias a esa finalidad; porque, a pesar de todas las dificultades de la política interna y de la crisis mundial, pugnó hasta donde era posible, por la realización de esos ideales, con sinceridad y con firmeza, como un verdadero patriota y un leal amigo del Ejército.

Este libro ha sido demorado en su publicación hasta el presente momento, por la circunstancia de coincidir su dedicatoria con el nombre de un ciudadano que desempeña la presidencia de la República; faltando pocos días para la terminación del mandato, he creído llegada la oportunidad de dedicar este homenaje al doctor Viera.

Wáshington Paullier.

PRÓLOGO

No era necesaria esta nueva obra de Wáshington Paullier, para ratificar su fama de escritor robusto y conceptuoso. Nuestro ambiente intelectual conoce bien a esta joven personalidad, que se ha destacado ya con relieves bien determinados.

Pero, si desde este punto de vista no reclamaba nuestro medio, para consagrarle, un nuevo esfuerzo de su privilegiado intelecto—porque ya era un viejo conocido suyo, mimado por la crítica desapasionada y serena — se imponía que llegara hasta el alma popular uno de los rasgos, el más simpático, a mi juicio, de los que le caracterizan; me refiero a ese amor intenso, sin mezcla de egoísmos, que le llevó a acarrearse tantas antipatías, en homenaje a la grandeza nacional, y que le mostró ilustrado y varonil en la prédica desde la prensa y en la tribuna pública cuando sostenía gallarda y brillantemente la necesidad del servicio militar obligatorio, — verdadera escuela de civismo y de honestidad ciudadana, destinado a mantener el equilibrio político internacional entre nuestro país y los limítrofes y a asegurar el respeto a nuestros derechos y a nuestras libertades.

Yo recuerdo a Paullier, y estoy seguro lo recuerdan también todos los que se habían identificado con su causa, en aquella noche del "Victoria Hall", en que debía exponer, polemizando, frente a una "claque" puesta exprofeso en la sala por nuestros adversarios; yo lo recuerdo sonriente, sin una contracción en su rostro; y

mientras allá arriba rugía el vendaval de la inconsciencia, la voz de Paullier, tonante y hombruna, desafiaba la fiera y plantaba en medio de un tumulto inaudito, en terreno tan poco propicio, la bandera de nuestra causa, a la vez que encendía en muchos corazones la llama de un patriotismo casi agonizante.

Que su prédica era sabia lo prueba este libro, que viene a la publicidad después de recibir su autor el clásico espaldarazo y hecha ya la guardia de las armas; porque este libro es hijo de la reflexión, se ha hecho ahondando en la experiencia y sintiendo estremecerse muchas veces en la punta de la pluma el escozor punzante de la realidad, que vale más que todo lo que se aprende en los libros y hace la bella y santa sabiduría del espíritu.

Leedlo, vosotros, los que concebís la patria y no pensáis en la necesidad de su defensa por medios racionales y científicos; que hacéis caso omiso de las lecciones de la historia o suponéis inútil nuestra preparación militar. Y estoy seguro que después de su lectura opinaréis de muy distinta manera; porque afirmado el concepto de la patria surge de inmediato la necesidad de su defensa; pero no de la defensa puramente espontánea e instintiva, sino de la defensa proficua, preparada por la previsión y por la inteligencia.

Leedlo, vosotros, los discipulos de Pacubio, para quienes la Patria está en todas partes, porque la lleváis en el estómago, y quizá un poco de ese idealismo puro que flota en toda ella haga el milagro de un resurgimiento moral, y os eleve por encima de vuestras miserias basadas en un dolor que, bien analizado, en nada se diferencia de la envidia.

Y leedlo, también, vosotros, los que amáis la patria y la deseáis por eso bella y respetada. El os dirá la manera cómo podremos ser considerados en la comu-

nidad internacional, especialmente en la sudamericana, a pesar de la pequeñez de nuestro territorio y de la exigüidad de nuestros medios materiales, el día en que, elevando nuestra mirada por encima de los egoísmos y de las pequeñas diferencias, la fijemos en las que podríamos calificar de verdaderas causas de nuestro engrandecimiento moral y material, para cuyo fundamento debe existir una sola aspiración de triunfo y una sola palpitación de gloria.

Andrés C. Pacheco.

LIBRO I

Nuestro estado actual

CAPITULO I

Motivos que determinan la publicación de esta obra.—La conciencia nacional ante la seguridad de las fronteras: situación del Uruguay.—Carencia de orientaciones: predominio de anacronismos e intereses subalternos.—Ignorancia de los opositores a la ley de servicio obligatorio.

Después de los sucesos políticos que conmovieron al país como consecuencia de las elecciones de constituyentes, el 30 de Julio de 1916, el esfuerzo más completo y coherente, realizado hasta entonces a favor de la defensa nacional, quedó totalmente paralizado por las preocupaciones de una próxima lucha electoral, por las dudas y las dificultades suscitadas por el recrudecimiento de las pasiones partidarias.

La fatalidad, bajo el aspecto de las disensiones internas, reaparecía una vez más en nuestro escenario.

No sin razón, podría pensarse por aquellos que durante toda su vida vieran renacer la discordia y motivos adversos a todo designio promisor para la verdadera causa de la nacionalidad, que en nuestro país nunca prosperará ninguno de aquellos ideales verdaderamente patrióticos, capaces de darle un puesto importante en lo que se refiere a valores reales, a obras sólidas de índole creadora y positiva, únicas que se cotizan en el

concierto de las naciones, donde nadie posee, más que su verdadero capital de energías, de inteligencia, ilustración, armamentos y riqueza.

Si por la forma profunda como se estudian y se resuelven esos problemas fundamentales existe una considerable diferencia entre los pueblos de Europa y los Estados Unidos, respecto de los países sudamericanos, preciso es convenir en que nuestra tierra forma aún una excepción, agravada en ese sentido, entre los de este continente.

El problema máximo, está relegado a segundo término: subordinado a razones políticas de oportunismo, de interés o cálculo subalterno. *La caza del votante* absorbe la mayor parte de las energías de las agrupaciones y de los hombres que podrían prestar mejores servicios al país. Es un sistema, una tendencia inveterada que ha invadido las clases directivas de la opinión, en una forma que los ciudadanos mejor inspirados, como políticos, como periodistas, como oradores, concluyen, en la mayor parte de los casos, por sufrir la influencia del ambiente, llegando al convencimiento de que, toda idea grande y generosa sólo puede ser realizable si coincide con determinados intereses, que en todos los casos se traducen en una cuestión electoral. Sufren las consecuencias de esa modalidad lo mismo los que pertenecen al partido que gobierna que los del partido del llano: es un mal nacional.

Sin duda, en todos los Estados, el interés de los partidos desempeña un papel importantísimo en la marcha general de la nación. Esto es lógico y universal; pero lo que en casi todas las grandes naciones domina como concepto y norma central, es cierta subordinación o jerarquía para los móviles de la acción, anteponiéndose lo que es vital, como ser, la seguridad de las fronteras, la paz, el honor nacional, a todas las razones partidarias.

Lo mismo en Francia o en Suiza, países republicanos, verdaderos modelos de democracia, que en Alemania, país cesarista primordialmente organizado para la guerra, y que en las monarquías más avanzadas, constitucionales, como Inglaterra u Holanda, las razones de Estado, las concepciones adecuadas a la conservación de la integridad territorial, aún en sus formas remotas, como son las promesas coloniales, a largo plazo, tan costosas en vidas y en numerario, en todo momento cuentan con el mayor caudal de opinión, con la completa dedicación de los hombres de gobierno, con el apoyo, en síntesis, suficiente para resolverse, si es preciso, con el sacrificio de todos los factores e intereses secundarios.

Lo mismo ocurre en Estados Unidos, en Méjico (a pesar de sus desgracias), en Chile, en la República Argentina, en el Brasil y el Perú. En nuestro país ocurre lo contrario: lo inexplicable, tanto más cuanto que, se trata de un pueblo inteligente, viril, de historia gloriosa e impositiva, a pesar de su inferioridad numérica y de su escaso territorio relativamente.

Se trata de un hecho, de una situación innegable. Todo esto lo decimos con dolor, con verdadera tristeza, después de haber meditadó y pensado en la posibilidad de una reacción; después de haber visto naufragar el magnífico esfuerzo realizado en 1915, cuando el doctor Feliciano Viera puso todo el caudal de su buena voluntad, de su sincero amor al Ejército, a favor de nuestros proyectos de defensa nacional y servicio obligatorio moderado.

Mas, es el caso que mientras la desproporción de los medios de defensa comparados con los de los pueblos limítrofes, crece sin cesar; mientras el tiempo pasa, quedando nuestro Ejército y Marina, todos los elementos de defensa en un estado rudimentario, puede

agregarse que la consolidación del espíritu nacional no progresa como para permitir confiar en una reacción capaz de recuperar el tiempo perdido.

Es preciso decir, que no hay artillería, ni usinas, ni municiones; que lo poco que poseemos en materia de explosivos químicos ha rebasado el límite del uso eficaz; que no hay con qué armar ni la décima parte de la Guardia Nacional; que no hay un tipo de caballo de guerra, ni disponibilidad suficiente; que no se pueden preparar oficiales en tres años, y menos tenerlos mal pagos, como hasta hace poco tiempo; que la distribución de las tropas, sembradas en unidades minúsculas, no responde a las exigencias de la defensa, siendo contraria, además, a los principios preconizados, en cuanto se refiere a la eficacia que da la sensación de las masas, derivada de la unidad instruída para el combate. En fin, no hay por qué insistir sobre esta afirmación, que si se quiere demostraremos: EL EJÉRCITO PUEDE MANTENER LA PAZ INTERNA (servicio inmenso que es la base fundamental del orden y la prosperidad); PERO EL EJÉRCITO NO ESTÁ EN CONDICIONES DE DEFENDER LAS FRONTERAS, Y POR LO TANTO LA INDEPENDENCIA DEL PAÍS.

Esta es la verdad.

No menos exacto es que el Ejército vale todavía mucho más de lo que se le podría exigir, de acuerdo con los medios que se le dan; con la forma de reclutamiento sobre todo.

No ya las naciones soberanas, colonias como las francesas y las inglesas podrían servirnos de modelos en materia militar. En cualquier país organizado, desde el Ministerio de la Guerra, hasta los suboficiales, toda la jerarquía militar está representada por hombres de verdadera capacidad intelectual, que hacen un apostolado de su carrera siendo considerados por toda la

nación, con el respeto debido a los primeros entre sus más abnegados y eficaces defensores.

No son éstas ideas prusianas, ni rusas de la autocracia; así es en Francia, en Suiza, en Chile y en la República Argentina.

Lo que pasa en la República Oriental del Uruguay es único. ¿Qué idea se puede tener del Ejército, de los hombres que solemnemente han contraído el compromiso de sacrificarse por la Patria, siempre que sea preciso y se les ordene, si se piensa que la juventud no puede serles confiada para su instrucción; si por el grado se equipara lo mismo un intelectual que un inútil, y hasta por los sueldos que se les asignaban, se les imposibilitó siempre para ocupar en la sociedad el puesto que les corresponde de pleno derecho?

¿Qué se ha pensado hasta ahora de la obra que tantas vidas y sacrificios de todo género costó a las generaciones abnegadas, cuyos heroísmos conquistaron las fronteras y la libertad, que es el más precioso de todos los bienes?

¿Qué puede pensarse de todo eso, si el Ejército lo resume todo, y al frente del Ministerio de la Guerra se han llevado casi invariablemente las más completas nulidades con la única condición de ser dóciles, de ser incapaces de hacer nada por las instituciones militares, y de ni siquiera tratar de ilustrar la opinión de los mandatarios que forzosamente tenían que consultarlos? (1)

---

(1) Debemos destacar como una excepción, en los últimos tiempos, al señor Joaquín Sánchez, que desde el Ministerio de Guerra y Marina acompañó y secundó los trabajos iniciales para la preparación de la defensa nacional, con una ley de conscripción obligatoria, durante la presidencia del doctor Feliciano Viera.

Es profundamente doloroso tener que revelar un estado semejante relacionado con los intereses vitales del país; lo es igualmente herir, sin motivos personales de ninguna clase, susceptibilidades y hombres que sabemos que no nos perdonarán; pero nuestro convencimiento patriótico, de que sólo así puede darse la voz de alarma, con probabilidades de ser oída, llegados al grado de certeza a que hemos arribado, nos dicta un deber imperioso: el de hablar franca y rudamente.

¿Quiénes son los responsables de este estado de cosas? Se podrá pensar que tan sólo los mandatarios en general y el partido que gobierna. Nosotros contestamos: todos. Todos, absolutamente: colorados y blancos; en su inmensa mayoría, hombres que anteponen los resultados de una elección o media docena de posiciones políticas a los grandes intereses pàtrios.

Si los gobernantes, los Ministros de Guerra y Marina, las Comisiones del ramo de ambas Cámaras, no se han preocupado seriamente del problema, no son menos graves las acusaciones a que es acreedor el partido del llano. La representación nacionalista es, puede decirse, *por sistema enemiga del presupuesto de guerra;* siempre lo ha combatido; siempre ha tratado de disminuirlo; siempre ha encarado el problema militar con la misma visión estrecha, circunscrita al interés de bandería. Cuando alguna vez han propuesto el servicio obligatorio, ha sido buscando procedimientos que pudieran favorecer planes políticos de futuro; a su vez, cuando muchos colorados se oponían a nuestros patrióticos esfuerzos, era porque temían la preparación bélica de los nacionalistas.

Tiempo es de que digamos, que los colorados y los nacionalistas, en lo que respecta a nuestros proyectos de organización militar, se equivocaban y se equivocan. No favorecerían ni a blancos ni a colorados;

las fuerzas políticas, como tales, no serían alteradas. Quien ganaría sería el país, y los mismos colorados y blancos como ciudadanos. En vez de 9,000 soldados tendríamos 11,000, con mucho menos gasto, en mejores condiciones, orientales todos, y en forma que permitiría preparar militarmente a todos los ciudadanos; esto en tiempo de paz. En el desgraciado caso de una guerra civil, en vez de masas de milicianos de uno y otro bando, que se combaten irregularmente, habría verdaderos soldados por ambas partes; pero el factor *preparación militar* agregado, lo mismo a unos que a otros, no alteraría el resultado de la lucha. Los revolucionarios, fueran quienes fueran, tendrían siempre en contra la carencia de una organización y elementos que no se improvisan: estado mayor, arsenales, intendencia de guerra y aprovisionamientos, artillería, tren de municiones, ferrocarriles, crédito, puertos, etc. Tendrían siempre, además, las fuerzas legales, a su favor, el ejército activo formado por un núcleo de hombres que penetrados de verdadera conciencia militar, jamás propiciarían aventuras criminales.

En nuestras guerras civiles han chocado dos conjuntos de fuerzas que pueden reducirse a estas dos fórmulas: *a*) Masa revolucionaria, sin preparación militar, contra *b*) Masa legalista, sin preparación militar + núcleo verdaderamente organizado o ejército permanente (con parque, arsenal, artillería, ferrocarril, crédito, etc.).

Pues bien; militarizada la nación, la fórmula *a*) no aumentaría ni disminuiría su eficacia, desde ese desdichado punto de vista revolucionario, que nos vemos obligados a tratar, tan sólo para destruir prejuicios blancos o colorados, y hacer país.

A + preparación militar, y b + preparación militar, se anularían. El ejército permanente, con una base de

más de siete mil *rengagés*, oficiales, y clases, verdaderos *soldados de la patria*, con el material de guerra y las ventajas que dan la posesión de los cuadros, de todos los resortes administrativos y bélicos, siempre decidiría la lucha a favor de la tendencia constitucional, pacífica y legalista.

Existe un aforismo, que es conveniente lo conozcan los ignorantes que, por razones de partidismo, no quieren que el país sea militarizado: *la preparación técnica y el estudio de la guerra en condiciones regulares, no sólo no aumenta sino que disminuye la eficacia de esas mismas tropas, en el caso de practicar una guerra irregular.*

La gran escuela de los jefes y oficiales franceses de Africa y de Oriente, siempre sostuvo, y repetidas veces confirmó, la verdad de esta tesis, a cuyo triunfo se debe la creación del formidable ejército colonial de Francia. Se trata de una situación completamente distinta de la de nuestros compatriotas; pero, de todos modos, lo que surge con claridad, es que aún tratándose de razas distintas y de pueblos conquistados, nunca la militarización puede favorecer la anarquía y los pronunciamientos, sino las mayores garantías de estabilidad para el Poder organizado que representa la Nación.

CAPITULO II

Campaña patriótica y militarista durante la presidencia del doctor Viera. Los proyectos de defensa nacional y servicio obligatorio.—Opinión favorable de la mayoría del país.—Insignificancia de las resistencias socialistas y antimilitaristas.—Factores que detuvieron la sanción de esas leyes. El 30 de julio: análisis de la situación.

Por primera vez, durante el año 1915, fué tratado en nuestro país el problema militar, tal como debe ser encarado. Entendemos en este sentido, el problema de la defensa nacional, abordado en forma coherente y profunda, como una concepción total, que pueda dar por resultado, la preparación defensiva y ofensiva del país mediante la orientación de todos los recursos propios en caso de guerra, de acuerdo con sistemas y planes que representen conclusiones científicas, subordinados a una fuerte idea central. En pocas palabras: un plan *bâti de toutes pièces;* una obra de estado mayor, en el verdadero sentido, que a esa entidad se le concede, en los países donde la preparación militar responde a la divisiones del trabajo y los conocimientos necesarios, para que un pueblo grande o pequeño, esté en condiciones *de sostener una guerra moderna.*

La expresión que usamos y subrayamos, tiene un sentido completamente distinto del que comúnmente se le asigna entre nosotros. "Hacer la guerra" (expresión muy criolla, a pesar del galicismo) para la mayor parte de los habitantes del país, consiste en tomar las armas y usar de ellas, en masas más o menos considerables.

Nuestras guerras civiles; la distancia en el tiempo de las guerras nacionales, cuando todo se improvisaba; y la ignorancia actual de la mayor parte de las personas, sobre esta cuestión, incluso la casi totalidad de los que marcan rumbos al país, han formado una serie de ideas erróneas y de prejuicios, que constituyen el factor más difícil de vencer, toda vez que se trata de encarar científicamente ese problema vital.

No hablemos de la mayoría de los ciudadanos que nunca se han preocupado de esta ni de ninguna otra cuestión de orden general; lo lamentable es la ignorancia supina de la mayor parte de los intelectuales, y aún de los hombres públicos, contando los que a menudo han ocupado el Ministerio de la Guerra.

Hemos podido participar del estado de ánimo propio de ese núcleo de militares conscientes, ilustrados, patriotas, que ven correr tristemente el tiempo, mientras la nación se hunde, dejando pasar las oportunidades favorables ante dos elementos divergentes, que más tarde o más temprano producirán resultados infalibles. Son aquéllos, el progreso de los demás pueblos sudamericanos, en materia militar, y en sentido opuesto, la indiferencia de nuestros gobiernos y de nuestros publicistas, como directores de la opinión pública, ante el problema de la defensa nacional.

En tal estado, capaz de abatir todo espíritu de iniciativa, el amor a la carrera de las armas y hasta la noción del patriotismo, el año 1915 marca una reacción tan favorable como vigorosa.

Debemos declarar en homenaje a la verdad, que el doctor don Feliciano Viera, al iniciarse en el desempeño de la primera magistratura, pensó seria y decididamente en la organización militar del país. Los que tuvimos oportunidad de cambiar ideas y recibir impresiones directas, debemos dejar constancia de la

sinceridad de propósitos, así como de la resolución con que el doctor Viera inició su obra, alentando y abordando sin reticencias, el plan de un servicio obligatorio moderado, conjuntamente con el de la adquisición del material de guerra necesario, reforma de los cuadros, ley de ascensos y otros proyectos complementarios.

Si ese magno propósito no arribó a feliz término, no fué porque hayan faltado ideas definidas y patrióticos anhelos; menos aún porque la mayoría del país los resistiera. No faltaban hombres de buena voluntad; no faltaron exteriorizaciones enérgicas y elocuentes, para prestigiar la obra nacional por excelencia.

Como conclusión de una *enquête* que hicimos en esa oportunidad, resumiendo las opiniones de la prensa, puede afirmarse que la mayoría de la opinión era favorable a nuestro proyecto. Los hombres representativos de ambos partidos tradicionales, adhirieron a esas ideas; el Ejército nos acompañaba por medio de la prestigiosa autoridad de sus más distinguidos técnicos, y la Campaña sobre todo, reacia al contagio de los agitadores socialistas y anarquistas que conjuntamente con criminales de toda especie, arroja a nuestras playas el instinto de defensa social de los pueblos vecinos. La juventud en general, reveló entusiasmos que le hacen honor, y que permiten confiar en el porvenir de la nación. Todo lo más selecto entre nuestros elementos jóvenes, se presentó al Comité de Defensa Nacional, solicitando, anticipadamente a la sanción de la ley, incorporarse a un batallón o a los batallones de voluntarios que se proyectaban, para dar el primer impulso, iniciando ejercicios doctrinales.

El primer nombre era el del doctor Baltasar Brum, cabeza del Ministerio y próximo candidato a la presidencia de la República. Difícilmente una obra tras-

cendental y definitiva para los destinos del Uruguay, podía haberse iniciado bajo mejores auspicios. Dentro de la normalidad, era imposible que el grito de ios manifestantes, que el 1.° de mayo maldicen a la patria en idiomas extraños, unidos a la poltronería y a la indiferencia de algunos sibaritas sin ideales, pudiera paralizar los esfuerzos de la parte más sana, del verdadero pueblo nacional, de las clases dirigentes; de la campaña, sobre todo, allá donde se es más patriota, más amante del terruño, entre la contemplación de la propia tierra y las sugestiones flotantes de la leyenda libertadora y guerrera.

En efecto: no fueron las resistencias populares las que malograron el magnífico impulso patriótico y militar de 1915. Nadie que haya vivido entonces en el país podrá sostenerlo. Resistencias populares, de parte del elemento nacional nunca existieron en proporciones que pudieran influir dentro del régimen democrático. La oposición a las leyes militares radicó casi exclusivamente entre los anarquistas y socialistas, la mayor parte de ellos, infelices víctimas de explotadores, que viven de la promesa terrenal de un Paraíso inmendiato, conquistable sobre las ruinas del régimen social, por medio del piliaje y de una destrucción "bolsheviki", en la mayor parte de los casos, y en otros, víctimas también, de fracasados políticos, burgueses a menudo, que buscan una plataforma sobre los hombros de alguna pobre gente, trabajadora e incauta, pero que a pesar de su escasez, alcanza para formar una mesnada, sucursal de la "Socialdemokratic". Del número de los enemigos de las leyes de defensa nacional, extranjeros en su mayor parte, daban idea los mitines realizados ante la inminencia de la ley de conscripción, comparables por su número, a las famosas manifestaciones que todos los 1.° de mayo, alcanzando penosamente al millar, realiza la "Sociademokratic" criolla.

En cualquiera de los países de Norte o Sud América, la implantación del servicio militar obligatorio ha levantado mayores resistencias que las que suscitó en el Uruguay.

La forma cómo fueron acogidos nuestro proyecto de ley y las declaraciones del Poder Ejecutivo, seguidos de la campaña popular en 1915, es la mejor garantía de éxito futuro, el día que los directores de la política consideren llegado el momento oportuno para la sanción de dicha ley o de otro proyecto análogo.

¿Qué fué lo que detuvo la organización militar del país?

Fueron causas mucho más importantes que la opinión de los Lenine criollos de ínfima capacidad. Fué la crisis política, que con caracteres alarmantes para la misma paz interna se dibujaba en nuestro escenario, al comienzo de la presidencia del doctor Viera.

Desgraciadas coincidencias, venían preparando una reacción compleja contra la situación política imperante. Esta debía producirse bajo apariencias, que en el fondo muy poca relación tenían con las exterioridades. Nos referimos al problema constitucional, y más que nada a la reforma colegialista, que jamás por sí sola, hubiera conmovido a las masas del país, con fuerza suficiente para producir los resultados del 30 de Julio.

Si es exacto que el proyecto de Ejecutivo Colegiado había provocado con anterioridad una división en el seno del Partido Colorado, es evidente que ese solo factor no alcanzaba a producir resultados decisivos; confirmación de ello fueron las elecciones de 1913, en las que los opositores no obtuvieron resultados apreciables en los comicios.

Era lógico que así sucediera, por cuanto descontadas las excelencias o inconvenientes del gobierno colegia-

do, — problema constitucional, de difícil estudio, de índole intelectual y no afectiva, como deben serlo las fuerzas destinadas a conmover a las muchedumbres, los factores que subsistían en juego, tenían que llevar fácilmente al triunfo de la reforma proyectada. Quedaban en presencia, por una parte, tantos elementos intelectuales y conscientes de las ventajas del Colegiado, por lo menos, como pudiera haberlos en el campo adversario, más la inmensa masa del Partido Colorado, que con entusiasmo o sin él, convencida racionalmente o a *vol d'oiseau,* respecto de la reforma constitucional, era partidaria entusiasta de ella, por una asociación de orden sentimental, que como todas las de su índole tenía aquel gigantesco poder de que habla Le Bon en el análisis de los factores decisivos de la Historia.

El Colegiado, para la inmensa mayoría, era Batlle en persona; y Batlle, para los colorados, era el triunfo de 1904; la reconstrucción del país, la abolición de los feudos; la renovación maravillosa de la Cruzada reintegrándonos una vez más, en la posesión de las claves del devenir entre Uruguay y laguna Merim.

Mientras se trató de los viejos diferendos de nuestra política criolla tradicional, la más grande de las fuerzas históricas del Río de la Plata, bastaba y sobraba, aún dividida, para darle a su caudillo civil, el triunfo en la empresa reformista. ¿Pero qué ocurrió? El historiador encontrará aquí una enseñanza preciosa, para las aplicaciones del gobierno dentro de nuestras modalidades localistas.

Simultáneamente con las divisiones de origen político, levantáronse resistencias mucho mayores entre las clases conservadoras, provocadas por las leyes sociales y económicas. Sin analizarlas detenidamente, ni entrar a su defensa, es indudable que más de una vez fueron mal interpretadas, dándoseles a menudo, por

elementos de oposición sistemática, un alcance inquietista que no tenían.

Cuando las leyes son el resultado de exigencias expresadas por la población, aquéllas llegan como un corolario lógico y se implantan sin mayores resistencias. En cambio, toda vez que la sanción legal de un concepto novedoso inicia nuevas modalidades, resulta que la gran mayoría de los ciudadanos se ve obligada a pensar sobre problemas que jamás han atraído su atención, despertándose el temor de que otras cuestiones fundamentales que atañen a los grandes intereses puedan ser convulsionadas de improviso.

Normalmente la actividad política en nuestro país tiende a polarizarse alrededor de las dos grandes tendencias históricas que, en resumen, representan la existencia nacional, desde la independencia. Desgraciadamente queda al margen una parte importantísima de la población, que por incompetencia y voluntario alejamiento, permanece en el ostracismo, en cuanto concierne a las orientaciones superiores.

Refiriéndose a un medio como el de los Estados Unidos, Roosevelt señala el mismo mal, consistente en la torpeza de una clase numerosa y representativa, que vive alejada de la vida política, acordándose de ella, para publicar algún manifiesto innocuo, sólo cuando su propia inercia cívica da por resultado que la evolución legislativa se olvide de sus intereses y necesidades.

Entre nosotros, esa masa inerte en política, el 30 de Julio, se movilizó por un momento, debido a las leyes sociales y económicas, ante las que experimentaron evidente inquietud y recelos.

Tales los hechos indiscutibles, enunciados con toda imparcialidad, sin entrar al análisis de las doctrinas, y menos aún con el propósito de formular cargos en particular contra nadie, ni tratar problemas ajenos al tema de esta obra.

Las leyes militares, el servicio obligatorio, lógico era que debían suscitar algunas resistencias y restar elementos para las elecciones, aunque en muy escaso número.

Por sí solas, esas resistencias, en una situación estable, hubieran sido consideradas *quantité negligeable*. Un partido profunda e históricamente connaturalizado con la causa nacional, como lo ha sido siempre el Partido Colorado, cuya existencia misma se confunde con la de la independencia del país, en condiciones normales, ante una obra gigantesca como era la que iba a emprenderse, no hubiera vacilado en perder para las elecciones un cinco por ciento, o menos, de su capital de votantes. No se planteaba, sin embargo, así la situación. Era una resistencia nueva que a pesar de su insignificancia, venía a sumarse a todos los factores políticos, sociales, económicos, aún religiosos, que la mayoría de nuestro partido debía vencer para salvar el orden, el progreso y la paz, en último término. En una situación tan difícil y anormal los antimilitaristas contaban; eran algo no siendo nada.

Fué así como el proyecto de servicio obligatorio pudo servirle a un Jefe Político, repudiado en su Departamento, para explicar el 30 de Julio, la pérdida de las elecciones bajo su dirección, donde jamás las había perdido el Partido Colorado.

Producidas las elecciones del 30 de Julio, ¿era posible pretender que el doctor Viera pensara en la obra militar, frente ya a las nuevas elecciones de 14 de Enero de 1917? Hubiera sido una insensatez; verdadera ocurrencia bizantina, la de trazar el vasto plan de un programa militar realizable en diez años, cuando todo estaba en tela de juicio, dentro de un período de meses.

¿Qué demuestra esta breve exposición de la forma cómo se desarrollaron los acontecimientos?

Que la masa nacional había acogido favorablemente la preparación defensiva del país; así lo expresaron la *élite* de ambos partidos tradicionales; los hombres de pensamiento, que en definitiva deben resolver esta clase de cuestiones fundamentales para la supervivencia nacional; los jefes y oficiales ilustrados del Ejército; la gran mayoría de los ciudadanos, o sea, los habitantes de la Campaña.

La fórmula sintética de la dirección de un pueblo, como elemento predominante de sus decisiones, como suma cualitativa y cuantitativa, de sabias previsiones y de los deseos populares, resulta del voto de todos sus ciudadanos y de la acción intensiva de los hombres de pensamiento, que en último término concluyen por invertir el orden de los factores, ya que es la *élite*, la que por medio de las fuerzas morales e intelectuales forma generalmente las corrientes de la opinión pública.

CAPITULO III

Acción intensiva y responsabilidad de los hombres de gobierno ante el problema de la defensa nacional.—El ejemplo de los estadistas franceses: Barthou frente a Jaurés.—Freycinet, Ferry, Brisson, Hanotaux, Delcassé.—Estado actual del Uruguay; un juicio de Guillermo Ferrero...—Las corrientes sociales anteriores a la guerra de 1914.—Doble aspecto de las mismas; peligros del espíritu de sistema.—Proceso universal de rectificaciones.—Fracaso y desprestigio del socialismo en Francia.—Los que salvaron la Libertad en La Marne.—Nuestra evolución: dificultad en el transporte de valores.—Análisis de Le Bon sobre la desorganización y los sacrificios debidos al Socialismo. — Ineficacia del progreso ideológico ante la violencia.—Atenas en las guerra del Peloponeso; los *sans culottes* y los comunistas; el dictador Francia y los porteños; los alemanes frente a París (1870-1914).

Nuestro proyecto de ley contaba, pues, con la mayoría del país.

Mas, es el caso de preguntar, si aún cuando no fuera así, un alto e ineludible deber no les impone en el porvenir a los hombres de gobierno, afrontar por un momento la impopularidad; sacrificarse, *perder votos,* pero salvar los destinos de su patria, con la certeza de impedirles a esos mismos que no los comprenden y que los atacan, que un día tengan que sufrir toda clase de humillaciones o hacerse matar miserablemente, sin recursos, sin preparación, bajo el tiro segador que troncha implacablemente vidas por millares, así pertenezcan todas a verdaderos héroes.

Impopular fué la ley de tres años en Francia, cuando esa gran nación era impulsada al abismo por la piara socialista; pero no por eso dejaron de cumplir un deber salvador, los hombres honrados, civiles y militares, que con Barthou a la cabeza, impusieron la ley a duras penas.

Seguramente, es más fácil recoger votos, entre los escombros de una nación, como Jaurés y Mr. Caillaux, que denunciar el peligro y arrostrar el alud de los inconscientes, como Delcassé desde el Ministerio, como Barthou desde el Parlamento o como Thiers, Gambetta y Julio Favre, aceptando todos los sinsabores de la hora patriótica más amarga y los restos de la derrota, con la sola compensación de creer que alguien vería, pero no ellos, perspectivas de revancha, surgidas de la obscuridad de sus esfuerzos anónimos.

Uno de los rasgos más hermosos de la vida política en Francia, resalta de la observación de la conducta de los Ministros de Guerra, Relaciones Exteriores y de las Colonias a través de medio siglo. A pesar del socialismo, y del predominio de los *clichés* pacifistas, no obstante la impopularidad entre cierta masa de votantes, de los grandes presupuestos para el Ejército y de las conquistas en Asia y en Africa, una línea inflexible, ininterrumpida, en la conducta de los Ministros, revela un patriotismo y preocupación por la grandeza de Francia, que les permite caer de las altas posiciones, sin que el que viene deje de proseguir los proyectos fijados, con tanta unidad como pueden haberla tenido los mismos asuntos en Inglaterra, por ejemplo, debido al largo reinado de Victoria.

Basta analizar un vasto período, para ver cómo el patriotismo domina las resoluciones de los estadistas franceses, sacrificando éstos siempre sus posiciones, ante la idea de una patria siempre más extensa y más

fuerte, como si todos rindieran culto invariablemente a los grandes designios seculares de Richelieu y de Colbert.

En 1882 cae el Ministerio Freycinet, antes que cederle el paso a Inglaterra en Egipto. El 83-4 el nuevo Ministerio presidido por Ferry sostiene la expedición del Tonkín y la del general Champennon a la China; rudos combates librados en los desiertos asiáticos, y la herida grave del jefe, general Negrier, derrumban el gabinete.

Sucédele Brisson e inmediatamente orienta sus esfuerzos hacia el ideal de aquella "Francia asiática", así como a Madagascar, "la Francia Indica"; gasta sus mejores energías en esa lucha, triunfando sólo por cuatro votos en el Parlamento; pero la obra continúa habiéndose otorgado los créditos necesarios a esas dos empresas. En 1886, el general Boulanger lucha por el presupuesto de guerra; en 1889, Freycinet, vuelto al Ministerio, sostiene las leyes militares, y unido a Ribot vuelve al terreno peligroso de los avances coloniales, abordando la posesión de Madagascar y querellando a Inglaterra por Zanzíbar.

Hanotaux no vacila ante las cuestiones más arduas, con tal de asegurarle a su país los inmensos dominios del Sudán y de Guinea. Cae, pero le sigue Delcassé, que llega al borde de la guerra, con tal de llevar la bandera tricolor por el Ubanghi, casi hasta el Nilo! Hay en todo esto verdadera grandeza. Hay supremacía del ideal sobre todo interés personal, y cuando un pueblo tiene tales hombres y la clarividencia de confiarles sus destinos, todo es posible, hasta el "milagro" de la Marne, con el coronamiento completo de la Revancha sobre Alemania.

¿Por qué? Porque la fuerza material de todos los enemigos de esa nación, no pudo romper nunca la

unidad invencible de los espíritus alucinados por la exaltación patriótica, de los que formaron la cadena civil, desde Thiers y Gambetta a Poincaré y a Clemenceau, y en las filas del Ejército desde Mac-Mahon hasta Jofre y Foch.

En todas las épocas ha habido períodos desoladores en los que "el espíritu cívico tiende a apagarse; el número de las personas capaces de sufrir y hasta de trabajar, de una manera desinteresada por el bien común, por el porvenir, va en disminución; en los que se prefiere vivir de acuerdo con los poderosos, cerrando los ojos sobre los vicios y los errores en vez de combatirlos; *dejando de existir el interés público, salvo en aquellas cosas que asocian un beneficio personal"*.

Este es el cuadro que traza Guillermo Ferrero, de los romanos, bajo Julio César y Augusto. En realidad, podría lo mismo suponerse que fuera una nota, aplicada a nuestro país, a raíz de su viaje a América, ante la despreocupación desesperante del ambiente, frente a la situación militar y a la seguridad del país, entre las demás naciones.

A ningún hombre sensato puede ocurrírsele discutir la evolución, el progreso y el espíritu de reforma, por consiguiente. Los errores dependen con frecuencia de la aplicación de los anteriores conceptos y de su ejercicio en momentos que pueden no ser adecuados. Demostrado que, tal o cual iniciativa responde a una necesidad progresiva, que condice con la actualidad abstracta llamada, ese tiempo, no puede haber la menor duda, de que una nueva dirección se impone. Todos somos evolucionistas, entusiastas por el progreso, lo mismo en materia política que social; lo mismo en ciencias que en filosofía, y hasta inútil parece tener que expresarlo; pero de esto no se deduce que la aceptación de lo que un sistema pueda traer de conveniente,

implique aceptar todas sus tesis, como suele ocurrir con la mayor parte de los sistemas sociales mencionados. Supongamos que se clasifique la ley de pensiones a los ancianos, como un postulado del Socialismo, (lo que no es exacto, pues la primera proposición de esa índole data de la Revolución francesa). Supongamos, que la aceptamos como tal; hasta ahí no hay el menor inconveniente. La mayor parte de los legisladores, con justicia la acogieron con entusiasmo, a título de ley humanitaria. En cambio, la masa que obedece a un sistema terminado en ismo, extiende la consecuencia a ese y a otros postulados, sosteniendo inflexiblemente, por ejemplo, el sistema de militarización de Jaurés, y rechazando cualquier otro procedimiento, por necesario que sea para las exigencias de la defensa, de acuerdo con las razones técnicas.

No queremos que nuestros conceptos sean disfigurados, y desde ya puntualizamos con toda precisión. Creemos que las reformas sociales prudentes y atinadas, contituyen una necesidad indiscutible, dictada por la evolución. Mas de ahí, ál espíritu de sistema, que paralelamente tiende a la disolución del patriotismo y del Ejército, como se notaba en Francia, donde el movimiento social recibía su impulso de los elementos anarquizantes de la Confederación del Trabajo, existe una inmensa diferencia.

Ahora bien; es del seno de esas agrupaciones instables y cosmopolitas, de difícil definición positiva, pero de invariable impulsión negativa y disolvente, de donde parten las resistencias y los ataques a todo lo que significa idea de patria e institución militar como corolario.

Denunciamos como un peligro, las tituladas corrientes sociales contrarias a la nacionalidad; y las denun-

ciamos sin reticencias, porque es innegable que su progreso se ha operado con menoscabo del desarrollo necesario del Ejército, de la seguridad territorial, de la situación del Uruguay en el concierto de las naciones.

De las inspiraciones humanas y justicieras en Sociología, a las negaciones anárquicas, hay una gran distancia. Justo es conceder y mejorar la existencia de los que padecen; otra cosa muy distinta es aceptar sus extravíos, cuando cifran el mejoramiento en la destrucción de las únicas garantías que hoy por hoy poseemos a favor de nuestra propia libertad.

Progresen en buena hora las legislaciones destinadas a asegurar el bienestar económico, sin pretender por eso hacer tabla rasa con las instituciones que nos han dado y nos asegurarán siempre la independencia.

Todo pueblo debe tener lo que podríamos llamar una buena dosis de sentido práctico nacional.

Hay cierta dificultad en los transportes de valores, entre medios distintos; de ahí que, si bien existen problemas genéricos, toda implantación de los mismos a un ambiente determinado, constituye un problema nuevo.

En ese sentido, lo mismo en materia social que en muchas otras cuestiones, siempre hemos sufrido las consecuencias de nuestra escasa concepción original, agravada por el exceso de prestigio de la bibliografía europea y norteamericana.

No tenemos gran caudal de pensamiento; pero tenemos problemas, y esos sí, son nuestros, aunque no poseamos mayor bagaje teórico para cada una de las soluciones.

Concedamos que todo lo relativo a legislación obrera sea impecable. Lo grave es que el movimiento impreso a los resortes de la vida pública en Francia, por el Partido Radical Socialista y la Federación del Trabajo,

traía aparejada esa doble faz a que hemos hecho referencia, y contra la cual damos la voz de alarma: debilitamiento de la nacionalidad, disolución del alma ancestral y del Ejército.

Felizmente la médula de la vieja Galia habíase defendido admirablemente y se conservaba con todo el vigor incomparable de su historia. La bala-símbolo que le atravesó la cabeza a Jaurés, fué como la expresión instantánea de la conciencia de aquel pueblo heroico y batallador. Era preciso que muriera el utopista criminal, que quiso privar a la cubierta francesa, de doscientos mil soldados, sin los cuales hoy seríamos esclavos de la barbarie y los caprichos de Alemania.

No hay que olvidar que desde la frontera hasta la Marne, los treinta y siete generales destituídos eran, en su mayoría, hechura de la política radical-socialista. No hay que olvidar que también lo era el general que sin abrir los pliegos del Estado Mayor, entregó a Lille, y que el jefe de toda aquella situación, Mr. Caillaux, a duras penas se defiende del presidio...

Son estos, hechos que no admiten réplica. Dan ellos, por lo tanto, fundamento a las reservas necesarias, ante la doble faz de los programas ultramarinos, con caídas al antimilitarismo y a la negación de las fronteras.

Nosotros que evolucionamos, adaptando las grandes manifestaciones de la originalidad europea, principalmente francesa, no podemos cerrar los ojos ante el gigantesco proceso de rectificaciones realizado por aquellos pueblos. El arco demasiado tendido, ha vuelto a su justo medio. Son los patriotas; los que con sencillez muy humana permanecían arraigados a la madre tierra; los soldados vilipendiados y perseguidos por la política socialista, que habían ido en busca de un hori-

zonte de grandezas para su patria, los coloniales "africanistas"; la legión que prefería el trópico y la fiebre antes que la convivencia con la disolución, los que han salvado la Libertad, a Francia y al mundo; los Joffre, Foch, Castelnau, Mangin, Gouraud, D'Esperey, Gallieni, Marchand; los que no transaron jamás con el desorden y los enemigos de su país.

La enseñanza es demasiado severa para no tomarla en cuenta. Cierto *snobismo*, cierto espíritu de imitación y aún alguna ignorancia de la verdadera marcha evolutiva, puede sernos permitida, mientras no se trata del problema capital, del que no nos es dable desentendernos.

Pase que seamos más o menos baudelerianos o verlenianos, en literatura, tiempo después que las escuelas surgidas de aquellos maestros se ha abierto camino en Francia; que se sigan pronunciando logomaquias huecas y sonoras, en el Parlamento, favorecidas con comentarios dignos de Berryer o de los maestros del Timón, en una época científica, precisa, de nociones numéricas y avara de tiempo; y que sigan reinando en nuestra Universidad Mayor y Unica de la República, las enseñanzas spencerianas, con prescindencia y desconocimiento casi general de toda filosofía de lo discontinuo; de las ideas nuevas, de Bergson, de Boutroux, Renouvier, W. James, de la escuela neo-tomista, y otras orientaciones, a pesar de que, hace largo tiempo murió el paciente enciclopedista inglés, después de haber visto declinar en vida sus concepciones de tendencia unitaria y monista. Si tales pequeños anacronismos resultan más o menos disculpables e inocentes, el problema nacional, por excelencia, que se traduce en las cuestiones militares, tiene, en cambio, todas las características de un asunto impositivo e inaplazable.

Cada día tórnase más grave nuestra *noncuranza* en esta materia.

Para permanecer fieles a nuestro programa helénico en Sud América, salvo la diferencia de que los helenos estaban rodeados por bárbaros, y nosotros lo estamos por fronterizos más prácticos dentro de la realidad y más fuertes sobre todo, también hemos pagado un tributo fiel a los sistemas que Gustavo Le Bon sintetiza entre las aplicaciones y consecuencias del Racionalismo; de la Ideología pura, sin contralor, despreocupada de la ley de gravedad, que en el orden moral, al decir de Anatole France, une al hombre a las tradiciones y al viejo suelo.

Admiradores del movimiento político francés, precursor de un desastre, del que fué salvada la nación, gracias a la sólida estructura patriótica y militarista de la vieja Francia, que en la Marne resurgió con su imponencia milenaria, si un conflicto serio en nuestro continente nos hubiera arrancado, como allá, la venda de los ojos, nos habríamos encontrado, nos encontraríamos hoy, en una situación infinitamente más desfavorable. Con veinticuatro cañones en estado de servir, correspondientes a un frente de seis mil hombres; sin municiones, sin fábricas, sin usinas donde componer o refundir una pieza; sin ley de conscripción y, por consiguiente, ciudadanos útiles para la guerra; sin artillería pesada ni fortificaciones, librados a nuestros nueve o diez mil soldados de profesión, abisma pensar lo que sería del país, frente a los quince o veinte años de preparación de nuestros vecinos.

Largos años de discursos bizantinos alrededor de problemas artificiales, a expensas de la institución militar y de la educación moral de un pueblo, en cuanto entidad libre, afirmativa y soberana, entre aves de presa, es un error que sólo se rescata a largo plazo, mediante mucha perseverancia e inteligencia.

He aquí en pocas palabras, como sintetiza Le Bon, el origen de muchos errores, relacionados con la seguridad de las fronteras y la institución armada de su país.

"Toda la política anterior a la guerra fué orientada por las teorías socialistas. A ellas hay que achacar las causas de nuestra desorganización general y las derrotas originadas por la insuficiencia de nuestra preparación militar".

"*En Francia, la teoría socialista sintetizaba principalmente aspiraciones y odios. Aspiraciones hacia el reparto de la riqueza; odios contra la fortuna y la inteligencia. El mejoramiento de la clase trabajadora no ha constituído más que una fórmula de ornato de esos principios*".

Hablando de los mismos programas en su país, — y a propósito de la creencia de que los sistemas creados por la razón puedan regir las estructuras que son el producto complejo de la raza, de las tradiciones, de los sentimientos e inclinaciones naturales, — agrega Le Bon: "El racionalismo que, antes de la guerra, invadió nuestra política, era muy a menudo artificial y servía para cubrir con una capa de altruísmo intereses y apetitos de un orden poco elevado. Agitar la antorcha de la razón y repetir sin tregua fórmulas místicas destinadas a crear la felicidad de los pueblos, había llegado a convertirse en una condición de existencia de los políticos. La competencia les obligaba a esas perpetuas pujas políticas que preceden a las decadencias irremediables".

"Bajo la acción disolvente de los retóricos de la cátedra y del foro, la estabilidad del alma ancestral se disgregaba lentamente".

"La necesidad de una guía espiritual fué, para muchos espíritus, el motivo de los éxitos del socialismo,

teóricamente derivado de la razón y que estuvo a punto de desorganizar a Francia por entero''.

''Esta nueva fe, que en sus comienzos representaba principalmente la doctrina de políticos soñadores, de profesores ambiciosos, de inadaptados impotentes y de creyentes místicos, llegó a ser la religión de un gran número de corazones sensibles, ávidos de esperanza e incapaces, como la mayoría de los hombres, de mantenerse sin una creencia para orientar su vida. Por ello, muchos espíritus poco revolucionarios, sin embargo, pero alucinados por las promesas socialistas, acabaron por dejarse llevar a remolque por los demagogos más peligrosos''.

''Al igual que muchas creencias, que han dominado el alma de las multitudes, el socialismo amenazaba convertirse en generador de esos fanatismos destructores, que no hay dique ni barrera que pueda contener''.

''En ese punto nos hallábamos cuando vino la guerra a disipar nuestros sueños''.

''*Los años que precedieron a la guerra representaban seguramente uno de los períodos menos brillantes de nuestra evolución. Todo el armazón social se desunía visiblemente. Los odios de clase, las persecuciones religiosas, las violencias parlamentarias y las estridencias socialistas parecían males sin remedio*''.

''El ruido de nuestras discordias repercutía en todo el mundo, y no eran sólo los enemigos que hablaban de nuestra decadencia''.

''Los heroísmos y los constantes esfuerzos que la guerra ha puesto de manifiesto, prueban que esta decadencia era superficial. El alma ancestral se conservaba indemne, y el Universo contempla hoy que, a pesar de sus desfallecimientos, Francia sigue siendo la gran nación, digna de su historia''. (''Primeras consecuencias de la Guerra'', 1917. Dr. Gustavo Le Bon).

"Existe un fondo común de pensamiento y de sensibilidad en el cual ha de vivir y procurar su nutrición cada pueblo y cada Epoca".—(Haroldo Hoffding).

En vez de pensar en la divisa de Enrique VIII, fórmula probable de seguridad y grandeza para nuestro pueblo, comprendiendo que, después de asegurada la paz interior, el problema fundamental era garantizar nuestra existencia como nación, hemos decretado la imposibilidad de conflictos entre los estados, y la paz perpetua en Sud América, negando la más ardua de las cuestiones, en vez de solucionarla.

Todos nuestros esfuerzos, durante un largo período de tiempo, han respondido a una declaración solemne: "*Seremos la Grecia americana*", por nuestra legislación extraordinaria, al punto de que cuando estuvo por aquí, dejó asombrado a Clemenceau...

Tan honroso capítulo como podría ser el de la superioridad política y social alcanzada por una legislación, desgraciadamente, no aumenta en lo más mínimo las garantías de existencia, en el caso de agresiones injustificadas, que lo mismo se producen contra los más civilizados que contra los que hayan permanecido en un estado inferior de cultura. Nada más glorioso y simbólico, con arreglo a los multiformes aspectos de la perfección, que Atenas, bajo Pericles, llamada con razón "la Ciudad antigua" por Fustel de Coulanges, en calidad de exponente de una época. Su grandeza espiritual, y aquel anhelo estético que se desarrollaba por sobre todas las manifestaciones de la vida, no evitaron ni disminuyeron la terrible humillación y la ruina que marca el término de la guerra del Peloponeso, seguida del gobierno de los treinta tiranos.

Veintidós siglos más tarde los alemanes no se detuvieron ante la majestad de la ciudad por excelencia de nuestra época, "la flor latina", que bombardearon en

1870, y que hace algunos meses anhelaban alcanzar con el tiro de cañón, como si las superioridades conquistadas por medio de la ciencia, el arte y el espíritu más humano y comprensivo, hubieran sido un incentivo agregado a su barbarie, que parecía excitarse, ante el placer incomprensible de ser más agresivos contra todo lo que implicara elevación y mayores excelencias.

Las superioridades del espíritu, las riquezas naturales o adquiridas, jamás han ejercido la menor influencia en el sentido de detener una agresión, una vez rotos los diques que opone el Derecho y las prácticas de la vida en sociedad. Es precisamente bajo el imperio de tendencias más o menos primitivas que se producen las conquistas — y no es lógico suponer, que sobre tales estados de psicología colectiva ejerzan mayor influencia persuasiva los valores de la civilización. Si algo puede notarse en las luchas entre los hombres y los pueblos, es casi siempre, cierto placer demoníaco de lo inferior, no ya en la victoria, sino en el ensañamiento con lo que es más elevado. El furor de los *sans culottes* se excitaba ante las silentes e inofensivas tumbas de los Merovingios, como en presencia de los magníficos monumentos, las imágenes, las vidrierías y las estatuas del más puro siglo gótico; en nuestros días, — y en un pueblo tan culto como el francés, vemos la misma resurrección, entre los incendiarios de la Comuna, frente a las Tullerías. Si lo inanimado, trasunto del pensamiento profundo o del transporte genial del esteta, despierta en el bárbaro tales sentimientos, su encono pasa todos los límites ante el hombre o la mujer que transparentan la evidencia sabia y paciente del cultivo de los siglos. ¿A qué observador escaparían los rasgos sintomáticos, inconfundibles, de las crónicas de la misma época, cuando se percibe el furor inaudito provocado por la belleza y la elegancia de la princesa

de Lamballe, o cuando se oyen aquellas imborrables palabras: "¡Cuidado con ese hombre que ha escrito libros!" — refiriéndose al sabio Lavoisier?...

Jamás la barbarie se detuvo ante la selección, si los más civilizados no tuvieron armas para defenderla. En esta guerra universal, que no es del siglo pasado, sino bien de nuestros días, los hospitales, los monumentos históricos, iglesias y museos, lo mismo que los edificios destinados a la enseñanza, los laboratorios y las fábricas han sido los blancos preferidos, ávidamente buscados, por el fuego de los cañones alemanes.

No hay ciencia, ni arte, ni legislación, en la que podamos confiar, para que se nos respete, capaz de sustituir la máquina y la educación militar de nuestro pueblo. Las ideas de Krause, de Carlos Marx y de Jaurés no tienen más valor para la defensa de las fronteras, que el de cualquier amuleto gitano contra la peste o el rayo.

Es discutible que poseamos mayores superioridades sobre los demás pueblos de América, como para que se nos conceda nada más de lo que podemos significar cuantitativamente, según la ley democrática de los grandes números, que rigen las soluciones internacionales. Y aunque tengamos algunos títulos morales a cierta consideración, superior al propio peso y volumen nacional, insistimos e insistiremos siempre, afirmando que dichos factores no cuentan para nada, toda vez que se trata de cuestiones de hecho.

Todavía es posible que, si se nos reconociera por los pueblos vecinos alguna superioridad ostensible, ello fuera un motivo más, para que el día que por desgracia tuviéramos una lucha armada, se trataran de poner con más empeño y dureza esas cualidades a los pies del vencedor. Goethe decía que en París era donde estaban "reunidos los primeros cerebros en un mismo es-

pacio"; el historiador Gibbons confesaba su dolor, al no poseer los medios necesarios para vivir y morir en esa ciudad; otro de los grandes pensadores alemanes expresaba: "París es la Jerusalem nueva"; por eso el día de la guerra, el sueño dorado de los alemanes era "quemar a París, barrio por barrio!..."

Las características humanas son más o menos las mismas en todas las latitudes.

El paraguayo Francia, después de burlar y derrotar a Etchevarría y a Belgrano, segregando el Paraguay de la cabeza del Virreinato, se rió siempre de los porteños, a los que llamaba despectivamente "atenienses", calificativo coloreado por el sarcasmo del señor de la selva impenetrable, que sentía no sólo el orgullo de la victoria, sino el de haberle infligido una derrota a los que se preciaban de poseer mayor cultura.

Desgraciados de nosotros si hubiera a nuestro alrededor el convencimiento de que el país fuera una "tierra de promisión", careciendo al mismo tiempo, como carecemos, de toda preparación militar. Felizmente no somos dueños ni de la fertilidad de Cuba ni de las minas del Transvaal, resultándonos ya peligrosa la modesta posesión de una buena línea de costas, puertos naturales, amplios canales y una parte de las aguas platenses, con boyas argentinas.

Las ventajas que poseemos a nuestro favor no son otras que algunas cualidades sólidas, capaces de dar notables resultados, si el país es convenientemente dirigido. Son éstas: la homogeneidad de una raza bastante pura, bajo un clima de latitud media, con ciertas condiciones propias y heredadas, adquiridas mediante la sobriedad y el hábito de la lucha; posición internacional y estratégica del mayor valor entre dos grandes naciones rivales; y un pasado heroico, capaz de prolongar sus consecuencias en el porvenir — todo delimitado y defendido por la formidable línea natural del Uruguay.

Podemos estar satisfechos de nuestro lote, legado de la naturaleza y los esfuerzos de las generaciones anteriores; podemos confiar en nuestro capital potencial, si somos previsores y sabemos utilizarlo; pero pasamos por una crisis gravísima, dado el estado rudimentario de nuestra organización militar, frente a la obra realizada en ese sentido por la República Argentina, Chile, el Brasil, Perú y Bolivia.

CAPÍTULO IV

Dificultades internas para organizar militarmente el país. — Posibilidades nacionales después de 1904.—Los factores constructivos.—Sólo la idea de Patria podrá solucionar nuestras cuestiones internas. — Fracaso del Socialismo y del Antimilitarismo. No nos pueden asegurar la paz en el continente ni en las luchas nacionales.—Supervivencia de los partidos tradicionales: Rivera y Oribe más fuertes que los programas de importación. — Origen e índole militar de los partidos tradicionales. — El programa del porvenir. La paz interior e internacional asegurada por la cultura patriótica y el servicio obligatorio.

Es evidente que nuestras disensiones internas hacían imposible todo plan de organización militar con el concurso total de las energías de que puede disponer el país; pero, en 1904, la voluntad férrea del señor Batlle y Ordóñez, al frente del gobierno, nos había dado, al parecer definitivamente, unidad de acción, predominio fuerte del partido más apto, como para acometer grandes empresas, con la seguridad de la paz interior por largos años. Había sido realizada así la conquista fundamental y previa, para la más grande obra nacional, con vistas al exterior. Obtenido el equilibrio interno, regulado por un elemento preponderante enérgico y bien inspirado, podíamos dirigir nuestros esfuerzos, no ya a la consolidación de la médula, sino más allá, al robustecimiento de las líneas, por demás endebles, que delimitan nuestras jurisdicciones.

¿Cuáles habían sido los factores de ese progreso indiscutible, sólidamente establecido?

La moralidad, la honradez administrativa; el ejército que abolió los feudos, asegurándonos la paz, el orden, el respeto a la ley; el partido colorado, que es la más grande, amplia y humana de nuestras fuerzas internas, además de ser la que encarna históricamente nuestras tradiciones como pueblo heroico e independiente.

Fué, pues, el tradicionalismo colorado y la institución militar, las que salvaron al país en 1914. El señor Batlle y Ordóñez, colorado histórico, hijo de un soldado de la Defensa, verdadero temperamento militar, aunque no vista uniforme, ya que sus características son la energía, la perseverancia y la serenidad ante las dificultades — verdadero *hombre para una retirada difícil,* respondía a las necesidades del momento, siendo su designación perfectamente adecuada para la jefatura del partido y para la dirección simultánea del ejército.

Nunca el país tuvo una oportunidad comparable, después del sometimiento de los revolucionarios, como aquella, para tratar de emprender el único camino capaz de unir a los orientales indisolublemente y para siempre, mediante un impulso formidable, llevado desde la escuela, a la cátedra y a los cuarteles, tendiente a afirmar y exaltar el patriotismo; la fuerza de la unión ante el peligro extraño; la verdadera confraternidad, fundada en el amor a la independencia, a la libertad, a los héroes que murieron sirviéndolas; a las perspectivas de progreso y de grandeza futuros.

Sólo un ideal, sólo una pasión superior, capaz de producir un estado predominante de monoideísmo en un pueblo, puede acallar otros ideales y otras pasiones que no le son comparables.

Sólo el ideal nacional, la idea de la patria, el amor a la independencia, podrán un día solucionar nuestras discordias internas.

Sólo la idea de Patria, podrá sobreponerse a la idea de

partido; sólo las perspectivas de la política internacional, unidas a aquélla, podrán conquistar los espíritus, arrancándolos del círculo vicioso de las pasiones partidarias, en su forma anacrónica y violenta.

Si nuestra organización militar no se ha realizado, al mismo tiempo que debía haberse cumplido una afirmación más enérgica del espíritu nacional, en condiciones similares a la de nuestros vecinos, no debemos buscar el origen del mal en las ideas dominantes en el mundo, ni en los afectos disolventes de una gran corriente migratoria, que no hemos tenido. Nuestra falta de preparación y de evolución centrípeta, de consolidación moral y material, con rasgos cada vez más definidos como nación en el concierto americano, se debe a factores de otra índole.

Profundamente lacerados a través de nuestra historia por las pasiones partidarias y los pronunciamientos, se nos han agregado a los factores propios de lucha de cepa política, nuevos elementos de discusión, de resistencia y desgaste.

En la madre Europa, las ideas de Krause, de Marx, de Bebel, de Jaurés, de Hamón, de Hervé y hasta de Lenine, han demostrado su absoluta ineficacia ante el problema de la paz y la guerra, evidenciando que, tanto sus esfuerzos metódicos orientados en el sentido de la legislación, como sus explosiones revolucionarias, sólo removían las capas etéreas de la ideología, sin ejercer la menor influencia sobre el vasto conjunto de relaciones, que ligan a la especie humana, con todo lo que sustenta la superficie de la tierra. Si en las patrias seculares de las grandes experiencias, ese ha sido el resultado, no hay ninguna razón para suponer que entre los pueblos de América tales fórmulas puedan cobrar virtudes mágicas.

Para convencerse de ello basta considerar nuestro

estado presente y los resultados mínimos que podrían haber dado hace tiempo las ideas pacifistas, antimilitaristas, socialistas, etc., en nuestro medio. No hablemos ya de la transformación de los pueblos sudamericanos, siendo suficiente analizar fríamente nuestras modalidades de origen tradicional, inalteradas en cuanto a la propia estructura y al número de sus prosélitos, a pesar del contacto constante con esos elementos extraños y antagónicos. Si de la invasión de dichos programas pudo pensarse que apasionarían a una parte de nuestros compatriotas, alejando por lo menos el fantasma de la guerra civil, hay que confesar, que el fracaso no ha podido ser más completo. Preciso es convenir, en que Rivera y Oribe, próceres al fin de la Independencia, (aunque no haya lugar a ponerlos en un mismo plano) dentro de nuestro medio, han sido mucho más fuertes que los ídolos más o menos "bolshevikis" empeñados en sustituirlos.

A pesar de éstos, los viejos partidos han continuado imperturbables, con sus tiendas aparte, como las de sus jefes fundadores, cuando mirándose de campo a campo, en la frontera río-grandense decretaron las dos grandes divergentes de nuestra historia política. Lo que no ha podido realizar lo menos, lógico es que no podrá realizar lo más.

Las tendencias que no han tenido fuerza para transformar las modalidades locales de origen tradicional, hasta el punto de que no nos ofrecen la menor garantía de que mañana no pueda reproducirse una contienda civil, encendida por las pasiones partidarias, mal pueden ofrecernos la menor seguridad de que la paz no pueda ser perturbada en el Continente. Sobre la roca compacta de la masa nacional, se deposita en forma esporádica el aluvión de arrastre, cuya misma afinidad por la corriente continua, lo condena a no ejercer la menor influencia.

Una de las grandes virtudes de América, es su inmenso poder de nacionalización. Nuestro país, por su espíritu de libertad y por su hermosa naturaleza, siempre ha tenido intensa influencia de conquista ambiente y voluntaria sobre el extranjero.

El pueblo uruguayo recibe con los brazos abiertos al que viene dispuesto a ser nuestro amigo y nuestro compatriota; pero jamás recibirá bien, ni oirá, ni prosperará el aventurero que no viene dispuesto a ser oriental, sino a decirnos que debemos dejar de ser orientales, contrariando toda nuestra manera de pensar y de sentir, la historia, y hasta lo más tenaz de una psicología inconsciente que, como todo lo que elabora el tiempo pacientemente, sólo es capaz de disolver la lógica y la paciencia del tiempo.

Si nos encanta el libro, la obra de arte y la ciencia de Francia y de los grandes pueblos, es porque el pensamiento, la belleza, la verdad y la ciencia son universales: ahí sí, no pueden haber regionalismos en cuanto a las grandes líneas. Mas, si se nos habla de la negación de la patria y de la negación de los que la defienden, no hay acuerdo posible; porque conocemos patrias, familias y tradiciones con sus cadenas cerradas de héroes y defensores, y si conocemos la Ciencia y el Arte como realidades universales, no conocemos la Patria Universal como realidad, no podemos sentirla, y hasta es dudoso que seamos capaces de pensarla.

Más aún. Pensar es una cosa; otra es sentir. Y ni pensamos, ni sentimos con los predicadores de la nebulosa humanidad.

La impermeabilidad de nuestros partidos a los ideales, que en mayor escala pretenden eliminar toda posibilidad de conflictos entre los Estados, por medio del desarme, prueba lo erróneo de una concepción muy latina, de las épocas de decadencia: creer que las ideas

—y su traducción legislada — la ley, bastan para transformar por sí solas los pueblos; olvidar los factores afectivos, y la preponderancia de ciertos Estados complejos de espíritu, de estratificación profunda, capaces de resistir todos los esfuerzos de la lógica o el ilogismo libresco.

Si queremos elevarnos, sin renunciar a las propias modalidades, se ofrece a nuestra actividad, en sus formas más elevadas, el programa nacional por excelencia. Dediquemos las energías del Partido Colorado y las de todos los hombres de buena voluntad del país a la consolidación de nuestro marco de ciento ochenta mil kilómetros cuadrados; a refundir a todos los orientales en un mismo ideal patriótico, superior a los móviles anárquicos de un doloroso pasado.

Esa era y esa es, la gran obra que debe realizar, y que inmortalizará al Partido Colorado, como iniciador y ejecutor, para arrastrar al fin, al país en masa, y convertirla en la obra de todos.

La agrupación colorada, identificada con la causa de la Independencia, fué siempre un partido militar; el Partido Blanco también lo ha sido, aunque en una forma menos disciplinada, dada su historia casi siempre bélica y revolucionaria. Encauzar esa modalidad viril y enérgica de las dos fracciones en que se divide la República, sustrayéndola de la lucha anárquica para orientarla en un sentido patriótico, a favor de la seguridad y el honor nacional, era y es, la labor más elevada a que debe aspirar nuestra agrupación política. Ella es, por la superioridad de sus elementos, la inclusión en sus filas de los militares más preparados y la conquista obtenida de largo tiempo, de la esfera directriz, la que debe iniciar ese gran esfuerzo, al que concluirán por sentir amor y colaborar con entusiasmo todos los ciudadanos. El Partido Colorado debe con-

tribuir a la realización efectiva de la Defensa Nacional, en toda su extensión, con el servicio obligatorio, aportando de su seno, en los comienzos, el estado mayor político y militar, necesario para la sanción de las leyes, el cuerpo de jefes y oficiales, los servicios técnicos. La nación entera debe dar las masas profundas, hasta que, consolidado un gigantesco espíritu de cuerpo, en el que se confunda ejército y nación, todos olviden las viejas divergencias, suplantadas por la noción del deber y por la dignidad igualitaria que implica el uniforme del soldado.

En este sentido, ¿qué hemos adelantado?, ¿hemos progresado algo siquiera? ¿Hacia dónde se ha dirigido nuestra evolución interna?

Es indudable que no hemos progresado nada absolutamente, en cuanto concierne a la seguridad de las fronteras; menos aún en lo que se refiere a la homogeneidad, al progreso y la unidad del espíritu de la nación. A las viejas divisiones se ha agregado, más o menos artificialmente, la noción marxista, de la lucha de clases, bien que, a pesar de todo, la campaña salva aún al país de esa nueva causa de desgracias que amenazaría partirnos en cuatro pedazos, si no fuera la convivencia, sin conflictos en "ismos", mantenida en la bonancible colaboración y hospitalidad criolla, entre patrones y peones.

En nuestro país la negación de la patria, el antimilitarismo, el desconocimiento y el odio a las virtudes ciudadanas de vieja extirpe, libertadora o colonial, no han penetrado a fondo; se apoyan en el Muelle y en los bajos fondos. Frente a las negaciones del cosmopolitismo aventurero y demoledor, el cuerpo denso de la Campaña y la parte sana de la ciudad, imbuída de patriotismo, de amor al orden y a las formás más puras perpetuadas por la civilización y la his-

toria del Río de la Plata, se afirman sobre los diez y nueve departamentos del país como una garantía y una promesa invencibles. Vale decir que, a pesar de todo, el país sigue siendo patriota, amigo del Ejército, capaz de cualquier sacrificio en homenaje al honor nacional, a la conservación de la libertad, a la seguridad y al respeto de los hogares y de las familias.

LIBRO II

Las utopías pacifistas

CAPITULO V

La conflagración de 1904 no fué demorada un día por las organizaciones socialistas y pacifistas; idéntica impotencia para limitar los armamentos.—Constancia de los determinantes psicológicos y materiales de la lucha armada.—Perspectivas de futuro; Liga de la paz; arbitraje; desarme universal hipotéticamente aceptado. — Ineficacia absoluta de tales medios.—Compromisos que pueden ser suscriptos por la mayoría de las naciones.—El arbitraje practicado en el siglo XV; la línea de Tordesillas.—Negativas contemporáneas para su aceptación.—Tendencia histórica a las mayores síntesis; confusión de ese proceso con la Utopía de la Patria Humanidad.—Los grandes *hinterlands* en formación.—Las mayores síntesis determinando luchas más profundas.—Ilusión de experiencia en el sentido pacifista.—El "principio de las velocidades virtuales"; la guerra se ha hecho menos frecuente al volverse más intensa.—El A, B, C y el Tribunal de La Haya.—Verdadera posición del problema pacifista. Carencia de "razón suficiente" del espíritu humano para su solución: *a*) la realidad física le es en parte inaccesible en cuanto a su dirección; *b*) inexistencia de una conciencia de la humanidad; *c*) impulsos que contrarían su formación acentuando la heterogeneidad. — Planteamiento exacto del problema. Cuatro problemas autónomos resueltos por el simplismo pacifista.

"El hombre social es aquel que no se deja alejar de su misión, y que no separa sus fuerzas de las de la masa combativa. Debe marchar y evolucionar con ella. Lo mismo, la nación no tiene el derecho de apartarse de la órbita donde gravitan las otras naciones. Debe aceptar los términos de la competencia vital, tal como el siglo los ha trazado. Ella debe oponer la patria a las patrias, los ejércitos a los ejércitos. Su patriotismo no hace otra cosa que obedecer a las leyes que gobiernan el mundo."

(PIERRE BAUDIN).

Cuando estalló la guerra, prodújose una verdadera catástrofe no menos grande que la de los campos de batalla, en el orden de las ideas pacifistas, si no como *anhelos* como *realidades*, capaces de fundamentar una nueva sociedad, sobre el viejo, y seguramente eterno molde, también inspirado por la aspiración de la paz, pero con el agregado de la fatalidad guerra, más o menos espaciada.

La organización más poderosa y universalmente extendida de la utopía, era el Socialismo. La catástrofe producida el 4 de agosto de 1914, con la generalización de la guerra y su expresión más intensa, al ser declarada entre Francia y Alemania, no fué retardada un día siquiera por el socialismo, a pesar de su organización universal.

Es imposible imaginar fracaso más ruidoso.

Verdad, es que, los dogmas enunciados por los diversos teólogos de la comunidad socialista, (que dicho sea de paso, nunca llegaron a ponerse de acuerdo, dan-

do lugar a una serie de *ismos* más o menos contradictorios), no habían conseguido modificar en lo más mínimo la situación de las naciones, en lo referente a las *posibilidades* de la lucha armada. La preparación bélica, continuaba febrilmente, elevándose sincrónicamente, con una curva, que a pesar de sus inflexiones momentáneas, ascendía en forma vertiginosa. Todavía ocurría algo más significativo. La nación que por medio de sus presupuestos militares dejaba comprender en forma inequívoca sus ambiciones dominadoras, e intenciones invariablemente agresivas, no menos evidentes, era aquella donde el Socialismo había alcanzado mayor desarrollo, tanto en el orden teórico como en la práctica.

Alemania, cuna y modelo del Socialismo, era desde hacía casi medio siglo, la más militarizada de las potencias; la más decidida y reacia contra toda limitación de armamento; la que representaba una verdadera civilización militar, unilateral, en cuanto a la orientación, pues la "kultur" no significa otra cosa que, la unificación de todas las fuerzas vivas al servicio de un solo pensamiento: la guerra.

El Socialismo contaba a favor de sus pretendidos anhelos pacifistas, con todo el caudal de buenas intenciones, de los que sin pertenecerle, deseaban el mantenimiento de la paz a toda costa, sin contar con que en ese sentido colaboraban con él todas las fuerzas dispersivas: anarquismo, nihilismo, etc., empeñadas en la desaparición de los conceptos de patria, ejército, familia y propiedad.

Así el fracaso socialista y pacifista *a outrance* durante los últimos cincuenta años, que cierta especie de daltonismo, real o fingido, dejaba de percibir, no hizo más que evidenciarse en forma brutal e indiscutible, el día que la patria de Lasalle, de Bebel, de Marx, de

Vollmar y de Liebnecht, rompió con todas las convenciones internacionales, con todos los postulados consagrados por el derecho y hasta con la índole fundamental de la civilización cristiana, a la cual pertenecen los pueblos de Occidente.

Las conclusiones, tan antipáticas como se quiera, pero innegables, de esta etapa trágica de nuestra historia, no podían y no podrán dejar de tener una acción incontrastable en la evolución de las ideas, dentro de nuestro país, lo mismo que en el resto del mundo.

Es a este factor, decisivo, al que nos referimos al hablar de las fuerzas imprevistas, que determinarán nuestra evolución, en el sentido de la preparación defensiva.

La superioridad indiscutible de los grandes pueblos que forman la Europa liberal, en lo referente a sus constituciones y del punto de vista de las experiencias políticas, empeñados hoy en una lucha terrible, en nombre de los principios, no podrá en lo sucesivo eximir a ningún Estado del esfuerzo propio, para la defensa de sus fronteras.

Aun cuando se constituya una liga de la paz entre las grandes potencias, nadie podrá forjarse ilusiones al respecto. Será una Santa Alianza al revés, no menos artificial e ineficaz.

Sería la reproducción del Tribunal de La Haya, igualmente impotente, aunque bajo la impresión de la catástrofe, los pueblos ingresaran de buena fe, y con las mejores intenciones. Y tal sería, porque de dos cosas una. Se comprometerían a garantizar la paz, por medio del arbitraje y de la limitación de armamentos, o, como programa mínimo, a la aplicación de procedimientos menos bárbaros de hacer la guerra, en el caso de que ésta se produjera, todas las naciones, o una parte de ellas. Aun suponiendo el desarme universal,

cosa que no ocurrirá, entre muchas razones, proque será necesario vigilar los imperios centrales y asegurar su sometimiento a ideas que son antagónicas con su idiosincrasia actual; porque la Gran Bretaña, no puede dejar de poseer un poder naval que asegure en un momento dado la subsistencia isleña; porque ni Francia, ni Inglaterra, pueden prescindir del ejército y la armada para mantener sus grandes imperios ultramarinos; porque la nueva delimitación y organización de los pueblos en Asia y Africa, exigirá fuerzas destacadas permanentemente, que cuiden a pueblos semibárbaros, aun cuando, a pesar de todo, el desarme fuera posible, excepción hecha de la liberación del tributo personal, en forma de servicio obligatorio y de los presupuestos de guerra, para los pueblos, del punto de vista de las posibilidades de una lucha armada, nada se habría adelantado.

Momentáneamente las naciones ofrecerían el espectáculo de los primeros tiempos de la historia. Habría desaparecido la maravillosa organización militar actual, producto del progreso; pero subsistiría toda la preparación técnica y los recursos necesarios, para montar la máquina cuando fuera preciso. RELATIVAMENTE NADA SE HABRÍA MODIFICADO. En vez de todos los pueblos armados se encontrarían los pueblos desarmados, *con los mismos problemas, con las mismas necesidades, y lo que es más grave e irrevocable,* CON LA MISMA PSICOLOGÍA Y DISTRIBUÍDOS EN LAS MISMAS DIVERSAS MASAS DESPROPORCIONADAS. Rusia tendría siempre 170 millones, Alemania 60 o 70, Francia 40 o 50. Es decir, que el día que estallara un conflicto, 17 millones de rusos, 6 o 7 millones de alemanes, 4 o 5 millones de franceses, y otros tantos de ingleses o austriacos, *armados o desarmados* darían la misma resultante; **porque no son los fusiles, ni los cañones, los que hacen la guerra, sino que son**

los hombres, los que se hacen soldados, fabrican armas y elementos bélicos, cuya síntesis material subordinada a determinantes económicos y políticos e imponderables complejísimos, producen la matanza, cuando no hay otra solución, o cuando por infinidad de móviles justos o injustos, útiles o equívocos, llevan la guerra.

El consenso universal para el desarme, como se ve, no daría ningún resultado positivo, a favor de la paz.

Por otra parte, semejante suposición sólo puede concebirse, no teniendo noción alguna de los problemas que quedarán en pie a raíz de la guerra.

Pero coloquémonos en la hipótesis más probable. Que Francia, Estados Unidos, la Gran Bretaña, Rusia, Japón, Italia y los países de Sud América, aunque con una serie de restricciones de parte de cada una, salvaguardando sus intereses individuales, como lo han hecho siempre que se ha tratado del arbitraje, llegaran a un estado próximo al desarme, y lo que es más importante, a garantizar solemnemente todos los recursos imaginables en el sentido de la paz universal.

¿Qué valor tendrá todo eso, si los compromisarios de la liga, tribunal, congreso, o lo que fuese, el día que causas ineludibles deban provocar la guerra, serán los litigantes, los futuros beligerantes?

Se dirá: no bastaría, en ese caso, que dos naciones quisieran ir a la guerra; las demás, el *bloc* más fuerte, las obligaría a aceptar una solución. Tal supuesto, no hace más que alejar aparentemente la dificultad, para refugiarse en las complexidades de una garantía de equilibrio, que lo que gana aparentemente en fuerza por la adhesión de los más, lo pierde en eficacia por la heterogeneidad, por la imposibilidad de resultante general, en probabilidad de que entre dos imperialismos, hegemonías, o direcciones mundiales, de intereses contrarios, las naciones se agrupen, como ha pasado

ahora, en dos sistemas de alianzas, que concluyen por darle a la guerra carácter mundial.

¿Qué compromisos de futuro pueden ser aceptados por un gran grupo de naciones, suficientes para poder presionar a un poder, aunque más no fuera como el de Alemania o Alemania y Austria?

Sólo pueden ser algunas normas de conducta, que de ningún modo afecten los diferendos pendientes actualmente entre los Estados que tienen intereses vitales en discusión, donde no siempre coincide una solución de derecho, con lo que aquéllos consideran imprescindible para subsistir.

Concretando, ninguna convención de esa índole puede resolver los problemas actuales entre las naciones; ni siquiera ninguna nación adherirá a cláusulas que de antemano resuelvan desfavorablemente para ella un pleito fundamental. Salta a la vista, que una liga de la paz entre las naciones, no puede concertarse más que sobre algunas normas muy generales.

En ese estado, lo probable es que las mayores adquisiciones pertenecieran al capítulo de garantías, de las personas y las cosas, no incluídos entre los elementos de combate; garantías a las navegaciones neutrales y otras conquistas, que, en realidad, prácticamente tuvieron de hecho, si no escritas, los hombres del siglo pasado, durante las guerras napoleónicas, y que sólo la barbarie germana pudo poner en tela de juicio en nuestra época, marcando una regresión espantosa, a pesar de todos los progresos reales, y de los ideólogos, siempre mucho más avanzados.

En cuanto a la guerra en sí misma, dentro de sus fronteras legítimas, no tendríamos mayores probabilidades que antes, de que no pudiera producirse.

En el siglo XV, vemos un pleito gigantesco, resuelto por medio de un arbitraje, a propósito de intereses

de tal magnitud, que no sería aventurado asegurar, que hoy, en un caso análogo, ninguna de las naciones contemporáneas, entre las que poseen grandes dominios, jugaría sus destinos, librándolos a un fallo de esa clase. Nos referimos al tratado de Tordesillas, entre las coronas de España y Portugal, delimitando todas las posesiones del continente americano, además de los descubrimientos y conquistas que pudieran hacerse.

Españoles y portugueses acataron el veredicto del Papa Alejandro VI, sobre lo que representaba el porvenir de ambas dominaciones en el mundo. En nuestros días, Francia y el Brasil han resuelto el asunto de límites en la Guayana, por medio del arbitraje; en la misma forma han procedido Chile y la Argentina en la cuestión andina; el Brasil y la Argentina en el asunto de las Misiones; pero debe observarse que por muy importantes que fueren esos litigios no llegaban a afectar fundamentalmente el desarrollo de los pueblos interesados, pudiendo afirmarse que en caso contrario, se hubieran negado al arbitraje como lo hacen hoy las mismas naciones, y otras, toda vez que se trata de intereses vitales. No son estos pesimismos mal fundados, sino la fiel interpretación de lo que esos mismos países han sostenido y siguen sosteniendo en la actualidad. La República Argentina se niega a someter el pleito del Río de la Plata a un arbitraje; sólo lo haría con la entrega de Martín García, en el caso de intervención en el asunto de una gran potencia o una liga de naciones. Más, no hay que olvidar que entonces las virtudes del arbitraje no tendrían más probabilidad de eficiencia que las que les prestaran los armamentos, sin los cuales no hay presión ni intervención posible. Chile no acepta condiciones de esa índole bajo ningún principio; ya lo ha declarado con motivo de las manifestaciones recientes de la prensa

peruana sobre el tratado de Ancón. En cuanto a Inglaterra, sólo puede pensarse en la risa de todo el mundo, si España le propusiera un arbitraje en lo referente a Gibraltar, o Italia en lo que concierne a Malta. La respuesta sería seguramente, por el estilo de una de las mayores bellezas que registra la historia del Derecho Internacional, cuando interpelada la Gran Bretaña por su instalación permanente en Chipre, declara que ella abandonará Chipre el día que los rusos se vayan de la Siberia!...

No es, por lo tanto, aventurado decir que hoy no hay esperanzas de ver reproducirse un fallo como el que en el siglo XV dió por resultado la línea de Tordesillas. Baste pensar si puede concebirse que las dos grandes potencias coloniales, Inglaterra y Francia, estuvieran de acuerdo para someter a un arbitraje una delimitación de fronteras que comprendiera los países desde el Nilo al Golfo de Guinea, por ejemplo. Para formarse una idea del celo, de la intensidad de las rivalidades, de la violencia de la lucha sostenida por la posesión del espacio, merece recordarse, entre muchísimos hechos análogos que se podrían invocar, la actitud de Inglaterra en 1899, frente a Francia en la China. Japoneses, ingleses, alemanes y rusos, se habían hecho dar importantes concesiones territoriales y de ferrocarriles en el Celeste Imperio. Francia, obligada por una razón de vigilancia sobre sus dominios de Indo-China sólo había solicitado y obtenido el puerto de Kuan-Tcheu; pero como en la pequeña concesión de Shanghai tenía sobre la ciudad un cementerio lleno de muertos por el cólera y la peste, pedía una insignificante ampliación de territorio, que los chinos no le negaban, para poder alejar ese peligro. Esto dió motivo al envío de una escuadra inglesa, a que fueran excitados los naturales a la insurrección, y a una re-

sistencia porfiada de la Gran Bretaña, que sólo terminó cuando se vió seriamente comprometida por sus primeras derrotas en el Transvaal.

La evolución histórica revela una tendencia sintética, desde la Edad Media. Al aproximarse a sus perspectivas máximas, con probables círculos de idiomas y de razas, complementados por convenios a la manera del Zollvereing germano, que en algunos casos podrían coincidir con la expresión continental, parece justificar la posibilidad de una última y total realización solidaria, que alcanzara a la Humanidad.

Nada confirma, sin embargo, esa ilusión, que apasionando el espíritu bajo la forma religiosa, ya ha tenido sus héroes y mártires, empeñados en la unificación humana mediante la doctrina del amor y el respeto mutuo, convertidos ante resistencias inevitables, en temibles instrumentos de opresión, ya que todo plan unitario impuesto a la multiplicidad del género humano, así sea inspirado por los más santos propósitos, concluye por convertirse en tiranía.

La historia demuestra la evidencia de orientaciones sintéticas, y como consecuencia, el paso del atomismo feudal y del Renacimiento, a las ligas, de principios de la época moderna, de éstos a la formación de los grandes Estados, a las unidades complejas reveladas ya en esta guerra, de *la plus grande France,* y de las Inglaterras ultramarinas que permiten prever síntesis mayores. La guerra ha dependido de esta misma evolución. Las mayores masas han dado por resultado mayores ejércitos; aspiraciones e intereses más amplios; líneas estratégicas más dilatadas, resultados más sangrientos y al mismo tiempo más duraderos.

Parece que la fabulosa extensión de los frentes com-

pactos, al demandar energías que parecían imprevisibles, ha dado por resultado la desaparición de la batalla ágil y movida de otros tiempos, para entronizar la muerte paciente y tenaz en interminables trincheras. Masas más profundas han determinado guerras más intensas. El desgaste y la postración, han dilatado a su vez los intervalos.

Conjuntamente con las síntesis de los pueblos, la militarización convertida en institución universal, bajo el doble imperio de la extensión democrática y de la necesidad militar, ha dado por resultado consecuencias más graves: paralelamente mayor prudencia y temor ante la responsabilidad de soluciones que pueden ser irreparables.

Mas en el fondo, ¿se ha ganado algo? Nada absolutamente. Aquí, como en mecánica, se ha cumplido el principio, de que "lo que se gana en tiempo se pierde en intensidad", aplicándolo a la inversa. Vale decir, que la guerra se ha hecho menos frecuente, porque se ha hecho más mortífera. Obsérvese que, en realidad, no hay más que inversión de factores, inalterados por el progreso de las ideas. Del punto de vista de la seguridad, del reposo y del dolor humano, nada se ha ganado. Si una generación puede vivir con relativa seguridad en su país, es a costa de horrendos sacrificios, de los que la precedieron, y de la probabilidad de que los hijos o los nietos tengan sobre sí el peso de aplastantes responsabilidades diferidas.

A propósito de las hegemonías constituídas alrededor de un núcleo de cristalización, en el que intervienen primordialmente los vínculos y las facilidades creadas por el idioma, la raza y ciertas tendencias espirituales, complementadas por la unidad monetaria, de vías férreas u otros medios de locomoción; tratados y ejércitos de asimilación, como los que prolongaron

durante largo tiempo la vida del imperio romano, nada de esto significa que nos aproximemos a la realización efectiva de otra cosa que la hoy nebulosa humanidad.

Esas mayores síntesis, no implican fusión total. Analizando más profundamente, lo que en la superficie parece aproximarse a la solidaridad, se descubren individualidades cuyos caracteres diferenciales tórnanse más fuertes. Significan lo que alguien ha llamado la "expropiación de las razas inferiores", en general, destinadas a ser devoradas con las pequeñas vidas, con su sentir, con sus eufonías, con sus mitos, para no detenerse sino cuando se encuentren las grandes capacidades frente a los límites marcados por otra gran síntesis, bajo forma de hegemonía republicana o de imperialismo de vieja estirpe.

Nadie que siga de cerca el movimiento político y social del mundo, ignora, que estas grandes agrupaciones de futuro, ajenas al concepto actual fronterizo, y a los efectos de la política mundial, totalmente distinta de la continental, tienen marcados sus *hinterlands* respectivos, por decirlo así, dentro de las esferas inglesa, francesa, castellana, rusa y portuguesa. Alemania, no existiendo fuera de Europa, por falta de verdaderas colonias, capaces de representarla en los demás continentes; además de no poseer una lengua imperial bajo el concepto de la difusión, no tenía aún antes de la guerra, perspectivas de extensión universal.

Fundados en argumentos de razón suficiente, de índole demográfica, económica y militar, nuestras previsiones no pueden ir más lejos.

No hay razón alguna para hablar de la desaparición de las fronteras, ni de la paz perpetua. El patriotismo se amplía sí, pero para robustecerse y afirmarse sobre las bases más profundas de la raza, de una tradición,

de una civilización más honda, coincidente con intereses comunes.

Tan evidente es esta afirmación que basta observar la forma cómo se han desarrollado las guerras en los últimos tiempos. La lucha individual, en forma de verdaderos duelos entre los Estados, ha sido sustituída por la perspectiva de conflagraciones entre grupos de naciones. Actualmente, la realidad ha superado las previsiones que hubieran podido fundarse, de acuerdo con la agrupación de los pueblos en dos grupos de alianzas; los que no habían querido comprometerse a figurar en una contienda futura, han intervenido, a pesar de su desvinculación de todo proyecto para una posible lucha.

El general Mangin, estudiando en 1910 la organización del ejército colonial francés, partía como de una premisa axiomática, de la afirmación de que en una guerra entre Francia y Alemania, Europa se dividiría entre los dos campos.

Lo complejo, el entrecruzamiento de los intereses, la intensidad de la vida de relación, y una mayor conciencia del propio peligro, toda vez que una potencia pueda engrandecerse a expensas de otra, tratándose de naciones importantes de un continente, hacen casi imposible, la no participación en caso de conflicto para los demás Estados del mismo continente.

En el caso de una Liga de la Paz, la tendencia dualista, que desde la constitución de la triple y la doble alianza regía el equilibrio europeo, se manifestaría infaliblemente disolviendo la unidad de propósitos de esa entidad utópica. En la América del Sur ningún proyecto de esa índole impediría la polarización de tendencias alrededor de los dos centros de mayor característica histórica, política y militar.—Río de Janeiro y Buenos Aires. Santiago, Montevideo, Lima, Sucre

y la Asunción, posiblemente Quito y Bogotá, determinarían las fórmulas totales; pero lo que es absolutamente seguro, es que las partes contratantes, de cualquier A, B, C, que pudieran parecer vistas desde otro continente, una unidad instituída para garantizar la paz, dentro y fuera de esa ficción, serían los futuros litigantes, en cualquier caso que por causas fundamentales pudiera alterarse el orden entre las naciones de esta parte del mundo.

El A, B, C, con casi el agregado de U, que se concertó en Sud América, no merece siquiera tomarse en consideración, dado el momento en que fué instituído. Formado durante la guerra mundial, en circunstancias en que las grandes naciones no podían proveer a nadie de municiones, piezas de artillería, fusiles, naves, ni empréstitos siquiera, habiendo retirado todas ellas los oficiales instructores contratados por los países de Sud América, la traducción del compromiso se reduce a un simplismo, revestido solemnemente por una serie de cortesías y cláusulas protocolares. *No pudiendo haber guerra por falta de recursos imprescindibles, aseguramos que durante el mismo tiempo reinará la paz...*

No hay la menor duda: ¡mientras no pueda haber guerra reinará la paz! Antes de que los pacifistas, los socialistas y los progresos del Derecho Internacional nos hubieran dado tan preciosa conquista, veinte siglos atrás, Aristóteles decía que no se podía pensar, sin tener en cuenta el principio de contradicción: A no puede ser a la vez A y no A.

Si en 1914, el incidente de Sarajevo y las exigencias de Austria hubiesen sido sometidas al Tribunal de La Haya, ¿en qué habrían sido modificadas las circunstancias una vez determinados los propósitos individuales?

Austria y Alemania; seguramente Bulgaria y Turquía, profundamente separadas de Serbia; ligadas secretamente con los imperios centrales, hubiesen sostenido sus pretensiones exorbitantes, y lo mismo que declararon la garantía de la neutralidad de Bélgica, un *chiffon de papier*, ante el mundo, lo hubieran hecho por medio de sus representantes en La Haya y en cualquier parte. Francia, Inglaterra y Rusia oponiéndose no modificaban en lo más mínimo la situación. La guerra hubiera estallado en idénticas condiciones. La violación de Bélgica habríase producido, puesto que lo que la determinó fué una razón militar, y un plan de estado mayor, que lo mismo debía pesar una vez rotas las hostilidades. Las demás naciones y las incidencias de la lucha habrían sido las mismas.

Es más. Cuando se habla de la posibilidad de que la guerra desaparezca; cuando se llegara a convenir, que la humanidad está de acuerdo en lo relativo a la supresión de las soluciones violentas, encarado con cierta profundidad este problema, sería del caso preguntarse, si tal postulado es siquiera inteligible; si en una síntesis intelectual legítima la humanidad puede plantearse semejante resolución.

Aún aceptada la libertad, en la forma que Bergson ha encarado ese problema psicológico, refiriéndose a una conciencia individual; aún aceptando la libertad de elección de todas las individualidades, ¿qué lógica deductiva, qué cálculos de previsión pueden ligar esa conciencia humana hipotética, heterogénea fuera de su resultante, con el mundo material, cuya evolución enteramente imprevisible y divergente de tales propósitos, puede hacer que las soluciones teóricas aceptadas resultaran al poco tiempo la más completa negación de toda ley biológica entre las necesidades de los individuos y las condiciones del medio?

Considerado de cierto punto de vista filosófico, vale decir, de una síntesis general, una declaración de toda la humanidad más o menos en estos términos: X pueblos componentes del género humano, declaran abolida la guerra, considerándola una iniquidad, dado el género de relaciones que ligan el mundo moral, en el que sólo tendría lugar y razón suficiente esta declaración, con el mundo de la materia, su sentido valdría lo mismo que una declaración como esta: El género humano considera inútil y suprimida para sí la ley de gravedad.

Aparte del absurdo manifiesto de este segundo postulado para todos los mortales, por tratarse de una premisa relacionada con un axioma accesible para cualquiera, el absurdo de la primera proposición no es menos evidente, para quien tenga una noción real de los factores a considerar.

Nuestras opiniones decididamente francófilas, nuestra adhesión a los ideales más elevados de la humanidad parecerán contradichos por la enunciación de ESTAS OTRAS VERDADES EMPÍRICAS, DEDUCIDAS DE LA EXPERIENCIA Y CONSIDERADAS COMO NORMAS OBJETIVAS DE LA CONDUCTA HUMANA.

Si tal reproche se nos hiciera, sólo revelaría la confusión de dos problemas totalmente distintos, aunque conexos: *A)* Las aspiraciones más elevadas, las perspectivas más altas, descubiertas por la conciencia moral, constituyen todo un orden de especulaciones, que es preciso considerar previamente; *B)* Las leyes que rigen el mundo de la materia; sus exigencias, sus conflictos con nuestras aspiraciones, a las que el método histórico, aporta una serie de enseñanzas que no pueden ser desconocidas, dan la materia de un mundo totalmente distinto, separado y unido a la vez, al de las especulaciones anteriores; *C)* El establecimiento de

una subordinación de los términos comprendidos en el problema B por los del problema A, constituye un tercer problema más especulativo que práctico, que involucra otras posiciones previas, relacionadas con la investigación de una posible determinante teórica, aceptable para todos los hombres; *D)* Las relaciones de los anteriores A y B, con las exigencias de la existencia individual y colectiva, de donde deben deducirse normas prácticas para la vida, arte político, gobierno, guerra, direcciones sociológicas, etc., constituyen un problema aparte, sobre el que es estéril toda discusión con quienes no empiecen por planteárselo dentro de sus verdaderos límites.

Significa esto, que nuestra adhesión a las aspiraciones humanas, mejor representadas hoy por las naciones liberales, Francia, Inglaterra y Estados Unidos, implica relación con los enunciados del grupo A. En cuanto a nuestra tesis sobre la defensa del país y sus necesidades vitales se relacionan sobre todo con las premisas del grupo D, sin dejar de tener en cuenta hasta dónde lo permite la naturaleza del problema, los elementos comprendidos en los grupos anteriores.

CAPITULO VI

Antecedentes del antimilitarismo. ¿Quiénes son los antimilitaristas? — Hombres de Estado y hombres de ciencia frente a *dilettantis* y *meneurs de foules*. Algunos juicios y frases célebres: Le Dantec y Haeckel—Remy de Gourmont y Zola.—Superioridad moral y militar de Francia. El ideal progresista unido al de la conservación del alma ancestral. Las leyes biológicas de Quinton. — Capacidad guerrera potencial e imperialismo: su distinción. Los propagandistas del antimilitarismo en Francia. — Opiniones de Richet, Fouillée, Block y Hamón contra el ejército. — Incompetencia manifiesta de hombres de pensamiento, sobre las exigencias del mundo material. Actitudes contradictorias y rectificaciones de Anatole France, Gourmont, Hervé y Kropotkine durante la guerra. — El antimilitarismo debilitando a los más civilizados. Hamón confiesa la derrota de sus doctrinas: su último libro.—Aspecto del mundo al término de la guerra: constancia de los factores patrióticos y militares. — Nuestra posición. Los conflictos pendientes en Sud América.—Enseñanzas de la guerra. La ley de gravedad y las masas humanas: extensión universal de las zonas de guerra.—El socialismo y el antimilitarismo favoreciendo los planes kaiseristas: la conferencia de Stokolmo y el Bolshevikismo ruso.—Inconsciencia nacional respecto de la evolución mundial. — Los *clichés* de las logomaquias futuristas.

Entre los intelectuales de orientación científica y los que se consagran exclusivamente a la persecución del preciosisismo y de la nota exótica, imprevista, para abrirse un sendero, entre caminos demasiado recorridos

y áridos, existe una diferencia no menor que la de la índole de la dedicación en las consecuencias, a que esas dos clases de mentalidades arriban al resolver cualquier problema, bajo la acción de esas antiperístasis.

El Ejército, consecuencia de necesidades de orden natural y que no es bueno ni malo en sí, puesto que no tiene aisladamente razón de existencia, en los últimos años ha sido el blanco de los ataques de muchos pensadores de invernáculo, escritores snobistas, necesitados de la nota rara, desconcertante, contraria al hábito mental.

Cierta literatura malsana, puede decirse que ha sido el antecedente precursor del antimilitarismo, o cuando menos, uno de sus más eficaces propagandistas.

Mucho antes que las masas de obreros, el titulado anarquista intelectual ha iniciado simultáneamente sus ataques contra la familia, la idea de patria, la religión, el ejército y el orden social. No significa esto, de ningún modo, que los hombres de letras merezcan tal reproche; refiriéndonos, como es lógico, a ciertos grupos de imaginativos, demasiado desvinculados de la realidad. Queremos destacar, por otra parte, la oposición de este grupo de *dilettantis, meneurs de foules*, con el criterio equilibrado de los hombres de tendencia científica, jurisconsultos y estadistas, cuya labor se relaciona más directamente con las necesidades y los intereses humanos, respecto de los que el contacto y responsabilidades directas les permite y les obliga a ahondar más concretamente la realidad.

Para dar una fórmula precisa de nuestro pensamiento, podríamos oponer cuatro nombres reconocidos en el Gotha de los intelectuales. Por ejemplo: Zola y Remy de Gourmont, versus Le Dantec y Haeckel.

Zola, cayendo en un lirismo grosero, saludaba a los dinamiteros que treinta años atrás horrorizaran al

mundo con algunos de sus crímenes inútiles, llamándoles "Grandes poetas negros"; y Remy de Gourmont, aquel admirable estilista, que podía repetir sin énfasis el verso de Mallarmé "et j'ai lu tous les livres" (franceses por lo menos), hacía escuela antes de morir, entre los jóvenes decadentes, con la *boutade* famosa, indigna de un francés ilustre, cuando proclamaba en los cafés, "yo no daría la uña de mi dedo meñique por la reconquista de la Alsacia y la Lorena"...

En contraposición, Le Dantec, por ejemplo, uno de los experimentadores de más nota y que saliendo de la esfera del laboratorio ha revelado profundidad sintética poco común en los biólogos, al penetrar en las generalizaciones filosóficas que se relacionan con la vida y aún con las especulaciones metafísicas, afirma científicamente la imposibilidad de separar la guerra del concepto de existencia. "Hay siempre lucha y siempre hay victoria mientras la línea no queda interrumpida". "Los cuerpos vivos triunfan, mientras viven, de los cuerpos con los cuales luchan". "*Vivir es vencer*, haciendo algunas concesiones que constituyen el hábito individual o la adaptación específica".

"Ser es luchar; vivir es vencer" — como conclusión. Así, arrancando más abajo de los seres organizados, establece, para todas las escalas, como el primer fenómeno observable en el estudio de la vida — y hasta de sus apariencias — "una conquista territorial, una ganancia de espacio". (La lucha Universal' por Félix Le Dantec).

Haeckel, a su vez, observador más que filósofo, hombre de ciencia en primer término, encuentra en la evolución orgánica y en su más perfecto modelo, que es el Hombre, la evidencia de la subordinación jerárquica, la tendencia a la unidad de dirección, dentro de la diversidad autónoma, condicionando el progreso y todo ascenso en la escala de la vida.

Estos conceptos, antitéticos con los de aquellos hombres de letras, sustentan, como es natural, todas las deducciones favorables a la tendencia conservadora, afecta al orden social, a los moldes de familia y de patria, con su corolario lógico en materia militar.

Puede decirse que son las dos grandes corrientes en que se reparten todos los esfuerzos, las fechas memorables, la mentalidad de los que alguna vez se interesaron por las condiciones de existencia bajo los más variados aspectos, desde que poseemos anales.

Comprobamos, pues, un hecho. La influencia de los que, aunque ocupando un puesto más o menos elevado en la jerarquía intelectual, por exceso de imaginación, por falta de contacto con las realidades ambientes, por odio a una sociedad que no aquilata, de acuerdo con sus aspiraciones, valores reales o dudosos, por innumerables causas que los apartan del juicio objetivo preciso, los *dilettantis*, los snobistas, los ideólogos, como los llamaba Napoleón, han contribuído, sobre todo en el mundo latino, a promover reacciones funestas contra la idea de patria y contra las instituciones militares.

La guerra constituye un estado en el que el instinto de conservación recobra todo el poder del hombre ancestral. Si una nación, por exceso de ideología, por vicios o por un transporte de valores contra natura, lo hubiera dejado debilitar, desaparecería al primer choque.

Podrá parecer que ponemos en franca oposición el progreso y la civilización por una parte y por la otra la guerra.

Tal oposición no existe, siempre que se hable de una cultura integral, tendiente al desarrollo del hombre, tal cual es. La oposición sólo surge cuando se trata de aquellas civilizaciones a las que se les concede ese nombre impropiamente, representando energías desviadas, sin tener en cuenta el fondo ancestral e inmutable de la

Humanidad, que reconoce hasta el escéptico y revolucionario Anatole France.

La guerra es un gran llamado de la naturaleza, que reclama la conservación y la permanencia del Hombre, tal como es y como debe ser, bajo cualquier modo *exterior* de existencia. Por elevado que sea el plano intelectual, sensitivo, artístico, a que haya llegado, no lo respeta ni lo condena: sólo le exige que su civilización no sea contraria a la especie Hombre. La guerra en el plan del mundo parece estar ligada a la ley de constancia, tan evidente como la de evolución.

El ideal para la guerra será siempre el más civilizado, y el que mejor haya conservado las energías, el cuerpo, el instinto ancestral, que deben ser tan inmutables en el fondo, como la temperatura del plasma, maravillosamente sostenida a través de las épocas geológicas al grado de calor de la tierra en la aurora del *Homo sapiens* (leyes de Quinton).

La más poderosa corriente filosófica de la época, rehabilita, en lo concerniente a los problemas de la vida, el Instinto, sobre todas las facultades. Para Bergson, sabido es que Inteligencia e Instinto o Intuición no son reductibles — son dos grandes corrientes de la mentalidad, reuniendo en un mismo impulso, el anhelo de vivir, de toda la animalidad.

La nación francesa, la raza mejor dicho, constituye hoy la demostración irrefutable de que la superioridad para la guerra depende de los valores de la civilización unidos a cuerpos vigorosos, a un gran instinto de conservación acreditado y robustecido con el tiempo a través de las pruebas más terribles. Demuestra que la civilización y la máxima cultura, no se oponen a las exigencias guerreras; pero evidencia, también, que sin la preparación militar, sin la unidad del alma atávica, agigantada y consolidada en las pruebas de la sangre

y del fuego, el mayor grado de cultura sería absolutamente ineficaz como garantía de duración.

La victoria de Francia sobre Alemania lo afirma — es un hecho — y en calidad de tal, soluciona todas las disquisiciones en contrario.

La ineficacia, a número igual, de los mismos ingleses, rusos e italianos, frente a los alemanes, demuestra que las garantías de supervivencia dependen de la consolidación de un espíritu de cuerpo fundado en la práctica de la lucha, que no significa agresividad, ni falta de humanidad, sino mejor respuesta a las exigencias de la duración.

Se puede cultivar el genio de la guerra, sin desconocer el derecho, sin ser guerrero, en el sentido de la provocación.

Alemania parecía, para los que no profundizaban, un pueblo más militar que Francia. Nos atrevemos, sin embargo, a afirmar que el francés, culto y humano como no lo es el alemán, es más guerrero — como conjunto de cualidades y capacidades personales, como síntesis histórica de esfuerzos; como tipo de civilización, mucho más profundamente penetrado del concepto verdadero del honor y de la dignidad.

Alemania es, oficialmente, agresiva; su casta dirigente era rapaz y vulgarmente prepotente; pero la historia demuestra que Francia, en cada uno de sus hijos, es superior el día de la guerra, sin perjuicio de ser el campeón de los Derechos del Hombre y el más completo paladín de la Justicia en la tierra.

Esta diferencia es la que no comprenden los enemigos de las instituciones militares, del verdadero ejército y las enseñanzas necesarias a los sentimientos patrios dentro del régimen republicano.

Afirmar la libertad, equivale a desenvolver más cada vez una personalidad; tal es el fin que puede perseguir el progreso humano, y no otro se asignan las ciencias

morales, al dar mayor amplitud y marcar con más energía los rasgos psicológicos del individuo.

Afirmar la personalidad humana, en toda la acepción de la palabra, es hacerla más fuerte — capacitarla para la defensa de sus derechos; — de ahí, que si la fuerza, ideológicamente, puede parecer hasta cierto punto enemiga de la libertad, dentro de la existencia real, el vigor corporal y mental, la disciplina, el ejercicio constante, — la fuerza, en resumen, es la única garantía de las más altas finalidades morales.

Entre un hombre culto y respetuoso hacia los demás, pero que por herencia tuviera profundamente desarrollado el sentido de su honor, de la dignidad de su familia, y que en medio de sus horas de trabajo y de estudio, se dedicara a las armas hasta ser un perfecto elemento de combate, una unidad ideal para la guerra — entre ese guerrero en cuerpo y alma, que no por esto habría de ser agresivo, y uno de esos "bolshevikis", lectores de la colección "Sempere" — enemigos del orden social y del ejército, ignorantes del concepto exacto de la dignidad, lo mismo que de las armas, impulsivo y partidario de la dinamita, pero predicador de la fraternidad universal, entre aquel cumplido caballero, hombre de guerra, que vivirá en paz, probablemente, toda su vida — y el desarrapado energúmeno de nuestro paralelo, éste se titulará pacifista y el primero será el retrógrado militarista de las logomaquias de nuestros adversarios!

Que a la clientela de Panurgo se le digan semejantes cosas; que a favor de la ignorancia de infelices, faltos de toda cultura y de equilibrio, que sufren miserias y buscan un rayo de sol en cualquier sentido, se les lleve a la huelga o a la barricada para trepar sobre sus huesos o sobre la pila de balotas, sabemos que se hace todos los días — y que desde la lucha de clases en Roma, forma uno de los capítulos más nutridos y

trágicos de la historia; pero, si todo eso, se practica y es indigno, es imposible quererlo hacer triunfar como doctrina sobre el caudal de conocimientos y experiencias atesoradas en todas partes por una porción considerable de la humanidad dirigente.

Por otra parte, es difícil que nadie se deje engañar hoy respecto al alcance del movimiento antimilitarista.

Al iniciarse en 1897 en Francia, sólo se componía de un pequeño grupo de anarquistas teóricos, entre los cuales se encontraba el viejo conservador Frédéric Passy, incluído como cosa extraña conseguida en un museo.

El asunto Dreyfus ya reveló, con la prédica del diario *L'Aurore* y el libro ridículo hecho con recortes de diario, "*Psicologie du militaire professionnel*", que no se trataba del deseo muy digno de aliento, de conservar la paz, sino de una crisis gravísima, en la que aparecía bajo todas sus formas *el odio a la organización social;* a la familia, a la patria, a la religión, al ejército, a la propiedad y a las jerarquías establecidas por la inteligencia y la acumulación del esfuerzo.

Por eso, en esta cuestión más que en cualquier otra, proclamamos la máxima — o con nosotros o contra nosotros; todo lo demás es tartufería. O se es patriota y amigo del ejército, con pequeñas diferencias de sistema, o consciente o inconscientemente se es conspirador, al mismo tiempo que contra el ejército, contra su país y contra el orden social.

Dejando de lado las exteriorizaciones de las masas, que nada significan, para buscar las razones fundamentales de este movimiento, en las opiniones de sus directores, su lectura produce una impresión penosa.

A veces la reputación de un hombre eminente en determinado sentido intelectual invitaría a pensar sobre el fundamento de sus opiniones a propósito de la paz y la guerra, los armamentos o los soldados. La magnitud de las ingenuidades, la carencia total de sentido prác-

tico, en cuanto se les escucha y se les juzga fríamente, rompe el encantamiento, encargándose de demostrar que a menudo nada hay más destituído de sentido real, que lo que reverentemente llamamos un sabio.

Es conveniente conocer las opiniones de los antimilitaristas que por algún otro concepto son dignos de respeto.

He aquí la opinión de Charles Richet, entre muchos. "Si no podemos esperar la supresión del régimen militar — hay un mal que podemos suprimir inmediatamente — es la guerra".

"Basta redoblar nuestro celo en la propaganda, sobre todo en las escuelas primarias, por los maestros y los libros".

Alfred Fouillée y Maurice Block (del Instituto), después de extenderse a propósito de una *enquête* sobre los inconvenientes y los medios de concluir con el militarismo, llegaban a esta curiosa conclusión: "No hay más que una solución deseable, es la supresión de la guerra — pero tengo la convicción de que la guerra durará tanto como la humanidad".

Debe tenerse en cuenta, que Mr. Fouillée, distinguído profesor de Filosofía, por otra parte, dice previamente cosas como esta, a fin de asegurar la destrucción del militarismo: "debemos combatir los prejuicios guerreros y los numerosos errores divulgados *por lo que llamamos la historia* y, sobre todo, la prensa diaria".

El libro famoso de Hamón no tiene consistencia alguna ni valor doctrinario; se limita a buscar sus argumentos en una serie de violencias y actos vituperables de todas clases, cometidos por gente que pertenece al ejército. Cualquier clase de la sociedad, cualquier doctrina o nación tiene su porcentaje delictuoso, y ningún hombre de mediana cultura intelectual formula una crítica en ese sentido, por el hecho de que el crimen,

que es desgraciadamente inseparable de la Humanidad, surja como excepción dentro de un medio dado.

Tolstoi, utopista extraño y de más difícil comprensión aún para los que no tienen contacto con el alma rusa, estudiada como una de las modalidades más complejas, diserta lo mismo contra el ejército que contra los artistas, el teatro o el matrimonio. El vigoroso realista, que Max Nordau clasifica entre los degenerados ilustres de la época, como casi todos los demoledores atacados de un incomprensible furor contra el Ejército, no presenta ninguna fórmula sustitutiva, dando razón, con su falta de análisis, al coronel francés Montaigne, (1) quien en sus obras magistrales se asombra de que se confunda un efecto con la causa, es decir, el ejército con la guerra.

La ingenuidad de las confesiones de algunos de los escritores que por cualquier causa, menos por tener competencia en asuntos militares, son dignos de llamar la atención con motivo de la guerra, no puede sorprender a los que se hayan colocado en un punto de vista exacto. Anatole France, Remy de Gourmont, Hervé, Kropotkine y otros muchos literatos, panfletistas o sociólogos, habían escrito contra el ejército o hablaban cínicamente de la patria y de otros valores que actualmente no se discuten dentro de nuestra civilización. Resulta ahora que Anatole France, por ejemplo, consagra todos sus esfuerzos al servicio de las ideas que había combatido. Canta a su tierra natal y le entona himnos a los hombres sencillos, campesinos, soldados muchos de ellos, que salvaron al mundo, y por su juventud tuvieron más suerte que él, al poder servir a Francia vigorosamente. En el fondo, se nota el arrepentimiento del que, del punto de vista verdadera-

(1) «L'Antimilitarisme». «Le déboire en maitre». (Lieutenant Colonel Montaigne).

mente humano, de su colmena, aunque haya escrito el *Jardín de Epicuro* y otras muchas obras, podría ser interrogado por cualquier *troupier* de la trinchera como en el verso de Verlaine: "Dis qu'as tu fait toi que voila, pleurant sans cesse — Dis qu'as tu fait toi de ta jeunesse". El admirable estilista Remy de Gourmont murió asombrado y como quien se encuentra de pronto en un mundo desconocido: sus invernáculos espirituales como los de Huyssman en *A Rebours* lo habían convencido de que la idea de patria no tenía razón de ser, de que habían terminado las guerras.

Mr, Hervé, que preparó la entrega de su país, expresándose en una forma indecorosa contra los militares, escribe ahora un diario que llama la atención por la vehemencia y el furor antialemán; se presentó en seguida que estalló la guerra para tomar las armas, a pesar de pasar de los cuarenta años, creyendo, probablemente, que por el hecho de dar su vida debía perdonársele la obra de disolución a que colaboró como todos los socialistas y los anarquistas, a los cuales debe Francia medio millón de muertos más de los que debía costarle la guerra.

Y así vemos al príncipe de Kropotkine, que parece haber sido un anarquista sincero, puesto que se asegura que desde joven se despojó de su fortuna, volver como en 1870 a ofrecer su brazo a Francia casi con ochenta años de edad... (1)

(*) Como contribución al elogio de los antimilitaristas, es oportuno anotar, ya que hemos hablado del príncipe Kropotkine, la suerte de este hombre sabio y que predicó el desinterés con el ejemplo.—La «autocracia» zarista, cuando conspiraba en la sociedad de los Tchai-Kowz, el setenta y cuatro, lo arrestó, sin atentar contra su vida; la aristocracia inglesa y la democracia suiza cuando molestó con excesos condenables, limitóse a expulsarlo; la más conservadora y militarista, en el fondo, de las sociedades europeas— Francia, según Ferrero —lo condenó para amnistiarlo al poco tiempo. Fueron sus compatriotas, discípulos y admiradores, los místicos enamorados de la Humanidad, los que según las últimas noticias se encargaron de asesinarlo; probablemente, porque el ilustre geógrafo había dicho que «La Revolución Social no debería ser terrorista; que jamás el pueblo pondría el terror en la orden del día como los reyes y los zares». . .

Tales actitudes pueden parecer ridículas o sorprendentes para quienes hayan tomado en cuenta, en materia militar, las opiniones de los referidos hombres de letras como si se tratara de las de Joffre o las de Foch. Lo absurdo, en este caso, no son las transformaciones sino las teorías sostenidas por esos personajes, francamente en pugna con la realidad: lo irrisorio es que haya quien tome en serio esas ocurrencias cuando se trata de asuntos que les son desconocidos casi por completo, y que, en cambio, pertenecen al dominio de los estadistas y militares, que constituyen, por lo general, una verdadera antítesis en la orientación respecto de los primeros.

En su última obra *Las lecciones de la guerra mundial* Hamón confiesa el fracaso completo de todos los esfuerzos que más o menos artificialmente debían dar por resultado, convencer a la humanidad de la desaparición de la lucha armada. Declárase sorprendido por "la manera violenta, terrorífica, con que se ha producido y sigue produciéndose la guerra".

Confiesa que a pesar de que después de "medio siglo que no había guerra en occidente (lo que no es verdad) las democracias francesas, inglesa y belga habían olvidado lo que era aquélla"; a pesar de que "*las ideas antimilitaristas y pacifistas,* los ideales de libertad, las costumbres democráticas, los sentimientos cristianos en algunos, se han extendido por el mundo y creado una opinión media que reprueba las violencias, los brutales atentados al derecho y la libertad de cada pueblo o individuo" — la contienda actual ha sido la más extendida, la más mortífera, bárbara y regresiva que pueda imaginarse.

Nos corresponde preguntar ¿para qué ha servido el antimilitarismo y el pacifismo?

La respuesta no es dudosa. Para enervar a los más

pacíficos para aletargar a los pueblos más inteligentes y civilizados cuya dirección en el mundo hubiese sido la más deseable. Por consiguiente, para hacer más fuerte la acción de los pueblos agresivos y prepotentes, que no han encontrado en la parte contraria toda la resistencia que hubiera hecho imposible esta guerra, a no haber mediado el virus antimilitarista, sobre todo en Inglaterra, Bélgica y la misma Francia.

Y ha servido, por último, el antimilitarismo para que aunque triunfante felizmente Francia, Inglaterra, Estados Unidos y demás aliados, la victoria se haya demorado y el mundo haya sufrido mucho más tiempo las miserias de la guerra.

Debemos hacer notar, como conclusión, que el mismo Hamón, a quien nombramos sólo por ser uno de los combativos más irreductibles del Ejército, llega a las siguientes conclusiones que tomamos del índice de su obra "El valor de los tratados entre naciones": Su base es el interés, pero no tiene otra sanción que la guerra. El derecho legal no tiene existencia en sí. Los derechos naturales son realmente necesidades de la naturaleza. Predominio de los fines económicos entre los elementos directores. La lucha por la posesión de los caminos". Estas son algunas de las conclusiones sintéticas; aparte de ellas nos demuestra el autor que esta conflagración ha sido la más grande de las calamidades, por lo que se considera autorizado para continuar su prédica contra la guerra, la sociedad, las condiciones de existencia en el planeta. Lo curioso es que no nos dice nada de lo que podrían ser medios eficaces de impedir tales desgracias. Su posición, es la de un individuo que nos describiera los estragos del cólera o la fiebre amarilla, y que no habiendo podido alejarlos por medio de exorcismos, propuestos anteriormente por él y otros que pensaran como él, notando la concomitancia del fenómeno epidemia con la afluencia de médicos, enfermos y elementos de sanidad,

siguiera diciéndonos: hay que concluir con los médicos, con las drogas y con este estado social que produce epidemias. El equivalente del absurdo anteriormente consignado, es lo que vuelve a ofrecer a Hamón como conclusión de su libro: "El único remedio es el desarme general"! Siempre lo mismo: confundir la sombra con el objeto real.

El caso de Hamón es excepcionalísimo, debemos hacerlo notar. Casi todos los demás jefes de agrupaciones anarquistas y socialistas, antimilitaristas y pacifistas, de hecho, si no por medio de documentos tan elocuentes como los anteriores, se han confundido en el fragor de la lucha, afirmando cada uno desde su tierra natal la idea de patria y la obligación de defenderla.

No se trata, pues, de conjeturas, sino del cuadro bien real ofrecido por todos los pueblos de Europa, los Estados Unidos y el Japón. En Sud América dominan las mismas tendencias, habiendo aprovechado el Brasil esta oportunidad para organizar sus elementos bélicos y en particular las industrias, a favor de su situación de beligerante frente al Imperio Alemán. Chile representa uno de los Estados más notablemente organizados en vista de la posibilidad de una guerra; allá no hay nada nuevo que notar, ya que todo está encaminado en ese sentido de largo tiempo atrás. En lo que respecta a la República Argentina, el crédito extraordinario de cien millones de pesos pedido por el Presidente Irigoyen, fuera de los elementos que ya posee ese país, no puede dejar lugar a dudas sobre las corrientes que dominan la opinión. Es decir, que están francamente encauzados, de acuerdo con las tendencias que una vez más se han impuesto en el mundo. Completemos el cuadro con Méjico, que puede prescindir del extranjero, fabricando todo lo necesario para la guerra, y que, a pesar de las discordias internas, demostró frente a los yanquis que constituye una vo-

juntad, un poder como nación nada fácil de avasallar, y resultará más evidente la gravedad de nuestro estado.

¿Dónde están los países que no tienen servicio obligatorio? ¿Cuáles son los partidos que se desentienden de los problemas de la Defensa Nacional? ¿Quiénes son los estadistas que pretenden sustraer hoy a los pueblos de las garantías necesarias para el caso de guerra?

Es evidente que hoy en todo el mundo civilizado, no se encuentra un solo Estado cuyo criterio y orientaciones hayan sido subvertidas en esta materia como en el Uruguay.

No es con programas doctrinarios que se resuelve el problema de la Defensa Nacional. Y éste nos es impuesto por la fuerza de los hechos; por la irresistible realidad aceptada por cientos de millones de seres humanos, entre los que formamos una triste excepción.

No es un millón y medio de orientales que le va a imponer normas al mundo; no es una de las naciones más pequeñas de Sud América la que haya de encauzar en el pacifismo y en las corrientes adoptadas por nosotros a todo un continente. Los países sudamericanos están a un siglo apenas de distancia en el tiempo del coloniaje; es dudoso que hayan salido completamente de las disensiones internas; es evidente que no hay delimitaciones fronterizas, producidas por principios de equilibrio continental, ni por las necesidades y la densidad de las poblaciones, quedando por definir y resolver multitud de problemas de índole política, económica y militar.

Hay un viejo pleito entre los herederos del Virreinato y la antigua corte de Portugal, trasladada a Río de Janeiro y subsistente como aspiración, aunque la república haya reemplazado a los Braganza; hay una cuestión andina y patagónica aplazada, con el agravante de que la densidad de un gran pueblo militar

como es el chileno, pide expansión hacia las tierras despobladas de la parte austral y oriental; hay una cuestión de Alsacia y Lorena entre Chile y Perú; un problema jurisdiccional de aguas entre el Uruguay y la Argentina, — aparte de Martín García, — o mejor dicho, si se miran las cosas con profundidad, entre la República Argentina y el Uruguay, el Brasil, el Paraguay y hasta Bolivia; una cuestión de Yacuiva entre bolivianos y argentinos....

Además,—y esto es lo más imperioso para nosotros, existe el servicio militar obligatorio en la República Argentina, el Brasil, Chile, Perú y el Paraguay; existen arsenales, centenares de cañones, oficiales instruídos, parques de aerostación, flotas ya considerables, y alrededor de un millón de hombres preparados para la guerra.

Muy poco tiempo hace que Chile y la Argentina estuvieron a punto de solucionar sus diferencias con las armas. No es del caso olvidar la actitud del Ministro Zeballos y de su país respecto a la República Oriental del Uruguay con motivo del asunto del "Constitución"; otro tanto podría decirse del asunto del Acre, y anteriormente del pleito de las Misiones, en el que la cancillería de Río de Janeiro obtuvo un ruidoso triunfo sobre la de Buenos Aires.

Se dirá que no hubo guerra; pero no se negará que a nadie hubiera asombrado una desgraciada derivación de cualquiera de esos incidentes.

A principios de la guerra de 1914 se hablaba continuamente en nuestro continente de "la paz reinante en el bendito suelo de América". En nuestro país, donde no se quiere pensar en la gravedad de la propia situación, esos *clichés* son constantemente repetidos, como en todos los casos en que alguien quiere engañarse a sí mismo. Se decía ingenuamente que de esta parte del globo saldría la solución que le devolviera

al mundo el reposo. Sólo una ignorancia crasa de los grandes problemas mundiales podía hacer pensar en esa forma.

La fórmula del asunto era bien sencilla. Cuatrocientos millones de europeos, los hombres más fuertes por su preparación científica, por su caudal de ideas, por sus manufacturas, por su metalurgia, sus navíos, sus medios plurales de comunicación, sus armas y el más formidable stock de oro disponible, arrastrando en pos toda el Asia, el Africa, la Oceanía y parte de América, por las colonias inglesas y francesas y el Japón, representan la casi totalidad del género humano. Cuando todo eso gravitaba hacia una solución guerrera, pretender que doscientos millones de americanos, aún contando los yanquis, es decir, una décima parte de los hombres del mundo, que no son por ningún concepto los más influyentes, pudiera hacer girar dentro de la órbita de sus aspiraciones las restantes nueve décimas partes de la humanidad, es incurrir en una ingenuidad rayana en pobreza de espíritu.

El bendito suelo de América, quedó en poco tiempo incluído en la jurisdicción guerrera. Estados Unidos, Brasil, Uruguay, Perú, Bolivia, Ecuador, Cuba, Haití y Centro América están en lucha franca con Alemania, o lo están indirectamente. Francia y Rusia por una parte, Alemania y Austria por otra arrastraron a toda la Europa; Inglaterra y Francia lanzaron a la hoguera sus inmensas posesiones y zonas de influencia; la lucha en los mares, convertidos en zonas de combate sin restricciones, llevaron a los pueblos de Norte y Sud América. Nada más sencillo, nada más lógico y previsto para los que conocían, aún durante la paz, los antecedentes fundamentales de una posible guerra franco-alemana, como elemento primo.

¿Es que ha modificado los aspectos de esta gigantesca lucha el socialismo, el antimilitarismo, el pacifismo, etc.?

No han ejercido la menor influencia benéfica. Sólo se presenta como una excepción el socialismo ruso, allí donde se cunfunde con traiciones a la patria y a los mismos intereses de la humanidad, en nombre de los cuales ha derrocado el viejo régimen.

Cuando el Imperio alemán y sus aliados amenazaban desplomarse, antes del desastre interno de Rusia, fueron los socialistas de todo el mundo los que le tendieron la mano al Kaiser, reuniéndose en Estokolmo para darle una salida, susceptible de dejarlo en condiciones de reponerse y amenazar de nuevo la libertad de los pueblos.

Fracasó el socialismo primero, no demorando un día la guerra universal; fracasó de nuevo en Estokolmo, al querer y no poder impedir la destrucción total del kaiserismo prusiano; pero todavía lo vemos reaparecer bajo el mismo aspecto por tercera vez en esta lucha titánica, para escollar, sí, mas después de encenagarse en las estepas de Rusia, haciéndose acreedor al desprecio de toda la parte más noble de la humanidad, a la que deberá dar cuenta de varios millones de víctimas. Una vez mas el Socialismo, que debía haber evitado la guerra, no sólo no la evita sino que la prolonga. Asalariado, vendido, en la persona de Lenine, de Trotzky, de todos los "bolshevikis" rusos, traidores a la patria, hace alianza con la única forma militar que no es aceptable—el viejo prusianismo heredero de Guillermo el Grueso, la bestia apocalíptica entre los jefes de Estado. Pone en tela de juicio las mismas libertades rusas, la emancipación de la Polonia y las provincias bálticas; mata todo lo que significa selección dentro del gran imperio de los zares; decapita a los ilustres jefes que habían comandado en los Cárpatos, en el Vístula y en el Cáucaso; saquea los bancos y las casas de los particulares; asesina a los residentes extranjeros como si hubiera renacido la Horda de Oro

originaria, y deja que en un supremo esfuerzo toda la fuerza alemana, austriaca, turca y búlgara, vuelva a amenazar el Cerebro del mundo, que un segundo Marne inmortaliza de nuevo en el símbolo radiante del Ejército y la nación francesa.

Pero hay que seguir diciendo que nos aproximamos a la supresión de la guerra; hay que asegurar que la paz en América no puede ser conmovida!

Preciso es, para que nuestras enegías no se desvíen de otros programas, seguir atronando el ambiente con las fórmulas que se supone que atraerán el voto de los obreros, hasta deslumbrar con la evidencia de que esta "Grecia Americana" será respetada por su legislación, por sus ideas, por su desprecio hacia las viejas fórmulas, a las armas, "al capitalismo prepotente", a "los pelucones diplomaticos", "universitarios" o "con entorchados"...

¿No puede haber guerra en "el suelo bendito de América"? Y el Brasil, nuestro fronterizo y amigo lo está con Alemania, a pesar de la distancia; a pesar de que se trata de dos pueblos separados por el Océano.

No hablemos de una guerra nacional. Si como se previó en un momento dado, las colonias alemanas del Sur del Brasil se levantan en armas y empujadas por las fuerzas brasileñas se hubiesen dirigido a nuestra frontera batiéndose en retirada, ¿con qué elementos se las habría contenido? Sabemos que nuestros diez mil soldados, más o menos, son hombres capaces de hacerse matar y aún en igualdad de condiciones capaces de las mayores hazañas. Pero con diez mil hombres no se puede resistir a fuerzas cinco o seis veces mayores, y menos aún *no teniendo municiones con que combatir un día.*

Es una simple hipótesis, sobre la que no insistimos, enunciada con el solo objeto de revelar la ridiculez de las afirmaciones de nuestros impugnadores.

Es un hecho bien reciente en nuestro continente la intromisión norteamericana en Panamá, cercenando el territorio de Colombia; lo es igualmente la intervención en Venezuela y la ocupación de las tierras necesarias para dominar el gran canal de Centro América: Méjico se ha visto privado de una buena parte de su territorio, y en el último medio siglo, en nuestras proximidades se han desarrollado las guerras entre Chile y el Perú contra España; la de Chile contra Perú y Bolivia, y la de la triple alianza contra el Paraguay, *en la cual intervino el Uruguay, no obstante tratarse de una guerra ofensiva.*

Nuestras cuestiones internas han determinado algunas de las más serias actitudes y hechos con intervención del extranjero. La guerra del Paraguay es un ejemplo, pudiendo asegurarse que mientras el país no sea consolidado totalmente, por medio de la instrucción militar, siempre subsistirá el peligro de una complicación con elementos extraños, provocada por una parte del mismo pueblo nacional. No queremos insistir sobre este tema porque es demasiado doloroso y antipático, suscitando la polémica y el agravio de partido a partido. Nuestra obra está inspirada por un gran ideal nacional, y aunque afiliados a una de las agrupaciones tradicionales en que se divide la República, no queremos empequeñecer la grandeza de una aspiración que es de todos, perturbando su gestación con resurrecciones discordantes.

CAPITULO VII

Etica y experiencia histórica. Los dos principios directrices de la Moral. Afirmación de sí mismo: simpatía, caridad y solidaridad.—El Helenismo; el Cristianismo y la Iglesia; el Renacimiento y la época moderna.—La dirección individualista y combativa: Descartes, Spinoza, Kant, Fichte y Nietzche.—La dirección estoica y cristiana hacia la humanidad: Hutcheson, A. Smith, Hume, Comte y los doctores de la Iglesia. Predominio del primer grupo en el desarrollo de la vida, y del segundo en el plano especulativo.—Equivalencia de los períodos de paz y de guerra a través del tiempo.—Los progresos intelectuales y los del mundo objetivo son independientes. Regresiones morales en las prácticas de la guerra.—El derecho de asilo y las Treguas en la Edad Media. De las campañas napoleónicas a los crímenes alemanes en la actualidad. — Una antinomia: Rousseau y Baudelaire. — Irreductibilidad del elemento combativo: opinión de Ramón y Cajal. Enunciación de un axioma empírico por el príncipe Bülow.

Esa moralidad fuerte, cuya característica constituye la preocupación del perfeccionamiento individual, informó las especulaciones de los griegos, pudiendo concretársele en la fórmula de las cuatro virtudes: prudencia, valor, imperio sobre sí mismo y justicia, cuyo reinado, a pesar de la disconformidad de Aristóteles domina desde Platón hasta Panetius (II siglo antes de la era). Al socializarse en cierto modo el concepto de la moral bajo los romanos, colocándose en primera fila al *honestun*, o sea lo que forma el buen ciudadano, el concepto del deber social, la grandeza de alma como

parte de la nación, es innegable la ampliación del concepto moral, pero no por eso deja de perseguir las finalidades de conservación, integridad, vida enérgica.

El Cristianismo y la Iglesia introducen dos nuevos elementos; uno de ellos es el que anima hoy las nuevas teorías solidaristas y las de los que han tratado de erigir en Francia una moral laica, sustituyendo la antigua base cristiana, fundada en la filosofía espiritualista, por una simple etiqueta, sobre la que Mr. León Bourgeois ha producido extensas disquisiciones.

El Cristianismo y la Iglesia introdujeron dos nuevos valores éticos, cuya influencia ha sido y es incontestable, en lo que se relaciona con la dirección de la vida; (1) fueron estos elementos, las aspiraciones que concreta el amor a Dios, y como corolario de éste, el amor hacia la humanidad. Entran, pues, en acción, factores del más puro desinterés y espiritualidad, que debían producir la fórmula agustiniana que rige la Edad Media y las tres virtudes "teologales": fe, esperanza y caridad; pero no obstante el inmenso poder de esta tendencia, que trata de alejar al género humano del reinado de la fuerza, de la lucha violenta, de los conflictos del mundo objetivo podríamos decir, para refugiarse en una fuerte vida interior, de ardiente aspiración hacia la esfera suprasensible, a pesar de todo, subsiste la influencia del helenismo, que pasa íntegra a los mismos padres de la Iglesia, pudiendo encontrarse intacto a Panetius y por ende a Platón, en el *De Oficiis Ministrorum* de San Ambrosio, que fué el libro de varios siglos.

Sin que jamás hubiera cesado *el predominio volitivo*, la preparación para la lucha, exaltada en la moral de

(1) Ver EUCKEN—«Los grandes pensadores: su teoría de la vida».

los griegos y los romanos; sin que el cristianismo mismo hubiera podido ahogar ese elemento tan fuerte, instintivo y real, como lo es por consecuencia la guerra en la historia de la humanidad, con el Renacimiento, como dice Hoffding, aparece "la afirmación vigorosa de sí mismo, considerada como una tendencia individual que se cultiva y se admira".

Desde entonces, hasta nuestros días, puede decirse que las tendencias morales si se han polarizado alrededor de dos ideas, predominantemente afirmativa, enérgica y creadora del esfuerzo que conquista el tiempo y el espacio una, y la otra, de inclinaciones más sentimentales y humanitarias, hay evidentes ventajas del punto de vista de la práctica y las inclinaciones de los hombres a aceptar las de los primeros.

El primer núcleo de orientación comprende los nombres de Descartes, Spinoza, Kant, Fichte, Nietzche y la mayor parte de los tratadistas alemanes contemporáneos en una forma extrema y hasta barbarizada de la tendencia. Entre los maestros de nuestro siglo informa en diversos órdenes de especulaciones la idea del Derecho, sostenida por Duguit en Francia y por Jellineck en Alemania; en materia científica se relaciona con ella la orientación biológica y social de Haeckel, Le Dantec y Le Bon. El otro grupo, mezcla de recuerdos estoicos conciliados con principios cristianos y diversas corrientes de la filosofía pura, está representado principalmente por Hutcheson, Adam Smith, Hume, Comte y Schopenhauer.

Los socialistas representan una aplicación de las tendencias del segundo grupo, con la diferencia de que en este conflicto, entre la afirmación de sí mismo individual o colectiva y la abnegación, el amor a la humanidad, la caridad, etc., los socialistas no representan una doctrina moral, sino una aplicación desnaturalizada de un alto principio cristiano y estoico, convertido

en un procedimiento nivelador que utiliza en beneficio propio, un verdadero cuerpo extraño, cual es la vieja fórmula del estado romana y regalista.

Esta brevísima síntesis de las evoluciones morales demuestra que, la afirmación de sí mismo como principio directriz, aún en el orden superior de las ideas, ha tenido un fuerte predominio y sigue teniéndolo. La historia demuestra que en la práctica, la afirmación de sí mismo, raíz del elemento combativo, ha dominado casi totalmente la vida de los hombres como la de las demás especies. Ese predominio casi absoluto en materia biológica, social, económica y militar, forzosamente ha tenido que superar al ejercido desde el mundo de las ideas por el principio opuesto.

La realidad material está directa o indirectamente regida por la lucha por el espacio, derivada de la afirmación de sí mismo. El mundo moral y espiritual ligado al anterior por la naturaleza humana conoce otros principios y otras aspiraciones; tiene modos de existencia que marcan una oposición y un dualismo radical, expuesto ya por Platón y definido en términos irreductibles por Descartes. De ahí que si otros elementos surgen en la conciencia para oponerse a la afirmación exclusiva de sí mismo, como estamos aún en calidad de entes de razón íntimamente ligados a la experiencia, el elemento empírico, los motivos prácticos que nos hablan de la fuerza, de la conservación, de la lucha, no sólo tiranizan su propio medio, sino que en virtud de nuestra naturaleza dual dan normas e invaden también el campo de la moral especulativa. Sólo en los dominios de la Razón pura, en la especulación del místico, en la parte superior de ambas escalas dialécticas, deja de reinar y pierde sentido la afirmación de sí mismo, punto de partida de nuestras luchas; en el foco remoto de "la duración pura" diría un gran pensador contemporáneo, donde nada tenemos que ver con

la imposición geométrica, espacial y numérica de lo que llamamos la vida real.

Sin duda la afirmación de sí mismo y la abnegación son perfectamente conciliables, constituyendo un ideal de armonía teóricamente realizable. Con mayor razón la afirmación de la personalidad y la justicia son conciliables; pero en la práctica, lo que vemos es sólo la afirmación personal perfeccionada hasta el imperio sobre sí mismo, contenida por la autoridad, de las grandes formas sociales, la familia, el Estado y la Iglesia. Resulta así, el triunfo de las obligaciones morales, más o menos fielmente observadas entre los individuos, que desaparecen hasta cierto punto, en cuanto entidades combativas, sin que por esto se cumpla otra cosa que una mayor síntesis no contraloreada de las tendencias ancestrales, cuyos impulsos totalizados en la fórmula de las naciones quedan en presencia, sin más contrapeso respectivo que el factor fuerza; porque es evidente, que si existe la abnegación, la caridad y el espíritu de justicia de parte de muchos hombres para con sus semejantes, tales virtudes no rigen las diferencias entre las grandes asociaciones humanas en sus diferendos.

Observando los hechos tal como se nos presentan, vemos que, dentro de un grado superior de cultura, la afirmación de sí mismo está poderosa y voluntariamente moderada en la familia, por la simpatía, o sea el amor; en el Estado se conserva esta situación por ideales que reglamenta el Derecho y cuyo cumplimiento asegura la Fuerza; en el reino hipotético de la humanidad, concebida como los anteriores, entre las naciones, hay inversión de factores, la Fuerza reaparece con todo el imperio ancestral, bajo fórmulas que pueden calificarse de decorativas, dada su completa subordinación y escasa influencia en la historia de los pueblos.

Creemos demostrado por la experiencia histórica y hasta por las observaciones de actualidad que la guerra constituye un fenómeno perfectamente normal y constante en la humanidad, y además de constante, porque surge desde que el hombre existe, decimos normal, porque si las guerras son hoy menos frecuentes, no creemos aventurado afirmar, que intensivamente considerados los períodos de violencia, dada la suma de energías que ponen en libertad, compensan, sin duda alguna, los intervalos más dilatados de paz; pudiendo afirmarse que la guerra es un estado tan frecuente en la evolución humana, como puede serlo el reinado de la paz, energéticamente establecidas las equivalencias.

El progreso que ilusiona a los utopistas, es un espejismo del campo intelectual. La enunciación de postulados generosos progresa siempre; el campo teórico se dilata sin cesar, y una parte de la humanidad, a fuerza de confundir los hechos con las ideas, ha concluído por creer en la edad de oro de las leyendas.

Es una ilusión. La guerra es menos frecuente; se produce a tanta mayor distancia, cuanto más poderosos son los medios de acción puestos en juego y cuanto mayor es el estado de postración en que quedan los combatientes. Se cumple el principio físico de las *velocidades virtuales* "lo que se gana en fuerza se pierde en velocidad" y viceversa No hay más que inversión de factores.

Es cierto que la guerra ya no se declara por motivos fútiles; pero esto es el resultado de su misma intensidad, desde que el servicio obligatorio ha hecho que las luchas ya no sean entre ejércitos de profesión reducidos, sino entre naciones totalmente militarizadas, debiendo terminarse con el aniquilamiento de todo un pueblo.

Aún en el orden moral, no ha habido más que *inversión de factores,* también, y el progreso de que tanto se habla apenas se apercibe.

Evidentemente hoy es más difícil que en otras épocas, que la voluntad de un príncipe arrastre a las naciones al combate; ya no se habla tanto de la voluntad de Dios, para llegar a esos extremos; pero se justifica cuando conviene, por la necesidad de expansión comercial, la protección de los súbditos en tierra extraña, y cuando se trata de pueblos francamente imperialistas, todo lo permite hasta esa filosofía "a golpes de martillo", como el mismo autor genial de Zaratustra llamó a sus propias concepciones recias e implacables.

Casi nos atreveríamos a decir que no sólo no hay derecho a hablar del progreso en este orden de ideas, sino que pueden notarse pruebas de retroceso. No ya en el siglo pasado, en época considerada de verdadero eclipse para el derecho y la civilización, en la Edad Media, cuando las invasiones bárbaras amenazaban concluir con todo lo que había cimentado la cultura helénica y romana, encontramos ejemplos magníficos de las fuerzas morales, oponiéndose y deteniendo realmente masas de hombres que muy poca diferencia ofrecían con las bestias. Durante las invasiones de los bárbaros, varias veces abuelos de los alemanes, aunque idénticos en el fondo, a los que han destruído a Bélgica y algunos departamentos franceses, si bien fueron arrasadas las mismas regiones, aquellas hordas frente a Troyes fueron detenidas por Saint Lup, sólo desde lo alto de las murallas.

El mismo Atila quedó paralizado al frente de los hunos, después de asolar el Norte de Italia cuando marchaba sobre Roma, por el Papa León I, que lo esperó en las proximidades de Mantua. *El derecho de asilo* instituído en los primeros tiempos de la Edad Media, fué respetado por los bárbaros. Sería interesante encontrar hoy un caso análogo a pesar de todos los progresos de que nos hablan los socialistas, los pacifistas y antimilitaristas, pudiendo afirmarse que

ningún hospital, iglesia, museo, ni orfelinato ha sido respetado en esta guerra por los dignos sucesores de aquellos bárbaros de hace mil cuatrocientos años...

Vemos igualmente en la Edad Media, *las treguas*, lo mismo que los puntos de asilo considerados inviolables, y que instituídos por la Iglesia en el siglo XI extendieron su protección durante las guerras a las casas de los campesinos, una buena parte del año, desde el miércoles por la noche a la mañana del lunes. Como es natural, las expediciones tenían que detenerse y la guerra era seriamente dificultada en sus formas más injustas, por medio de aquel derecho de gentes, que aunque imperfecto era, sin embargo, respetado.

Si la fábula mitológica nos habla de fieras dulcificadas por el poder de la armonía musical; si por la tradición bíblica sabemos, que los leones se detenían ante la mirada de un profeta; y en las suaves tradiciones de la Umbría se recuerda, al lobo de Gubbio que dejó de hacer destrozos a influjo de la palabra de San Francisco de Asís, aquel que al Sol, a los pájaros, al fuego y al lobo les conversaba, llamándoles hermanos, la era en que vivimos nos convence, en cambio, de que toda una raza de hombres, positivamente avanzada en la cultura intelectual, como son los pueblos alemanes, merece menos respeto que las fieras de las leyendas.

Aproximándonos a un período reciente, si algo puede notarse en las prácticas de la guerra es una regresión inexplicable, que marcha paralelamente con una verdadera decadencia moral.

En el curso de un siglo puede establecerse una comparación respecto a uno de los pueblos, que, considéresele como se le considere, representa una parte considerable de la humanidad civilizada. De todas las naciones de Europa la que fué peor tratada por Na-

poleón era Alemania. Abatida y humillada le dió 22,000 soldados prusianos al grande hombre, en el momento de invadir a Rusia. Al finalizar la retirada, en 1812, después que las nieves habían agotado los ejércitos imperiales, Napoleón empezaba su campaña magistral de Sajonia, encontrándose frente a toda la Europa, incluso Alemania sublevada. Federico Guillermo III ya estaba separado de hecho de los franceses y se incorporaba a la coalición. El general York, que mandaba las tropas prusianas, abandonó el comando, pero como su país hasta ese momento era aliado de Francia, los generales prusianos no abandonaron al jefe supremo Macdonald, y pelearon hasta fines de diciembre contra los rusos, asegurando la retirada de la izquierda francesa.

A pesar de una psicología milenaria, nada digna de elogios, en el siglo pasado, pues, habían muchos hombres de palabra en Alemania, que respetaban escrupulosamente lo pactado. Ciento dos años después, la casa reinante, los jefes militares, los diplomáticos, el Parlamento, los filósofos, el pueblo en masa, han hecho todo lo que estaba a su alcance para convencer al mundo de que constituyen una aberración, por su cinismo y por su barbarie.

Los veinte años de las guerras de la Revolución y del Imperio, y los cinco años de la lucha general iniciada en 1914, representan relativamente a cada época, un máximo equivalente de esfuerzos, llevados hasta donde lo permite la energía de los hombres y los recursos de las naciones; no obstante, una enorme diferencia separa esos dos períodos del punto de vista moral.

Francia y Napoleón representaron grandes ideales y grandes ambiciones; pero a pesar de que actuaban a fines del siglo XVIII y principios del XIX, evitaron la efusión de sangre inútil; llevaron el progreso desde

el Guadalquivir hasta las Pirámides; y en toda su historia no se encuentran crueldades inútiles. Los grandes detractores del genio de la guerra, Lanfrey, Charras y Barny, entre ellos, apenas han podido encontrar dos hechos discutibles, pero que jamás podrían dar mérito al califictativo de cruel, la muerte del duque de Enghien y el opio dado a los heridos que no pudo llevarse de San Juan de Arce, y que no quiso librar al degüello por los turcos. En cambio, a principios del siglo XX, "las ideas avanzadas", los programas socialistas y pacifistas, las conferencias de La Haya y la prédica de millares de escritores enemigos de los ejércitos y de la violencia, no han podido evitar todas las atrocidades cometidas, de las que es imposible hablar detenidamente, estando consignadas en la prensa y la inmensa bibliografía producida durante los últimos años.

Los grandes idealistas de Alemania son los que han proclamado la doctrina de la Fuerza, hasta la negación de todo sentimiento humanitario. Fichte, el filósofo eminente (!) dice que: "*El alemán es para el extranjero lo que el bien para el mal*"... y Von Bernhardi asegura: "*Las naciones débiles no tienen el mismo derecho a vivir que una nación potente y vigorosa*".

Todas las jerarquías intelectuales atestiguan con sus exponentes barbarizantes, los riesgos que corre un pueblo que se deje aletargar por el virus de los predicadores ultraavanzados.

Tomando como punto de partida la lucha a muerte de las especies, filósofos como Fichte y Nietzche han proclamado la desaparición de los débiles y el advenimiento del "superhombre", anticipado por el sometimiento universal al Superpueblo, al que felizmente el general Foch le dicta hoy condiciones humillantes. Treitschke se encargó de deducir las mismas ideas de

la Historia; Jellineck las ha adaptado al Derecho; Von Bernhardi y Von der Goltz, a las teorías de la guerra, después de haberlas practicado en política Bismarck con los continuadores neurópatas de la familia de Hohenzollern.

Se dirá: esas doctrinas no triunfan; los pueblos que rinden culto a la Libertad y al Derecho son los vencedores, destinados a reorganizar las fronteras y las normas internacionales. Mas, no olvidemos que si la gran Francia, Inglaterra, Estados Unidos, representantes máximos del progreso moral, suplantan los ideales germánicos, no es porque el Derecho haya vencido a la Fuerza; es porque había más fuerza en el grupo de naciones imbuídas de principios y verdadera civilización. No es el Derecho. en calidad de poder inmanente, sobre el cual los utopistas latinos han construído un sistema inadecuado para la sustentación de las recias realidades de la vida, el que ha vencido a la fuerza; es la superioridad, la preparación profunda y única de la Escuela Politécnica y los oficiales franceses que han encuadrado a la Europa; es el eje de resistencia formado por el formidable ejército de ochocientos mil hombres, de la nación gala en pie de paz; el servicio de tres años y hasta la militarización de las colonias; las usinas de Schneider, con la mejor artillería de tiro rápido; las escuadras inglesas, francesas y norteamericanas, las arcas de oro sin rival de los Bancos de Francia, Inglaterra y Estados Unidos, y las masas rusas durante tres años, con tropas de cubierta que figuraban entre las mejores; el genio y la energía francesa, sobre todo, unidos a la tenacidad anglo-sajona y al impacto denso como ninguno de los eslavos, la Fuerza siempre unida a lo subliminal, al talento y a la ciencia, al servicio de poderes materiales, los que han vencido a otro poder material, menos completo y menos inteligente, sobre todo.

Es eso, y no es más que eso. Tal la lección a que hemos asistido entre los golpes ciclópeos del mundo civilizado.

No hay nada nuevo por lo tanto; nada que pueda asombrarnos, fuera de una lección más para los "ideólogos".

El pobre Rousseau, que creía que el hombre era un sér bueno pervertido por la sociedad, estaba equivocado, y Baudelaire, con su genio sutil, concretaba mejor la realidad, al decir que, el hombre es un sér instintivo y salvaje, cubierto por la civilización con una capa de esmalte. No otra cosa declara al término de esta guerra el sabio histólogo Ramón y Cajal, al afirmar que hay que perder toda esperanza en materia de más tranquilas respuestas cerebrales a las excitaciones exteriores, dada la constancia revelada por la estructura nerviosa, la identidad absoluta de los instintos y de las tendencias, así como las enseñanzas enteramente negativas, en cuanto concierne a la adquisición hereditaria de las experiencias y los progresos en que podrían cifrarse las conjeturas a favor de una organización de la vida más justa y más humana.

Más profundamente, podríamos decir, que aunque los hombres fuesen ángeles, las leyes morales no coinciden con las exigencias del mundo objetivo.

Dejemos, pues, a un lado las discusiones filosóficas y encaremos la realidad con criterio práctico.

La guerra resulta un elemento tan frecuente y fatal como inexplicable; y aunque esto no dé mayor satisfacción a nuestras necesidades explicativas racionales, da razón al príncipe Bülow, cuando escribe: "La guerra es un elemento puesto por Dios en el plan del mundo"; lo cual, con apariencia de paradoja, se traduce para quien no quiera aceptar ninguna intervención deísta, en *la guerra existe porque existe.* Petición de principios, si se quiere, pero verdad de experiencia indiscutible.

No nos consideramos obligados a explicaciones mucho más profundas, no sólo porque nuestra obra persigue la constatación de hechos, sino también porque aun en materia científica, fácil es demostrar que el análisis se detiene en la superficie de las cosas. Nuestras ciencias constituyen archivos más o menos ricos de las manifestaciones de la materia y de las fuerzas tal como nos son dadas, es decir, como se nos revelan. En cuanto a los ¿por qué?, nada absolutamente podemos decir, no menos que de las cualidades diferenciales, que en nuestro estado actual constituyen elementos irreductibles. Las ciencias positivas son sólo un inmenso cúmulo de antecedentes relativos a *como* se nos presentan las cosas. Las síntesis más profundas de la Filosofía, nada pueden desentrañar respecto al sujeto en sí, ni a los objetos en sí, ni tampoco de la naturaleza de las relaciones entre esos dos términos.

No extrañe, pues, que nos demos por satisfechos con una definición tan poco analítica, cual sería, la guerra existe porque existe. Es un hecho comprobado y con eso nos basta.

No mucho más decía el insigne Claudio Bernard, cuando definía la Muerte, diciendo que era "lo contrario de la vida"; verdadera expresión científica, de una insuficiencia universal del conocimiento en general, que Molière ridiculizaba en la respuesta del médico, a quien se le preguntaba "¿por qué el opio hace dormir?, al contestar solemnemente: el opio hace dormir, porque tiene una propiedad durmiente".

La guerra existe desde que hay hombres y seres animados en general, y nada indica que esté próxima su desaparición. Nadie puede darnos, por lo tanto, la certeza de que más tarde o más temprano, no perturbe esta parte del Continente, arrastrándonos en la vorágine. Por consiguiente, ¿qué es lo que debemos hacer con criterio patriótico, previsor, sensato?

Debemos seguir la evolución, en esta materia como en los demás órdenes de ideas. Debemos resolver ese gran problema, el más importante, porque se relaciona con el instinto y las posibilidades de la conservación, que es el sentimiento elemental de la personalidad. Debemos mirar en torno nuestro, encarándolo como los demás pueblos, pues no hay fórmulas mágicas que permitan evitarlo.

LIBRO III

Nuestro problema militar y los principios generales de organización

---

El Servicio Obligatorio

CAPITULO VIII

La Defensa Nacional sólo puede ser resuelta por medio del Servicio Obligatorio. Insuficiencia de los demás sistemas *a*) Servicio obligatorio y formaciones de reserva en pie de paz: ejemplos de Francia, Alemania, Chile, Brasil. Rep. Argentina y casi todos los pueblos civilizados. *b*) Ejército permanente de "enganchados", o carencia del mismo, con instrucción general y maniobras: Suiza y algunas colonias inglesas. Obligaciones análogas establecidas en nuestro Código Militar, que no se cumplen. *c*) Ejército permanente de "enganchados" y llamado a los hombres válidos en caso de guerra: Venezuela, Afganistán, Corea, Liberia. ¡Es nuestro sistema en la práctica!—El ejemplo de Inglaterra antes de la guerra. Las islas británicas no tenían servicio obligatorio; pero muchas colonias lo tenían en forma atenuada o intensiva. Efectivo de un millón trescientos mil hombres asegurado en cualquier caso. Incomprensión del ejemplo británico contra el servicio obligatorio: un gran poder unilateral que compensaba las deficiencias del ejército con exceso de poder naval. Grandes guarniciones en todos los mares. A pesar de todo, los desastres del Transvaal.—Opiniones de Kitchener, Roberts, French y del general francés Langlois.

Llegamos al punto en cuestión, origen de las dos grandes corrientes que dividen las opiniones.

Entendemos que planteada la posibilidad de una guerra y la necesidad de defenderse, ya no puede haber discusión posible entre hombres que tengan ligera idea de lo que es un ejército moderno, de la extraordinaria complexidad de los servicios actuales, de las dificultades y los perfeccionamientos que requiere una movilización casi instantánea, condición imprescindible para que sea eficaz.

A los que dicen: Somos partidarios de la defensa nacional, pero no del servicio obligatorio, no nos permitimos contestarles con una palabra lapidaria que empleó Millerand en la Cámara francesa, siendo Ministro de la Guerra, para los que sostenían semejante absurdo; porque la mayoría de los que tal dicen, son hombres sinceros, en los que es disculpable el error, tratándose de una cuestión compleja y difícil como la organización de la defensa de un país, que con seguridad ninguno de ellos conoce.

La defensa móvil de una nación puede proyectarse de acuerdo con tres sistemas principales, que, a su vez, dan lugar a combinaciones intermedias:

A) La primera por medio del servicio obligatorio en tiempo de paz, de tal modo que al cabo de un número determinado de años toda la nación haya desfilado a través de la institución militar. Pero, como es lógico que el primer año sólo habría una generación bajo banderas, es decir, instruída, y todos los hombres que ya han pasado la edad de la conscripción escaparían a las enseñanzas militares, y como un país no puede defenderse con sólo hombres de 20 o de 21 años contra un pueblo que llevara a la guerra verdaderos soldados, por ejemplo, de 20 a 45 años, como Francia, Alemania, Rusia, Austria o Serbia, es necesario buscar el medio de instruirlos en alguna forma, aunque no tan sólidamente como los que hagan vida de cuartel.

A aquéllos, entonces, se les daría instrucción obliga-

toria un número determinado de días al año, llamándolos a maniobras para conseguir *l'entrainement* físico y que se formen a la vida de campamento, procediendo así hasta que cuando hiciera 25 años que se había decretado el servicio obligatorio, y desde 20 a 45 años todos los ciudadanos hubieran desfilado por los cuarteles, no sería imprescindible la simple instrucción en calidad suplementaria. No obstante, cierto número de días de ejercicio siempre son necesarios en un país que tenga una sólida organización guerrera, no sólo a fin de que los que hayan sido soldados no pierdan al cabo de algunos años sus conocimientos en el manejo de las armas, sino también porque el material de guerra se transforma, y porque aun con el servicio obligatorio, siempre hay exceptuados, o por razones de constitución débil, o porque los presupuestos no permiten llamar a maniobras a todos los conscriptos, como sucede en Alemania y en Rusia, dándoseles los conocimientos imprescindibles en lo que en el primer país se llama la *landwehr* y en el segundo la *opoltkenia*.

Este es el sistema que aplican concienzudamente los países que tienen ejército de verdad, como Francia y Alemania, y aún pueblos pequeños, pero que son un verdadero modelo, como Serbia, y es el que con más o menos exactitud realizan, pero que tienen adoptado por ley, casi todas las naciones europeas, el Japón, Chile, el Brasil, la República Argentina y el Perú.

B) El segundo sistema consiste en tener un ejército permanente de soldados enganchados o no tener ejército permanente, estando obligados todos los ciudadanos a hacer ejercicios militares y hasta maniobras; por ejemplo, Suiza, que es el único pueblo que ha aplicado este sistema en forma que pueda ser tomado en consideración.

Pero, en realidad, el sistema suizo es un verdadero servicio obligatorio, que obliga de 65 a 90 días de ejer-

cicios de 20 a 32 años y, en menor escala, hasta los 52 años, habiendo, además, tropas permanentes en el San Gotardo y en Saint Maurice. Fuera de Suiza, que constituye un caso especialísimo y esporádico por diversos conceptos, tiene su aplicación en algunas colonias inglesas y en naciones que, en realidad, no dispone de un verdadero ejército, sino de masas de tiradores, lo cual es muy distinto, notándose, además, toda clase de deficiencias en materia de artillería y servicios auxiliares. Nuestro país, aunque nunca lo ha aplicado, tiene ese sistema establecido en el Código Militar.

C) Por último, se encuentran algunos Estados que tienen una fuerza pública permanente, y en caso de guerra llaman a los hombres hábiles a la defensa del territorio; entre aquéllos se encuentran Persia, Corea, el Afganistán, Venezuela, Liberia y otros estados embrionarios. Hasta hace poco empleaban ese sistema los Estados Unidos, cuya inmensa población, sin vecinos peligrosos, le ha permitido no tener que preocuparse del problema. Es nuestro sistema en la práctica, a pesar de lo que establece el Código Militar.

Inglaterra ni siquiera tenía el servicio obligatorio en tiempo de guerra, pero luego analizaremos ese ejemplo — que nada tiene que ver con las demás naciones continentales, constituyendo un verdadero caso *sui generis*.

Los que trataban de oponer objeciones al servicio obligatorio, deduciendo argumentos del sistema inglés, han visto derrumbarse sus ilusiones sobre ese género prehistórico de militarización, dada la nulidad del esfuerzo británico, hasta que, mediante un impulso prodigioso, esa nación ha adoptado los procedimientos modernos, tratando de recuperar febrilmente el tiempo perdido. Todo esto, debemos agregar, gracias a que sus tropas se han formado durante cuatro años, supliendo sus propias deficiencias por el encuadramiento y la dirección de la guerra, totalmente francesa.

La Gran Bretaña está formada por islas, y su poderío marítimo, basado en el principio de construir tantas naves de guerra como las dos potencias navales más fuertes del continente, más un 10 %, le asegura la inviolabilidad de su territorio, aún frente a una coalición. En realidad, Inglaterra es una gran potencia militar unilateral, que en vez de atender a un ejército fuerte y a una marina poderosa, confía sus destinos a una armada formidable. Pero, no es esto sólo. Es inexacto que el Imperio Británico no tuviera servicio obligatorio, y los que tal cosa dicen, no saben de lo que hablan.

Si las tres islas europeas no lo tenían y sus 46 millones de habitantes pudieron enriquecerse libremente, eximiéndose de las cargas del servicio personal, es porque se apoyaban, en parte, en los 380 millones de súbditos que gobiernan en toda la tierra. Inglaterra no tenía servicio obligatorio, sin duda; pero una parte del Imperio Británico sí, y cuando se dispone de cerca de doscientos millones de hombres, se cuenta con recursos, que es irrisorio tomar como ejemplo, al tratar de naciones pequeñas.

Por lo pronto, en su campamento de Aldershot, ciudad militar, admirablemente organizada, uno de los lugares más elegantes y confortables donde radiquen tropas, había permanentemente cuatro cuerpos de ejército, prontos a la primera orden; era el *Striking force*, o fuerzas de choque, con un efectivo de cerca de 170,000 hombres. Pero, además, habían permanentes, también, en la India, otros 170,000 soldados de profesión, que con su primera reserva se elevaban a 250,000. Luego tenía fuerzas numerosas, distribuídas en todos los mares, guarniciones como las de Sud Africa, de 12,000 soldados; 7,500 en Malta; casi otro tanto en Chipre, en Egipto, en Mauricio, las Bermudas, Gibraltar, Hong-Kong, Singapore, y diversas estaciones y

apostaderos. Pero no es esto sólo; lo que no se tiene en cuenta, es que Australia y todas las tierras vecinas de los archipiélagos, todo el mundo oceánico aquél, o como le llaman los ingleses Commonwealth of Australasia, tenía impuesto el servicio obligatorio, dividido en seis categorías — y nada menos que empezando la instrucción militar a los 12 años! — haciéndolos formar de 18 a 20 en la "Fuerza Cívica" y continuando en la "Milicia" hasta los 26, de tal modo que, mientras los ingleses de las tres islas libérrimas podían producir tranquilamente, el Commonwealth le aseguraba al Imperio una fuerza de 180,000 hombres, más o menos preparados, entre tropas permanentes, voluntarios, policías, rifle-clubs y cadetes. No eran sólo los australianos los militarizados, sino que los canadienses de 13 a 17 años (!) hacían ejercicios de tiro para la seguridad del Imperio Británico; los de 21 a 25 seguían cursos en la Fuerza Activa, *y en caso de guerra estaban obligados al servicio obligatorio* todos los canadienses de 17 a 60 años, por una de las leyes más intensivas que rigen en el mundo.

De ahí que con las reservas directas inglesas, el ejército territorial, y, también, los recursos coloniales, el Imperio Británico podía disponer de 1.300,000 hombres, muy heterogéneos, muy diseminados, pero que distaban mucho de permitir afirmar que no tuviera servicio obligatorio, como ha venido repitiéndose desde hace tiempo por los numerosos aficionados que disertan contra nuestros proyectos militares.

El ejemplo británico, pues, no se refería a todas las zonas de la gran monarquía anglo-normanda; pero como aún así puede ser considerado el modelo de la tercera categoría que analizamos, en materia de organizaciones bélicas, diremos que, con todos los expedientes a que se ha hecho alusión, para procurarse efectivos, en caso de guerra, el ejército inglés, aun con

más de un millón de hombres disponibles, ofrecía una debilidad absoluta frente a los grandes ejércitos modernos, como lo son el francés, el alemán, el japonés, el ruso o el austriaco.

De ahí que sus autoridades militares, Lord Kitchener, Lord Roberts y French, entre ellos, hubieran luchado desde hace años por el servicio obligatorio; de ahí que muy poco haya faltado para que se cumpliera la casi profecía del eminente general francés Langlois, aquel cerebro privilegiado, que con veinte años de anticipación tuvo la visión completa de la guerra futura, inventor del cañón de tiro rápido, con Saint Clair Deville y Deport, académico y soldado de Africa, que antes de morir, en una carta memorable, dirigida al rey de Inglaterra, le aconsejaba dictara el servicio obligatorio, pues podía darse el caso, si los aleamnes invadían a Bélgica, que sus escasas fuerzas no llegaran, siquiera, a desembarcar. Esa previsión ha estado a punto de cumplirse, ya que si el ejército alemán en vez de dirigirse sobre París, atraído por la maniobra genial de Joffre, para vencerlo en la Marne, se dirige sobre Brest, como según se dice lo aconsejaba von Molke, los 60,000 británicos del primer cuerpo expedicionario de French, no hubiesen sido batidos, sino que hubieran sido "arrestados", según la frase de Bismarck, cuando le hablaban de desembarcos ingleses en el continente.

Si estas consideraciones no bastaran, nos limitaríamos a ofrecerles a los partidarios de las tropas más o menos improvisadas, el recuerdo de una campaña que no tiene refutación. Dos pequeños pueblos que sumaban menos habitantes que los de nuestro país, las repúblicas del Transvaal y de Orange, tuvieron en jaque a ese imperio gigante, el más grande de la tierra, durante un año, y aun llegaron a derrotarlo completamente en batallas sucesivas hasta los desastres de Ni-

cholson's Neck, de Spionkop y de Tuguela, convirtiendo el "paseo militar" de que había hablado Chamberlain en la Cámara inglesa, en la pérdida de 50,000 hombres y de 3,000 millones de francos.

Tales son los resultados de no tener servicio obligatorio, aún cuando se trate de una potencia formidable como Inglaterra.

Hemos mencionado los tres procedimientos principales de militarización, y nos hemos detenido comentando brevemente el tercer sistema, el de la Gran Bretaña, perfeccionado en parte con algo del segundo y del primero, o sea, instrucción obligatoria y servicio de la misma clase a cuartel.

Vamos ahora a dar a conocer nuestro proyecto de ley, para, a continuación, poner en presencia las consecuencias que podríamos esperar de la simple instrucción obligatoria, frente a cualquiera de los países limítrofes, que ya poseen el sistema que preconizamos, es decir, el de la militarización más perfecta, aunque en forma muy atenuada.

CAPITULO IX

Proyecto de Ley Paullier

(Presentado a la XXV Legislatura)

Texto íntegro del proyecto de Defensa Nacional y Servicio Obligatorio.—Conscripción, categorías, excepciones, distribución por armas, efectivos en pie de paz y en caso de movilización. Armamentos, material de artillería, usina de guerra y laboratorios. Preparación de los desdoblamientos. Marina y defensa de costas. Solución financiera: 13 millones de pesos sin apelar a nuevos impuestos.—Exposición de motivos.—Situación actual: comprobaciones sudamericanas. — No hay naciones pequeñas. — El determinismo de la guerra: ley de equilibrio continental. La política de equilibrio: importancia del Uruguay.—La gran obra nacional: el espíritu del soldado y las divisiones internas. El servicio obligatorio. Preparación de las reservas: categorías. Necesidad de adquirir 50 baterías de tiro rápido. Misión militar. Efectivo de guerra. Solución financiera.

Cuando presentamos el proyecto que va a continuación, se desarrollaba la contienda mundial que recién termina. Grandes experiencias, nuevos elementos de combate y, por lo tanto, cambios imposibles de prever en el arte de la guerra, debían ser la consecuencia. De ahí que falten capítulos enteros en nuestro trabajo, fundados en la certeza de que toda anticipación, en lo referente a numerosos elementos integrales del organismo militar, hubiera sido prematura. Nos atuvimos a la proporción indicada en materia de artillería de tiro rápido en sus

relaciones con las masas de combatientes, porque si era fácil prever su aumento, era seguro que su importancia no disminuiría. Nada indicábamos, en cambio, respecto a artillería montada, ni de grueso calibre, porque desde los primeros momentos, todo hacía vislumbrar una profunda transformación. Adoptamos la misma actitud en cuanto a la adquisición de ametralladoras y a la aviación, fuera de un programa mínimo, plantel imprescindible siempre, para pensar en las ampliaciones que aconsejaría la importancia, creciente cada día, de esas armas.

Quede, pues, constancia, de que nuestro esfuerzo, aunque mucho más completo que todo lo que se había proyectado hasta entonces en el país, no pretendía ultimar detalles en ningún sentido, ni presentar conclusiones definitivas, sino grandes líneas, de fuerte estructura sí, que rectificadas y complementadas, entonces como hoy, podrían dar por resultado, la valorización militar del país, en condiciones excepcionales dentro del medio sudamericano.

DEFENSA NACIONAL

I

PROYECTO DE LEY

El Senado y la Cámara de Representantes reunidos en Asamblea General, acuerdan y

DECRETAN:

Artículo 1.º Es obligatorio el servicio militar para todos los ciudadanos, desde la edad de 17 a 50 años.

Art. 2.° Todos los ciudadanos que no estén incluídos dentro de los casos de excepción prescriptos por la ley de conscripción pertenecen:

A) Al ejército activo, desde la edad de 20 años hasta la de 21.
B) A la reserva del ejército activo pertenecen los de 19 y los de 21 a 34, además de los de 20, exceptuados en el sorteo.
C) A la territorial, los de 18 y los de 35 a 43.
D) A la reserva de la territorial, los de 17 y los de 44 a 50.
E) Los voluntarios extranjeros, los ciudadanos residentes en el exterior y los que hayan pasado el límite de edad y quieran prestar servicios en casos de guerra, forman parte de las legiones.

Art. 3.° Los ciudadanos que hayan cumplido 17 años deberán inscribirse en las Capitales de los Departamentos en que residan ante el Oficial de Registro Civil.

A) La Jefatura Política proveerá a cada ciudadano de una libreta, en la cual se consignará su nombre y apellido, edad, residencia, etc.
B) En los cuarteles o campos de tiro donde se efectúe la inscripción del conscripto les serán consignadas en su libreta el arma a que pertenece, su jerarquía militar, las instrucciones de marcha y punto de concentración, para el caso de movilización, y demás antecedentes, como ser zona o región, división del ejército activo, de la reserva, territorial, etc., en que esté clasificado.

Art. 4.° Anualmente en todos los Departamentos serán fijadas por el Oficial del Registro Civil las listas

de los ciudadanos que hayan cumplido la edad de 20 años, debiendo presentarse en el término de diez días residiendo en el Departamento, de 20 días residiendo en el territorio de la República y de dos meses en el caso de ser convocados por la Legación respectiva en el extranjero, ante la Jefatura Política.

Art. 5.° Los ciudadanos incluídos en las condiciones antedichas pasarán ante el Consejo de Revisión que decidirá de su incorporación al ejército.

Art. 6.° Compondrán el Consejo de Revisión encargado de dictaminar sobre el enrolamiento de los conscriptos: el Jefe Político del Departamento, el médico de la unidad militar existente o existentes, el jefe o jefes de esas mismas unidades y un oficial del cuerpo o de cada uno de ellos, especialmente indicado para esas funciones, el médico de policía o un médico, en su defecto, designado por la misma Jefatura.

A) Dichos Consejos darán lectura de las listas de conscripción en sesión pública, y recibirán las observaciones y pedidos de excepción que les sean dirigidos por los interesados, por sus padres o tutores.

B) Es privativo de los Consejos de Revisión el dictamen sobre las condiciones físicas de los conscriptos y sobre el fundamento de las condiciones de excepción impuestas.

C) Las decisiones del Consejo de Revisión son definitivas, pudiendo sólo ser apeladas ante la Alta Corte de Justicia, por incompetencia, exceso de poder o violación de la ley, dentro del plazo de ocho días.

Art. 7.° Quedan exceptuados del servicio militar:

A) Los que padezcan de incapacidad absoluta física o psicológica.

B) Los hijos varones únicos de madre viuda, padre inhabilitado o que compruebe ser el solo sostén de aquéllos.

C) El hermano que tenga a su cargo menores, sin más recursos que su trabajo personal, o el que se encuentre en las mismas condiciones respecto de abuelos pobres, impedidos o incapacitados.

D) El que tenga un hermano nacido en el mismo año prestando servicios en el ejército como conscripto.

E) El que haya sufrido una condena infamante.

Art. 8.° Los conscriptos que no hayan sido exceptuados por las razones antedichas, serán distribuidos en la Infantería, Caballería, Artillería y Servicios auxiliares, procediéndose al sorteo, toda vez que de acuerdo con las resoluciones del Ministerio de la Guerra el número de soldados necesarios para completar los cuadros del año no alcance al número de conscriptos.

Art. 9.° Todo ciudadano que en tiempo de paz no se presente al llamado dentro de los mismos términos establecidos por el artículo 4.° será destinado a un cuerpo durante dos años. En caso de guerra la penalidad será de tres a cinco años, destinado al ejército.

Art. 10. En los casos de atraso de algunos días en la presentación de los conscriptos, éstos podrán interponer la causal ante el Consejo de Revisión, pudiéndose presentar en apelación ante la Alta Corte de Justicia.

Art. 11. Al presentarse los conscriptos al servicio se les reintegrará una suma equivalente a los gastos de traslación debidamente autenticados.

Art. 12. Todo ciudadano, antes de cumplir la edad, puede solicitar ante el Consejo de Revisión, su ingreso al ejército, a fin de cumplir su servicio.

Art. 13. Los alumnos de la Facultad de Matemáticas

y anexos podrán pedir, siempre que su conducta haya sido irreprochable, a juicio del jefe del cuerpo en que presten servicios, la disminución de éste a ocho meses.

Art. 14. Los que al cumplir 20 años presenten una solicitud ante el Consejo de Revisión, atestiguando poseer preparación física especial, conocimientos en el manejo de las armas, del caballo, del automovilismo, de aviación, de telegrafía, etc., podrán obtener, previo examen, un "certificado de aptitud militar", ingresando directamente a la escuela de cabos y sargentos, y después de un nuevo examen, al término de tres meses, podrán ser graduados cabos o sargentos.

Art. 15. Los conscriptos se dividirán, después del examen ante el Consejo de Revisión, en las siguientes categorías:

A) Admitidos.
B) Eliminados en absoluto.
C) Postergados.

Art. 16. Los conscriptos que por deficiencia física no estén en condiciones de prestar servicios inmediatamente, quedarán inscriptos en la lista de los Postergados:

A) Anualmente deberán presentarse ante el Consejo de Revisión hasta la edad de 25 años.

B) Los que hayan sido postergados un año, si al siguiente son reconocidos hábiles para el servicio, lo harán de un año: igualmente, y en la misma forma, si la postergación no fuera más que de dos años; pero en el caso de ser postergados tres años, el servicio sólo será de ocho meses, y si la demora fuera de cuatro años, el servicio será de ocho meses en los servicios auxiliares.

C) En caso de no haber podido prestar servicio hasta la edad de 25 años, quedarán sus nombres registrados en una lista aparte, pudiendo ser llamados, en caso de guerra, previo examen.

Art. 17. El número de conscriptos requeridos para cada año, será fijado por el Ministerio de la Guerra.

Art. 18. Los conscriptos que no estén incluídos en las condiciones de los incisos A, B, C, del artículo 7.°, y que no vayan al cuartel por haber sido exceptuados en el sorteo, pagarán durante el año de excepción un impuesto de 36 pesos y de 18 pesos el año siguiente.

A) Pagarán igualmente ese impuesto los postergados.

B) En caso de que el ciudadano postergado se encuentre en condiciones de aptitud antes de los 25 años y cumpla su servicio, le será reintegrado el impuesto que haya pagado por concepto de excepción.

Art. 19. Los ciudadanos pertenecientes a la reserva del ejército activo concurrirán a los ejercicios durante cuarenta días al año, correspondientes a los días festivos de los meses siguientes al de febrero, debiendo ser fijados y publicados los días de ejercicios, en la segunda quincena de enero, por el Ministerio de la Guerra.

Art. 20. Los ciudadanos pertenecientes a la territorial concurrirán a los ejercicios veinticinco días al año, a partir de febrero, en las mismas condiciones de los de la primera reserva.

Art. 21. Los ciudadanos pertenecientes a la reserva de la territorial concurrirán ocho días al año, en la

misma forma de los anteriores, y pasarán una revista anual.

Art. 22. El Poder Ejecutivo podrá convocar anualmente, si lo juzga conveniente al país, a maniobras, manteniendo en pie de movilización, diez días a la reserva del ejército activo y cinco días a la territorial.

A) En caso de movilización en tiempo de paz, a los efectos de las maniobras, no incluyéndose en este caso el de urgentes necesidades determinadas por conmoción interna o por razones internacionales, el conscripto percibirá cincuenta centésimos diarios.

Art. 23. Forman parte como oficiales de la reserva y de los ejércitos territoriales:

A) Los oficiales del Ejército que, no habiendo cumplido satisfactoriamente los exámenes de dos años en las escuelas de preparación, hayan pasado a la lista de preferencia.

B) Los ciudadanos que voluntariamente hayan obtenido, mediante examen en las escuelas de preparación, el grado de oficiales de la reserva (Brevet de Capacité).

C) Los ingenieros de puentes y calzadas, los arquitectos, ingenieros geógrafos y alumnos de la Facultad de Matemáticas que hayan cumplido su servicio en el Ejército activo.

D) Los ex oficiales retirados del Ejército y alumnos de la Escuela Militar que hayan cursado hasta cuarto año e igualmente los oficiales y alumnos de las escuelas de marina.

E) Los extranjeros naturalizados que hayan obtenido un grado en ejércitos de otro país y

los ciudadanos naturales que se encuentren en las mismas condiciones.

Art. 24. Desde la promulgación de la presente ley, todos los oficiales en actividad, de subtenientes a sargento mayor y los que quieran ponerse en condiciones de pasar a esa situación, concurrirán a las Escuelas de Preparación durante dos años, rindiendo exámenes semestrales.

A) Los oficiales que den prueba de suficiencia en esos exámenes, obtendrán un certificado de preparación, permaneciendo en sus puestos con el mismo grado.
B) Los que no tengan dicho certificado pasarán, dentro del término de un año, a la lista de reemplazo e inmediatamente a una lista de preferencia de empleos administrativos, teniéndose en cuenta la equiparación de sueldos.
C) Quedan exentos de las obligaciones prescriptas en este artículo los oficiales, alumnos de la Escuela Militar y aquellos que hayan cursado estudios especiales en Escuelas Militares en Francia, Bélgica, Inglaterra, Italia, España, Alemania, Chile y la República Argentina.

II

Artículo 25. Facúltase al Poder Ejecutivo para realizar las siguientes reformas y adquisiciones correspondientes al programa militar y naval de 1915-1925:

A) Adquisición de 50 baterías Schneider, de tiro rápido, de 75; las primeras 25 baterías dentro del término de tres años, y la segunda mitad dentro de los seis años, pudiendo, sin embargo, realizarse íntegramente la compra, dentro del

primer término, si se juzgare conveniente o pudieran obtenerse ventajas en el costo.

B) Adquisición de todas las máquinas, explosivos y material de guerra necesario, a fin de completar el ya existente en el Arsenal de Guerra, para la fabricación de munición, para las diversas armas, y atender a las exigencias de la sección a crearse: Laboratorio de minas submarinas, así como para la instalación, en un edificio apropiado, del Arsenal de Guerra.

C) Adquisición de 80,000 fusiles, a determinar el modelo por el Ministerio de la Guerra.

D) Contratación de una misión militar en Francia de no menos de 15 oficiales, encargados de organizar la defensa nacional, especialmente el Estado Mayor, y dictar algunos cursos.

E) Formación del gabinete militar.

F) Establecimiento en todas las unidades existentes en campaña y en dos cuerpos de infantería (uno para servicios auxiliares), uno de Caballería y dos de Artillería (uno para ingenieros y pontoneros) en Montevideo, de las Escuelas de Preparación, dictándose los cursos por oficiales en comisión designados por el Ministerio de la Guerra y los de la misión contratada.

G) Establecimiento de Escuelas de cabos y sargentos en los mismos cuerpos.

H) División del Ejército y reorganización general bajo un nuevo plan, en la siguiente forma, por zona militar:

3 Regimientos de Infantería, de 2 batallones, de 3 compañías, de 90 hombres.	1,620
1 Regimiento de Caballería, de 4 escuadrones, de 100 hombres. . .	400

1 Regimiento de Artillería, de 6 baterías, de 120 hombres	720
	2,740
	× 4
	10,960
Además el Cuerpo de Ingenieros y Pontoneros	300
Sección de Sanidad.	100
Telegrafistas.	80
	11,440

I) Preparación para la movilización inmediata en tiempo de guerra sobre la base antedicha con la incorporación de elementos de la Reserva del Ejército activo en la siguiente forma:

3 Regimientos de Infantería, de 3 batallones, a 3 compañías de 200 hombres	5,400
2 Regimientos de Caballería, de 4 escuadrones de 200 hombres . . .	1,600
1 Regimiento de Artillería de 9 baterías de 150 hombres y 36 cañones.	1,350
Por zona	8,350
	× 4
	33,400
Cuerpo de Ingenieros, Pontoneros y Bomberos.	2,000
Equipo de puentes	500

Material de fortificación	400
Munición de infantería.	600
Idem de artillería	400
Diversos servicios de sanidad, sin los contingentes de la territorial y reserva.	400
4 Compañías de ametralladoras, tren de equipajes (3 compañías). . .	700
Una sección de obreros.	200
Una Compañía de dotación . . .	150
Telegrafistas.	200
	38,950

Total general de la movilización inmediata, 38,950 soldados con 144 cañones.

J) Creación de los planteles de los servicios auxiliares desempeñados por oficiales, cabos y sargentos anexos a los cuerpos existentes, encargados de la instrucción de las tropas de la reserva, comprendiendo los siguientes servicios:

1 Equipo de puente.
2 Munición de infantería.
3 Idem de artillería.
4 Material de fortificación.
5 Sanidad. — Con 5 secciones, comprendiende hospitales militares, ambulancias de etapa, ambulancia veterinaria, columna sanitaria y compañía de sanidad.
6 Ametralladoras.
7 Tren de equipaje.
8 Aerostación, aviadores y mecánicos.
9 Telegrafistas.

10 Ferrocarriles y conductores.
11 Obreros.

K) Adquisición de todo el material necesario para estas secciones, entre éstos el equipo de puente, material de fortificación, dos hospitales militares, dos ambulancias de etapa, una ambulancia veterinaria y demás elementos de sanidad, equipo, etc.

L) Distribución del país en circunscripciones militares, determinando, de acuerdo con los contingentes asignados por arma, anualmente, por el Ministerio de la Guerra, el número de ciudadanos que según la categoría y edad deban incorporarse a la Infantería, Caballería, Artillería, Cuerpos de Ingenieros y diversos servicios auxiliares. El Ministerio de la Guerra designará las oficinas encargadas de este trabajo, sin aumentar el número de empleados.

Ll) Determinación por Departamentos, por el Ministerio de la Guerra, o por circunscripciones militares, según aquél lo resuelva, de los cuadros de conscriptos por categoría (Activo, Primera reserva Territorial y Reserva de la Territorial), que deberán formar parte de cada arma, y su ubicación para preparar la instrucción y los cuadros en caso de movilización, de acuerdo con el siguiente plan:

	Ejército activo	Reserva activa	Territorial	Reserva activa	TOTAL
Infantería	6,480	44,311	18,000	16,450	85,241
Caballería	1.600	7,400	2,500	2,500	14,000
Artillería	2,880	9,000	3.000	1,000	15,000
Ingenieros pontoneros	300	1,700	—	—	2,000
Equipo de puente	—	500	—	—	500
Material de fortificación	—	400	—	—	400
Munición de Infantería	—	600	1,200	—	1,800
» » Artillería	—	400	—	—	400
Hospitales Militares (2)					
Ambulancias de etapa (2)					
Ambulancia Veterinaria (1)	100	300	600	1,000	2,000
Una Columna Sanitaria					
Cuatro Compañías de Sanidad					
Cuatro Comp. de Ametralladoras	—	400	—	—	400
Tren de Equipos (tres Compañías)	—	300	300	—	600
Cinco Secciones de obreros	—	200	400	1,000	1,600
Una Compañía de Aerostación (aviadores y mecánicos)	—	150	—	—	150
Telegrafistas	80	120	—	—	200
	11,440	65,781	26,000	20,950	124,171

M) Disolución del Cuerpo de Ametralladoras, distribuyéndose aquéllas, conjuntamente con el personal, en los cuerpos de infantería.

N) Independización de la Comandancia de Marina, dándosele a su jefe todas las atribuciones de un Ministro del ramo.

O) Previo estudio de los proyectos de fortificación de costas existentes en el Estado Mayor, y dictamen de la misión contratada sobre los medios más eficaces de defensa de costas, adquisición de baterías de costa o construcción de las fortificaciones necesarias en Montevideo, la Colonia, Maldonado, embocadura del Uruguay y demás puntos cuya defensa fuera declarada necesaria.

P) Adquisición de dos barcos portaminas de velocidad no inferior a 26 nudos; de un mínimum de seis destroyers y de diez submarinos, previo dictamen, de los modelos y condiciones más convenientes por una Comisión designada por la Comandancia de Marina.

Q) Adquisición de un parque de aerostación, con un mínimum de *cincuenta aeroplanos* y todos los elementos necesarios para su mantenimiento y reparaciones (hangares, taller mecánico, etcétera).

III

Artículo 26. Desde la promulgación de la presente ley, todos los habitantes del país pagarán un impuesto anual de quince centésimos ($ 0.15), que se denominará "Impuesto Defensa Nacional".

Art. 27. Facúltase al Poder Ejecutivo para la contratación de un empréstito que se denominará "Empréstito de Defensa Nacional", de trece millones de pesos ($ 13.000.000), a fin de atender a todos los gastos que demande la realización de este proyecto y el programa militar y naval de 1915-1925, exclusión hecha de los gastos prescriptos para el presupuesto ordinario de guerra.

EXPOSICIÓN DE MOTIVOS

Las necesidades fundamentales que inspiran este proyecto son de tal naturaleza, tan fáciles de percibir para cualquier observador que razone por un momento sobre el estado del país, del punto de vista militar e internacional, que parecería inútil su exposición, si no fuera que los peligros a que se vería expuesto en el caso de una guerra y la facilidad de que tal amenaza pueda presentarse, han concluído por ser olvidados, en medio de una abulia inexplicable, dada la gravedad que el problema entraña para la existencia de la nacionalidad.

Las causas que bastarían para poner manos a la

obra de inmediato, no son elementos remotos ni difíciles de descubrir; no es necesario ser un político sutil, ni haber reflexionado mucho sobre la historia de estos pueblos, ni poseer la ciencia de un gran técnico, para comprender que el Uruguay vive en medio de naciones mucho más pobladas, que su diferencia de población es menor que su diferencia de preparación militar respecto de los países vecinos, y que, por consiguiente, existe, debido a la conservación de ese equilibrio inestable que constituye la paz, pudiendo ser atacado directamente, aniquilado económicamente y herido en su soberanía, como consecuencia de una guerra entre el Brasil y la República Argentina, cuyos ejércitos, por todas las razones que pueden influir en la formación de un plan estratégico, convertirían el territorio de la República en el teatro principal de sus operaciones.

Si motivos más que suficientes militan a favor de una resolución enérgica de parte de los poderes públicos, a fin de preparar la defensa nacional; si existen razones al alcance de todos, y que, por consiguiente, deben asegurar el concurso patriótico de los ciudadanos, aceptando cualquier esfuerzo en ese sentido, con entusiasmo, existen, además, otros motivos cuya importancia no es menos clara y absoluta, si no para la masa popular, para los hombres de Estado, cuya previsión debe ir más lejos, anticipándose algunos lustros a las soluciones históricas, cuyo desarrollo, si no es posible predecir rigurosamente, es posible entrever en sus líneas dominantes.

SITUACIÓN ACTUAL DEL PAÍS EN MATERIA MILITAR

Comparaciones sudamericanas

Hay dos maneras distintas de entender el patriotismo. La más fácil, la que más se adapta a los espíritus que viven *au jour le jour*, la que con menos difi-

cultad cosecha el aplauso de la muchedumbre, es aquella que en lenguaje pródigo en elogios exalta las virtudes, las victorias de la nacionalidad, y hasta las derrotas en los campos de batalla y en las conferencias diplomáticas, transformándolas en triunfos, torciendo el sentido de las estadísticas y de las posibilidades matemáticas, oponiendo sofismas, frases o efectismos a las recias verdades de la realidad. Es así como la Polonia, brillante y caballeresca, que llegó a instituir en dogma nacional el absurdo de que "la patria vivía del desorden", fué llevada a la eliminación del concierto de las naciones; es así también como el gran pueblo de Francia fué llevado al desastre de Sedán, que sólo cuarenta y cuatro años de intenso patriotismo, ciencia militar, talento diplomático y espíritu de sacrificio han conseguido rescatar magníficamente en los campos de batalla.

La otra manera de ser patriota no consiste tampoco en la exageración contraria, enumerando sólo los defectos de organización de un país, proyectando el espíritu público en las sombras del pesimismo; pero, sí es imprescindible señalar claramente el peligro, descubrir las deficiencias, anotar los recursos posibles, proporcionando normas y soluciones prácticas, para luego poner decididamente manos a la obra, sean cuales sean las resistencias que se le opongan. Así es como ese mismo pueblo francés, contra todos los prejuicios, contra todas las fatalidades de un siglo hostil, ha hecho cambiar, mediante un golpe hercúleo, el devenir de sus destinos hacia nuevas perspectivas de poder y de grandeza.

Ni nuestra situación militar obedece a circunstancias irreductibles, ni nuestra situación continental nos condena a una inferioridad permanente.

Somos lo que hemos querido ser, ni más ni menos,

Formamos un país pequeño, dentro de la relatividad de las cifras, pero nuestra inferioridad militar nada tiene que ver ni con la población ni con la extensión territorial: nuestra inferioridad consiste exclusivamente en la despreocupación de las cuestiones internacionales, cuyo origen a su vez, descansa en la despreocupación de la defensa nacional y del progreso creciente de las organizaciones militares en Chile, la República Argentina y el Brasil.

El puesto de potencia de cuarto orden que nos fué asignado en la Conferencia de La Haya, no es el resultado de causas que nos sean extrañas. No estamos en el caso de aquellos pueblos que fueron condenados, mediante tratados, a permanecer a merced de un invasor, como lo fué Cartago en los intervalos de las guerras púnicas o como lo fué la Prusia en 1807, durante el predominio del imperio francés. Nuestra situación internacional desventajosa obedece, sobre todo, a causas internas; por eso es relativamente fácil modificarla, y el país puede, en un breve plazo de tiempo, aspirar a ocupar un puesto de primera fila en los asuntos del continente, para lo cual sólo se requiere la decisión de los Poderes Públicos y el concurso patriótico de todos los ciudadanos, adhiriendo decididamente a esa gran obra nacional, con absoluta prescindencia de ideas partidarias.

La actualidad de las cifras, de las poblaciones y recursos en hombres y otros elementos, revela un estado de desproporción entre el Uruguay y los países limítrofes, que bastan para recomendar el estudio de este proyecto y hacer meditar seriamente sobre la gravedad derivada de esos mismos números en su rigorismo intrínseco.

La República Oriental del Uruguay tiene poco más de un millón de habitantes de población nacional; la República Argentina tiene alrededor de seis; el Brasil

tiene cerca de veinte, aunque no haya nada de exacto en la avaluación.

En Europa, en un continente donde la cultura fuera la misma en todas las naciones, donde las instituciones que forman el espíritu nacional estuvieran a la misma altura, como sucede entre las grandes potencias del viejo mundo, y donde los medios de comunicación y los demás factores que forman el exponente de la vida de un país son los mismos, estas cifras representarían una relación de energía y un poder militar absoluto como 1, 6 y 20.

Pero en el estado actual de las sociedades sudamericanas estas cifras no representan, bajo el concepto militar, valores iguales a ellas mismas. Nuestro millón y algo más, no representa una inferioridad aplastadora e irrevocable. Un millón de habitantes, un millón y medio ya, organizados, sometidos a una preparación militar intensiva, de hombres que tienen idea de lo que es patriotismo y que casi todos hayan pasado por la escuela, sometidos a la presión de un gran estado mayor de guerra y a la influencia de educacionistas imbuídos de verdadero amor a su país, alentado por una historia heroica y brillante; con la facilidad de levantar en armas a la nación entera; con las ventajas de una concentración casi instantánea, y mucho más fácil que la de sus vecinos, debido a la pequeñez del territorio y a las vías de transporte; con una gran artillería, defensas fijas, parques de aerostación y todos los *medios extraordinarios* que cambian el valor de las cifras en la lucha de las calidades con las cantidades, — es susceptible de convertirse en un factor de primer orden en el concierto americano y de adquirir un valor decisivo dentro de cualquier combinación de alianzas tendientes a asegurar la paz y el equilibrio.

Los exponentes militares de esos mismos países no

guardan absolutamente relación con las cifras antedichas, lo que viene a confirmar nuestro aserto sobre la relatividad de los números.

El ejército permanente de la República es de más de quince mil hombres, contando las policías militarizadas, con poco más de un millón de habitantes; el de la República Argentina es de veintidós mil hombres, sobre seis millones de ciudadanos, y el del Brasil, contando la gendarmería, de algo más de cuarenta mil, con más de veinte millones. Como se ve, el ejército argentino es sólo un cincuenta por ciento superior al nuestro en pie de paz, con cinco veces más habitantes casi; y el del Brasil, tres veces superior con diez y seis veces más habitantes. De tal modo que si las guerras no fueran más cuestión que de la lucha de los ejércitos profesionales, como a principios de la época moderna, cuando antes de la batalla de Marignan, Suiza era potencia a la par de Francia o de la casa de Austria, nuestra posición en el continente sería tan importante, con cortas diferencias, como la de las grandes naciones que nos circundan.

La cuestión capital es, por tanto, la de las reservas, y este es el carácter de las guerras contemporáneas, que utilizan a toda la población activa, iniciada en la vida militar, mediante un sistema completo, al que no escapa ninguna clase de la sociedad.

Excepto Chile, ningún país de América cumple una organización militar realmente sólida; mas, es necesario tener en cuenta que, aún así, el Brasil y la República Argentina tienen sobre nosotros no sólo la superioridad del número, sino también la de una preparación y leyes de conscripción que, aunque imperfectamente observadas, han puesto a esas naciones en el camino de la militarización a fondo.

El Brasil puede llamar a los ciudadanos dos años a servir en el ejército activo, sometiéndolos, además, a

ejercicios de tiro y maniobras hasta la edad de cuarenta y cuatro años. Si bien existe una gran distancia entre el programa planteado por esas leyes militares y la verdadera instrucción de los conscriptos, es indudable que hay una gran cantidad de hombres que conocen más o menos las maniobras y el manejo de las armas, cantidad que, si no por lo completo de la preparación guerrera, por el efectivo numérico, es muy digna de tenerse en cuenta desde el punto de vista sudamericano.

La República Argentina tiene, igualmente, el servicio obligatorio y una división de clases de reserva con cierta instrucción ciudadana.

Bajo la presión de la cuestión andina y la inminencia del conflicto armado con Chile, hizo un esfuerzo que, si bien no ha sido igualmente continuado, sirvió de cualquier modo, para dotar al país de una ley militar de servicio obligatorio, formar cuerpos de artillería y adquirir armamentos

Las ocho clases del ejército de primera línea podrán dar 170,000 hombres, "de los cuales 126,000 han recibido instrucción militar de tres meses a dos años"; las diez clases de la guardia nacional representan un efectivo de 215,000 hombres, "de los cuales 90,000 han recibido alguna instrucción de la misma índole". (Almanaque de Gotha). Fuera de éstas, está la guardia territorial, 68,000 hombres que sólo pueden contarse para el servicio de seguridad. Es decir, que sin exagerar el valor de esas tropas, existen 236,000 hombres que por lo menos conocen el tiro y las nociones imprescindibles al soldado.

Además, la República Argentina ha hecho un esfuerzo considerable en materia de artillería, contando con un porcentaje de baterías Krupp que, si no por la calidad (a atenerse a las polémicas que suscitó su adquisición y los resultados de la actual guerra), representan,

de cualquier modo, una fuerza considerable. Es, más o menos, la misma situación del período intensivo en el que la Argentina se preparó para las eventualidades de una guerra, cuando el general Roca declaraba que, fuera de ciertas reservas de caballería y tropas más o menos preparadas, podría contarse efectivamente con tres ejércitos de 70,000 hombres y alrededor de trescientas piezas de campaña, de grueso calibre y de costas.

Frente a esos números, con relación a nuestros recursos, la República permanece indiferente, dejando que el tiempo ahonde cada vez más las distancias y las perspectivas favorables en caso de guerra.

Chile tiene un sistema militar moderno y que realiza en todas sus partes en la práctica. Los ciudadanos, de acuerdo con la ley de 1900, están todos obligados al servicio militar; el país, dividido en cuatro zonas, en cada una de las cuales existe una división de las tres armas con todos los servicios auxiliares. En tiempo de paz posee: 16 Regimientos de Infantería, 6 Regimientos de Caballería y 1 Compañía de Ametralladoras, 6 Regimientos de Campaña, más cuatro grupos independientes de Artillería de Montaña, 1 Batallón de Telegrafía, 1 Batallón de Ferrocarrileros, 4 Batallones de Zapadores Mineros y 4 Batallones de Tren, en total, cerca de 30,000 hombres contando la marina. Forman la reserva todos los conscriptos instruídos desde 1898.

Es decir, que Chile tiene un ejército perfectamente instruído y organizado de 300,000 hombres con más de 200 piezas de artillería. Como se ve, las fuerzas de ese país acusan aún una proporción mayor que las de nuestros limítrofes, y aunque no tengamos la posibilidad de conflictos, es conveniente recordarlo, para demostrar más acabadamente la inferioridad de nuestro ejército y el contraste que ofrecemos en ese orden de actividades.

Haciendo la misma salvedad, puesto que se trata de un país cuyos intereses de ningún modo pueden chocar con los nuestros, a fin solamente de evidenciar mejor la urgencia de prepararnos y resolver de una vez el servicio obligatorio, recordaremos que el Perú, por ley de 27 de diciembre de 1898, le impone a todos los ciudadanos un servicio de tres años en la infantería o de cuatro años en la caballería del ejército activo, siete años en la primera reserva, cinco años en la segunda reserva y quince años en la guardia nacional. El Perú, además, tiene una misión de oficiales franceses al mando del teniente coronel Clement, que ha organizado científicamente la defensa del país.

Ante estas cifras y estos datos, creemos innecesario hacer resaltar el valor que ellos tienen y las deducciones que aconsejan, omitiendo todo comentario.

No hay naciones pequeñas

A la creencia de que el viejo factor de la guerra pudiera permitirnos reproducir las hazañas de Ituzaingó sobre la frontera Norte y la de Guayabos sobre la del Oeste, a la confianza en el valor legendario de la raza, se ha ido sustituyendo, poco a poco, otro elemento no menos peligroso en la psicología nacional.

El problema de la defensa del país es mirado con dudas; no se quiere pensar en él — y no se quiere pensar porque no se cree en su practicabilidad con verdadero éxito. La pequeñez del mapa se ha incrustado en la mente de los hombres públicos y ha dominado sobre los mejores impulsos del patriotismo.

Se dice que el país es demasiado pequeño; se creen irreductibles nuestras rencillas partidarias; se teme gastar algunos millones en la defensa, en vez de malgastarlos en el embellecimiento de la ciudad; se cae poco

a poco en un pesimismo que busca excusas en las ideas pacifistas, en la probabilidad de ser protegidos en caso de conflicto por los que de más o menos cerca tutelaron nuestro desarrollo inicial; se va a la utopía funesta de los ideólogos, que creen en la nebulosa humanidad, mientras la palabra "patria" rige el mundo, lo mismo en los períodos de paz que en las alternativas de la guerra.

Esa legión de ilusos no quiere comprender que entre la marcha de las ideas y el desarrollo real de las sociedades media un abismo cada vez más profundo. Creían que la humanidad había acompañado el curso de sus ideales, y mientras las aspiraciones de bienestar y de justicia, hijas exclusivas del cerebro del hombre, habían avanzado siglos, en realidad los pueblos sujetos a las leyes del atavismo y de la naturaleza seguían unidos por el hilo de unas pocas décadas a incidencias idénticas a las de la vida romana y a las del mundo bárbaro.

La fina risa de Anatole France ante los evolucionistas que trocaron la fe en los antiguos dogmas por la fe moderna, en las utopías sociales, es la conclusión que saca todo espíritu observador, de esta inmensa y terrible lección que nos ofrece la Europa, lanzando sus pueblos en masa unos contra otros, en la más formidable de las contiendas.

En los conflictos entre el mundo moral, con su eje establecido sobre la idea de justicia, y la realidad apoyada en la lógica bárbara, pero incontrastable, de la naturaleza, es inútil querer rebelarse y marchar contra esta última. Es el fondo del drama humano, en el que perecen los imprevisores, los ilusos, los inactivos, para dejar paso a los que avanzan siempre, llevados por el amor a la vida, la extensión y la proyección de la personalidad en el tiempo y en el espacio, que en el orden sociológico se convierten en unidad nacional, concien

cia indestructible de la nacionalidad, invasión y conquista, cuando la plenitud de fuerzas desborda, en la virilidad de los pueblos.

No hay naciones pequeñas; no hay naciones que no puedan hacerse respetar; no hay naciones que tengan absolutamente limitadas su extensión y su desarrollo futuro. Todos los Estados modernos han empezado por ser humildes posesiones de algún modesto señor, duque, príncipe, rey o caudillo de las democracias nuevas.

La guerra actual es una guerra extraordinaria. Su característica consiste en la lucha de los pueblos más civilizados y poderosos para defender los derechos y la vida de los más pequeños.

Toda la Europa arde en llamas para impedir que Serbia y Bélgica perezcan ahogadas por el despotismo austro-alemán.

Los acontecimientos más notables de la historia contemporánea los constituyen, el éxito pleno a través de dificultades casi insuperables de las pequeñas nacionalidades triunfantes, recobrando su vida propia, emancipándose de grandes organizaciones antagónicas, por razones étnicas, hasta su ampliación y su triunfo completo con la gran Serbia, la gran Grecia, Bulgaria y Montenegro, enormemente aumentados por la conquista

Mas, si no hay naciones pequeñas cuando se trata de pueblos militares, dotados de un espíritu extraordinario como el de los eslavos y los neogriegos de esas jóvenes naciones, existen todos los peligros y la probabilidad de perder la independencia irremisiblemente, para las naciones de poca población y de poco territorio que no multiplican sus energías ante las desventajas propias de su situación demográfica.

El Paraguay era un Estado cuya población civilizada no excedía la nuestra. Aislado del mundo, confinado en el interior de América, y sin recursos financieros, fué

necesario echar sobre él el peso de tres naciones, de casi un continente, para vencer su organización guerrera y el espíritu que le inculcó López.

Su destrucción respondió a una necesidad, por cuanto aquel esfuerzo, que debió haber tendido a la defensa nacional, a la prosperidad y a la paz, fué dirigido a la satisfacción de un espíritu de conquista, no para realizar un ideal justificable, sino las ambiciones de un personaje, representante de ideas formadas en el claro-obscuro de las grandes selvas.

El aniquilamiento de ese país fué provocado por haberse desviado de los fines a que debe tender una nación contemporánea. López fué un suicida enorme que arrastró a su heroico pueblo; pero desde otro punto de vista el Paraguay constituye un ejemplo magnífico y un baluarte histórico para toda nacionalidad que sienta el optimismo de sus propias energías.

EL DETERMINISMO DE LA GUERRA

Ley de equilibrio continental

La idea de que el país sea respetado espontáneamente, sin tener por qué pensar en agresiones de parte de sus vecinos; la creencia en una paz inalterable en América, es la solución más fácil de los problemas internacionales y militares con que gran número de ciudadanos responden a las inquietudes y a los esfuerzos de los que reclaman el concurso individual de todos y el sacrificio de una parte de las rentas públicas a favor de la existencia y de la dignidad nacional.

La mayoría por ignorancia de los grandes problemas, otros por formar parte de grupos que obedecen a diversos sistemas adversos a todo lo que ha edificado el orden social para la seguridad común, otros por una indiferencia culpable, — lo cierto es que muchos creen o

afectan creer en una paz inmutable y no piensan en las amenazas que pueden desencadenarse de un momento a otro sobre la nación.

Tales ideas, respondiendo a una masa cuyo número no tiene más importancia que el valor negativo de su voluntad y de sus iniciativas, no pueden contar para nada en la mente de los hombres de Estado sobre los cuales pesa la grave responsabilidad de asegurar la vida nacional.

La idea de paz responde al concepto de equilibrio estable: descansa sobre esa base sujeta a toda clase de mutaciones, y, por consiguiente, siendo su valor completamente relativo, no puede aceptársele como un principio permanente sobre el cual se establezca la existencia de un país, ni siquiera los ideales de una generación.

El error consiste en que el estado de equilibrio, lo mismo en el orden social, que en el orden biológico, es siempre transitorio, por cuanto los pueblos evolucionan y se desarrollan desigualmente y en distintos sentidos; y aún fundado el equilibrio como resultante de la guerra y establecido perentoriamente por congresos y tratados, las direcciones divergentes y desarrollos desiguales, en períodos que muy rara vez pasan de un siglo, quebrantan de nuevo la estabilidad, cuya suprema solución le está confiada al poder de los cañones, a través de períodos, que en la historia contemporánea registran a veces más de veinte años.

El pensamiento colectivo obedece bastante a las leyes de la inercia. Mientras existe la paz, hay una fuerte resistencia a pensar en otra situación. Con la profundidad de análisis que Bergson descubre el génesis de nuestros estados de ánimo, puede decirse que el hombre compone el tiempo y el espacio con aquella porción vista o sentida en el momento presente por adición o generalización.

Es decir, que la idea de una paz duradera, de la estabilidad de las fronteras, sostenida por obra y gracia de

las buenas intenciones de los más interesados en su conservación, es lógico que constituya el substractum del criterio de la mayoría; pero es necesario reconocer que todas esas ideas no tienen ninguna base positiva; que su difusión constituye un peligro para el país; que razones históricas genuinamente americanas y leyes del mismo orden observadas en todos los tiempos nos demuestran que esas ilusiones pacifistas serán un día u otro echadas por tierra por factores que elaboran el determinismo de la guerra.

La paz es una concepción estática, aplicada al orden político y social, cuya naturaleza es esencialmente dinámica, movediza, sujeta a verdaderos paroxismos a intervalos; es, por consiguiente, como generalización absoluta un absurdo teórico en pugna con la realidad. Es una de las formas de la lucha del pensamiento con la rebeldía y las leyes propias del mundo material.

La *élite* de un país cualquiera en calidad de estado mayor de la Nación está obligada a disipar esos errores y a encaminar al pueblo, aunque no lo comprenda, a la organización y a las enseñanzas militares, instruyéndolo en el manejo de las armas obligatoriamente como al niño se le obliga a ir a la escuela y al padre se le debe obligar a que lo envíe, para que sea un elemento útil a sí mismo y a la sociedad.

Los que creen en la paz americana, como podrían creer en la inconmovibilidad de una ley física, no tiene noción alguna de la historia del coloniaje, de la descomposición del régimen español y, sobre todo, del proceso que formó las nacionalidades, ni pueden haber valorado las estadísticas de Sud América comparadas; la competencia y la rivalidad económica y política de los centros formados alrededor de Buenos Aires, Río de Janeiro, Montevideo y Santiago.

El equilibrio sudamericano no está fundado. Toda nuestra tesis puede decirse que está encerrada en esta

afirmación, que trae como consecuencia esta otra — el equilibrio sudamericano deberá organizarse — y sólo la guerra puede rehacer las fronteras.

Basta escrutar el proceso histórico que ha delineado el mapa para convencerse de ello. La lucha entre las coronas española y portuguesa estaba en una de sus etapas cuando se produjo la separación de nuestra metrópoli común.

Los pueblos del Plata y el Brasil la continuaron en la campaña de Ituzaingó; el Brasil y la Argentina la continuaban hace algunos años diplomáticamente, pleiteando por el territorio de Misiones; y aun hoy los programas navales de ambos países puede decirse que tienen sus raíces en las luchas seculares de ambas monarquías ibéricas.

La situación de nuestro país ha sido complicada en medio de estas dos direcciones fuertemente acentuadas, por factores de más reciente data.

El mundo castellano en América sobrepasaba con evidentes ventajas los dominios portugueses; pero la caída de la dominación española trajo como consecuencia el fraccionamiento de estas tierras.

La masa del virreinato hubiera formado una magnífica unidad y una de las repúblicas de más porvenir en el mundo. El equilibrio hubiera sido favorecido por la herencia directa de ambas metrópolis. Mas la actitud del doctor Francia segregando el Paraguay; la formación de la República de Sucre, cuyas tierras, en parte, lógicamente, debieron haber integrado el block platense, y la lucha emprendida por Artigas, de la que no fué responsable, ya que lo llevara a ella la Junta Argentina y la actitud de Sarratea, fraccionó los países de herencia castellana, y tres de sus miembros dispersos, el Uruguay, el Paraguay y Bolivia, dueños de la desembocadura, el medio y el nacimiento de las grandes arterias brasileñas y argentinas, quedaron inter-

puestos entre las dos fuerzas mayores del nuevo mundo y expuestos a los peligros derivados del choque de esos dos imperialismos en pugna.

Unidos estos países, hubieran formado una masa equivalente a las poblaciones brasileñas; pero no es el caso de analizar las posibilidades de la historia, sino considerar las realidades, tal como se nos presentan, y lo que a todo espíritu práctico y previsor le imponen las grandes líneas de la estructura política del continente.

El Uruguay, segregado del gran cuerpo del virreinato, ha perdido la solidaridad de destinos que le asignaba la herencia colonial. Si todavía, no bien ahondado el nacionalismo de los pueblos platenses, algunos hombres del partido conservador colorado y algunos argentinos de la fracción aliada del vecino país, y dentro del otro campo de nuestras divisiones políticas, los lavallejistas, y todos los que coincidieron con el más grande de los teorizadores del unionismo, el doctor Juan Carlos Gómez, pudieron pensar en la Patria Grande, hoy la oportunidad ha pasado, y la sedimentación de las nacionalidades no ha trabajado menos que los grandes ríos, que los separan limando sus orillas.

Ya no es posible volver a las fuentes originarias de donde divergieron los caminos históricos. La historia no se desanda, como las ondas no vuelven hacia las nacientes en los cursos de agua.

Ni estuvimos nunca dispuestos a abdicar de la capital del gran país en Montevideo, ni los argentinos hubieran aceptado la renuncia de Buenos Aires a sus viejos títulos centralistas, ni la Argirópolis de Sarmiento podía solucionar el problema unionista. Y como la espada de Artigas tampoco pudo sostener el edificio federal de las provincias que aceptaron nuestra hegemonía, lo cierto es que quedamos con la porción menor de la herencia del virreinato; superiores al Paraguay;

superiores a Bolivia, si no a rigor de números, como posición geográfica y posibilidades futuras; pero demasiado pequeños al lado de las tierras argentinas para poder representar la herencia de los reyes de España, faltos de la cooperación de la mayor parte del virreinato y hasta rivales de éste, y harto pequeños también para poder equilibrar el inmenso imperio que los portugueses fundaron bajo el trópico.

De ahí nuestra difícil posición, colocados como un estado "tampón" de la época de la "política de almohadones", como la llamaba lord Castlereagh.

Sabido es que hoy ese sistema no evita el choque de los grandes países, cuando los pequeños Estados "tampones" no fueron erigidos en tales por la naturaleza, sino por la política. La experiencia histórica lo había demostrado y el ejemplo de Bélgica es demasiado elocuente para que ya nadie pueda pensar en naciones neutralizadas y en su eficiencia cuando las partes garantizantes se convierten en partes litigantes.

Es decir que nuestra situación nos ha privado de las ventajas de formar parte de una gran nacionalidad y al mismo tiempo nos expone al ataque de uno u otro de los fronterizos, ya que razones geográficas y rivalidades permanentes nos dan la seguridad de no tener que temer el ataque limítrofe y la mutilación del territorio por una acción conjunta.

Reside al mismo tiempo en esa causa de debilidad una situación ventajosa, capaz de darnos tal fuerza en determinado momento que la acción del Uruguay podría determinar la resultante del paralelogramo de fuerzas sudamericanas en un conflicto.

Colocados en medio de dos imperialismos rivales, herederos de la lucha por la supremacía en el continente, el Uruguay tendrá siempre, en el caso de una guerra, la elección del aliado que las circunstancias le aconsejen, y en caso de estar suficientemente prepara-

do, su alianza será solicitada con el interés de un factor que puede ser decisivo, por el número y sobre todo por la calidad de los soldados, por la posición de sus costas y sus puertos, por la cuña ofensiva que permite aplicar sobre el flanco de cualquiera de los dos adversarios; por los recursos, en fin, que el país ofrece para la guerra, en medios de transporte, caballos, ganados, etc.

Hechas estas consideraciones sobre la forma en que están agrupados los factores de la paz y la guerra en el continente, y la inseguridad inherente a toda forma de equilibrio como ley general al cabo de cierto tiempo, con el agravante de que en Sud América, *la delimitación de las fronteras no representa más que la herencia de los dominios coloniales y el resultado de luchas producidas por la descomposición del régimen anterior a la independencia, sin que la política de equilibrio, base de la paz, haya intervenido en la formación de los Estados*—agregaremos, como conclusión, que esta consecuencia histórica es la mejor respuesta que pueda darse a aquellos que no creen en las posibles contingencias de una guerra. Y es también la mejor demostración de que, en cambio, la guerra está potencialmente decretada por la forma en que se agrupan y tienden a chocar antagonismos de vieja herencia; aspiraciones al predominio en el Atlántico Sud; rivalidades comerciales cada vez más intensas; pueblos obligados a convivir en masas demasiado desiguales con zonas necesarias al desarrollo de unos y de otros, como son los valles patagónicos, el estrecho de Magallanes, los puertos y los canales uruguayos del Río de la Plata, — cuestión andina, cuestión jurisdicción de aguas, asunto de las Misiones, del Acre, etc., — problemas a medio solucionar, aplazados, a resolver la mayor parte.

Resumiendo, nuestra situación se traduce en la necesidad de prepararnos rápidamente:

1.° Porque todo nos indica que la duración de la paz en América, por mucho tiempo, es más que dudosa.

2.° Porque la República Argentina y el Brasil se disputan la supremacía en el continente, y sus fuerzas, lógicamente, en caso de guerra, deben converger al territorio del Uruguay, campo principal probable de la lucha.

3.° Porque tenemos litigios de importancia vital, a resolver, con países limítrofes, más poblados y más preparados en materia militar.

LA POLITICA DE EQUILIBRIO

Importancia del Uruguay

Hemos demostrado los peligros de nuestra posición, pero agregábamos que la acción futura del país puede ser decisiva en una guerra sudamericana.

No necesitamos buscar los ejemplos en otros continentes. No necesitamos recordar que la nueva Servia, intensamente militarizada, ha contribuído con eficacia a cambiar en Europa la situación preponderante del grupo austro-alemán, uniéndose a la triple "entente". Bástenos poner a consideración de los pesimistas, de los que no crean en la eficacia de la gran obra nacional que proponemos, nuestra situación enérgicamente encarada en el caso de las varias hipótesis a que pudiera dar lugar un conflicto en esta parte del mundo.

Piénsese lo que significaría la República, decididamente entregada a la obra militar, disponiendo de 130,000 hombres, con la sola idea de vivir en paz y defenderse de una agresión en los siguientes casos:

A) Unida al Brasil, en la hipótesis de una guerra con la República Argentina, formando el ala izquierda del ejército aliado, con más de 100,000 soldados. Con

una base de operaciones navales y parques de aerostación frente a la vecina capital.

B) Unida a la República Argentina, formando la vanguardia del ejército aliado, con todos sus medios de transporte, dirigidos sobre el corazón de la Provincia de Río Grande, pudiendo reproducir la ofensiva realizada por el general Alvear, en vez de tener que ir el ejército argentino a combatir en la región excéntrica de las Misiones. Y el río de la Plata cerrado por los puertos y las naves de guerra argentinas y orientales.

C) Unida por un tratado exclusivamente defensivo a Chile, en el caso de una agresión de la República Argentina, produciendo la diversión de la mitad de las fuerzas de ese último país.

D) Unida por tratados defensivos a las Repúblicas del Paraguay y Bolivia para el caso de una agresión de parte del Brasil o de la República Argentina, a título de Estados "tampones" doblemente fronterizos.

E) Aún en el caso más desfavorable. Aisladamente, en el de tener que defender la neutralidad contra un intento de violación por cualquiera de los limítrofes.

Sería negar la evidencia si se desconociera la importancia extraordinaria que adquiriría así nuestro país, poniéndose en situación de decidir en un caso de guerra el triunfo de una de las dos grandes naciones rivales en Sud América; — y decimos que el Uruguay decidiría, en el caso de tomar partido por uno de esos dos Estados, porque su alianza aumentaría en un 25 o un 30 por ciento, por lo menos, el efectivo del ejército de aquella nación a la cual se uniera.

No sería de nuestra parte, en esa situación, una frase jactanciosa, aquella de Ernique VIII, en la gigantesca lucha que sostuvo la casa de Francia contra las de Austria y España unidas — "del lado que yo me incline pesará la balanza". Inglaterra, con su escasa población, le dió alternativamente el triunfo tres

veces a sus aliados — y sin embargo, los dominios de Francisco I y de Carlos V eran inmensamente mayores que los del rey sajón.

Tal vez esos 130,000 soldados orientales contribuyeran poderosamente al equilibrio y la paz americana, y si la fatalidad arrastrara a esos pueblos a la guerra, la defensa del territorio estaría asegurada. La posición del país sería de primer orden en los Congresos que decidieran de la modificación del mapa, y una compensación ventajosa, por las fuerzas propias de nuestras armas, nos estaría asegurada en el caso de vernos obligados a intervenir en la contienda.

El equilibrio de fuerzas es la única base de la paz y la única garantía para la existencia de las naciones. No hay Congresos de La Haya, fuera de una ficción idealista, ni nada significan las declamaciones pacifistas, socialistas, internacionalistas, fuera del papel, tan frágil como las garantías que en él se consignan. La hoja de papel, que lo mismo dura algunos siglos que la rompe un niño, es bien el símbolo de los convenios internacionales.

En el Continente, donde el primer tratado entre el inca peruano y los conquistadores fué una infamia que concluyó con el estrangulamiento del indio, después de pedirle todo el oro y la plata que poseía, no será aquel seguramente el último hecho de esa naturaleza que se cometa.

La política no está, desgraciadamente, regida por la moral. Son dos cosas que no presentan mayor relación en la historia. Por eso el único principio evidente, que no admite discusión, es la ley de equilibrio de fuerzas, confirmada por la experiencia, que nos muestra a los pueblos pequeños o menores formando coaliciones niveladoras contra los grandes guerreros y los pueblos imperialistas.

La razón y la justicia nada han tenido que ver con

las grandes mutaciones; las alianzas no se han hecho con el mejor, sino con el que estaba igualmente amenazado — y es así cómo el instinto de conservación, la necesidad de la defensa, el interés, único factor positivo, ha consagrado la política de equilibrio, armonizándola con las exigencias del mundo material, sin consultar para nada la moral.

La política de equilibrio, fundada en los intereses comunes, es el único principio que surge con claridad de la historia de los tiempos modernos. Es sólo sobre esa base que las naciones pueden contar para su defensa, poniéndose, cuando no pueden ser árbitros por sí solas, en condiciones de ser aliadas necesarias o útiles, pues las complexidades de la política y de la época actual alejan cada vez más la probabilidad de las luchas entre dos beligerantes de poder desigual, tendiéndose a las combinaciones y a las coaliciones para el caso de guerra.

Esta tendencia nos da toda clase de ventajas, pudiendo contarse con la certeza de que el país, bien preparado, siempre podrá tener alianzas y formar parte de combinaciones que le aseguren la paz o el éxito en el caso de un conflicto armado.

La acción conjunta del Uruguay y la República Argentina contra el imperialismo brasileño en Ituzaingó; la triple acción desarrollada en la guerra del Paraguay; y la alianza peruano-boliviana contra Chile, constituyen una demostración de la tesis que sostenemos. Pero es el viejo mundo el que nos presenta la evidencia de esta ley con mayor claridad, a través de su larga vida, fecunda en enseñanzas y principios.

A menudo se comete el error de hablar de pueblos amigos y de pueblos enemigos. Esas corrientes sentimentales no regulan en absoluto las cuestiones internacionales. Existen pueblos solidarios; naciones asociadas por más o menos tiempo por intereses y destinos

comunes, determinados por la geografía, las rutas del comercio, y rivalidades que los perjudican por igual, es decir, siempre lo mismo, el interés, única brújula de los estadistas útiles a su patria.

No quiere esto decir que el altruísmo deba ser proscripto de la humanidad, — y contrariamente, creemos que en su seno se elaboran las mejores acciones, y que es la levadura del Progreso Moral. Mas, es necesario establecer una diferencia radical. Puede y debe haber individuos desinteresados, verdaderos caballeros andantes, que sacrifican su vida al ideal y al gesto; pero no les está permitido proceder lo mismo a los Jefes de Estado y a las corporaciones que representan a una nación; porque la vida un pueblo no es lógico que le esté encomendada a los hidalgos, sino a los hombres de pensamiento, a los administradores severos, a los generales de hierro, a los diplomáticos sagaces y avaros de todo lo que sea una ventaja para su patria.

El camino del ideal está cubierto de armaduras de caballeros franceses y españoles, de naves desarboladas, de huesos a la intemperie que, a fuerza de decir del falso espejismo, han concluído por encauzar a los que sobreviven hacia sendas más seguras y anhelos más positivos.

Ni los tratados, ni las odas de los poetas, ni los discursos de los pensadores que siempre acompañaron la causa de la justicia, ni los brindis pronunciados y el saludo de las delegaciones enviadas de cancillería a cancillería, ni las revistas militares en honor de tal o cual Ministro Extraordinario o Jefe de Estado, significan nada, si detrás no se encuentra la fuerza y el interés común bien definido.

Para las resoluciones graves de los congresos no hay otra palabra que decida que: ¿Cuántos soldados tiene vuestro país? Y cuando no bastan las tratativas

la última palabra es la de Napoleón a Metternich, con la mano apoyada sobre el puño de la espada...

Si nos preparamos, tendremos aliados y dónde elegir la alianza.

Los adversarios de ayer, fácilmente serán los amigos de mañana; todo depende de nuestra valorización, de nuestra fuerza.

Desde la paz de Pequigny entre el Rey de Francia y el de Inglaterra, en el siglo XV, se inaugura la política del interés común y del equilibrio; el siglo XVI obedeció a ese principio durante la lucha de Francisco I y de Carlos V; el siglo de Luis XIV y las numerosas guerras que en él tuvieron lugar, así como en el reinado de su antecesor, tuvieron sus resortes en los mismos fundamentos: prepotencia de la Francia, coaliciones, tendencia al equilibrio buscado siempre por Inglaterra, pasando alternativamente de la alianza francesa a la alianza austriaca. En el siglo XVIII la importancia de las pequeñas naciones como factores del equilibrio se define aún más; toda la Europa lucha furiosamente, formando siete coaliciones para arrancarle a Francia su predominio. Los tratados de 1814 y de 1815 fundan esa anhelada estabilidad que trae como consecuencia la paz. Las guerras de 1866 y de 1870 rompen de nuevo el equilibrio; luego el crecimiento rapidísimo de Alemania y la organización imperialista precipitan la solución guerrera, determinando fatalmente la lucha formidable a que asistimos—y en ella como en la guerra balcánica, vemos de nuevo el papel importantísimo de las pequeñas naciones dotadas de un espíritu nacional y militar.

A riesgo de fatigar a la H. Cámara nos hemos extendido sobre estas consideraciones, teniendo en cuenta la trascendencia de este principio, a fin de evidenciar la posición de nuestro país en el continente, la ley que rige la paz entre los Estados y la exactitud de que no hay naciones pequeñas que no puedan defenderse y desempeñar un papel importantísimo en las combinaciones de alianzas.

LA GRAN OBRA NACIONAL

El espíritu del soldado y las divisiones internas

Pasamos por un momento de la historia en que no es posible dejar de detenerse ante la enseñanza ofrecida por el ejemplo de Bélgica, ejemplo que marcará una etapa en el criterio de los estadistas, terminando con la ilusión de los Estados "tampones" y de los pequeños países neutralizados.

Bélgica ha sido devastada, sin poder intentar siquiera su defensa, sin poder apenas movilizar su Ejército, sin mas éxito que el de una página admirable de estoicismo, digna de las ciudades de la antigüedad y de la leyenda. Una nación nueve veces más poblada al Oeste y una nación casi seis veces más poblada al Sur reproducían en cierto modo las dificultades y los peligros que para nuestra patria entraña el desequilibrio de fuerzas respecto de los limítrofes. Pero no fueron las dificultades inherentes a esa situación las que han traído la ruina de Bélgica, sino la falta de profundidad en la militarización de ese admirable país, laborioso, inteligente, archiactivo; sus divisiones entre valones y flamencos; su incompleta dedicación previsora a las eventualidades de un conflicto, confiando sólo su seguridad al poder de las fortificaciones "tras las cuales, al decir de una de las primeras autoridades militares,

nunca un pueblo encontró su salvación". (Von der Goltz).

Bélgica sólo tenía que defender una línea de 75 kilómetros. Tenía fortificaciones, hombres preparados, valientes, capaces de morir por su país, como lo han demostrado, pero le faltaba lo esencial. Le faltaban soldados. No tenía servicio militar obligatorio en toda la extensión de la palabra, — y de nada podían valer las fortalezas, sin ejércitos de campaña que las defendieran, como ya lo había declarado el ilustre Brialmont, autor de sus defensas fijas.

Ese ejemplo reciente, palpitante, trágico, debe ser aprovechado por los pequeños pueblos que confían cándidamente en la fe de los tratados y en la utopía pacifista.

La dolorosa experiencia adquirida sobre el Sambre y Meusa, es el único argumento que nos daríamos el trabajo de echar al rostro de los inconscientes que pretendieran oponerse a nuestra labor militarista, fundados en cuestiones doctrinarias, en ideas pacifistas, socialistas o anarquistas.

Y debemos agregar, que al tratar esta cuestión no hemos pensado en las opiniones que puedan tener esos elementos, cuya acción ha sido siempre perturbadora, toda vez que en cualquier parte se ha tratado de asegurar la defensa nacional, sino en el partido del llano, que ante la magnitud de la obra nacional que va a emprenderse debe pensar en la trascendencia del momento y en las graves responsabilidades que implicaría la negativa de su concurso, confundiendo uno de los esfuerzos inspirados en el más desinteresado patriotismo con divisiones circunscriptas de bandería.

El ejemplo belga tiene en este sentido un doble y profundo significado. Bélgica ha sido arrasada porque las disensiones y la falta de unidad entre valones y flamencos mataron el esfuerzo patriótico a favor de la

defensa del país y del servicio obligatorio intentado por los elementos francófilos.

La ley de 3 de marzo, de Brassine y Neujean, pidiendo el servicio obligatorio, hubiera salvado a ese pueblo de su martirologio. La oposición de los elementos afines al germanismo, encabezada por Woeste, a pesar de las fortalezas levantadas sobre el Sambre y Meusa, prepararon la entrada de los invasores, como sucede en todo pueblo dividido, como puede estudiarse a través de nuestra misma historia, en la cual vemos repetirse la invasión extranjera, apoyada en alguno de los bandos en que ha estado violentamente dividido el Uruguay.

Creemos, por lo tanto, que si ha llegado el momento de que el partido que gobierna emprenda la tarea de afirmar seriamente la soberanía del país entre los pueblos de América, ha llegado también el momento de que el partido del llano coopere con decisión a esa magna obra. Hemos llegado, en una palabra, a uno de esos puntos de tangencia, en el que todos deben encontrarse, en el que nadie tiene derecho de hablar en nombre de divisiones históricas, sino de poner su cerebro y su brazo al servicio del esfuerzo más hondo que se haya tentado para inaugurar el ingreso de la República Oriental del Uruguay a los debates internacionales como una verdadera nación, pequeña, pero vigorosa e intensivamente preparada, capaz de hacerse respetar en la paz y en la guerra.

En los cuarteles de ese ejército moderno a que aspiramos no habrán colorados y blancos: habrán soldados, oficiales, jefes, ejército.

La anarquía que ha fermentado en lo más profundo de la vida del país se extinguirá rápidamente, destruída como en inmenso crisol, dentro de ese admirable mecanismo que es a la vez escuela, donde se forma el espíritu del soldado.

Todos los males americanos de que habla Bunge, y que atañen, también, a nuestro país, en forma de anarquía política, de divisiones permanentes y opuestas a los intereses nacionales, de caciquismos rebeldes y pronunciamientos, pasarán a la historia—y en diez años de régimen militar, fuera del campo teórico de las discusiones históricas y de la acción electoral de los partidos ciudadanos, no habrá más que un espíritu: el espíritu nacional, la idea de patria, retemplada mediante la aleación del más sólido de los metales de la voluntad, que es *el espíritu militar*.

Pueblos incoherentes, verdaderos mosaicos de razas y de religiones distintas, han salvado su unidad nacional mediante los prodigios de que es capaz esa institución; Austria-Hungría se ha salvado de todas las dificultades a que la exponían sus divisiones, por ese medio, y cuando el erudito Eduardo Laboulaye hablaba del Oriente que había visitado y estudiado a fondo, pensando en el desplome definitivo de la Media Luna, sólo creía en la posibilidad de su salvación, entregándose aquélla por entero a la obra militar y confundiendo en los cuarteles todas las heterodoxias orientales de la sangre y del pensar.

Nuestra situación es completamente distinta; nuestra unidad nacional no admite comparación con la de esos pueblos; pero es necesario consolidarla, y después de haber instituído ese gran vínculo de unión, que es la escuela, es necesario instituir el cuartel y el servicio universal obligatorio, representante con aquélla de los dos medios más poderosos de cohesión de que dispone el Estado moderno.

En el período universal de la liberación, apenas rotas las cadenas que nos unían a la Metrópoli cuando no existía el concepto claro de las diversas patrias esbozadas por las Juntas argentinas, Artigas, Francia, Ramírez, Bustos, Güemes, los caudillos precurso-

res, todos los errores eran explicables. Dura condenación cae en cambio sobe los que más tarde "vinieron en los furgones del extranjero". Los portugueses, entrando en Montevideo bajo palio; las hordas de Rozas, de Oribe y de Urquiza, con una parte de los orientales, y las tropas del Brasil, más tarde, ofrecen un espectáculo de funesta anarquía, de incoherencia nacional, de heterogeneidad explicable, pero desastrosa. Y todo eso, H. Cámara, no ha sido más que el resultado de las fuerzas dispersivas, desatadas por falta de contrapeso, de tendencias centrípetas, de conciencia nacional y conciencia militar, de verdaderos ciudadanos y de verdaderos militares en número suficiente para predominar y marcar rumbo.

Durante un cuarto de siglo hay que desterrar la discusión partidaria de la escuela, y hay que imponer el gran Ejército Nacional a los desmanes revolucionarios, y así, al fin, habremos obtenido la condición primordial, lo mismo en el orden físico, que en el orden social, la cohesión. El espíritu de disciplina, la mecanización dentro de la libertad, la noción del deber, multiplicarán por tres o por cuatro el valor disminuído de nuestras fuerzas, lo mismo para la labor tranquila que para las imposiciones que dictan los pueblos acostumbrados a la maniobra y al manejo del fusil y del cañón.

Cuando los ciudadanos pertenecientes a ambos partidos tradicionales hayan convivido en el cuartel, se sentirán más próximos; no se odiarán tanto a fuerza de no conocerse y vivir separados como güelfos y gibelinos.

El traslado de los conscriptos lejos de sus departamentos y la ampliación del medio harán compenetrar más los diversos elementos que forman la población, y el idioma nacional desalojará en todo el Norte al idioma invasor; todo, en una palabra, tenderá a la unidad.

Luego, es necesario pensar en el cambio producido en la mentalidad del pobre paisano, que fácilmente acepta el tutelaje del caudillo hasta el extremo de sacrificar ridículamente su vida al mando de un analfabeto en materia militar.

Las jerarquías fundadas en los conocimientos y en el arte y las diversas ciencias afines a la guerra, matarán las jerarquías absurdas de nuestra modalidad aldeana. Ningún soldado de verdad acompañará y se pondrá a las órdenes de un inconsciente que lo lleve a dar cargas a lanza a pie. Desaparecerá el cacique y el oficial de guardias nacionales, tal como lo tenemos, y en su lugar se levantará el prestigio de los caudillos civiles y de los hombres de ciencia militar capaces de salvar a la República en un momento dado.

Hasta ahora hemos trabajado a favor de nuestra consolidación interna, de la regularización administrativa, de la cicatrización de heridas profundas. Doce años de gobierno nos han dado esa preciosa conquista, y ha llegado la hora de mirar a las fronteras, haciendo ejército capaz de defender la soberanía del país, como ya habíamos adquirido el ejército que nos ha dado paz, orden y respeto institucional.

Ha llegado el instante de que la vida del país no esté concentrada en el Ministerio del Interior y en el Ministerio de Hacienda: una nueva era y un nuevo horizonte deben abrirse para el Ministerio de la Guerra y el de Relaciones Exteriores.

SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO

La base de toda organización militar tiene necesariamente que apoyarse en el servicio militar obligatorio, mediante el cual todas las clases de la Nación van desfilando a través de esa organización y adquiriendo así los conocimientos imprescindibles al soldado, la

disciplina, el hábito del cuartel y la resistencia necesaria para la vida de campamento.

El servicio universal obligatorio es una institución que tienen hoy casi todos los pueblos civilizados. Podrá ser o no discutido de un punto de vista teórico, pero desde el momento en que un estado de un continente resuelva adoptarlo, se convierte en necesidad ineludible para todos sus vecinos la entrada inmediata en el mismo género de organización, único, por otra parte, que permite, en caso de guerra, "la levée en masse", o sea el levantamiento del pueblo soldado, totalmente militarizado, en condiciones de ir a las fronteras.

Lo tienen lo mismo los pueblos imperialistas que las monarquías constitucionales y las democracias más avanzadas, y es, hasta cierto punto, una de las aplicaciones más lógicas de la extensión democrática, dado su carácter general, que lo mismo alcanza al rico, al pobre, a todos los ciudadanos de una República o a todos los súbditos de una monarquía, constituyendo, conjuntamente con la escuela, una de las generalizaciones de elementos que antes le estaban sólo reservados a los miembros de clases privilegiadas.

La mayor parte de los pueblos del Continente sudamericano, desde hace ya largo tiempo los limítrofes, los que marcan el mayor grado de civilización entre las naciones de esta parte del mundo, han adoptado ese sistema, que aunque constituya una fuerte carga para el ciudadano, representa la única garantía eficaz para la defensa.

No es, por lo tanto, del caso entrar al terreno de discusiones teóricas con los creyentes en la "nebulosa humanidad mientras la idea de patria no se haya disuelto en ella" al decir de Doumer.

Lo que nos interesa por el momento es saber cuáles son los recursos en hombres de que disponemos, y ya

que la estadística nos revela la exigüidad de nuestra población nacional, buscar en la organización y en la intensificación de la obra militar los medios de equilibrar los grandes números existentes del otro lado de nuestras fronteras.

De acuerdo con los datos demográficos de que disponemos, al ponerse en vigencia esta ley podremos contar con un promedio de 14,000 ciudadanos de 20 años, de los cuales deberá salir el contingente de conscriptos que anualmente completarán los cuadros del ejército activo.

Veamos cuáles son, sobre esta base, los recursos con que podemos contar para la implantación del servicio obligatorio.

Para determinar el número de conscriptos que debe dar la generación de 20 años al Ejército, podemos adoptar diversos elementos de comparación.

La estadística de 1908. estudiando el porcentaje de guardias nacionales con relación a la población masculina, establecía el 40.5 % sobre el total de hombres de 17 a 45 años. Este dato no resuelve totalmente la dificultad, y por eso trataremos de buscar otros elementos de juicio que, si no con rigurosa exactitud, nos darán las cifras aproximadas.

En Francia, la proporción de incorporados al Ejército representaba, a fines del siglo pasado, el 43 % de los nacimientos masculinos; en 1906, el 48.5; en 1907, el 50.5; en 1909, el 52.5; pero el resultado de esta fuerte proporcionalidad ha sido seguido paralelamente por el de la mortalidad cada vez mayor en el Ejército, fenómeno que invariablemente se produce; ascenso forzado de las incorporaciones y ascenso de recluídos en los hospitales y de las listas de mortalidad. El teniente coronel Mangin considera que esta proporción no debe exceder de 43 a 46 %, de acuerdo con el estado sanitario de su país.

Ahora bien: el número de nacimientos masculinos en el Uruguay, es de alrededor de 20,000, pudiéndose adoptar con toda certeza esa cifra para la época en que pueda regir esta ley. Tomando la cifra débil de 43 %, representaría 8,600 conscriptos, y tomando la de 46 %, que no es exagerada, dado el estado sanitario generalmente favorable del país, daría 9,200. Ateniéndonos al promedio prudente de 9,000 y descontando la escasa cantidad de exceptuados legales, dentro de nuestra ley de conscripción, no es exagerado basarse en la cifra de 8,500 ciudadanos hábiles para la incorporación.

En estas condiciones, el servicio militar no afectará absolutamente las fuentes de producción, pues licenciados 3,000 soldados elegidos entre los que padecen de taras físicas, conducta irregular en el cumplimiento de sus deberes, y extranjeros enganchados, el Ejército sería completado anualmente con 3,800 conscriptos, quedando 4,700 en calidad de exceptuados por el sorteo, los que deberían pagar una tasa militar de 36 pesos durante el año de excepción y de 18 pesos el año siguiente, obteniéndose una renta de 255,800 pesos anuales, que en treinta años daría un fondo de 7.674,000 pesos, sin contar el aumento de población, y de no menos de 10.000,000, calculando aún abajo de lo normal el acrecentamiento por aumento vegetativo.

El alejamiento de brazos del trabajo sería apenas sensible, representando menos del 2 % de los hombres hábiles, demorados por un año en los cuarteles.

Como se ve, estamos a una enorme distancia de las leyes de conscripción que llaman a todos los hombres válidos, no ya por un año, sino por dos o tres.

El Ministerio de la Guerra deberá fijar anualmente el número de conscriptos, de acuerdo con las necesidades, debiéndose iniciar la reforma sobre esa base mínima, que no alcanzará más que al tercio de la disponibilidad. Es por decirlo así "el programa mínimo"

militar con que puede ser iniciada esta reforma trascendental.

La proporción de nuestra población nacional y la de los conscriptos llamados a las armas estaría muy lejos de la de los países europeos, aproximándose a la de Chile, que sin extremar las exigencias es la nación modelo en América en materia militar.

Calculando nuestro efectivo teórico en 10,560 hombres; licenciados, 3,000 soldados y llamando 3,880 conscriptos, tendríamos asegurado el saneamiento del Ejército física y moralmente; el desfile de una buena parte de todas las generaciones que vengan, a través de la institución militar; el aumento del ejército en 800 hombres y la reorganización del mismo sobre una base científica, de acuerdo con un plan, desterrando la incoherencia y la desigualdad de efectivos en las unidades, además de una economía de 408,860 pesos anuales por concepto de sueldos, que en 30 años contribuirían con la fuerte suma de $ 12.268,800 a la adquisición del empréstito para la defensa nacional.

Sin el servicio obligatorio sería inútil pensar en la defensa del país, pues sólo confiando en esa sólida base, siempre dispuesta a la primer orden de marcha, con todos los elementos necesarios, en calidad de "tropas de cubierta", es que la nación puede tener tiempo suficiente para movilizarse sin ser invadida de inmediato.

PREPARACIÓN DE LAS RESERVAS

I. *Reserva del Ejército Activo.* — II. *Territorial.* — III. *Reserva de la Territorial.* — IV. *Legiones*

De nada serviría la institución del servicio obligatorio, si no se organizaran las reservas con toda la fuerte masa de adultos que han pasado ya la edad establecida para la conscripción.

Tardaría treinta años el país antes de que los ciudadanos de 20 a 50 años estuvieran iniciados en la práctica de las armas. Ejército activo, sin la población del país militarizada, es hoy una fórmula que ha pasado a la historia. *La guerra es, en la actualidad, de pueblos armados y no de ejércitos de profesión.* La Revolución Francesa, con sus llamados a todos los hombres en condiciones de defender a la patria en peligro, y los Senatus Consultus del Imperio, han llevado a casi todas las naciones civilizadas al servicio universal obligatorio, que constituye, en definitiva, no sólo una exigencia de la guerra moderna, sino también el resultado de una generalización democrática dentro del orden militar.

Teniendo en cuenta que ningún pueblo puede mantener más del uno o dos por ciento de su población en calidad de ejército permanente, y que el levantamiento de un estado en armas arroja a los campos de batalla entre el ocho y el trece por ciento de su población, se comprende que el más brillante ejército del mundo tiene, en condiciones medianamente equilibradas de población, que ser destruído por un pueblo militarizado.

Nuestra situación es aún mucho más difícil, si se piensa que tenemos una población de poco más de un millón de habitantes, y que, por consiguiente, sólo podemos pensar en defendernos instruyendo militarmente al país en condiciones que no escape a esa enseñanza ningún elemento utilizable.

La Reserva del Ejército Activo constituye, conjuntamente con el Ejército permanente, la esperanza nacional en caso de guerra. En él deben formar los hombres más jóvenes y más recientemente asimilados a los hábitos militares. Todos los ciudadanos de 21 a 34 años, cuyo período anual de instrucción será de 40 días, y de los cuales, una parte, además, habrá estado un año en el cuartel, los de 19 años y los de 20 excep-

tuados en el sorteo, inmediatamente amalgamados con el pequeño pero magnífico ejército de que dispondremos, formará, en caso de guerra, una masa de cerca de 90,000 soldados de *élite,* correspondiendo a las mismas categorías del ejército francés, a las del ejército permanente alemán y primer *ban* de la *Landwehr,* el *Auszug* suizo y demás divisiones que en todos los países modernamente organizados representan las fuerzas activas de la Nación.

A pesar de todo el valor que significán esas fuerzas, sería erróneo suponer que pudieran bastar para defendernos, dados nuestros frentes fronterizos enormes de más de 500 kilómetros y el debilitamiento a que se verían expuestas en caso de guerra, si tuvieran que atender por sí solas todos los servicios auxiliares, guarniciones, costas, etc.

La organización de la segunda reserva, de hombres todavía jóvenes, pero más lenta para ponerse en pie de guerra, constituye el complemento de los dos elementos anteriormente mencionados. La Territorial, formada por los hombres de 35 a 43 años, muchos de ellos ex soldados de filas y todos sometidos todavía a un ejercicio de 25 días por año después de haber hecho 40 días de 21 a 34 años, unidos a la generación de 18 años, sometida a su vez al mismo período de 25 días de instrucción, constituye un excelente ejército de reserva fuerte de alrededor de 30,000 soldados, aunque en este proyecto nos atenemos a la cifra de sólo 26,000, teniendo en cuenta tal vez un exceso de exceptuados por diversas consideraciones, tratándose todavía de un ejército de combate; excepciones que no tenemos, en cambio, tan en cuenta en lo referente a la reserva del Ejército Territorial, debido a los servicios que le están confiados y a su papel mucho menos activo en la guerra.

Al poco tiempo de decretar la movilización, estas fuerzas podrían unirse a la *élite* y llevarían el efectivo

de guerra alrededor de 114 a 120,000 hombres de primera y segunda línea, correspondientes estos últimos a la territorial francesa y la *Landsturm* alemana y austriaca.

A fin de que todas estas fuerzas puedan ser utilizadas en las fronteras como tropas ofensivo-defensivas, es lógico prever la formación de una numerosa reserva, encargada de las guarniciones, la defensa de plazas, comunicaciones, gran parte de los servicios sanitarios y demás funciones de las últimas reservas, en caso de guerra.

La Reserva de la Territorial, compuesta de los veteranos de los 44 a 50 años, más los jóvenes de 17 recién iniciados en los ejercicios de tiro, correspondiente a su homónima de la organización francesa y la *landsturm* suiza, permite todavía disponer de un cuarto ejército, mucho menos móvil, pero imprescindible, dada nuestra pequeña población, y respetable por la calidad de los soldados, su experiencia y conocimientos, ya que, si próximos a terminar su carrera militar por razones de edad, no puede contarse con ellos para los esfuerzos más violentos de la guerra, por su número de 21,000 soldados de verdad y jóvenes conscriptos, constituyen un poderoso ejército susceptible de aumentar considerablemente nuestro poder defensivo como auxiliares.

También en esta materia, no obstante nuestra pequeña población, no podrá objetarse que extremamos las exigencias, pues en condiciones topográficas mucho más ventajosa, Suiza incluye en su *Landsturm* los hombres hasta de 52 años, y Montenegro, en el tercer *ban* de la reserva, hasta los de 62.

Una fuerte cantidad de elementos utilizables en caso de guerra quedan fuera de esta organización durante la paz, siendo necesario prever el modo de encuadrarlos en las filas militares si la oportunidad se presentara. Existen más de 50,000 orientales, casi toda pobla-

ción masculina, en la República Argentina, y un número bastante importante en el Brasil y otros países extranjeros. Esos ciudadanos, que posiblemente no concurrieran a prestar sus servicios en tiempo de paz, aun cuando fueran llamados, es seguro, en cambio, que lo harían espontáneamente si la República se encontrara en peligro; además, convive con la población nacional, profundamente vinculada a ella, una numerosa colonia extranjera que ha constituído sus hogares y se siente unida a los destinos del país por una larga permanencia, sus familias y sus intereses.

Los precedentes de la Guerra Grande con las Legiones que defendieron a Montevideo, formando una parte considerable de su guarnición; las Legiones que actuaron con los peruanos durante la guerra del Pacífico, y las que estaban prontas a formarse con motivo del conflicto chileno-argentino, constituyen un precedente que es necesario tener en cuenta, pudiendo contarse con la certeza del concurso de una buena parte de esa población verdaderamente nacional, en el caso de que el país fuera víctima de una agresión.

Si no dentro del cálculo de fuerzas seriamente organizadas, en las que pueda confiar el Estado Mayor para el trazado de sus planes, como un elemento auxiliar, que en parte podría prestar su concurso en la línea de fuego o en guarniciones, depósitos, policías, etc., debemos tener en cuenta, dentro del cálculo de recursos, la formación de un quinto ejército constituído en forma de Legiones, por los orientales residentes en el extranjero y que no hayan recibido instrucción militar, los extranjeros que habitan en el país y quisieran tomar las armas en caso de guerra y todos los voluntarios orientales de más de 50 años y de menos de 17 que pudiesen incorporarse a las filas, los que, aunque no podamos fundarnos en ningún dato preciso, no es aventurado suponer que representarán, en el caso de un conflicto armado, una fuerza de 10 a 20,000 hombres.

ADQUISICIÓN DE ARTILLERÍA

Necesidad de adquirir 50 baterías

La experiencia de la guerra actual demuestra una vez más que el triunfo le está reservado a las grandes masas de infantería, cubiertas por una artillería igualmente numerosa. Antes de la actual contienda el general Bonnal preveía sobre los futuros campos de batalla el éxito asegurado por medio del cañón de tiro rápido, despliegues prontamente realizados y ocultos de infantería, furiosas cargas a la bayoneta y la atinada iniciativa personal de los jefes de unidad. (1)

La situación de nuestro ejército constituye un verdadero absurdo en pugna con las teorías y con los resultados prácticos de la guerra. Casi la mitad de todo el efectivo de paz lo forma la caballería, cual si fuera un arma decisiva en los combates, — y en vez nuestro personal de artillería se eleva a poco más de 700 hombres. El número de cañones agrupados en una serie de unidades, que no obedecen por su distribución a ningún plan racional, no bastaría para cubrir un frente proporcional a seis mil hombres. Es decir, que en caso de guerra, y admitiendo la frase legendaria de que "habrían dispuestos cien mil hombres capaces de defender el país", de esos cien mil hombres, noventa y cuatro mil serían estérilmente sacrificados y doblegados de inmediato bajo el fuego de la numerosa artillería de que disponen las naciones sudamericanas con las que pudiera producirse un conflicto.

En esta situación, puede decirse que no hay ejército capaz por lo menos de cumplir su misión en caso de guerra internacional, por más meritorios que sean sus jefes y por más abnegadas y valerosas que sean las tropas.

(1) Estudios publicados por el General Bonnal en «Le Gaulois» (1909)

El ejército francés disponía en tiempo de paz de un promedio de una pieza de artillería por algo más de 200 hombres, y en caso de guerra, con la adición de enormes reservas, esa proporción era todavía de una pieza de campaña (excepción hecha de una formidable artillería de fortaleza), por cada 500 o 600 hombres. Además, esa arma, conjuntamente con el Cuerpo de Ingenieros, representa un sexto del efectivo de paz, habiéndose consagrado por el Estado Mayor de ese país uno de los esfuerzos más sostenidos a buscar la superioridad de artillería, como medio de equilibrar el aumento incesante de los contingentes incorporados al ejército por el adversario de la otra orilla del Rhin. (1)

Como nos decía un distinguido oficial de nuestro ejército, formado en una de las primeras escuelas europeas, un país pequeño y poco poblado como el Uruguay tiene que tratar de defenderse y de buscar la compensación del número en los "medios extraordinarios", artillería máximamente proporcionada, numerosa flotilla aérea, rapidez en los medios de concentración.

A pesar del tiempo, perdura en todo su valor aquella tendencia del más grande de los espíritus militares que registra la historia, cuando, obligado a cubrir frentes de batalla cada vez mayores y a suplir la muerte de sus veteranos con jóvenes conscriptos y aliados dudosos, compensaba la inferioridad numérica y la pérdida de las calidades aumentando, de coalición en coalición, el número de bocas de fuego.

Si militarizamos el país en las mejores condiciones posibles y no adquirimos una artillería que guarde relación con el número de soldados en tiempo de guerra, haríamos una obra incompleta, absolutamente ineficaz.

Calculando que tengamos un número de cañones utilizables como para formar doce baterías, necesitamos 200 cañones de campaña que nos permitan elevar el número de baterías a 62, estableciendo una fuerte pro-

(1) **Durante la guerra Francia mantuvo esa proporción, presentando más de un millón de** ingenieros y artilleros en los campos de batalla.

porción, una verdadera superioridad en el estado actual de los ejércitos sudamericanos, con la base de una pieza de artillería por cada 500 hombres sobre el efectivo total de guerra y de una pieza por cada 300 soldados de las tropas de primera línea y de reserva.

En estas condiciones, es justo decirlo, nuestro ejército constituiría, a pesar de la pequeñez del país, una entidad formidable en los asuntos del Continente.

La utilización de este material, que sería desproporcionada e imposible por falta de personal idóneo, corresponde al desarrollo total del programa militar y naval de 1915 a 1925. Por el momento, sólo se trataría de tener prontos, con el personal necesario, los 96 cañones correspondientes a las seis baterías de cuatro cañones por cada zona militar, y en un plazo de tiempo de cinco o seis años, a la preparación de los artilleros de reserva necesarios para la integración y desdoblamiento de estas unidades a razón de nueve baterías por zona, o sean 144 cañones para todo el país, y las restantes piezas, a completar el efectivo total de guerra con su movilización completa.

MISIÓN MILITAR FRANCESA

Siguiendo el ejemplo de las naciones que han formado verdaderos ejércitos, se contratará una misión militar. Son los oficiales franceses los que han preparado los ejércitos serbios, búlgaros y griegos, que han asombrado al mundo en la guerra balcánica y en la actual contienda. Son ellos también los que están organizando el ejército del Perú, y son ellos los que, por su ciencia militar, el prestigio histórico y secular de las armas de Francia y el ejemplo del mayor heroísmo, unido a las artes de la guerra, hoy, contra el número, los que tienen más justos títulos a ser estudiados e imitados.

Francia, sin la menor duda, nos ayudará con empeño a ser una nación militar republicana como ella. Allí debemos buscar la dirección, los hombres, los libros, la artillería, en una era que se inaugura de indiscutida superioridad para ese pueblo.

Quince o veinte oficiales franceses deberán ser contratados. A su cargo estará el Estado Mayor, ciertas cátedras, el plan de guerra, todas las líneas de la administración.

Si se quiere formar un verdadero ejército será necesario darles facultades plenas. En el Uruguay no existe Estado Mayor; el que tenemos es una oficina donde se hacen listas, estadísticas, nada que tenga que ver con las funciones superiores del organismo militar, siendo que ese cuerpo quintaesenciado de la preparación guerrera tiene, en los países que marchan a la cabeza de la civilización, los cometidos más delicados, integrándolo todo lo que más se ha distinguido en las diferentes armas, desde las escuelas militares y los estudios técnicos hasta el comando de tropas con notas sobresalientes en la aplicación de los conocimientos en la práctica, en las maniobras o en la guerra.

Dada la similitud de estos instructores con los ciudadanos que deberán ser puestos a sus órdenes, tanto por su espíritu latino, por su educación republicana y por formar parte de una democracia dentro de la cual en el ejército se conserva intacto el respeto al ciudadano, como por nuestra misma cultura intelectual, genuinamente francesa, creemos que existen toda clase de ventajas en la elección de una misión de esa procedencia.

Existe también gran conveniencia en dirigir todo el esfuerzo militar en un mismo sentido. Cuanto mayor sea la importancia de las adquisiciones a realizar, mayores serán las ventajas que el país al cual nos dirijamos podrá concedernos. Por esto nos conviene, de todo punto de vista, adquirir toda la artillería, los na-

víos para la flota, todo el material de guerra en una misma nación, obteniendo a la vez todo el concurso y buena voluntad y las franquicias necesarias para la contratación de oficiales instructores y el envío de los nuestros a sus escuelas militares.

Descontando toda inclinación personal, creemos indiscutible que ninguna nación se encuentra respecto del Uruguay en la doble situación ventajosa, de estrecha vinculación, a la vez que de preparación militar a la cabeza como Francia.

EFECTIVO DE GUERRA

Mediante esta organización, el Uruguay podría presentar prontos para la guerra más de 130,000 hombres, contando todas las reservas y la entrada en acción de todos los ciudadanos de 17 a 50 años.

Según nuestra estadística, existían en el país 170,000 guardias nacionales de 17 a 45 años. Esta cantidad podríamos asimilarla a lo que generalmente se conoce con el nombre de efectivo teórico de guerra. Con el aumento de población del país en los últimos años y el que es necesario tener en cuenta para cuando rija esta ley, más los hombres de 45 a 50 años no tomados en consideración en esos números, llegaríamos a un efectivo teórico de cerca de 200,000 hombres.

Hay, sin embargo, una diferencia radical entre las estadísticas y los datos de que se nutre el criterio de los *amateurs* y de los periodistas cuando escriben sobre cuestiones de guerra, y el de los militares que saben realmente sobre qué elementos es posible confiar para operaciones verdaderamente eficaces.

De acuerdo con esa misma estadística podemos calcular que sobre los 260,000 ciudadanos disponibles podría a lo sumo contarse con un efectivo de 130,000 hombres capaces de hacer campaña, incluyendo en esta can-

tidad los servicios menos activos de las reservas, depósitos, policía, ferrocarriles, etc., es decir, algo más del 11 % de la población nacional, cifra elevada, pero que consideran puede siempre alcanzarse, en opinión de varios estadígrafos franceses. Aunque esta cantidad evidentemente revela una fuerte proporción, no pueden establecerse comparaciones y considerársela exagerada, tomando como base el porcentaje de soldados que dan las grandes naciones, pues los pequeños países casi siempre dan un número mayor de hombres al ejército en casos extremos, que las grandes nacionalidades, dentro de cuyas organizaciones militares, al llegar a las altas proporciones, parece producirse una especie de fenómeno de sobresaturación.

Dentro de la relatividad de los cálculos que permite nuestra deficiente estadística, sin darle un valor absoluto a estos números y sin que tampoco puedan distar mucho de la verdad, fuera de diferencias que no modifican su valor, podemos calcular que nuestra disponibilidad en tiempo de guerra sería de 11,440 soldados del ejército activo; alrededor de 65,000 de tropas de primera línea de la reserva del ejército activo; no menos de 26,000 de la territorial; 21,000 de la reserva de la territorial y los 5,000 hombres de policía existentes. Es decir, unos 130,000 hombres, sin contar las fuerzas auxiliares, que en forma de legiones pudieran constituirse con los uruguayos residentes en el exterior, los voluntarios extranjeros y los ciudadanos de más de 45-50 y de menos de 17 años que se presentaran también voluntarios.

Esta cifra total permite afirmar que aun en el caso más desfavorable habrían por lo menos más de 100,000 soldados de tropas de primer choque con una fuerte reserva para cubrir sus comunicaciones, una artillería de campaña representada por 248 cañones, parque de aerostación y flotilla aérea como para secundar sus

operaciones y todos los servicios auxiliares completos y ampliamente atendidos.

No podemos dejar de repetir que en estas condiciones nuestra tierra sería elevada a la categoría de factor imprescindible y decisivo para aquel de los beligerantes que quisiera asegurarse el éxito perturbando la paz en esta parte de América.

SOLUCIÓN FINANCIERA

Uno de los problemas más difíciles que a primera vista se presenta al pensarse en una obra de esta naturaleza es el de una solución financiera que no recargue el pueblo con nuevos impuestos para garantizar la adquisición de un empréstito de guerra.

No ha escapado a nuestras previsiones la protesta inmediata de los que por no darse trabajo de estudiar a fondo esta cuestión o por incapacidad para hacerlo. exclamarán con toda ligereza que es absurdo, en momento de crisis y cuando todo tiende a la economía, el planteamiento de la defensa nacional, con todas las erogaciones que traerá aparejadas.

Adelantándonos a las objeciones de esos financistas de criterio estrecho, hacemos notar que todas ellas no tienen fundamento alguno, por las siguientes razones:

Primero: Porque nuestra crisis obedece a un estado transitorio cuyo origen no radica en el país, sino en una situación universal, debida a causas que no pueden prolongarse por tiempo apreciable con relación a la vida nacional y al programa que se trata de cumplir en diez años.

Segundo: Porque nada nos obliga a pensar de inmediato en los desembolsos, siendo más que probable que cuando los esfuerzos preparatorios de la realización estén terminados, también habrá terminado la causa originaria de nuestros desequilibrios financieros.

Tercero: Porque, en realidad, salvo el impuesto, menos que insignificante, de quince centésimos anuales por habitante, todos los recursos necesarios a la defensa nacional salen de las mismas economías que producirá esa nueva organización y de la inversión de la carga del ciudadano exceptuado, que en vez de obligarlo a permanecer en el cuartel durante un año, se le exigirá una ínfima contribución análoga a la que tienen establecida todos los pueblos que practican el sistema de servicio obligatorio.

La economía realizada por concepto de sueldos sobre 3,000 soldados licenciados, representa una media anual de 408,960 pesos, cantidad que en treinta años nos dará 12.268,800 pesos. A esta suma se agregará la que representa el impuesto anual, después del segundo año, de 54 pesos por exceptuado en el sorteo sobre 4,700 conscriptos, o sean 253,800 pesos anuales, que en treinta años se elevarán a 7.614,000 pesos, y que teniendo en cuenta, aun en proporciones muy bajas, el aumento de población al terminar ese período de treinta años, si durante todo ese tiempo la cantidad fuera la misma, en vez de esa suma, representaría 11.521,000 pesos. Y como a esas dos fuertes bases para la adquisición de un empréstito se agregará el producido de la levísima carga de quince centésimos por habitante como contribución a la defensa nacional, habrá una disponibilidad de 195,000 pesos más, que en treinta años nos darán 5.850,000 pesos, los que, teniendo en cuenta el aumento vegetativo e inmigratorio, sin la progresión que trae el mayor número de padres en un período de casi dos generaciones, y que en esas condiciones se elevará al término del período de treinta años por lo menos a pesos 9.700,000, aun en el caso más desfavorable, esas rentas representarán sobre la base de cálculos del punto de partida 25.732,800 pesos.

Ahora bien: como la suma máxima de esas rentas nos llevaría a un total de treinta y tres millones y medio de

pesos, nos atendremos prudentemente a la cantidad de solo 29.000,000 como base de deducción de la renta fija para pago de intereses y amortización de un empréstito a adquirirse para la defensa nacional.

Tomando, por lo tanto, como término fijo del cálculo de recursos la cantidad correspondiente a 966,666 pesos anuales para el pago de intereses y amortización de ese empréstito, el Estado, sin arriesgar absolutamente nada, sin recargar a la población con nuevos impuestos, puede adquirir un empréstito teórico, o sea dentro de lo que se llama "Valor actual de las cifras", de 13.300,000 pesos, tomando como base el 6 % de interés y amortización.

Aunque esta cantidad pueda ser ligeramente modificada por concepto de comisiones y otras modificaciones anexas a esta clase de negocios, creemos ampliamente demostrado que el país tendrá dinero de sobra para realizar esa magna obra, sin sufrir nuevos recargos ni desequilibrios en sus presupuestos.

Al presentar este proyecto a la Honorable Cámara, lo hacemos con la certeza de dedicar nuestra atención a uno de los problemas vitales más graves que puedan ofrecerse a la consideración del país, y en la seguridad de que si este u otro esfuerzo análogo no es tomado seriamente en consideración a corto plazo, más tarde o más temprano, la República tendrá que lamentar cuando ya no sea tiempo, su imprevisión ante el problema de la Defensa Nacional.

Montevideo, 10 de abril de 1915.

Wáshington Paullier.

Este proyecto pasó a la Comisión de Legislación.

CAPITULO X

Las guerras contemporáneas se han iniciado antes de la declaración.—Necesidad de la ofensiva inmediata; utilización máxima del Tiempo y el Espacio. — Guerra entre España y Estados Unidos; ídem ruso-japonesa; ídem de los Balkanes y mundial de 1914.—Teoría de la guerra: aplicaciones a nuestra situación; partes vitales, etc. — Seis soldados por kilómetro a defender. La frontera francoalemana y el problema de las *tropas de cubierta;* 2,750 soldados y 20 cañones permanentes, por kilómetro. — Medios que permiten asegurar la movilización con éxito.—El servicio obligatorio; amalgama inmediata del ejército activo y de la primera reserva.—Posibilidad de resistencia de un país menos poblado contra una nación más numerosa: *la sobresaturación* en las fronteras. — Ejemplo y triunfo de Francia en 1914-1918; otros ejemplos. — Resultados de la simple instrucción militar, con o sin ejército de profesión, comparada con el sistema de servicio obligatorio; la campaña de 1870.—La opinión de Joffre en 1913; discurso a los oficiales de la Escuela Politécnica. Idem tratadistas, coroneles de Estado Mayor.—Martín y García y Gómez Souza.

Contemporáneamente la declaración de guerra no ha pasado de una ficción. De la práctica de los hechos no podemos decir otra cosa que, la guerra no se declara sino que se inicia — luego viene el retiro de los ministros.

Cuando las cancillerías mandan una nota impositiva, las decisiones ya están adoptadas por los hombres de gobierno — y todo está pronto para caer sobre el adversario. Cuando llega el ultimátum, el inmenso con-

voy de trenes está en marcha hacia la frontera, y la administración militar funciona a altas presiones.

El agresor, que siempre es fuerte o cree serlo, pues si no no tomaría la iniciativa, elige el momento y una vez adoptado el partido de la violencia, imperiosamente debe ganar tiempo, pues si aquél es síntesis de valores, nunca es esto más exacto que en la guerra y en toda la acepción de la palabra.

Tiempo y espacio, son los dos elementos esenciales para la victoria, y aún con fuerzas y recursos iguales, triunfará el que utilice mejor esas dos abstracciones genuinas de la mente humana.

En esa forma se ha procedido en las últimas guerras contemporáneas. Los yanquis aislaron rápidamente las escuadras españolas de Cuba y de Filipinas, aniquilándolas por separado y sin recibir auxilios. Los japoneses minaron los canales por donde debían salir los navíos rusos, y apenas iniciada la guerra ya habían desaparecido varias unidades, entre ellas el navío insignia con el almirante en jefe.

Ahora, cuando llegó el ultimátum a Bélgica, 125,000 hombres, a las órdenes de Von Emich marchaban sobre Lieja, como vanguardia; ocho ejércitos con un millón y medio de soldados despuntaban las fronteras, y sesenta cuerpos de ejército — formando una masa inconcebible de dos millones quinientos mil hombres, de primera línea, segundas y hasta terceras reservas — se encaminaban al teatro de la lucha por una red ferroviaria archiperfeccionada.

Cuando los minúsculos Estados balkánicos batieron el poder turco, fué debido a la movilización fulminante de los búlgaros, seguidos de los servios, griegos y montenegrinos que convirtieron casi el primer mes de guerra en la matanza a mansalva de un rebaño.

Júzguese todo esto como se quiera, pero nadie podrá negar que así es la realidad.

Queremos escalonar algunos de estos axiomas de orden práctico, político-militar, para evidenciar mejor, por qué el servicio obligatorio es la única base en que puede descansar la defensa nacional.

Es evidente que nunca hemos pensado declararle la guerra a nadie, y que sólo aspiramos a vivir en paz y podernos defender; pero esto no nos exime de analizar la *ofensiva* como el medio preconizado por los autores militares como más ventajoso en la mayoría de los casos.

Si nosotros no pensamos atacar, no por eso podemos dejar de prever la posibilidad del ataque.

La guerra persigue el aniquilamiento de las fuerzas del enemigo, mas esto implica una serie de cuestiones muy vastas. No se trata tan sólo de vencer al Ejército. Hay que inutilizar a la nación; apoderarse de sus vías de comunicación; cerrarle los puertos y el mar; asestar golpes rápidos sobre sus partes vitales, ocupando las regiones más pobladas, para que los hombres no puedan incorporarse a los ejércitos; destruir las usinas, si las tiene, y los grandes talleres metalúrgicos; en fin, hay que aplastar todas las fuerzas vivas, de cualquier naturaleza que sean y desmoralizar a las poblaciones.

Esa es la teoría de la guerra. Por eso es terrorífica; pero no hay otra.

Invitamos ahora a meditar sobre la carta del país, las consecuencias de estos principios.

Obsérvese el mapa y se verá que los departamentos de Montevideo, San José, Colonia, Maldonado y Rocha, se encuentran sobre la línea de costas y por consiguiente, expuestos al ataque rápido y simultáneo por varios puntos, de una escuadra o varias divisiones navales combinadas; que esos departamentos representan más de la mitad de la población de la República; que en ellos se encuentran la Capital, el eje irradiante de las vías férreas, el actual parque y la mayoría de los

cuarteles, así como casi toda la región agrícola del país. Agréguese que los departamentos limítrofes del río Uruguay representan 300,000 habitantes y que son las regiones que siguen en riqueza, puertos y vías férreas, a las del litoral oceánico, y tendremos que dos tercios de la actividad nacional, sus partes vitales, en hombres y recursos de todas clases, pueden ser inmediatamente vulneradas, de acuerdo con el carácter de las guerras modernas.

Nuestra línea de costas es de 1,600 kilómetros, y tenemos un poco más de 10,000 soldados permanentes, que son los únicos con que se puede contar como *troupes de couverture;* luego haremos notar cuál es la importancia de las tropas de cubierta. Es decir, que hay un poco más de seis soldados por kilómetro sobre esa línea a defender. ¿Puede creer alguien que con eso se protejan, no ya las fronteras abiertas del Uruguay, sino las mismas montañas de Suiza?

Para que se tenga una idea aproximada, vamos a presentar un ejemplo. El frente francés desde el Luxembourg hasta Suiza, tiene unos 300 kilómetros; más de un tercio cubierto por los Vosgos, región casi imposible de franquear de pronto y a viva fuerza. Quedan 200 kilómetros; la parte Sur sólo es accesible por Belfort—campo atrincherado, inexpugnable, contra el que ni siquiera se ha intentado un golpe, — y el resto de la frontera posee las líneas estratégicas del Meusa y Mosela, con las colinas del Argonne, el Woevre,—las antiguas Termópilas de Francia y grandes montes naturales, además de los campos atrincherados de Verdún, Toul, Epinal y Belfort; con una segunda línea a retaguardia que forma la defensa fija más imponente del mundo, prueba de ello, que allá se han estrellado sin conseguir romperla, la ciencia, los elementos y el número de los ejércitos alemanes.

Pues bien: Francia consideraba cuestión de vida o muerte mantener permanentemente en pie de guerra de 700 a 800,000 soldados. Descuéntense el cuerpo número XIX, de guarnición en Argelia, las tropas coloniales y los cuerpos distribuídos en las veintiuna circunscripciones militares del territorio francés, y se llega a 550,000 soldados, con la primer artillería de tiro rápido; (1) más de 4,000 cañones, cubriendo 200 kilómetros de fronteras abiertas; 2,750 hombres y 20 cañones por kilómetro.

¿Se creerá que había exceso? No. Era cuestión de vida o muerte, lo repetimos, que hubieran 550,000 soldados y no 350,000, en la frontera, o susceptibles de ser concentrados rápidamente; por eso la discusión de la ley de tres años, constituyó el debate más trascendental que seguramente haya tenido lugar en el Parlamento francés desde el año 1875, como el día que se trate seriamente la defensa nacional y la ley de servicio obligatorio en el Uruguay, será el acto parlamentario de mayores consecuencias para nuestro pueblo desde la época de la Guerra Grande.

Consideremos el objeto de esa excepcional acumula-

---

(1) Al afirmar que Francia poseía la mejor artillería de tiro rápido, lo hacemos fundados no sólo en los resultados actuales de la guerra, sino en conclusiones anteriores resultantes de numerosas experiencias hechas con gran prolijidad, comparando el material Schneider-Canet con el Krupp. En 1903-1904 fueron ensayados los dos materiales durante ocho meses en Portugal, llegándose a conclusiones terminantes. Portugal, España, Bulgaria, Servia, Grecia, el Perú, Persia y otros estados, desde entonces adoptaron el material francés. En la guerra actual los ejércitos rusos, italianos, belgas, rumanos y casi todos los aliados utilizaron constantemente piezas y materiales de las usinas Creuzot.

Antes de la guerra de 1914, se afirmaba ya esta superioridad en forma cada día menos discutida. En la conocida obra *L'artillerie de campagne a tir rapide et a boucliers* por *Campana* (de 1909), se lee, después de un minucioso estudio sobre las condiciones del 75 Schneider-Canet y Krupp:—«Según lo que hemos dicho en el curso de este estudio, este material es incontestablemente superior al de Krupp.—La casa Schneider-Canet ha presentado, además, otros tipos de material: es así que Bulgaria no ha querido ni el recuperador de aire comprimido, ni el freno de ruedas, ni el alza independiente» (pág. 404).

En nuestro país también se hicieron ensayos, *con el mismo resultado*, durante la presidencia del doctor Williman.

ción de *tropas de cubierta* y el fin asignado a dichos contingentes en caso de guerra. Prosigamos con el ejemplo de Francia, como podría juzgarse lo mismo de la importancia de esos efectivos, a propósito de otras naciones que tenían poderosamente cuidadas sus fronteras.

El caso de ese país es tanto más interesante cuanto que, no sólo la victoria ha venido a prestigiar aún más, la excepcional preparación de sus ejércitos, sus doctrinas y previsiones, sino que, además, representa, la posibilidad de la resistencia de parte de un pueblo que por largo tiempo debió combatir contra Alemania, en la proporción de 4 contra 7, ateniéndonos a la cifra de los pobladores.

El efectivo teórico de guerra, de que podía disponer Francia, era de más de 5 millones de hombres. Cifra fabulosa que representa el 13 % de la población nacional; pero que en la práctica fué alcanzada hasta el fin de las batallas, en forma que a fines de 1918, después de perder un millón de soldados, Francia había llegado al máximum de su movilización, supliendo ese déficit con una cifra igual, correspondiente a los contingentes coloniales. Es decir, que la guerra demostró que efectivamente ese país, con todos sus recursos ponía en pie de guerra, sobre sus fronteras del Norte y Nordeste, seis millones de combatientes. Conviene conocer las categorías y valor aproximado de una masa semejante, que fácilmente se comprende, no puede ser homogénea en cuanto a su eficiencia. La nación en armas representaba 800,000 soldados de tropas activas permanentes; dos millones de reservistas jóvenes de 23 a 32 años de edad; alrededor de un millón de territoriales de menos de 40 años, y 800,000 más de la reserva de la territorial, abstracción hecha de los jóvenes de 18 y 19 años, y muchos ciudadanos hábiles de más de 45 años que fueron llamados, lo mismo en Francia, que Alemania, Austria y otros países.

Esto constituía un efectivo formidable, máxime tratándose de un país que dispone de sumas fabulosas de dinero, de colonias, de grandes usinas, y *donde todos son soldados*. Una masa semejante puede decirse, que *es provisoriamente invencible*, aunque luche contra un pueblo que tenga un treinta por ciento más de hombres. La *sobresaturación de fuerzas* en las fronteras y otras muchas causas, impiden el desarrollo de las ventajas numéricas por un espacio de tiempo considerable, de tal modo que si se trata de la previsión de una guerra, en la que el problema consista en defenderse de la invasión por determinado tiempo, porque se cuenta con un aliado o aliados, aunque se trate de un pueblo numéricamente inferior a otro, no por eso es forzoso encarar la situación de acuerdo con el pesimismo que parece significar todo número menor frente al que le excede.

Pero no basta disponer de hombres. Así, si Francia pudo resistir con 40 millones de habitantes a Alemania que disponía de 70 millones, es porque a pesar de esa proporción aplastante, la primera mantenía una cubierta de ochocientos mil soldados frente a los ochocientos cincuenta mil del imperio. En esta forma el *ataque brusqué*, sin la movilización general no era posible, y lo que en todo caso representa la parte más enérgica y poderosa de la organización militar, estaba igualado numéricamente, eliminándose toda inferioridad inmediata. Aún así, era evidente que puestas en pie de guerra las dos naciones, las diez o doce clases de *élite* de ambos países (la *landwehr* alemana y la primera reserva francesa) tenían que ser de muy diferente número.

Mas como en la guerra el tiempo es un factor primordial, no era lo mismo para Alemania acentuar su superioridad después de movilizarse más de dos millones de hombres por ambas partes, que obtenerla desde los

primeros momentos, destruyendo la armazón por decirlo así, donde debía integrarse esa inmensa masa de seis millones de hombres, que una vez puestos en pie de combate, le daban a Francia el tiempo suficiente para complicar bajo múltiples fases e invertir el aspecto de una partida, en apariencia, inicialmente perdida.

Más brevemente. Sin la cubierta francesa de 800,000 soldados, los 5.000,000 más disponibles y que de nuevo han llevado sus banderas al Rhin hubieran sido desbaratados en los primeros golpes. Sin la *élite* o reserva de 2.000,000, y si no hubiera estado suficientemente preparada, en condiciones de amalgamarse con las *troupes de couverture*, éstas hubieran sido vencidas por Alemania, lanzada entera en armas como una catapulta, como toda nación que por el servicio obligatorio pueda convertir en fuerza inmediata de choque, la suma de todos sus hombres jóvenes. Sin la territorial, numerosos servicios no hubieran podido ser atendidos, ni muchos cuerpos completados, ni las bajas reemplazadas, el tiempo necesario para hacer entrar en juego la fuerza americana y los resultados del bloqueo. Aún sin la reserva de la territorial, cerca de un millón de auxiliares que desempeñaban funciones imprescindibles habrían restado otros tantos combatientes.

Y todas las categorías homogeneizadas por la preparación general aunque entrando a actuar primero unas y después otras, permitieron el acrecentamiento de los recursos propios *au grand maximum*, con el invalorable esfuerzo de un millón de franceses de ultramar, bérberes, negros, árabes, criollos, antillanos, malgaches y asiáticos, que sin duda en gran parte han contribuído al éxito de la guerra.

No es, por lo tanto, cuestión de tener hombres, ni grandes poblaciones, aún disponiendo de recursos.

El desiderátum consiste en *la mayor homogeneidad militar entre todos los hombres hábiles de una nación,*

tomando como base el Ejército activo, o sea la menor desemejanza posible entre soldados de las tropas permanentes y reservistas, de suerte que salvo las diferencias impuestas por la edad, la nación en armas sea una realidad homogénea en cuanto a la eficiencia, aunque la complexidad de la máquina militar y la división del trabajo le asigne a las diversas categorías funciones distintas, complementarias.

Así como una nación de 40.000,000 de habitantes, sorprendida hasta cierto punto, por medio de la organización profunda de su ejército activo y de sus reservas (de primera y segunda línea) ha demostrado que era posible resistir casi sola, durante el primer año a una nación verdaderamente militar de 70.000,000, no es menos evidente, que un pueblo capaz de llevar a la guerra cuatro o cinco millones de combatientes puede ser vencido por otro que no disponga más que de tres millones de verdaderos soldados con su correspondiente organización. Bastaría que el segundo tuviera tropas de cubierta más numerosas, con el material necesario, que las primeras reservas fueran casi del mismo valor de las tropas permanentes, y que mediante la posesión de redes ferroviarias adecuadas y aprovisionamientos de víveres y municiones suficientes las lanzara sobre sus enemigos, antes de que aquéllos tuvieran tiempo suficiente para movilizarse.

La ley de los números deducidos de las poblaciones, decide cuando la preparación y los recursos son más o menos los mismos por ambas partes; pero, en general el número no resuelve por el simple hecho de que una población sea mayor o menor, porque donde pesa efectivamente es en los campos de batalla, vale decir, de acuerdo con la cantidad de soldados que en condiciones equivalentes los beligerantes pongan en presencia.

La opinión pública en nuestro país no debe dejarse impresionar por las diferencias de población, en un con-

tinente donde los diversos grupos humanos distan aún mucho de tener el mismo valor para la civilización y, por consiguiente, para la guerra; lo que debe preocupar, es saber el número de unidades eficaces con que podríamos contar sobre las fronteras y la apreciación de los que en las mismas condiciones pudieran agredirnos.

La historia de las guerras contemporáneas presenta la más completa evidencia de los principios expuestos. Napoleón, con los franceses, que representaban entonces el 25 % de la población de las grandes potencias totalizadas de Europa, las derrotó a todas coligadas varias veces. El "sobrehumano" conocedor de los valores prácticos, más grande que haya existido, según el juicio de Emerson, reprodujo con muchos menos hombres las hazañas de los generales de Luis XIV, que les dictaron leyes a todo el continente, cuando Francia sola representaba el 38 % de la población total.

Todavía hoy, el genio francés y la poderosa organización de su cubierta, así como la de las primeras reservas, unidas a las capacidades del alto comando y la oficialidad, le han permitido a ese país convertirse en el eje de resistencia de los aliados contra Alemania, Austria, Bulgaria y Turquía, dirigir la guerra y recuperar el puesto de primera fila en las decisiones y conferencias, realizando una indiscutible supremacía en la más grande de las guerras registradas, con sólo el 10 % de la población de Europa, si bien es cierto que por su gran imperio colonial, posee el 5 % de todos los hombres de la tierra. Sin embargo, ese mismo pueblo fué vencido en 1870 por los Estados alemanes coligados que entonces tenían con leve diferencia la misma suma de habitantes.

En la guerra ruso-japonesa, una nación de poco más de setenta millones de hombres derrotó a un imperio que tenía más de ciento cuarenta millones de po-

bladores. Otro tanto ocurrió con los turcos en Lulle Burgas y en Kirkilissé, donde fueron arrollados por la movilización rapidísima de los búlgaros y sus aliados balkánicos; y es lo que debe reproducirse toda vez que se encuentren en presencia, pueblos que tengan servicio obligatorio seriamente aplicado con organismos de reserva y material suficiente para ponerse rápidamente en pie de guerra, aunque tengan que combatir contra Estados mucho más poblados.

Llamamos la atención sobre este aspecto de la guerra moderna, especialmente de los pesimistas, que creen que el Uruguay sea *quantité negligeable* en Sud América.

Llegamos a una de las cuestiones fundamentales, que obligan a no pensar en otra forma de militarización que en el servicio obligatorio.

Sin tropas de cubierta sólidas y numerosas, ¿qué sucede? El enemigo cae sobre ellas y las desbarata con sus fuerzas de primer choque. Aún marchando a pie el avance es vertiginoso. El soldado francés en maniobras camina doce o trece leguas diarias, cosa que sólo se consigue con hombres extraordinariamente entrenados. El ejército alemán avanzó nueve leguas por día, a pesar de su inmensa impedimenta, hasta que fué derrotado en la Marne. El ejército francés se retiraba también combatiendo y en orden, a la misma marcha.

Lo que sucede entonces es lo que más puede entristecer el corazón de un patriota.

La juventud que ha aprendido el tiro y algunas maniobras, corre decidida a las filas; el espíritu de sacrificio no falta. Suponemos el caso de un pueblo que no tiene más que instrucción obligatoria. El ciudadano que debía incorporarse a un regimiento activo, para preparar los desdoblamientos, encuentra que su cuerpo partió para la frontera y ya fué batido o no fué batido aún. Si no hay una compañía de depósito, como ocurre

en los países que tienen sólidamente establecidas sus instituciones de reserva, con todos sus pertrechos, con sus oficiales, artillería, material sanitario y demás elementos imprescindibles, toda esa falange que es la energía y el resorte mismo de la nación, y que tal vez tuvo inconvenientes en hacer el pequeño sacrificio de ser soldado seis meses o un año — toda esa juventud, decimos, se encamina entonces al más grande de los sacrificios, y lo que es más doloroso, al sacrificio más estéril.

Millares de ciudadanos se agolpan en los campamentos de concentración. En quince días hay que improvisar todo lo que el enemigo preparó en diez, quince o veinte años. Faltan las municiones; faltan los materiales de aprovisionamiento, los víveres y el equipo de puentes, y falta, sobre todo, una de las fuerzas más poderosas en la guerra: el espíritu de cuerpo, la unidad, la cohesión entre los jefes, los oficiales y los reclutas, que no se conocen, que no están acostumbrados a maniobrar como un solo hombre, como sucede con las unidades preparadas desde el tiempo de paz.

Entonces toda esa masa de víctimas es dirigida a la frontera; pero no es en la frontera donde deben detenerse. Tendrán que hacer alto donde las tropas de cubierta hayan sido empujadas, después de ser batidas, si no han quedado aisladas en plazas sitiadas, en las que irremisiblemente caerán en poder del enemigo.

No exageramos. Presentamos la verdad desnuda, e *invitamos a reflexionar sobre la suerte de los pueblos que se entregan a simulacros de institución militar;* a esa mistificación con que se nos quiere desviar, a la simple instrucción obligatoria. No habría más que empezar a revistar la historia de las guerras contemporáneas para comprobarlo.

En medio de ese cuadro que hemos trazado a grandes rasgos, de la movilización de un pueblo que no

tiene servicio obligatorio. no bastan ni los hombres geniales para impedir la derrota. En 1870, Gambetta recorrió la Francia, comunicándole su espíritu de gigante.

Por todas partes levantó hombres, reunió armas, templó el espíritu, hasta de los más pusilánimes, al punto de que Molke, en su historia de la guerra, abandona por un momento su estilo frío, y cuando habla de él, dice que sólo ese hombre extraordinario pudo todavía reunir 400,000 conscriptos, improvisándolo todo. Aún así, apenas se ganó la batalla de Coulmiers y se recobró Orleans, cuando masas alemanas muy superiores en número, llegaban de todas partes, inutilizando aquel arranque del patriotismo. ¿Por qué? Porque si ya Francia empezaba a ponerse toda en pie de guerra, la falta de cuadros preparados durante la paz gravitaba entonces con sus fatales consecuencias, y *el tiempo*, ese factor que no entra en los cálculos de los que no tienen noción de lo que es una movilización, el tiempo perdido al principio, en idas y venidas, en lentitudes, en marchas y contramarchas, hacía que Bazaine aislado, ya hubiera caído en Metz; que Mac-Mahón, con sólo 40,000 hombres se hubiera visto frente al príncipe Federico Carlos con 160,000; que el ejército de Châlons hubiera llegado tarde en auxilio de Bazaine; que la organización del ejército del Norte fuera declarada materialmente imposible por el general Faidherbe; que el ejército del Este quedara cortado; en dos palabras, *el desastre* a causa de ese factor, en gran parte, el tiempo, la rapidez, la puntualidad, que encierran el secreto de los grandes triunfadores de la vida, individual y colectivamente.

Sobre esta cuestión fundamental de las grandes masas, imprescindibles en la guerra, y de su preparación completa, en materia de cuadros, y unidades, desde el tiempo de paz, es conveniente dar a conocer algunas

opiniones. Vaya en primer término, entre los grandes maestros franceses, la del vencedor de la batalla de la Marne, la más grande acción de guerra de todos los tiempos, obtenida sobre los ejércitos alemanes, considerados entonces los primeros del mundo, debiendo agregarse que el general Joffre disponía de doscientos mil soldados menos.

Pocos meses antes de estallar la guerra, decía el general Joffre a los alumnos de la Escuela Politécnica, al terminar los cursos (1913):

"*Estar dispuestos* en nuestra época implica una significación, de la cual difícilmente podían tener idea los que han preparado y dirigido la guerra de antaño.... Sería ilusorio contar sólo con el aliento popular, aunque sobrepujase en intensidad al de los voluntarios de la Revolución, si no estuviese secundado por una organización previa.

Para estar dispuestos hoy hay que haber orientado de antemano todos los recursos del país, toda la inteligencia de sus hijos, toda su energía moral, hacia un único fin: la victoria. *Hay que tenerlo todo previsto. Una vez comenzadas las hostilidades, ninguna improvisación será válida. Lo que fracase entonces, fracasará definitivamente.* Y la menor laguna puede originar un desastre...

La lucha está entablada desde que el primer llamamiento ha alcanzado al primer hombre, lucha de velocidad, lucha de orden, lucha de intensidad.

Entonces se utiliza el máximum de toda red de vías de comunicación y se verifica el transporte de las tropas de *couverture.*

Hay luego, el aprovisionamiento de víveres, de municiones, de material, de masas concentradas. Hay la evacuación de heridos y de enfermos.

Habrá también sobre nuestras vías de comunicación un movimiento incesante. Este funcionamiento es tan

vital como la circulación de la sangre en el cuerpo humano.

Los servicios de retaguardia tendrán una complexidad y una importancia que las guerras del pasado no pueden sospechar.

Viene, por fin, una parte moral de preparación; la inoculación de una doctrina nacional de guerra. Ella asegurará a cada instante, en todos los grados del espíritu, la comprensión de la idea de maniobra y coordinará todas las voluntades y todos los esfuerzos hacia la realización de esta idea. Es preciso que los jefes se hayan colocado en situación de dar con convicción y con toda seguridad órdenes inmediatas y claras.''

Estas consideraciones no son otra cosa que la demostración de que sólo el servicio obligatorio, el encuadramiento preparado de las reservas, el método militar completo, pueden permitir la defensa de un pueblo toda vez que se vea obligado a luchar con otro que tenga los medios necesarios y un concepto exacto de lo que es la guerra.

Podríamos citar un sinnúmero de opiniones en el mismo sentido; nos limitaremos, sin embargo, por considerarlo inútil, a reproducir la opinión de los coroneles del Estado Mayor español, Martín y García y Gómez Souza, autores de una de las obras más completas que sobre arte militar conocemos en la bibliografía castellana:

''Expuesto el concepto fundamental a que ha de atenderse en la organización, la cuestión que primero salta a la vista es la relativa a la constitución de los ejércitos, formándolos grandes masas o sólo efectivos reducidos, o dicho en otros términos, si el ejército ha de ser *profesional* o *nacional*. Cada uno de ambos sistemas tiene detractores y partidarios decididos, así que empezaremos por indicar, siquiera sea someramente, los argumentos que a tal fin aducen.''

"Los defensores del ejército reducido y profesional, encuentran esta forma más conveniente, por la superioridad que conceden al hombre dedicado largo tiempo al adiestramiento y ejercicio de los deberes militares, sobre el que traído a filas por corto plazo y contra su voluntad, no llega a ser un combatiente tan apto como el primero, y, además, la falta de hábito, la indiferencia o escaso interés por el resultado, y sobre todo su poca cohesión y escaso apego a la vida militar, le convierten en materia dispuesta a desbandarse en los momentos de peligro, cuando precisamente más necesaria es la serenidad y la entereza de ánimo, que encuentran más garantida en el profesional, a quien una educación sostenida y prolongada le hace sobreponerse a las sugestiones del instinto y del peligro frente al riesgo, en condiciones de indudable ventaja.

"Los que optan por las grandes masas, se fundan en la *importancia capital del número, importancia respecto a la cual, no cabe dudar en igualdad de las demás condiciones y todas las guerras contemporáneas han venido a confirmarlo.*

"En medio de estas dos teorías nuestra modesta opinión, se pronuncia por el ejército nacional, por las grandes masas; pero entendiéndose bien que, al hablar de grandes masas nos referimos a ejército constituído por hombres instruídos y aptos, no a *rebaños*, que otro nombre no merecen esas inmensas agrupaciones, cuando la primera materia que las constituye carece de aquellas imprescindibles cualidades.

"De lo que antecede, no se deduzca que la cantidad de tropas organizadas, o que puedan organizarse, constituya por sí sola razón bastante para declarar *a priori*, la superioridad o inferioridad de una nación; en tal caso, sería ilógica la guerra, pues una sencilla operación aritmética nos daría el resultado; el acertado empleo de esa cantidad puede hacer que, aunque

menor en absoluto que las opuestas, al chocar y hallarse de frente haga que esa desigualdad no exista de inmediato, pero que de cualquier manera que sea, y por muy descuidado que esté uno de los partidos, *si se trata de naciones con organización perfeccionada, hay que tener en cuenta que desde el primer instante podrá oponer masas importantísimas contra las cuales fuerza es emplear otras equivalentes,* LAS QUE NO HAY MEDIO NI FORMA DE OBTENER SIN EL SERVICIO NACIONAL, SIN LA ORGANIZACIÓN DE LAS GRANDES MASAS."

Como se ve, en todos los casos no hay nada que hacer sin el servicio obligatorio. Es la única forma de resolver los problemas primordiales de la guerra moderna; *grandes masas efectivamente militarizadas; rapidez en la ofensiva; condiciones del verdadero soldado, cohesión y espíritu de cuerpo,* aprendido prácticamente desde la compañía hasta las grandes unidades.

Cuando se trata de cuestiones de Derecho se aceptan las opiniones de los jurisconsultos, y cuando se trata de Medicina las de los médicos, ya que nunca más que hoy se conviene en la competencia de los especialistas y nunca menos que actualmente se cree en el talento enciclopédico.

Continuando sobre esta cuestión fundamental, con las opiniones de esos autorizados jefes de estado mayor; dicen: "Expuesta la necesidad de constituir un ejército permanente, resta ver la manera de lograrlo, y al efecto, partiendo del supuesto que ha de ser nacional, y sin descender a detalles propios del reclutamiento, diremos que éste debe hacerse alistando todos los hombres hábiles a quienes se impondrá el ineludible deber del servicio, y haciéndolos pasar por las filas con el fin de que adquieran la instrucción conveniente, y, lo que es más importante aún, la cohesión y el espíritu *de obediencia indispensables para el buen funcio-*

namiento del organismo armado; la edad del ingreso se fija en 20 años, en la que el hombre ha llegado a adquirir suficiente vigor y desarrollo, sin que aún se encuentre en condiciones de haber constituído una familia propia, y su paso y permanencia en el ejército se rige por diversos sistemas que en general son el servicio obligatorio; el ingreso sólo de cierto número de hombres escogidos por el sorteo, y por último, la instrucción obligatoria que consiste en el ingreso de todos, pero por muy corto tiempo, el indispensable para adquirir cierta instrucción, después de lo cual regresan a sus hogares, indicando sobradamente nuestro modo de pensar, *que es inútil decir que el primer sistema deba ser el ideal a que tienda todo Estado al prepararse para la guerra, aceptando sólo los otros como medio de transición impuesto por exigencias económicas.*"

CAPITULO XI

Nuestro proyecto de ley, con algunas atenuaciones de oportunidad que nos fueron propuestas. — Mínimum de obligaciones ciudadanas para iniciar el Servicio Obligatorio. — Iniciación provisoria del servicio, por seis meses, con siete clases de reserva intensiva. — 1.° No existe el problema económico: su solución. — 2.° Exigencias menores del Servicio Obligatorio, comparado con la Instrucción, como en Suiza. — Imposibilidad de aplicar el sistema suizo en el Uruguay: para que fuera eficaz habría que hacerlo más gravoso que el régimen de cuartel. — Deducciones sacadas de los ejércitos europeos, de Chile, la Rep. Argentina, Brasil y Perú. — Razones que en Sud América hacen más necesario que en Europa el Servicio Obligatorio. — El cuartel prolongación de la escuela: opinión del Sargento Mayor chileno A. Muñoz Figueroa.— El proyecto del Mariscal Mallet y la conscripción obligatoria en el Brasil: juicio del ingeniero militar A. Duval.—El debate de 1907 en el parlamento brasileño: palabras de Wenceslao Escobar, Alfonso Penna y Olindo Guanabara.

Sabido es que el doctor Feliciano Viera había resuelto que la defensa del país fuera estudiada y preparada, sobre la base de un ejército mixto, con sistema obligatorio, como lo proponemos en nuestro proyecto; así lo anunció en su discurso a la Asamblea el día de su elección, ratificándolo en forma categórica en un mensaje pocos meses después.

No se trató de simples propósitos o declaraciones platónicas, pudiendo afirmarse que la realización efectiva de este programa, estuvo mucho más cerca de

convertirse en realidad de lo que la mayor parte lo supone.

El entonces Ministro de Guerra y Marina, era un decidido colaborador en dichos propósitos concordantes con los del Presidente de la República y del numeroso núcleo de ciudadanos que formaban el Comité de Defensa Nacional. Fué así como se elaboró un proyecto en las Oficinas del Ministerio de la Guerra, destinado a presentarse a la Cámara por el Poder Ejecutivo. Dicho proyecto, que aunque no fué dado a conocer, está impreso, representaba una solución intermedia entre el plan que habíamos proyectado con finalidades definitivas, alcanzadas de un golpe, y los inconvenientes momentáneos, principalmente ciertas resistencias, que se sentían alentadas por uno de los principales órganos de la prensa.

Encontramos en el Ministro de la Guerra en todo momento un ciudadano bien inspirado y partidario sincero del servicio obligatorio. Comprendimos que nuestro programa sólidamente elaborado iba a sufrir la acción funesta de las influencias políticas; pero convencidos de que el Poder Ejecutivo, realmente deseaba el triunfo de nuestra campaña, aceptamos entonces y aceptaríamos en cualquier momento las modificaciones fundamentales que se nos proponían. Eran éstas: 1.° Servicio a cuartel de seis meses; 2.° atenuación del tiempo de los llamados a ejercicios para los reservistas, así como del número de clases.

El Ministro de la Guerra nos proporcionó el folleto inédito que contenía el proyecto (muy poco conocido hoy), de organización del Ejército, pidiéndonos que con franqueza preparáramos las observaciones que creyéramos del caso para uniformar ideas.

Es así como en la exposición de los argumentos que van a continuación, no hablamos del servicio a cuartel de un año, ni de once clases de primera reserva para

la amalgama con la cubierta, sino de sólo siete clases, a que llegábamos entonces como transacción, *aunque siempre con la idea de que poco tiempo después debería arribarse a lo establecido en nuestro proyecto.* (1)

Nuestra norma de conducta entonces obedecía a las mismas inspiraciones que nos guiarán obstinadamente a propósito de esta cuestión. *Servir al país y al Ejército, olvidándonos si es preciso de nuestras ideas personales sobre la materia, siempre que sea necesario para llegar a algún resultado militar positivo.* Por eso en esta obra sentamos la buena doctrina en toda su extensión, sobre la base del proyecto presentado a la anterior Legislatura; pero si mañana los Poderes Públicos quieren llegar a la militarización escolar, a la instrucción obligatoria, a compras parciales de armamento, siempre prestaremos nuestro concurso a fàvor de cualquier progreso, sin perjuicio de sostener: *o servicio obligatorio y organización total de las reservas al fin, o desastre irreparable más tarde o más temprano.*

Nuestra situación no admite bajo ningún concepto la discusión de la ley atenuada, puesto que se trataría de un servicio de *seis meses* solamente, a cuartel, por las razones que vamos a exponer:

1.° Porque la cuestión económica no existe. Y no existe porque siendo el servicio de seis meses, el número de conscriptos de 20 años dividido en dos grupos no exigirá el aumento del Ejército, sino que ese contingente semestralmente acudiría a llenar los claros dejados por un mínimum de 3,000 enganchados que ganan sueldos y cobran primas, de tal modo que no sólo

(1) En su obra *La Defensa Nacional*, por el general argentino Munilla, dice a este respecto: «Combinando la instrucción del cuartel con la de campaña, es indudable que ocho meses de permanencia en las filas bastarán para dar al ciudadano una preparación muy superior a la que se obtiene con el sistema en vigencia». Bien entendido que si se creen suficientes ocho meses, es porque en este caso se cuenta con llamados a maniobras y vida de campamento.

el presupuesto no se recargaría, sino que se produciría una economía de cerca de medio millón de pesos anuales, que aún cuando sean invertidos en el perfeccionamiento del armamento y en la construcción de cuarteles, darían por resultado el doble beneficio de permitir la formación del pueblo soldado y la adquisición de una parte del material de guerra.

Algo más del 12 % de nuestro presupuesto de guerra y marina, vendría a reforzar por medio de este concurso la institución vital para el país, con cinco millones de pesos en diez años, que es un período de tiempo mínimo, cuando se habla de programas de esta índole, sin poner un nuevo impuesto y sin pedir empréstitos.

Los que hablan de la cuestión económica en estas condiciones no tienen más excusa que la de no saber de lo que tratan.

2.º Hay otra razón por la cual el servicio de seis meses no puede ser discutido, *ni aún por los partidarios de la instrucción obligatoria*, y es la siguiente:

Para que este sistema pueda tener eficacia; para que pudiera dar algún resultado, aplicado no en el Uruguay sino en Suiza, que es el único modelo que pueda tomarse en consideración en esa materia, habría que aplicarlo en forma de días de ejercicio, unidos o separados, por un término de años que constituiría una carga mucho más pesada para el ciudadano que el servicio de seis meses. Vamos a demostrarlo.

Suiza, ese país de excepción por su naturaleza, del cual no puede tomarse ejemplo para nuestras cuestiones militares, puesto que un principio elemental en materia militar establece, que la ofensiva lo mismo que la defensiva tienen que estudiarse en relación rigurosa con la naturaleza del terreno, Suiza, decimos, comprende en el *auszug*, es decir, la *élite* de primer choque, doce clases militares, de 20 a 32 años, y en ella deben practicar los ciudadanos un verdadero servicio obliga-

torio de sesenta y cinco días para la infantería; setenta y cinco días para la artillería y noventa para la caballería y ametralladoras, período que siempre va aumentado de algunos días más para el licenciamiento y equipo.

Es cierto que nosotros aplicamos *seis meses a cuartel* para empezar y los suizos aplican *tres meses;* pero en seguida se verá dónde está la compensación, a pesar de que estamos comparando, lo que no es posible parangonar bajo ningún concepto, porque aquella es una tierra de pasos obligados, de inmensas montañas, de imponentes gargantas, donde basta tener pequeñas masas de tiradores, cañones, ametralladoras y fortificaciones; donde se puede luchar contra una gran superioridad numérica; donde el invasor debe esperar la suerte de Souwaroff frente a Massena en la mayor parte de los casos, mientras nuestra tierra forma una serie de cuchillas abiertas por todas partes, cinco veces más extensa que Suiza y tres veces menos poblada, sobre las que sólo la maniobra constante y el genio táctico en su forma más movida, puede llegar a triunfar, para lo que se requiere otra cosa que tiradores, o sea soldados.

Aún en estas condiciones, nuestros seis meses y los tres suizos estarían largamente compensados, pues mientras nuestra primera reserva de choque sería de siete clases, por ejemplo, que harían un total de ejercicios de 126 días, las doce clases suizas comprenden también de 11 a 14 días de ejercicios, siendo doce clases en tiempo de paz o de guerra en vez de siete. Y lo que es aún más importante, el ciudadano suizo continúa bajo la ley militar y presta servicios hasta los 52 años; además de que fuera de esta reglamentación, a la que sólo escapan los exceptuados legales, toda la *landwehr* que comprende ocho clases para la infantería y diez para la caballería, hace una cantidad de días de tiro individual, fuera de los mencionados ya en el *Auszug*, entre 20 y 32 años.

Se dirá, entonces, hágase menos servicio a cuartel y llámense mayor número de clases militares para el caso de guera, en primera línea.

He ahí el error fundamental en que incurren los adversarios del servicio obligatorio.

Con sus montañas, con la seguridad de que la ofensiva no puede progresar rápidamente si fueran invadidos, los suizos cumplen su programa defensivo, llamando un gran número de tiradores con abundante artillería, aunque no sean soldados perfectamente acostumbrados a la gran maniobra, a las maniobras de masas. Nosotros necesitamos, en cambio, un ejército si no tan numeroso, muy sólido del punto de vista militar, muy móvil y muy coherente, que forme la *cubierta*, y por eso tenemos que preferir, aunque más no sea, siete clases de reserva, con un fuerte espíritu de cuerpo, que sólo se adquiere en el cuartel, y *seis meses* de servicio permanente, que es la manera de obtenerlo, en vez de doce clases menos preparadas.

En una palabra, pedimos tres meses más de servicio activo en tiempo de paz, en vez de *cinco años* más de obligación activa en caso de guerra en la primera línea y *siete años* más de obligaciones de la misma índole en los límites extremos de la edad militar. Creemos haber demostrado, que nuestra ley sería menos exigente que la misma ley suiza, la de ese país excepcional, que ni siquiera tiene servicio obligatorio, en el sentido estricto en que lo entendemos.

¿Qué quiere decir esto? Que la tan ponderada *instrucción militar, para poder suplir al servicio obligatorio, aún con las más sólidas montañas de Europa, con una situación única en aquel Continente, necesita ser aplicada en una forma que resulta más pesada que nuestra ley de servicio a cuartel.*

Si hubiéramos de tomar ejemplo de las grandes naciones militares, ya se tratara de servicio obligatorio

o de instrucción obligatoria, siempre tendríamos que pugnar por una ley más severa.

No vayamos a las grandes monarquías y a los imperios que pueden ser sospechados como ejemplos, por el predominio de las ideas de conquista. Observemos dentro de los países de régimen republicano. Francia, tiene la ley *de tres años, a cuartel;* más la disponibilidad de 10 años en la primera reserva, de tropas de amalgama para el choque inmediato, con dos períodos de ejercicios, uno de 17 y otro de 23 días; más seis años disponibles en la Territorial, con un período de nueve días de ejercicio, y seis años más en la Reserva de la Territorial, con un llamado a revista.

¡Suiza, ya hemos visto que mantiene los ejercicios para el hombre que ha llegado a los 32 años, y que aún siguen obligaciones serias del punto de vista militar hasta la edad de 52 años. Chile tiene un año de obligatoriedad a cuartel; la Argentina un año; el Brasil dos, y el Perú tres años, para la infantería y cuatro si el conscripto va a caballería o artillería! Se nos dirá, que estas leyes no se cumplen rigurosamente, excepto en Chile. Estamos de acuerdo, pero las leyes existen, y cuando haya circunstancias apremiantes se cumplirán totalmente. Además, sería un grave error, suponer que por el hecho de que esas leyes no sean rigurosamente observadas, no se cumplan en absoluto. Se cumplen en parte, en su mayor parte, y los frutos que han dado ya son muy importantes, siendo a nosotros a quienes menos les está permitido desconocerlos.

Esas leyes rigen lo bastante para obligarnos a pensar en la defensa nacional; pero no se aplican, ni pueden aplicarse a fondo, por razones geográficas y por razones de presupuesto, como para impedirnos llegar a una altura, con nuestro territorio pequeño, con las numerosas vías de comunicación que poseemos, y nuestra posición privilegiada, que nos permita ser un elemento

considerable y tal vez decisivo en los asuntos de América.

Es decir, que no ya en Europa, sino en América y entre los pueblos republicanos, todos ya están sometidos a leyes militares mucho más intensas que la que se propone, y es necesario tener presente que en Europa el conscripto entra al cuartel y va directamente a recibir instrucción militar casi exclusiva, porque ni en Francia, ni en Alemana, ni en Suiza existen analfabetos, mientras que entre nosotros, durante esos seis meses será necesario muchas veces *formar primero un hombre, para después formar un soldado.*

He aquí las sólidas consideraciones al respecto, de un distinguido oficial chileno, el sargento mayor Alberto Muñoz Figueroa:

"El ciudadano que llega al cuartel debe tener moral, debe conocer la higiene, debe saber leer y escribir. Nosotros no debemos hacer otra cosa que militarizar al ciudadano, para que pueda responder con eficacia a las exigencias de la guerra. Pero en Chile no ocurre ni puede ocurrir eso tan pronto. El oficial chileno no sólo debe formar también al soldado propiamente tal, sino que debe formar también al ciudadano.

El oficial chileno tiene que trabajar mucho más que su congénere el europeo, porque tiene mayores obstáculos que vencer. La transición que experimenta, por ejemplo, el conscripto alemán de su hogar al Ejército, es insignificante. En cambio, entre nosotros, es de tal naturaleza, que es imposible describirla con exactitud.

Como se puede ver, por las razones expuestas, es para nosotros difícil la tarea de la preparación de nuestros soldados para la guerra. Los países europeos con ciudadanos más cultos e instruídos que los nuestros, con tradiciones y experiencias de siglos, con los elementos todos de un verdadero progreso, necesitan, sin embargo, trabajar intensamente para dejar al soldado en condiciones de ir a una campaña.

De ahí que el servicio militar se prolongue por varios años, de ahí el llamado constante de las reservas, que van a los regimientos para refrescar los conocimientos adquiridos y para aprender las modificaciones introducidas en los reglamentos.

Nosotros, en cambio, con un pueblo casi ignorante, queremos hacer en un año lo que en los países más adelantados se hace en mucho tiempo."

¿Qué prueba esto? Que nuestros seis meses de cuartel son apenas suficientes, y que por eso hay que dejar librada al Poder Ejecutivo la facultad de prorrogar ese servicio hasta un año, y de prorrogarlo siempre, mientras el conscripto permanezca analfabeto, cuando la reforma militar se haya cimentado: que no sólo no se pide una exorbitancia, sino que nos colocamos en un mínimum dentro de un verdadero "programa mínimo".

En lo que respecta a las opiniones de las primeras autoridades europeas no se encontrará más que una completa unanimidad.

Tal vez se suponga que esto era debido a los grandes armamentos, a la situación difícil, creada en el viejo continente y que por eso mismo debía producir a la larga una solución sangrienta. Hay gente que cree o parece creer que el continente americano está fuera del planeta, habiéndoles dispensado la Providencia a sus habitantes, el singular beneficio de no tener siquiera que preocuparse de las cuestiones más graves impuestas a los demás hombres. Es, por lo tanto, conveniente, para traerlos a la realidad, hacerles conocer las ideas dominantes entre los hombres públicos y los profesionales de los países sudamericanos.

"Es porque las guerras sólo pueden producir resultados cuando son nacionales, *que somos llevados al servicio obligatorio, a la creación de las reservas del ejército activo y a la institución del ejército territorial y respec-*

tivas reservas, medidas estudiadas y propuestas por el ilustre general Mallet''.

''Sólo por ese medio, poco costoso, sencillo y practicable, se puede constituir un poderoso ejército apto para la guerra, o en otros términos, la fórmula consagrada de la nación armada''.

''*Organizar para maniobrar*, tal es la frase estampada por el mariscal Mallet en su última memoria, por medio de la cual S. E. pasará a la posteridad en nuestros anales militares''.

''Hay que organizar para maniobrar, porque un buen ejército sólo es el que sabe maniobrar convenientemente y algo más, tal como emite su opinión el coronel alemán Bernhardi: todos los preparativos del tiempo de paz, tendrán por fin, el éxito de la maniobra prevista y todas las operaciones preliminares convergerán a ello''. (Págs. 15-17)

''De modo que para atender a la situación armada del momento, no hay otro recurso que el servicio obligatorio'' (pág. 20. *Reorganisação do Exercito*, por el ingeniero militar *Armando Duval*).

Como se ve, los técnicos de todas partes del mundo llegan a idénticas conclusiones. Si eso piensan los militares y los hombres públicos del Brasil, cuyo país tiene más de veinte millones de habitantes, frente a competidores o futuros beligerantes que sólo poseen la tercera o la cuarta parte de esa población, ¿qué calificativo pueden merecer los que en el Uruguay sostengan que no debe adoptarse el servicio obligatorio, tratándose de un pequeño estado que no llega a un millón y medio de pobladores nacionales?

Sirva como única respuesta el triste paralelo de los que mantienen nuestra inferioridad nacional, comparándólos con los estadistas de verdad, que en el Parlamento brasileño defendieron, en 1907, la ley de conscripción obligatoria.

Palabras del Diputado Wenceslao Escobar. (Diario de Sesiones de la Cámara. 1907):

"Chile y Perú, nuestros vecinos del Plata, todos ya poseen una ley de conscripción, y por ella tienen militarmente organizados los elementos más indispensables para la defensa nacional.

"¿Y nosotros, la primer nación de Sud América, cuando menos en extensión y población, hemos de continuar con los brazos cruzados, contentándonos con este dispendioso *simulacro* de organización militar que poseemos?

"Ellos avanzan, tratan de perfeccionar sus elementos de defensa, y nosotros ¿hemos de continuar estacionarios, sin reformar esa importante rama de los servicios públicos — quizá el más importante; porque de él depende la tranquilidad y la seguridad de la familia brasileña?

"No puedo comprender cómo haya espíritus esclarecidos — cómo haya brasileños que sean contrarios a estos servicios, que directa o indirectamente están predisponiendo la opinión contra el robustecimiento de las garantías de nuestra integridad, del pundonor nacional, del bienestar, del honor de nuestras familias.

"Se argumenta diciendo que, en la eventualidad de una guerra, no faltarán patriotas que como voluntarios, correrán presurosos a engrosar las filas del ejército, anotando como hecho confirmatorio de esta aserción la guerra del Paraguay.

"*Soñadores, ignorantes o locos* — señor Presidente — los que puedan invocar esa guerra contra el alto valor de organización militar según los modelos adoptados por todos los pueblos cultos de occidente, por algunos de Sud América y por el Japón en Oriente.

"Esa guerra, muy al contrario, en vez de hablar a favor de los enemigos del servicio obligatorio es un hecho que da toda la razón a los que luchan con vigor y energía por la adopción de ese servicio.

"Si no hubiera sido por la falta de preparación, por la completa desorganización militar en que nos encontrábamos en ese tiempo, no hubiéramos perdido en esa guerra cruenta 100,000 vidas, y no hubiéramos llevado cinco largos años para vencer a un pueblo diez veces inferior en población como el que se batía contra las tres naciones aliadas".

"Sé que la juventud brasileña es capaz de hacerse matar heroicamente en defensa de la patria; pero justamente, para evitar las posibilidades de una hecatombe en masa, es que es necesario preparar a nuestros jóvenes compatriotas. No debemos dejar eso para la ocasión, diciendo a nuestros enemigos: esperen que no estamos preparados; déjennos preparar.

"La respuesta que han de darnos a los subterfugios que por ventura usemos para ganar tiempo, será la misma que los japoneses les dieron a los rusos, rompiendo inmediatamente las hostilidades.

"*Aquellos que tienen la responsabilidad del gobierno de la nación, en determinadas cosas deben ser superiores a las manifestaciones de la opinión pública, no siempre iluminadas por las verdaderas conveniencias de la patria, sino por mal inspiradas pasiones del momento.*

"*En la hipótesis de un desastre, de una derrota vergonzosa, la nación no le va a pedir cuentas a tal o cual periodista, a tal o cual agrupación que levantó la bandera de la propaganda contra el servicio obligatorio: se levantará en masa contra el gobierno, contra los estadistas que dirigían o dirigen, a los cuales, en el momento de la desesperación y el dolor, se les lleva, si se puede, hasta el cadalso.*

"Todas las naciones que tienen conscripción obligatoria, regulan alrededor del 5 al 8 % de la población, los que pueden formar en el primer escalón de ese servicio.

"Esto quiere decir que nosotros, con una población de 25.000,000 de habitantes, podemos calcular en el primer alistamiento un mínimum de 1.250,000 hombres, que con los excluídos por toda clase de causas, podría quedar reducido a 800,000 o aún a 500,000. ¿Qué son, en comparación, 5, 10, o 15,000 hombres sacados de este total y distribuídos en este inmenso país?!"

He aquí cómo terminaba el sereno a la vez que previsor diputado brasileño:

"Presten atención, señores Diputados. Observen nuestros horizontes y bien pronto se convencerán de que su claridad de hoy puede ser turbada de un momento a otro.

"Sería imprudente entrar al desarrollo de este complicado asunto — el que debe quedar librado a la discreción y a la inteligencia de cada uno de los colegas.

"Río Grande del Sud será, sin duda alguna, como en todos los tiempos, el teatro de la lucha, y, precisamente, debemos convencernos que el aniquilamiento o la derrota de Río Grande, no será la de Río Grande, sino la del Brasil entero".

La advertencia es de un hombre eminente del Brasil.— Sin duda alguna no es a nosotros a quienes se refiere: pero lo que se nos anuncia con claridad es que el día que tal cosa suceda, cuando menos el cañón se oirá en toda nuestra frontera, y no necesitamos decir, que en esos encuentros, en los que se agitarían enormes fuerzas — los marcos fronterizos de un pequeño país como el nuestro, si no tienen fuerzas poderosamente organizadas para salvaguardar su soberanía, pueden ser respetados como pueden no serlo.

¿Podemos permanecer indiferentes nosotros, cuando en el mensaje del Poder Ejecutivo al Parlamento de un país como el Brasil — Alfonso Penna decía: "El Brasil no puede permanecer estacionario en tan importante asunto, frente al progreso realizado por otros pueblos del continente"?

Fué también en ese debate histórico, para los destinos de esa gran nación, que Alcindo Guanabara presentó, entre otros argumentos, el cuadro de los pueblos que tienen servicio obligatorio, en contraposición a los que entonces no lo tenían. En una Asamblea compuesta de hombres patriotas y conscientes, era lógico que el eminente parlamentario brasileño confiara en la eficacia del recurso, pues excepto la Gran Bretaña y Estados Unidos (que figuraban entre los que no tenían servicio obligatorio), el resto resultaba, comparado con los que lo tienen, tan inferior desde el punto de vista militar como bajo cualquiera de los aspectos que se le considerara.

"*Países que tienen servicio obligatorio:* Francia, Alemania, Bélgica (mixto), Rusia, Austria Hungría, Servia, Suecia Noruega, Japón, Portugal, Chile, Brasil, República Argentina, Rumania, Italia, Dinamarca, Grecia, Bulgaria, España, Perú, Bolivia, Paraguay, San Salvador, Guatemala, China, Turquía, Siam, Egipto, Abisinia.

Países que no tienen servicio obligatorio: Persia, Corea, Afganistán, Venezuela, Haití, Santo Domingo, Costa Rica, Ecuador, Congo, el Omán, Liberia, San Marino, Mónaco — y entre éstos "el Uruguay". (1)

---

(1) **También figuraba** la Gran Bretaña y Estados Unidos, que hemos eliminado del segundo **grupo de naciones, por** haber adoptado el servicio obligatorio.

CAPITULO XII

Las diversas concepciones sobre las Reservas y la *levée en masse*. — La fórmula falsa de Von der Goltz, para confundir a los adversarios: "la fuerza del Ejército está en las tropas activas movilizadas". — La fórmula insuficiente, socialista, de Jaurés: "la fuerza del Ejército está en las reservas, sin llamados a ejercicios y maniobras". — Idem de máxima eficiencia, de los Estados Mayores franceses y alemanes: "la fuerza del Ejército está en las reservas *entrainnées*, unidas a las tropas activas".

Aparte de la elección de los sistemas definidos mencionados, ejército permanente profesional exclusivo, instrucción simple o combinada con el primero y servicio obligatorio completado con instrucción y ejercicios de las reservas, preciso es tener en cuenta dos direcciones o escuelas, en lo referente a las reservas.

Es ésta una de las cuestiones más importantes que deben resolver los organizadores de la defensa de un país, subordinándola a la solución que se haya dado al problema entre los presuntos adversarios.

Tres soluciones se presentaban, con motivo de las grandes discusiones suscitadas en Francia, por las leyes militares, desde 1875 y particularmente en 1889, en 1905 y en 1913, al definir ideas sintéticas sobre la guerra futura. Tal como se planteaban los términos entonces, se reproducirían hoy, en cualquier caso, con la diferencia de que la experiencia de la gran lucha a que asistimos, resuelve la cuestión en forma indiscutible.

Como era lógico y sucede siempre, la solución era una. Los hombres de *metier,* es decir, los militares lo habían comprendido claramente, pero los socialistas, con Jaurés a la cabeza, sostenían como siempre, de todas las fórmulas la más absurda.

El problema era y es el siguiente. ¿De cuál de estas concepciones depende el triunfo? Primera concepción: De un ejército de profesión, aumentado por los conscriptos, que después de dos o tres años de cuartel forman una tropa de *élite,* capaz de desbaratar a una gran nación confiada en sus reservas más que nada, y sobre todo, en el número de éstas.

Es la teoría de Von der Goltz, que profetizaba, para cualquier momento, la aparición de un Alejandro, que con una falange de primer orden, de setecientos u ochocientos mil hombres, impusiera el triunfo del soldado de verdad, sobre cuatro o cinco millones de reservistas, de largo tiempo alejados de la vida militar.

Pero era la teoría de Von der Goltz y de los demás tratadistas alemanes, bajo la inspiración de una consigna, a fin de engañar a Francia y a toda la Europa, adoptando en la práctica el más eficaz de los sistemas. En seguida se verá dónde estaba la habilidad, a la vez que la perfidia.

Segunda concepción: Servicio a cuartel muy moderado, uno o dos años cuando mucho; después los reservistas disponibles para el caso de guerra, pero sin necesidad de llamarlos a los regimientos, pues para Mr. Jaurés y las demás nulidades de su partido, el reservista, fuera de cuartel, no pierde las condiciones para la guerra!

No es preciso decir que las grandes maniobras demostraban lo contrario, bastando tener en cuenta que el *entrainement* físico requiere, para no perderse, alternativas que de ningún modo pueden espaciarse mucho tiempo.

Se pensaba, entre los pacifistas franceses, en un choque entre los dos grandes ejércitos de cubierta. Manteniéndolo más o menos con el mismo número en Francia que en Alemania, para ellos la cuestión estaba resuelta.

A su vez los alemanes, alentaban a sus excelentes aliados los socialistas franceses: la teoría de un gran ejército de "metier" de Von der Goltz, que como un nuevo Alejandro se pasearía por toda Europa, prestigiaba la opinión de los Jaurés, Caillaux, etc.

Naturalmente, ni la teoría de la falange elegida — verdadera inyección de morfina con que trataban de aletargar la opinión en Francia, a favor de sus planes — ni la teoría absurda de los millones de reservistas, faltos de *entrain* y de espíritu de cuerpo, preconizada por los socialistas franceses, eran suficientes.

En vez de ejército de profesión contra ejército de profesión — y más tarde reservistas más o menos ex militares contra individuos en las mismas condiciones, Alemania lanzó el máximum posible de tropas de cubierta amalgamadas con el máximum de reservistas casi tan preparados como los primeros: en vez de dos reservistas franceses por un soldado activo, oponían desde el tiempo de paz, dos soldados activos por un reservista — y al estallar la guerra dirigió Alemania inmediatamente 25 cuerpos de ejército activo reforzados con casi otros tantos cuerpos de reserva. Así fué como pudieron arrojar dos millones de hombres sobre Francia y Bélgica, aún cuidando la frontera rusa.

Aunque el socialismo y el antimilitarismo amenazaban desmoronar a Francia, la obra de corrupción, felizmente, no estaba consumada.

Grandes fuerzas conservadoras y una tradición guerrera incomparable daban elementos de resistencia, a los cuales se debió la ley providencial de tres años, que reforzaba la cubierta con más de doscientos mil soldados

magníficamente encuadrados; poderosas formaciones de reserva y territorial, se mantenían en pie, a pesar de los teorizantes que no habían podido imponer sus extravíos; y, aún allende los mares, el proyecto genial del general Mangin había asegurado bases de organización, a las cuales se debe que algunos cientos de millares de árabes, berberes, negros y criollos de todas las colonias hayan ayudado a salvar la humanidad por medio de la resistencia central y admirable de la nación francesa.

Es, teniendo en cuenta, a esos patriotas con limitación, abundantes en nuestro país, que hacemos una rápida referencia a la gran cuestión de fondo sobre la utilización de las reservas. Después de las experiencias de la guerra actual no estamos dispuestos a discutir más, con los titulados "partidarios de la instrucción militar, pero no del servicio obligatorio". Frente a ellos no discutimos, afirmamos. Sólo podemos defendernos con servicio obligatorio; es decir, con ejército de cubierta formado por conscriptos y profesionales *rengagés*. Esto como núcleo primordial de las formaciones; pero necesitamos, además, no sólo reservistas que tiempo atrás fueron soldados, *sino reservistas que no se olvidan de ser soldados*, por un contacto, tan liviano como se quiera, pero que no puede llegar nunca a la completa desvinculación de las filas.

Aclararemos mejor este concepto, con motivo de las luchas de los ejércitos franceses y alemanes. Veamos si el triunfo, como decía para confundir a sus adversarios, Von der Goltz — podría esperarse de su teoría: "la fuerza del ejército consiste en el ejército activo movilizado".

Claro está que en una guerra larga, como tienen que ser las contemporáneas, el ejército activo solo, no llega a la victoria y tiene que ser agotado, si lucha con otro ejército activo reforzado por reservistas más o menos militarizados.

¿Sería verdad, entonces, la teoría que tanto les agradaba a los socialistas franceses: "la fuerza del ejército está en las reservas", entendiendo por reservas individuos que han hecho el servicio militar, aunque haga diez, quince o veinte años que pasaron por las filas?

Muy poco habría que esperar de cuatro o cinco millones de ciudadanos que fueron militares y años más tarde se pretendiera que valen lo mismo que hombres ejercitados, bajo los múltiples aspectos de la necesidad militar. La razón de la insuficiencia es muy sencilla. Radica en el hecho de que pueden encontrarse frente a un número igual de profesionales, más cuatro o cinco millones que valen casi tanto como los primeros, porque es cosa muy distinta llamarse reservista por haber pasado años antes por las filas, a serlo, además, porque de tiempo en tiempo se hagan ejercicios y vida militar, aunque sea por algunos días.

Supongamos, a título de simple medio de hacer más clara la comparación de estas fórmulas, que un soldado del ejército activo de *élite* (20 a 22 años) representara un valor de 10; que un reservista ejercitado de acuerdo con el sistema más perfecto, pero teniendo en cuenta las desvalorizaciones que produce la edad, tomada como cifra global, la de una población entera, valiera 7; y, como es lógico, que los mismos reservistas, totalmente alejados de la vida militar e incorporados de pronto en caso de guerra, valieran menos, por ejemplo, 5, lo que tal vez sea mucho conceder. Véase la aplicación que podría hacerse de las tres fórmulas:

«La fuerza del Ejército está en las tropas activas movilizadas». (Falsa fórmula de Von der Goltz).	«La fuerza del Ejército está en las reservas, sin llamados a ejercicios y maniobras». (Fórmula socialista de Jaurés).	«La fuerza del Ejército está en las reservas entrenadas, unidas a las tropas activas movilizadas». (Fórmula de los Estados mayores franceses y alemanes).

Supongamos en los tres casos 800,000 soldados permanentes y 5.000,000 de conscriptos:

Resultado 1.º	Resultado 2.º	Resultado 3.º
800,000 × 10 = 8:000.000	800,000 × 10 8:000.000 + 5:000.000 × 5 = 25:000.000	800,000 × 10 = 8:000.000 + 5:000.000 × 7 = 35:000.000
Total 8:000.000	33:000.000	43:000.000

Con la misma población y recursos. — Agréguese la eficacia de los primeros golpes — invasión y destrucciones — podríamos decir, *impacto total*, de esta síntesis complejísima de cualidades y cantidades y se tendrá una idea aproximada de la diferencia intensiva de esas tres concepciones puestas en presencia.

Nótese, además, que nuestra inferioridad numérica nos obliga a buscar la compensación en las fórmulas intensivas: tal es la razón que ha presidido los medios preconizados en nuestro proyecto, en lo referente a la organización de las reservas y su amalgama con los efectivos de choque.

Todo esto, lo que demuestra es que, siempre será necesario llegar al máximum de eficiencia en cuanto conviene a la organización de las reservas, con mayor razón toda vez que un pueblo menos poblado tenga que prepararse para resistir el choque de sucesivas generaciones más densas, por tratarse de otro país que cuenta mayor número de habitantes. De ahí que sostengamos, que será necesario el día que se piense seriamente en la organización militar, disponer siempre de más de diez clases de *élite* en condiciones de reforzar inmediatamente a las tropas activas.

Las siete clases de que hablamos en el capítulo anterior, sólo pueden aceptarse como una fórmula de transición, aunque imperfecta, puesto que podemos obtener un rendimiento de 40 % más, que representaría, en condiciones adecuadas, una fuerza respetable, capaz de dar tiempo a la movilización general de nuestro pueblo.

Cuando los alemanes resolvieron el anterior aumento de su ejército, antes del célebre debate que motivó la ley de tres años en Francia, algunos diputados ya pensaron en ese procedimiento intensivo. Millerand, que era entonces Ministro de la Guerra, no lo creyó necesario, limitándose a pedir todo lo preciso para que las siete primeras clases, de las once que comprendía la reserva inmediata, estuvieran en perfectas condiciones para la movilización. Tal es la importancia y el poder de algunas clases de reserva capaces de responder inmediatamente al ideal de un sólido encuadramiento.

(Ver sobre este tema los últimos estudios del general francés Malleterre, en los varios trabajos que ha publicado sobre la guerra).

LIBRO IV

Respuestas a los pesimistas

CAPITULO XIII

Pesimismos mal fundados.—Desconocimiento sobre las fuerzas reales de los estados sudamericanos. No hay que confundir poblaciones con ejércitos.—Cálculos aproximativos sobre los efectivos de combate argentinos, brasileños y chilenos.—Valor exacto del Uruguay en el continente, sobre la base de su militarización.—Ciento treinta mil orientales pueden representar numéricamente en Sud América tres veces más que Italia en la guerra europea.—El optimismo de la energía reflexiva.—Lo que puede significar un pueblo, un partido y aún un hombre para el destino humano: Grecia y Venizelos en el teatro oriental de la contienda.—Acción decisiva de los pequeños contingentes aditivos, cuando se llega al equilibrio de fuerzas.—Concepción estática de la guerra del escritor ruso Jean de Bloch: Principios contrarios (Napoleón. Foch, Von Bernhardi).

Hemos visto que las repúblicas sudamericanas tenían ya adoptadas leyes de conscripción, con uno, dos y tres años de obligatoriedad, a pesar de disponer de poblaciones mucho más numerosas que la del Uruguay. También hemos hablado de nuestra ley de conscripción por un año, con el agregado del servicio por seis meses como procedimiento inicial. Y ya prevemos la objeción que nos harán los que fácilmente aceptan el *laisser faire, laisser passer*. ¿Qué vamos a hacer, frente a esas leyes de uno, dos y tres años, aplicadas por naciones mucho más pobladas?

Debemos refutar también este otro falso punto de vista, en el que incurren lógicamente los que no se han preocupado de estudiar la cuestión. Interesa tanto más destruir ese argumento fácil y efectista, cuanto que es el de la mayoría de los que han atacado los proyectos de militarización, presentando las cifras correspondientes a los habitantes de las naciones como valores absolutos y homogéneos. Veinte millones de brasileños calculan; el 10 % son dos millones de soldados; quinientos o seiscientos mil argentinos; otros tantos chilenos y peruanos, ¿qué podemos hacer nosotros con ciento treinta o ciento cuarenta mil hombres? Se comprende que todo eso es fantasmagoría, delirio estadístico, explicable en quienes no tienen idea de lo que es la organización militar, y lo que representa movilizar grandes masas; explicable sólo en quienes cruzan con el índice sobre los mapas, sin tener en cuenta las dificultades derivadas de la falta de vías o de aprovisionamientos, así como las dificultades interpuestas por los desiertos, las selvas y los ríos. En fin, para pensar en movilizaciones semejantes es preciso no tener noción de lo que pueden permitir los presupuestos militares de las naciones sudamericanas, y sobre todo su escasa metalurgia y poder industrial.

Ni hay dos millones de soldados brasileños, ni hay seiscientos mil soldados argentinos, ni todos esos ciudadanos han recibido instrucción como para merecer ese título; no existe el material de guerra necesario, ni los medios de llevarlos y aprovisionarlos, por el momento, a distancias considerables de sus bases de movilización.

Podemos ir más lejos todavía en este sentido, afirmando, que pasarán muchos años antes de que las poblaciones sudamericanas a que nos referimos estén en condiciones de responder a un llamado general de acuerdo con el valor que se le dan a esos términos

en Francia o Alemania, lo mismo que en Austria, Servia o Suiza.

En la República Argentina, (hablamos siempre de las estadísticas anteriores a 1914), no había más que 126,000 hombres que hayan recibido cierta instrucción militar de *tres meses a dos años* de las tropas de primera reserva y sólo alrededor de 90,000 habían recibido alguna instrucción militar de los de la Guardia Nacional. Es decir que, sobre un efectivo teórico de 500 a 600,000 ciudadanos, no hay que contar más que con 250,000 soldados unos y tiradores otros, lo que no es lo mismo, entre los cuales algo más de 20,000 soldados permanentes de línea; todo esto con un gran material de artillería que es necesario tener muy en cuenta.

Que esta situación puede variar y varía diariamente. Razón de más para que nos apuremos; pero, por ahora, es esa y no es otra.

¿Y el Brasil? No podemos dar cifras, porque no las hay suficientemente exactas. Lo que podemos afirmar, es que la ley de los dos años no puede ser tomada como base, pues si ella se hiciera efectiva el Brasil tendría 200,000 soldados permanentes (conscriptos de dos generaciones), y apenas tiene 40,000, contando las policías, procediéndose al reclutamiento por el sorteo.

Chile sí, tiene de 200 a 300,000 hombres en caso de guerra, sólidamente preparados, y un espíritu militar que no posee ningún país de América; pero esto nada tiene que ver con nuestras previsiones, dado que el poder chileno nunca puede ser una amenaza para nosotros, sino una garantía para el equilibrio sudamericano, una fuerza solidaria en materia de intereses con los nuestros y hasta un posible aliado defensivo en el porvenir.

Pero entonces, se dirá, no hay tampoco por qué alarmarse; no hay por qué entrar en esta nueva senda de

aprestos militares. Sería un gravísimo error, confiar en las imperfecciones de los países americanos en esta materia, pues con todos sus defectos de organización tienen elementos muy superiores a los nuestros, y aún cuando no los tuvieran, poseen siempre la superioridad numérica a su favor, aún en igualdad de condiciones. Ellos tienen la ley de conscripción — base fundamental del poder militar moderno — y si no son organizaciones modelo, ni mucho menos, han adquirido elementos imprescindibles de preparación en materia de oficialidad, de cuadros, material de guerra, algunas fábricas militares y sobre todo, artillería. *En breves palabras, la Argentina y Chile nos preceden en quince años de trabajo más o menos intenso y más o menos productivo, y el Brasil nos precede en seis u ocho años de trabajos militares.*

Todo nos aconseja dedicarnos a la Defensa Nacional, por los mismos medios que los demás pueblos, pues no hay otros; todo nos induce a trabajar por la paz y por la dignidad del país, por el único medio sensato de que se ha dispuesto hasta ahora, que es estar preparados para la guerra.

Y en medio de esta situación es necesario reaccionar y pronto, no sólo porque el tiempo perdido en la labor de los pueblos, en el orden internacional, no se rescata fácilmente, sino porque del punto de vista interno ya nos va haciendo verdadera falta el servicio obligatorio, para que en la gran escuela de la patria, en el cuartel moderno, donde prima la ciencia, el orden, las clasificaciones justas, y algo de la vida antigua — donde se aprende a endurecer el cuerpo y a templar el espíritu, se galvanice la juventud de nuestro país, y mueran de una vez ahogadas, las tendencias a la disolución, todo ese *Nihil* suicida, todos esos gérmenes negativos, de pesimismo, de muerte, que nos vienen invadiendo traídos por la peor resaca que la defensa social

arroja de todo el mundo, y que nosotros recogemos. Es una indignidad que haya hombres que declaran que son contrarios a la defensa del país, porque no teniendo propiedades, no tienen interés en defenderlo; es alarmante, que universitarios, que hombres cultos y que alrededor de ellos, en sus propias familias, han visto el sacrificio por el país y por ideales, declaren que su patria no es nada; que preparada o sin preparar es lo mismo, que cualquier limítrofe pasaría sobre ella con o sin ejército uruguayo, decretando en nombre de sus propios decaimientos, la nulidad de más de doscientos mil ciudadanos, de los cuales la gran mayoría son verdaderos hombres y patriotas susceptibles de ser verdaderos soldados, aunque ellos no lo comprendan.

Pero volvamos siempre al punto en cuestión donde han tratado de apoyarse, los que en la sociedad constituyen el peor germen de descomposición —los abúlicos, y los indiferentes, los que encubriendo su inferioridad moral, bajo una razón aparente, nos dicen: "No hay nada que hacer. No valemos nada. Con ejército o sin ejército estamos a merced del adversario"-

Son los gréculos, los sibaritas de la hora, que sentados en nuestro Helesponto platense, reproducen el alma bizantina, (a pesar de Belisario y de Narses), pintada en aquel brochazo magistral del poeta: "Soy el imperio al fin de la decadencia que mira pasar los grandes bárbaros blancos, componiendo acrósticos indolentes"...

¿Que no significamos nada actualmente? Es verdad. Porque no somos una nación militar; pero que en muy poco tiempo podemos representar una fuerza decisiva para la paz, en esta parte del Continente, creemos que la demostración es bien sencilla.

Nuestro país constituye geográficamente, estratégicamente hablando, un verdadero tesoro legado por la

naturaleza. Somos los dueños del Río de la Plata y de las grandes arterias que en él desaguan; por nuestras costas, por la profundidad de nuestros puertos, por la proximidad de los canales. Nuestro país, rico, poblado relativamente mucho más que los limítrofes y con abundantes ganados, es el único punto de acceso por donde pudieran pasar, para atacarse, los ejércitos de las dos mayores naciones sudamericanas en caso de guerra.

Es decir que desarmados somos dos veces débiles. Débiles porque no tenemos hoy con qué defendernos, y más débiles todavía, porque en determinado caso, no se nos dejaría de lado como cosa que no valga la pena, sino que ya sabemos lo que debemos pensar, lo que, por si no se nos ocurriera, nuestros vecinos se encargan de recordárnoslo a menudo.

Hemos demostrado con las estadísticas que existen de 250 a 300,000 argentinos más o menos soldados; que hay un número igual de chilenos soldados de verdad, y queremos suponer que el Brasil disponga de un número igual en algunos años. Es decir, que en esta parte del Continente puede haber, cuando mucho, algo más de 700,000 hombres, más o menos, capaces de hacer la guerra eficazmente, y con el material necesario. Pues bien, puede suponerse que 100,000 o 130,000 hombres de nuestra raza, con el espíritu que felizmente, entre muchos males, le ha permitido conservar nuestra modalidad primitiva y luchadora por medio de las revoluciones, ¿puede creerse, que esos ciento treinta mil hombres, fáciles de conducir rápidamente en cualquier sentido, sean *quantité negligeable* en las cuestiones sudamericanas, y que no basten para asegurarnos la paz y todas las consideraciones de nación soberana? *Es el 16 % de las fuerzas de guerra totales, o sea 1|6 más o menos.*

Sobre el total de los efectivos de guerra rea-

les, no teóricos de la Europa; sobre las fuerzas que actualmente luchaban, el ejército italiano, por ejemplo, que pertenece a una de las potencias de primer orden de Europa, no representaba más del 8 % como fuerza de combate sobre el efectivo total.

Respecto al valor de las pequeñas fuerzas, o de las fuerzas menores con relación a otras, hay todavía algo aún mucho más significativo, a deducir de los sucesos que presenciamos.

Algunos meses atrás, hemos visto a las grandes naciones de Europa, a pesar de sus fuerzas formidables, librar una batalla diplomática decisiva, alrededor de Grecia, de una nación perdida en la inmensidad de los pueblos de ese Continente. En un momento dado, ya no era Grecia, sino un partido político, Venizelos o Constantino, los que podían modificar tal vez decisivamente los destinos humanos, por medio del Oriente. Es evidente que si Grecia se hubiera pronunciado contra los aliados desde el primer momento, Servia habría sido aniquilada, sin aplicarle la sangría que provocó con su tenacidad heroica en el cuerpo de Austria; Rumania, en vez de marchar con los aliados, ocasionando diversiones y un desgaste apreciable de la fuerza austro-alemana, hubiera sido obligada a incorporarse a los imperios centrales. No se hubiera formado el gran ejército y campamento de Salónica, y en vez de los ciento cincuenta mil servios y montenegrinos, las bandas albanesas de Essad Pachá y cerca de doscientos mil griegos, más todo el ejército rumano — en síntesis, en vez de cerca de un millón más de hombres para los aliados y la inutilización de los búlgaros y los turcos, todo el Oriente europeo dirigido por Alemania hubiera restado de los grandes campos de batalla de Flandes y del Mosa, grandes ejércitos necesarios para sostener las líneas de Italia, Mesopotomia y el mismo Egipto, seriamente amenazado.

Tal es la lección ofrecida al optimismo sano, para los que quieran pensar en lo que puede valer un pueblo grande o pequeño, un partido, una fracción y aun un solo hombre en muchos casos. Nada de extraño tiene que algunos millares de soldados puedan decidir la suerte de una partida, en la que actúan varios millones, si se piensa que entre dos cifras inmensas, siempre se puede llegar a un equilibrio de cantidades y calidades que distan poco de cero.

Las guerras hoy, representan casi siempre campos de batalla diversos; supóngase que agotados todos los recursos para obtener la preponderancia en los teatros de la lucha A, B, C y D, se llega a un equilibrio de fuerzas; por muy grandes que sean los efectivos puestos en juego, es indudable que si en el punto B o C, entran en acción contingentes que representen un éxito parcial, ese acontecimiento, que por sí solo no cambiaría la situación general, puede producir una concatenación de sucesos que concluyan por afectar al fin a uno de los beligerantes.

Debe tenerse en cuenta que un triunfo parcial de índole militar, puede traer como consecuencia otros de la misma clase o un éxito político-diplomático, consistente en la intervención de otro pueblo.

Los ejemplos que podrían citarse, de esta guerra, son numerosos, y están presentes en la memoria de todos.

Refiriéndose a esos momentos de equilibrio de fuerzas y cansancio, dice Napoleón en el *Memorial de Santa Elena:* "Vouz voyez que deux armées sont deux corps qui se rencontrent, et essayent de s'effrayer l'un l'autre; un moment de panique se produit, et c'est ce moment qu'il faut tourner a son avantage". *"A Arcole, j'ai gagné la bataille avec vingt-cinq cavaliers".*

Si veinticinco jinetes fueron la pesa adicional, de algunos miligramos, que rompió el equilibrio instable de la batalla de Arcole en el siglo pasado, las cosas no

han variado hoy, con los perfeccionamientos del arte de la guerra y la entrada en juego de masas de hombres mucho mayores.

En la batalla de máximas proporciones que registra la historia, ¿dónde y qué fué lo que decidió el triunfo? No es posible precisarlo, pero es evidente, que si todos los ejércitos franceses con su resistencia e iniciativas hicieron posible la victoria de la Marne, en la extrema izquierda la acción de algunas últimas reservas de Maunoury y de Gallieni, y en el centro el esfuerzo titánico de Foch fueron los que determinaron el retroceso completo de los ejércitos alemanes.

Conocida es la teoría sostenida por varios autores después de la guerra en Mandchuria, partidarios de las opiniones del escritor ruso Jean de Bloch, en su famosa obra *Sobre la guerra futura* (1898), según la cual, una lucha entre enemigos más o menos iguales debe terminar necesariamente con la inmovilización de los mismos, a causa de la eficacia defensiva siempre creciente de la infantería en trincheras.

El teniente coronel Mayer, en la *Revista militar suiza* (1902), llegaba a las mismas conclusiones. Sin embargo, Foch continuaba inculcando la teoría de la ofensiva: "Marchar con el grueso de las fuerzas derecho sobre el principal ejército enemigo". (1) Lo mismo sostenían los alemanes, entre ellos Von Bernhardi (T. II, pág. 216), y todos en el fondo no hacían más que repetir a Napoleón.

¿Cuál de las dos doctrinas era la verdadera, y qué consecuencias pueden deducirse?

Es evidente que las de los últimos estrategas mencionados, destacándose hoy de la experiencia, la iniciativa que en la extrema izquierda francesa arrojó por

(1) «De la conduite de la guerre».—Foch, pág. 15.

medio de los automóviles requisados en París una masa de hombres que, a pesar de la inmensidad de las fuerzas de conjunto, rompe a su favor el equilibrio y en el centro la audacia de Foch, que llega al mismo resultado, realizando en toda la línea lo que había preconizado en sus *Principios de la guerra* (Cap. X, página 280).

Si esto ocurre entre ejércitos grandes o pequeños, el día de la batalla, lo mismo ocurre con las naciones, que en caso de guerra, se traducen en contigentes de más o de menos.

Si Grecia, cuyas tropas apenas pueden representar el *cuatro por mil* de las de los pueblos que actualmente han combatido, pudo decidir en gran parte de la suerte de la contienda, ¿cómo es posible pensar que nuestro país que representaría *sesenta veces más en una guerra americana*, no sea un factor decisivo?

Hemos hablado del total de las fuerzas chilenas, argentinas y brasileñas, considerándolas en block, pero esto no tiene sentido real de ningún alcance, en la práctica de las cosas. La suma de esas tres fuerzas es una utopía: no se van a coligar contra nosotros — no es ese el caso imaginable. Lo que nos interesa es otra cosa muy distinta. Somos un pueblo pacífico, que aspira a vivir tranquilo y respetado, nada más. Prevemos sólo el caso de una violación, de un atropello, y no seremos, a buen seguro, los que vamos a declararle la guerra a nadie.

Nuestras previsiones deben referirse al caso de agresión por una de las partes beligerantes, y nuestro concurso en ese estado sería complementario de otra parte.

Es decir, que si algo más de medio millón de hombres lucharan en esta parte del continente y nos viéramos obligados a empuñar las armas, intervendría una fuerza equivalente al 20 o 25 % de las fuerzas combatientes totales. Pero aquel que cometiera la in-

sensatez y el crimen de atacarnos, violando nuestra neutralidad, tendría que tener en cuenta que arrojaba sobre sí una masa igual al 40 o 45 % de sus ejércitos, y que entonces su causa estaría irremisiblemente perdida. De ahí que no fuera aventurado afirmar que en el caso de una guerra entre dos de las grandes potencias sudamericanas, si nuestra intervención fuera provocada, representaría tanto como pudiera significar hoy la de una de las grandes potencias en Europa.

CAPITULO XIV

Análisis de los presupuestos americanos. Nuevos puntos de vista que nos aseguran considerables ventajas.—No pensemos disputar el dominio del mar: propongámonos ser una poderosa entidad territorial.—Nuestros gastos militares representan proporcionalmente la mitad de los de Suiza.—*Clichés* parlamentarios de oposición al respecto.

Hay que tener en cuenta todavía otro factor de gran importancia, a propósito de la fuerza relativa de nuestro país, y de su situación más ventajosa de lo que se cree, entre las grandes fuerzas de América.

Es cierto que la República Argentina y el Brasil tienen masas de población mucho más considerables que las nuestras, y que, por consiguiente, deberían tener siempre fuerzas más numerosas que las que el Uruguay pueda militarizar. Pero existe una cuestión fundamental que se interpone: *la cuestión de presupuestos de guerra y marina*. Los presupuestos constituyen hoy uno de los elementos que mejor pueden dar idea de la potencialidad de un país.

La guerra es una cuestión de presupuestos hasta cierto punto, y el estudio de esa rama de las finanzas suele dar idea con más precisión, de la potencialidad de un país que todos esos cálculos fantásticos que se hacen sobre la base de los habitantes. Demostrarlo nos sería muy fácil; pero nuestro objeto es otro que extendernos en consideraciones de orden general.

De lo que desearíamos persuadir a nuestros conciudadanos es de que la potencia militar de las grandes

naciones sudamericanas está considerablemente limitada del punto de vista territorial, por la necesidad de mantener una fuerte competencia de programas navales. Vamos a explicarnos. Nuestro presupuesto de guerra es de casi 5.000,000 de pesos, que hasta ahora han sido dirigidos con más o menos acierto, pero que encauzados en el sentido de formar un gran ejército nacional representan una suma importante. Toda esa suma puede decirse que está dedicada al ejército, excepto una ínfima partida que va a la marina. En cambio, el presupuesto de marina de los países limítrofes absorbe más de la mitad del presupuesto total de guerra, de ahí una fuerte limitación a la capacidad de desarrollo terrestre en el poder de los ejércitos argentino y brasileño.

Estos elementos de juicio los recomendamos muy especialmente a la consideración de los que desean formar opinión sobre el asunto, pues aportan datos que vienen a demostrar el error en que se vive, respecto a nuestra situación, de hecho bastante favorable.

El presupuesto de guerra argentino era de 60 millones de nacionales, más o menos, de los cuales 30 millones son absorbidos por la marina (1912), es decir, que la preparación de las fuerzas argentinas de tierra representa 12 millones de pesos oro, un poco más del doble de nuestro presupuesto. Significa esa cifra, que dicho país con seis veces más ciudadanos sólo dispone de dos veces más recursos para organizar su poder ofensivo-defensivo, y como su ejército permanente es bastante más numeroso, así como las policías, puede decirse que, en realidad, no dispone de más del doble para el acrecentamiento efectivo del poder terrestre.

Es más notable aún que el Brasil, el inmenso Brasil, esa Rusia americana, por sus masas, tenga sólo un presupuesto de guerra de alrededor de 18 millones de

pesos, de los cuales 6 millones son absorbidos por la marina y 12 millones por el ejército. Dedúcese de estos datos, que para la militarización de 23 millones de habitantes, el Brasil destina un poco más del doble que nosotros, de donde resulta que, en realidad, dispone de diez veces menos recursos proporcionalmente que nuestro país. Todo esto viene a evidenciar, que en el estado actual de los presupuestos, el Uruguay, desde ese importantísimo punto de vista de las capacidades económico-militares, puede representar exactamente lo mismo que en materia de efectivos de guerra, un poco menos de la mitad de las grandes naciones limítrofes.

Prevemos la objeción y nos adelantamos. Se dirá: Es que en el Uruguay hay un presupuesto de guerra excesivo; es que resulta monstruoso tener cerca de cinco millones, como presupuesto de guerra, con un millón y medio de habitantes. Y lo que sucederá será que los limítrofes aumentarán rápidamente su presupuesto de guerra y nosotros no podremos seguirlos. Nuevo punto de vista que nos es aún más favorable.

El Brasil, con ese escaso ejército, mínimo numéricamente para un país gigantesco, tiene un presupuesto de guerra que representa *un séptimo* de su presupuesto total. Y nosotros, con la misma proporción, con menos, con 1 sobre 7.44, mantenemos un inmenso ejército con relación a nuestra población.

La República Argentina, con un presupuesto de 250 millones (1913) destinaba a guerra y marina alrededor de 60 millones, es decir, 1 sobre 4.32, casi la cuarta parte de sus recursos totales por año — casi el doble en proporción a nosotros — y sólo el doble real, con seis veces más hombres, y por consiguiente, más conscriptos.

¿Qué es lo que revelan estas estadísticas? Que nuestra posición militar potencialmente considerada, como obra de futuro, está más que garantizada dentro de

proporciones ventajosísimas. Que sin extralimitarnos de nuestro presupuesto normal, podemos militarizar profundamente el país. Que nuestro presupuesto de guerra no es excesivo, sino que es bajo y más productivo en proporción, que el de otras naciones de Sud América. Y que la fuerte elevación del rubro de guerra en esos pueblos con relación al presupuesto total, no les permitiría dilatar bruscamente su esfuerzo militar.

Uno de los argumentos con que pretende combatirse el servicio obligatorio es el aumento que produciría en el presupuesto. Ya hemos demostrado que la reforma militar no implicaría aumentos de ningún género en el presupuesto, por lo menos durante algún tiempo, descontándose, como es lógico, el que pueda producir más tarde la compra de material de guerra, que no cuenta en este proyecto.

A menudo se habla de los gastos excesivos que entre nosotros, (es un *cliché* nacionalista, que tuve oportunidad de refutar sin réplica en la Legislatura anterior), demanda el presupuesto de guerra y marina.

Se nos cita también sobre este tema, el modelo suizo, país que, dicen, no tiene servicio obligatorio. Pues bien: *el presupuesto suizo total, es de cerca de 160 millones de francos y el presupuesto de guerra 41 millones,* ES DECIR, LA CUARTA PARTE, CASI EL DOBLE DEL NUESTRO, SIN MARINA Y SIN EJÉRCITO PERMANENTE.

Chile, sobre un total de 73 millones (1910), dedica al rubro de guerra 16 y 1|2 millones, es decir, casi en las mismas proporciones.

El Perú, sobre 3.200,000 libras esterlinas destina 653,000 libras, es decir, casi en las mismas proporciones que Chile y la mitad más de lo que nosotros gastamos. Esos no son pueblos imperialistas, son pueblos republicanos, que no viven en perpetua querella; son algunos, como Suiza, ejemplos de democracia, y en este

caso particular, el baluarte de los que pugnan contra el servicio obligatorio.

No queremos ir a otros presupuestos de guerra, porque se nos dirá que no estamos en el caso de Francia, de Rusia o de Alemania; pero creemos, en cambio, sin jactancia, que la fuerza de los datos que acabamos de exponer es sencillamente incontrastable.

CAPITULO XV

La obsesión del Virreinato y el ex sueño portugués de la Colonia.—El ejemplo de Bélgica: analogías de nuestra posición, y de criterio, entre los hombres públicos de ese país respecto al Servicio Obligatorio. Las opiniones belgas en el parlamento que discutió la ley Brasine y Neujean el 94: palabras del barón de Favereau, Keesen y Van der Walle. El país que estaba en mejores condiciones para defenderse: 250 habitantes por k². Desastre irreparable en 1914: ejército de profesión sacrificado; fortalezas pulverizadas. Una nación destruída por no haber adoptado el servicio obligatorio.—Lecciones de optimismo. Lo que hizo Bélgica casi sin ejército: lo que lógicamente hubiera podido hacer con servicio obligatorio.

Hay herencias que para sobrellevarlas exigen superarse constantemente. Un acto primo de independencia en el albor de las nacionalidades, implica siglos de tensión para las generaciones futuras.

Desde el momento en que el General Artigas levantó airado su campamento, partiendo con las tropas orientales, después de desconocer a Sarratea, quedó pendiente sobre los hombros de cada uruguayo que hubiera de nacer, una gloriosa, pero seria responsabilidad. Había cristalizado una patria nueva, entre dos colosos, y en el porvenir iban a ser necesarias inmensas energías, para que aquel aletazo hacia la libertad, dado por la Provincia Oriental, no fuera subyugado por esa fuerza lenta pero constante, que se asemeja a una especie de gravitación en la historia, la herencia de las tradiciones seculares — el sueño argentino heredado de la jurisdicción de los virreyes, y el sueño portugués, sepultado en la Colonia del Sacramento.

No creemos necesario insistir, dado que resultan bien claras las razones que nos dictan la necesidad, la impositiva obligación de ponernos en condiciones de *ser fuertes*, y empleamos esta palabra, porque hemos demostrado que preparados, no sólo estaremos en condiciones de subsistir tranquilamente en paz, sino que, hasta será solicitada nuestra cooperación toda vez que se trate de solucionar asuntos internacionales de importancia en la parte austral de este Continente.

Existe en estos momentos un ejemplo palpitante, que habla con una elocuencia dolorosa, para todo espíritu razonador, para todo ciudadano, hijo de un país como el nuestro donde reina la más completa falta de previsión.

Bélgica constituye un doble ejemplo, para nosotros, por su situación internacional, por la manera incompleta de resolver su defensa, y por las divisiones internas entre valones y flamencos, que impidieron la salvación de ese pueblo. Tres analogías con nuestra tierra, que llevaron a Bélgica a un desastre irreparable, tal como puede ser el de este país, un día que tal vez no esté lejano; pero que aquel pueblo pudo conjurar, lo mismo que podríamos evitarlo nosotros, si hay patriotismo y conciencia suficientes para aceptar pequeñas obligaciones que deben prevenir interminables agravios y perjuicios materiales.

¿Se creerá, acaso, que Bélgica, por su pequeñez, fuera un Estado fatalmente condenado a sufrir la invasión? No. Bélgica con 29,000 k.² y más de 7.500,000 habitantes tenía la enorme densidad de población de 254 habitantes por kilómetro cuadrado; es decir, la mayor del continente — y densidad de población quiere decir militarmente, capacidad de resistencia, impenetrabilidad, fuerza y cohesión. Bélgica era el pedazo

de tierra más sólido de Europa, del punto de vista del primero y más eficaz de los valores militares — el capital hombre. Bélgica poseía, como nosotros, la certeza de que en caso de ser atacada siempre tendría un poderoso aliado, infaliblemente, o la Francia o la Alemania, y eventualmente Inglaterra, que no puede dejar que Amberes, "la pistola cargada sobre el corazón de la Gran Bretaña", (según la frase napoleónica), esté en poder de un enemigo. Pero no basta saber que se formará parte de una coalición. Es necesario ser un factor eficaz, aunque sea por un cuarto de hora de la historia — por uno o dos meses — y el más pequeño pueblo, dominando con mano de hierro, bien posesionado, absolutamente dueño, de un mes de tiempo, en la guerra, puede decidir los destinos del mundo.

Los belgas que razonaron como hoy razonan muchos adversarios del servicio obligatorio en nuestro país, fueron los que condenaron a su patria al desastre.

Bélgica tenía en sus manos la línea del Sambre y Meusa, los históricos frentes de los generales de la Revolución, que con los del Rhin, desde los tiempos de Roma, han servido para que la civilización latina y francesa contuviera a los bárbaros de la Germania y a sus sucesores.

Brialmont, aquel gran ingeniero que fué el Vauban del siglo XIX, agotó la fertilidad de su ingenio en la lucha de la potencia defensiva de los muros de cemento y las cúpulas de acero, contra el poder creciente de los explosivos subcedáneos de la melinita. Dentro de lo que se sabía veinte años atrás le había dado a su país todo lo que podía producir la ingeniería militar. Lieja y Namur eran dos puntos de apoyo sólidos para un gran ejército — y si esa nación hubiera tenido el servicio obligatorio; si hubiera organizado convenientemente sus reservas; si una mínima parte de su inmensa riqueza hubiese sido empleada en material de gue-

rra, puede afirmarse con certeza, que no lo habrían perdido todo, menos ese rincón de Ypres, donde su heroico rey mantuvo la bandera, a la espera de la reconquista de un montón de ruinas, donde fué la tierra más rica y próspera del mundo. Con servicio obligatorio, setecientos mil belgas apoyados en sus grandes fortificaciones, hubieran tenido que defender 75 kilómetros de línea estratégica natural, y entonces no habrían sido los alemanes bastante insensatos, para creer que ganarían tiempo, estrellándose contra el frente mejor servido en hombres de toda Europa. Si a pesar de todo Alemania buscaba esa vía, en vez de ir a un agotamiento lento, hubiera ido a un desastre inmediato.

Lamentamos que la opinión pública no se componga de militares tan ilustrados como los tenemos, para que ella mejor que nosotros, y con más autoridad, pudiera confirmar estas palabras.

¿Qué fué lo que perdió a Bélgica? No decimos esto con placer, sino con dolor; porque sentimos una viva simpatía por esa tierra elegida, donde el trabajo latía dando sus mejores frutos — y porque vemos analogías con nuestra situación, que nos hacen pensar con horror en lo que ha podido sucedernos ya.

Cuando en 1888 aparecía bajo el seudónimo de conde Paul Vassili, un estudio titulado *Un secreto de Estado*, anunciando que las vías férreas alemanas preparaban la concentración sobre la frontera belga, y cuando, al año siguiente, Girard, comentaba la *Convención de las fortalezas*, del año 1831, denunciando el peligro de la invasión alemana, aún apoyada en derechos hipotéticos, los hombres públicos de Bélgica, civiles ignorantes, como son casi siempre, de lo que es el espíritu militar y de las exigencias de la guerra, contestaban, declarando que *"el país estaba plenamente garantido, de acuerdo con los tratados."*

Ahora el canciller imperial se ha encargado de ha-

cerles saber, a los ingenuos de todo el mundo, *lo que vale "una hoja de papel".*

Y cuando el partido valón o francés pugnaba por el servicio obligatorio, Woeste, en representación de los flamencos, suscitaba las divisiones internas, atacando las ideas y las tradiciones latinas.

Felizmente en nuestro país, frente a este problema, confiamos en que no habrá partidos — todos seremos uno; y ya en un momento, en 1915, colorados y blancos patriotas tuvimos la oportunidad de presentarnos unidos y trabajar de perfecto acuerdo, frente a los que, consciente o inconscientemente, nos preparan la entrega incondicional en manos del extranjero.

La ley de Brasine y Neujean sobre el servicio obligatorio, presentada el año 1894, no fué aceptada. La burguesía poltrona, y el oro, cuyo exceso es el más peligroso de los corrosivos, rechazaron la ley, preparándose así la más atroz de las expiaciones, con la pérdida de sus riquezas. El partido católico la combatió — y hoy lo lamentará, presidido por su grande hombre, el cardenal Mercier, en vista de la saña salvaje de los invasores, que han arrasado a la admirable y católica Louvain, que no han respetado sus catedrales, ni las altas autoridades eclesiásticas, ni los monjes contemplativos de Dinant, ensañándose cobardemente con ellos. La archi riquísima Flandes y sus flamencos, que fueron los que más se opusieron a las leyes militares, con Amberes la alemanizada, son las que más duramente han sufrido el azote de la invasión.

Declaramos que no es sin cierta emoción que transcribimos algunas opiniones de los parlamentarios belgas; de los que mataron a Bélgica, negándole su voto a la ley de servicio obligatorio, pues fueron ellos los que condenaron a su país—y no Von Emich, Von Kluck y Von Bülow, que después pasaron como una tromba entre Lieja y Visé; pero que seguramente no se hubieran

abierto fácilmente camino por allí, si los diputados belgas en mayoría no preparan primero la entrega de la nación.

Tenemos los diarios de sesiones de las Cámaras belgas, que en este momento constituyen una verdadera reliquia — y al margen del que trata la primera discusión sobre la ley de servicio obligatorio hay una nota puesta con lápiz por uno de los oficiales más distinguidos con que contaba nuestro ejército, el capitán Juan Manuel Boiso Lanza: ella traduce todo el alcance de nuestro pensamiento al reproducir algunas palabras de esa discusión. Dice esa pequeña nota: "Parece inconcebible que las situaciones se repitan y que los países y los hombres políticos no aprendan nada!"

En efecto, allí están todas las razones subalternas, por las que Bélgica fué condenada por los mismos belgas; sin embargo, entre nosotros, volvemos a asistir a cada paso a la reproducción de las mismas palabras de inconsciencia y abandono.

Al empezar esa discusión tomó la palabra el barón de Favereau, y dijo: "El impuesto de sangre es el más pesado y la obligación militar resulta particularmente penosa para los belgas".

A raíz de algunas consideraciones reflejaba la oposición belga, con estas palabras, que lo mismo podrían pertenecer a la discusión en la prensa del Uruguay:

"La opinión pública no conoce la verdadera situación internacional del país. Ella ha sido inducida al error por mezquinas polémicas — y se le ha repetido que la Bélgica podía vivir y desarrollarse con entera seguridad, que todo nuestro estado militar era superfluo, por decirlo así, de puro lujo".

"El error se debe a tres causas: una falsa concepción de la neutralidad belga; una confianza ilimitada en los tratados, la ignorancia de la situación internacional de Europa".

La analogía con nuestra situación no puede ser más completa — y esa analogía se encuentra aún más patente en la solución final del equívoco. "Tengo la convicción, decía el barón de Favereau, de que "*nuestro territorio no será respetado, si estalla una guerra como la del 70, a menos que estemos en estado de protegerlo, de cumplir eficazmente nuestros deberes internacionales*".

"La oposición que encuentran las medidas de organización militar reside en la indiferencia de la generalidad de los belgas por las cuestiones internacionales". "Muy pocos son los que las siguen con interés y así los peligros a que estamos expuestos escapan a las miradas de la opinión pública". "De ahí la quietud, la falsa seguridad".

Hemos reproducido estas sensatas consideraciones del parlamentarista belga, porque con ellas entendemos contestar del modo más eficaz a las demostraciones de una gran parte de la opinión pública para la cual son letra muerta los problemas internacionales.

Y a aquellos que, anteponiendo intereses partidarios mal comprendidos, piensan — "yo soy contrario al servicio obligatorio porque algunos nacionalistas pueden emigrar" — o "yo soy contrario al servicio obligatorio porque no quiero que los nacionalistas se hagan soldados" — a esos también les recordamos las palabras del honorable Melat, miembro informante de la Cámara belga, dirigiéndose a los que condenaron a su país. "*El interés partidario domina al interés de la patria.* ¡Qué lejos estamos de la época en que el patriotismo más elevado inspiraba a los hombres de Estado un lenguaje más vigoroso! Entonces no habían en el Parlamento ni liberales ni católicos desde el momento en que se hablaba de la defensa nacional. En esos momentos solemnes en los que los partidos políticos, no digo que deban ocultarse o disimularse, sino francamente postergar toda diferencia".

"Porque si alguna vez eso debe suceder, es ante el extranjero, ante el enemigo". "Y cuando se discute un presupuesto de guerra, una organización del ejército, es ante el extranjero que nos encontramos: se está, en cierto modo, frente a un enemigo eventual — y todos los partidos no deben acordarse más que de una sola cosa: que de lo que se trata, es de la patria común".

Bélgica también tenía sus ilusos partidarios de la defensa nacional y contrarios a la obligatoriedad. "Nada de obligatoriedad", se gritaba en los mitins en Amberes — "queremos la libertad para todos" — y ahora pagan con intereses compuestos, el leve sometimiento a la disciplina que no quisieron soportar en los cuarteles...

"Que el pueblo pida el servicio obligatorio — que se provoque una gran corriente de opinión", decía Keesen, en el Parlamento.

"Cuando tengáis vuestros hijos en los cuarteles entonces sabremos cuáles son los defectos de la organización militar"; decía el mismo Diputado. ("Diario de Sesiones" del Parlamento belga, 1894).

Y Van de Walle, que entonces trataba de convencer a su interlocutor, podría ahora preguntarles a los pacifistas belgas, si no hubieran preferido ver a sus hijos en el cuartel y que hubiesen más tarde resistido en Lieja y Namur, antes que hacerlos sacrificar miserablemente como guardias nacionales, sin poder impedir la violación de sus hogares.

Inmediatamente después del ultimátum de Alemania empezó el desenfile de masas gigantescas entre Lieja y Visé. Es cierto que se trataba de un número de soldados como jamás se habían visto movilizar. El emperador de Alemania había dicho que, ocuparía la Bélgica "con la misma facilidad con que se puede cerrar la mano". La descubierta de Von Enmich, que chocó contra el campo atrincherado de Lieja, era de 90,000 hom-

bres, alcanzando a 125,000 en seguida. La plaza belga, con sólo 40,000 soldados a las órdenes de Leman, resistió dos días; pero habiendo sido embestida el 5 de agosto, recién cayeron los últimos fuertes el 17, a pesar de que nuevas masas alemanas de refresco engrosaron incesantemente las fuerzas de asalto. La retirada del rey Alberto con la mayor parte de su ejército, combatiendo siempre — y teniendo en vista el repliegue al gran campo atrincherado de Amberes, en último término, construído para servir de refugio a las fuerzas de la nación en caso de derrota, mantuvo así en jaque una gran parte de las inmensas fuerzas alemanas. El impulso de los cuatro primeros grandes ejércitos de Von Kluck, Von Bülow, Von Hausen, y el duque de Wurtemberg, fué absorbido por algunos días en el dominio de varias paralelas, encaminadas al territorio francés.

El Rey de Bélgica con cinco divisiones peleaba el 12 en la floresta de Hallen, el 18 en Tirlemont, el 19 en Aerschot, replegándose al día siguiente sobre Amberes. A pesar de la formidable masa alemana, ésta sufre contrastes, detenciones y bajas, siendo derrotada en Dinant y sufriendo por todas partes la resistencia de la Guardia Cívica belga, y de dos divisiones de línea, reforzadas por destacamentos, caballería y artillería montada francesa.

Recién el 24 cayó Namur. A esa altura la línea alemana llegaba a la frontera francesa, con una densidad de diez hombres por metro de frente: *el paseo por Bélgica como lo llamaba el invasor, le había costado diez y seis días.* Necesitándose seis jornadas para hacer normalmente ese despliegue, *la resistencia belga había retardado ya diez días la invasión* (Tenot, "Nouvelles défenses de la France"), (J Reinach "La guerre sur le front occidental").

No fué este el único resultado derivado, pues aparte del ejército belga de Amberes, que quedó a la espalda

de las masas alemanas encaminadas a la Marne, este breve espacio de diez días permitió intercalar los ejércitos franceses y completar la guarnición de París, hasta integrar la línea de hierro, que quebró definitivamente la invasión y el prestigio alemán en esa gigantesca batalla.

Si en vez de 90,000 o 100,000 hombres que formaron el ejército del Rey Alberto, hubieran sido 350,000 en el caso de haber tenido la preparación que da el servicio obligatorio, con todas sus consecuencias, ¿qué hubiera ocurrido? ¿Cuánto tiempo hubiera demorado la resistencia belga? ¿El país hubiera sido ocupado? ¿Dónde el ejército francés en masa habría operado su junción con los belgas? ¿La batalla de la Marne se habría dado en la Marne, en la frontera o en el Sambre y Meusa, entre Lieja y Namur? ¿Los alemanes se hubieran atrevido siquiera a invadir la Bélgica?

Es imposible contestar categóricamente a estas conjeturas; pero el más elemental sentido de la proporcionalidad numérica indica, que todo se hubiera modificado en un trescientos o cuatrocientos por ciento a favor de esa nación.

¿Por qué fué invadida Bélgica? Simplemente por una razón militar. Consideró el Estado Mayor alemán que para hacer pesar su superioridad numérica inmediata, desarrollándola en una gigantesca maniobra envolvente, necesitaba toda la frontera francesa, de contacto con el territorio belga y alemán, buscando una línea de más de 600 kilómetros en vez de la de Alsacia-Lorena, que sólo ofrecía la mitad.

Consideró, además, que el ataque *brusquée*, contra la línea francesa defendida por los campos atrincherados de Verdún, Toul, Epinal y Belfort, estudiada y prevista, era mucho más difícil que el desborde sobre la frontera Norte, donde faltaban las defensas necesarias para las que los socialistas franceses no habían querido

votar los créditos. Creyó también que el tiempo ganado así, y las anteriores ventajas, compensaban largamente la resistencia belga. Sin duda alguna, en el caso de no haber existido estas ventajas, más o menos precisamente avaluadas, los alemanes no hubieran invadido la Bélgica. Un gran Estado Mayor y una gran nación, no realizan actos trascendentales de vida o muerte, porque sí.

CAPITULO XVI

Amenazas concretas contra el Uruguay.—Opiniones de técnicos argentinos; juicio del capitán de fragata Segundo R. Storni. La R. Oriental amenazada como Bélgica. Con nuestro proyecto y el Servicio Obligatorio el país quedaría a cubierto de toda agresión; análisis. — Previsiones argentinas para combatir simultáneamente contra Chile, Brasil, Uruguay y Paraguay.—Un libro que no deja lugar a dudas, "Asegurar la paz", por el coronel Jáuregui: la guerra contra el Brasil y el Uruguay, según ese autor. — Necesidad de que una comisión militar brasileño-uruguaya concierte la defensa común; enormes ventajas de esa colaboración. — El triángulo Maldonado-Carmelo-Paysandú: posibilidad de disminuir e intensificar nuestros frentes.— 400 soldados orientales por k. — Solidaridad a favor de la paz con Chile y el Paraguay: debemos estrechar vínculos con la gran nación andina. — Pretensiones argentinas al dominio exclusivo del Río de la Plata. La naturaleza, las estadísticas y las doctrinas aceptadas imponen al Brasil, Uruguay, Paraguay y Bolivia, la defensa del condominio.

Sin entregarnos a fantasías extravagantes, podemos decir que todo lo ocurrido con Bélgica, tiene puntos de contacto muy dignos de tenerse en cuenta, en lo que respecta a nuestro país y a los limítrofes.

No queremos ser los autores de la hipótesis. Las palabras que van a continuación, pertenecen a un distinguido oficial argentino, y que goza de autoridad en el vecino país, en los asuntos de su profesión. Dice el capitán de fragata Segundo R. Storni, en su interesante obra *Intereses argentinos en el mar,* publicada en 1916:

"La República O. del Uruguay, presenta por su si-

tuación un caso más interesante y grave para la defensa marítima argentina. Está en la boca misma de la gran salida comercial, a un paso de lo que será la llave de la seguridad costanera."

"¿Cuál sería la única solución que concienzudamente un militar neutral, que hablara únicamente por la ciencia de la guerra, daría para el caso de que el Uruguay pudiera ponerse en contra nuestra en una guerra exterior? *Dominarlo sin pérdida de tiempo, cayendo sobre él, con dos veces, tres veces las fuerzas que pudiera oponer.* Tan grande sería para nosotros el peligro de que un enemigo fuerte en el mar pudiera sentar sus reales en la costa vecina para atacarnos en el centro mismo de nuestros recursos."

"*El Uruguay, por efecto del número sería, tal vez, dominado;* PERO EL ESFUERZO DE APLASTE PODRÍA RESULTAR EXCESIVO". "TAL CASO DE GUERRA SE PRESENTA, SEÑORES, PARA LOS DOS PUEBLOS, CON LOS CARACTERES FATÍDICOS DE LAS TREMENDAS DESTRUCCIONES."

El señor Storni agrega algunas consideraciones, para demostrar que no nos odia, que ni siquiera pretende agraviarnos, obedeciendo sólo, a un deber impuesto por la ciencia de la guerra, por la fatalidad de determinantes geográficos. Creemos que ese marino argentino es perfectamente sincero en sus declaraciones. Creemos que como militar argentino piensa bien, y declaramos que sus palabras no despiertan en nosotros la menor animadversión, a pesar de que trata de la posibilidad de destruirnos; pero como uruguayos recogemos sus enseñanzas, y convencidos de que "el esfuerzo de aplaste", dirigido contra nosotros, puede resultarle a sus compatriotas no ya "excesivo" sino fatal, si nos preparamos como lo proponemos, insistimos en dar la voz de alarma, insistimos sobre nuestro proyecto, y lucharemos sin tregua con los civiles y militares que

piensan en la misma forma, para que el Uruguay pueda poner en caso necesario, sobre el gran río, más de 100,000 hombres con 250 o 300 cañones.

Como se ve, la analogía de nuestro caso con el de Bélgica no puede ser más evidente.

Alemania consideró que Bélgica "se ponía contra ella", porque no autorizaba el paso de sus tropas para invadir a Francia.

El señor Storni trae su párrafo, a raíz del análisis de la posibilidad de una guerra con el Brasil.

No permitirle a los argentinos establecer su base naval en nuestras costas, llegado el caso, sería ponernos contra ellos, puesto que la demostración es bien clara, en lo que respecta a la necesidad de poseerlas.

Las determinantes son, pues, bien definidas: 1.° Que estallara la guerra entre la Argentina y el Brasil.

2.° Que el esfuerzo de aplaste dirigido contra nosotros no fuera excesivo y compensara, en consecuencia. Insistimos para que no se nos acuse de visionarios; es la opinión de un técnico argentino, nosotros no somos los autores de la hipótesis.

Ahora bien, ¿es imposible la guerra entre el Brasil y la Argentina? Cualquiera afirmación negativa, resultaría ridícula: no creemos que haya nadie que se atreva a hacerla. En todo caso, podría haber motivos para desarrollar fundadas razones en el sentido favorable a esa posibilidad. Contestando al segundo punto, el de la compensación para la Argentina, en el supuesto de que intentara aplastarnos y dominarnos, nos atrevemos a dar la respuesta. *En el estado actual, es posible, nada más que posible, en cuanto significa dudoso; pero después de realizar las reformas que proponemos en nuestro proyecto de ley, si la República Argentina intentara semejante aventura, sufriría el más completo desastre.*

La pequeñez relativa de nuestro territorio nos permitiría hacer una concentración mucho más rápida que

la de los posibles adversarios. Nuestros efectivos de choque (considerados con esa ley intensiva) estarían en sus puestos antes que los efectivos proporcionales de un país de tres millones casi de k^2. Con más de 100,000 soldados y 300 cañones; con un gran parque de aerostación militar en la Colonia y los medios de vigilar las concentraciones de fuerzas enemigas; con una línea natural como la del Uruguay; con dos vías principales de ferrocarril, una de ellas interna y paralela, fuera del alcance del enemigo, y otras auxiliares; con un aliado o aliados poderosos, pues no ha pasado ni pasará por nuestra mente la idea de declararle la guerra a ninguna nación, los 500,000 o 600,000 ciudadanos, que forman la disponibilidad teórica de la Argentina no nos preocuparían, a pesar de la cifra cuatro veces mayor que la de nuestros soldados.

Suponiendo que en un mes pudieran estar las dos terceras partes en pie de guerra con suficiente material y aprovisionamientos, como se trata de la conjetura de una guerra con el Brasil, ¿cuántos tendrían que dirigirse al Noreste hacia la frontera enemiga? *¿Cuántos deberían permanecer en observación sobre la Cordillera?*

¿Quedarían mucho más de 150,000 hombres para invadir el Uruguay? En condiciones varias veces inferiores a las nuestras, los servios defendieron el paso del Danubio.

La mitad de las tropas permanentes brasileñas están en Río Grande; Río Grande con nosotros representa tanto como la mitad de la República Argentina, en cuanto al número.

Chile, que es un vecino que tendrían que vigilar, vale mucho más militarmente que nuestro presunto enemigo.

Solos aún, — con mayor razón con las fuerzas de Río Grande, pues se trataría de una guerra entre Brasil y la Argentina,—¿no defenderíamos un par de meses la lí-

nea del Uruguay? Concedamos más. Que fuera forzada; que algunos puntos también de la costa del Plata cayeran en poder del enemigo. Con un territorio como el nuestro; con los recursos de la guerra de trincheras y la de maniobras, sobre la base de nuestros efectivos de choque, y lo que quedaría para la guerra irregular, retirándonos, esperando la movilización general del aliado o aliados; dejando *trabajar el tiempo a nuestro favor*, según la fórmula de los militares franceses, ¿es posible pensar en la hipótesis de que la República Argentina fuera capaz de aplastarnos?

Bélgica respecto de Alemania, militarizada, hubiera representado uno contra nueve, y armonizando sus operaciones con el ejército francés se habría defendido perfectamente, sobre la base de sus setecientos a ochocientos mil hombres. Casi desarmada, en la proporción de uno contra veinticinco o treinta, demoró diez días la avalancha alemana.

Nosotros armados, solos, tendríamos que oponernos durante un par de meses, en la proporción de uno contra dos; con los contingentes de Río Grande estaríamos más o menos en condiciones de equilibrio. Suponiendo que la República Argentina no tuviera que pensar en su frontera andina, y que pudiera al cabo de algunos meses dirigir una masa imponente hacia el Uruguay, equivalente al seis o siete por ciento de su población nacional, para esa fecha, masas mayores que aquélla. de San Pablo, Minas Geraes, Santa Catalina y Río de Janeiro (por lo menos) ya habrían ocupado puesto junto a nuestros soldados.

El problema fundamental para el Uruguay, es resistir el *ataque brusquée;* impedir el "esfuerzo de aplaste" inmediato; salvar de la invasión todo, o la mayor parte del territorio; mantener una cubierta fortísima con relación a nuestras poblaciones, formada por una importante proporción de tropas permanentes, amalga-

madas con diez u once clases de reservistas, equivalentes a las primeras.

Es la única forma de salvar al país de la destrucción dos veces; primero, al ser ocupado el territorio, después, al tener que reconquistarlo.

Los medios extraordinarios, por decirlo así, sea un gran porcentaje de artillería con relación a las masas; gran cantidad de ametralladoras; fuerte número de aviadores y aparatos para su servicio, son los que debemos utilizar para aumentar la eficacia de nuestro ejército. Nuestros posibles aliados tienen masas de sobra para las necesidades de una guerra, tal como se nos anuncia de la otra orilla del Plata, que un día puede estallar. Debemos prepararnos en previsión de una amalgama complementaria de ejércitos uruguayos y brasileños, de suerte que, nuestro excedente de artillería, nuestra preparación proporcional excesiva en cuanto a la intensidad, operada la unión con las masas brasileñas que podrían poseer menos elementos de esa clase, restablecieran los términos medios exigidos por la ciencia de la guerra.

No analizamos la posibilidad inversa, en el caso de una guerra provocada por una agresión del Brasil. Esta no es una obra de simpatías ni antipatías; es un estudio inspirado en las conveniencias nacionales y los factores dados por la realidad, tal como se nos presenta. No conocemos, no creemos en la probabilidad de que en lo sucesivo, el Brasil pueda reiniciar la política agresiva que puso en práctica el Imperio. Todos los hechos concretos, los sentimientos populares, los actos de los gobiernos, la orientación bien marcada de los hombres de pensamiento de esa nación, traducen las simpatías que a su vez nuestro pueblo les retribuye con sinceridad y entusiasmo.

Como Estado libre y soberano, que sólo debe consultar sus compromisos de honor y sus intereses, nues-

tras conveniencias y alianzas de futuro pueden variar y tomar direcciones imprevistas, *pero presentemente, juzgando las cosas tal cual son, la República del Brasil es para nosotros un pueblo hermano en toda la extensión de la palabra, y en cierto modo un verdadero aliado, sin cláusulas establecidas por los tratados.*

Integra el juego de fuerzas, que componen las garantías fundadas a favor de la paz y del equilibrio en esta parte del mundo, la República de Chile.

Creemos que la interposición de la cordillera y los viajes un poco largos, han traído como consecuencia que en nuestro país no se haya hecho todo lo que debíamos, a fin de estrechar aún más, los vínculos cordialísimos, a pesar del alejamiento, con esa gran nación del Pacífico.

No podemos ocultar todas las simpatías y la admiración que nos inspira la república andina. La distancia, contrariamente a lo que podría parecer, aumenta los motivos de vinculación; nunca más exacta la frase muy repetida: todo nos une y nada nos separa. Vislumbramos que en el porvenir esta frase cobrará cada día un sentido más preciso.

La hermosa raza, de tronco predominantemente eúskaro, perteneciente a una de las más bellas y enérgicas de la Europa, mezclada con los araucanos que cantó Ercilla, ambas de las más fuertes y bravías de América y Europa, constituyen un fundamento innegable de su grandeza, de su recia contextura, de su alma unísona y compacta. Casi exenta de mezcla, a la inversa de las riberas atlánticas más o menos heterogeneizadas y cosmopolitas, aquella orilla que da frente al más grande océano, con sus vastos archipiélagos, se hermana con la cumbre andina: las torres de nieve del Cóndor, las olas más profundas, del Pacífico, las minas, las salitreras, hasta el confín donde vegeta el pehuén y maravilla la luz incierta de las auroras polares constitu-

yen la cuna, el ejemplo, la idiosincrasia chilena. Han conservado la solidez colonial, de un pueblo puro y castellano, adquiriendo las cualidades que van de los paralelos medios a los de los climas más fríos, siendo, además, pueblo de marinos, de montañeses, mineros y leñadores. Su gran unidad de raza y de ideas, les ha dado perfecto equilibrio y cohesión en cuanto al sentimiento de la patria, a la disciplina, a la conquista preciosa de un espíritu militar y de un ejército, que no tiene rival en Sud América. País de cuerpo vigoroso, al mismo tiempo que dotado de hombres de primera fila en las letras, las ciencias, el derecho y las artes de la guerra, es, sin duda alguna, a pesar de no ser de los más poblados, el primero de nuestro Continente. (1)

Chile se ha propuesto generosamente, la misión de educador militar de las naciones de Sud América. En sus escuelas se han formado los oficiales más distinguidos del Paraguay; en sus filas había últimamente, oficiales del ejército de Colombia, para los que el gobierno chileno había solicitado de Bogotá, la autorización para considerarlos como del suyo propio.

El que fué nuestro organizador de la aviación en el Uruguay, el malogrado y notable oficial, capitán Juan Manuel Boiso Lanza y el capitán Sáenz Lacueva, fueron cordialmente acogidos y formados en las escuelas de aquel país.

Boiso Lanza, tan ilustrado como sagaz observador, que al sernos arrebatado por la fatalidad, nos privó de una de las más bellas esperanzas del país y del Ejército, durante largas horas nos hablaba siempre de la

(1) Cuando el general Baden Powell visitó los países americanos y vió el ejército de Chile, expresó su admiración, manifestando que si había visto ejércitos notables en todo el mundo, en ninguna parte había encontrado el tipo del soldado nato, sin necesidad de haber pasado por los cuarteles, como entre los hombres del pueblo chileno.—Su opinión respecto al estado militar de esa nación, no fué menos elogiosa que el que formulara sobre las cualidades de la raza.

amistad de ese pueblo, de las profundas simpatías con que contábamos del otro lado de los Andes; del interés y la importancia que los oficiales chilenos le atribuyeron a nuestro proyecto sobre defensa nacional y servicio obligatorio, que apenas presentado, él vió allí y oyó comentar extensamente.

Con el abandono en que están nuestras instituciones para la defensa del país, a pesar de que se nos estima, nada se nos puede proponer, a favor de una combinación eficaz que asegure la paz.

Pero no puede haber la menor duda, de que en cuanto se iniciara una obra seria para la organización militar, los horizontes abiertos a nuestra Cancillería, se dilatarían prodigiosamente, no en el sentido de las simples demostraciones de cortesía, sino en el de los tratados y convenciones que constituyen verdaderas conquistas y garantías de índole internacional.

Hemos dicho que nuestra situación era la de Bélgica, con todas las fatídicas perspectivas que se cernían sobre aquélla, y que nos amenazan a nosotros, si no nos decidimos a adoptar el servicio obligatorio, seguido de la organización completa de toda la máquina militar.

Insistimos, sin embargo, en el cambio total de perspectivas si se realiza lo anterior. Una de las razones en que se funda nuestra convicción, es la de que, la guerra que pudiese tener que sostener el Uruguay, no sería nunca en forma de duelo individual. Varias nacionalidades se verían comprometidas y, probablemente, los beligerantes se repartirían en grupos de naciones.

El caso previsto, no por nosotros, sino por el capitán de fragata Storni, que seguramente mejor que los de la otra orilla conoce las necesidades y las intenciones dominantes en su país, se traduciría en República

Argentina contra Brasil y Uruguay. Es indudable que los datos — Chile, Paraguay y Bolivia completarían la incógnita, con mucha probabilidad en un sentido que no nos fuera desfavorable. Perú, Ecuador y aún Colombia, integrarían, tal vez, los antecedentes de esta resultante, no siendo posible prever todas las derivaciones, aunque no sea aventurado suponer, que si se formaba un block — B. U. C., se pudieran agrupar del otro lado A. P., quedando por conocer la actitud de Bolivia y Paraguay — y más remotamente la de Ecuador y Colombia.

Nadie hubiera previsto que los Estados Unidos y el Japón iban a intervenir en esta lucha, declarándole la guerra a Alemania. Más fantástico aún hubiera resultado, el supuesto de que el Brasil, Cuba, Ecuador, la China y Siam, se encontraran en guerra con Alemania, Austria o Bulgaria. En cambio, la influencia de la posición geográfica, la necesidad del equilibrio continental — y la ley de las masas, que en esta materia se cumple lo mismo que entre los cuerpos físicos, revelan que, en el caso de una guerra entre la República Argentina y el Brasil, si el Uruguay fuera invadido, Chile y los demás países próximos al centro de la conflagración no podrían permanecer neutrales.

De todos modos, si el Uruguay unido al Brasil, se encontrara frente a la agresión de la República Argentina, no hay duda que el esfuerzo de este último país se dirigiría a ocupar nuestros puertos y llevar la guerra al territorio oriental. Una segunda edición de Ituzaingó, con — concurso del Uruguay para el nuevo Alvear, y + concurso del Uruguay a favor del Brasil, parece una empresa de muy dudoso éxito para nuestros vecinos platenses...

Por razones de desplazamiento poco ventajosas, la lucha en las Misiones (definidas así las posiciones) revestiría importancia subalterna.

La defensa de las costas no es sólo cuestión de ejércitos. Desembarcar no es lo mismo que forzar un fuerte en una llanura. No tenemos por qué entrar en detalles; pero debemos suponer que ese capítulo de nuestra defensa, librado a los técnicos de la guerra naval, estaría integrado (como en líneas generales lo proponemos) por todos los recursos que proporcionan las minas de diversas clases, en los canales del Río de la Plata, por los submarinos en la zona oceánica e intermedia profunda, por hidro-aviones y aviones; artillería de costa y montada, algunas defensas fijas — y el ejército, en todo caso que se tratara de repeler desembarcos.

Descontadas las guarniciones de la línea de las costas, desde la barra del Uruguay hasta el Chuy, hacia cuya extremidad ya podría contarse con la cooperación brasileña, dispondríamos siempre de cerca de cien mil hombres para constituir nuestro frente al oeste, con una parte dedicada a ejércitos de maniobras, prontos a acudir al punto más amenazado.

En cuanto a la defensa costera, sería cuestión de obstaculizar al enemigo sin omitir ningún sacrificio, por algunos días, mientras llegara la escuadra brasileña, para apostarse entre nuestros dos grandes puertos, con el dominio del Río de la Plata y de todo el hemisferio de relación de la parte austral del continente.

Tratándose de la defensa de las ciudades o residencias habituales, a lo sumo de la defensa departamental costera, podríamos utilizar los contingentes territoriales, la reserva de la territorial, todos los voluntarios y aún muchos extranjeros de antiguo arraigo, para concentrar sobre el frente terrestre y en el ejército o divisiones de maniobras, toda la parte más móvil y vigorosa de la nación.

La más elemental previsión nos dice, que el enemigo trataría de ganar tiempo presionando y golpeando reciamente en forma simultánea, sobre las costas del Río

de la Plata y sobre la línea del Uruguay. Seguramente ese ataque combinado del ejército y de la escuadra, secundado por elementos de aviación, tomaría la forma de diversiones varias, al tiempo que golpes a fondo y con un objetivo real. Al respecto no nos consideramos con autoridad para entrar en detalles, problemáticos e inútiles en este caso; pero, en cambio, como nos consta que en las maniobras argentinas se ha estudiado de tiempo atrás y se estudia siempre la posibilidad de una invasión al territorio oriental (sobre todo en cierta parte de Entre Ríos), como nos consta que las vías a ese objeto están preparadas, deseamos llamar la atención de los ingenuos, de los imprevisores, de los que conspiran contra la seguridad del país, sin preocuparse más que de los asuntos políticos y de las balotas.

Nos interesa destacar y hacer conocer estos antecedentes; porque si como es de esperar, el país se encamina, teniendo en cuenta su seguridad futura, frente al criterio argentino que ya ha estudiado y previsto la invasión, debemos estudiar la defensa por nuestra parte, lo que no puede dar mérito a que se nos considere agresivos, ya que nuestra única aspiración no pasa de podernos defender.

Es esta una de las cuestiones más importantes y de donde podemos sacar mayores ventajas para la eventualidad de una guerra, si puesto que se trata de la previsión de una lucha entre el Brasil y la Argentina, lógico es que, desde ya, se prepare un plan de Estado Mayor, concertado en todas sus partes con las autoridades militares brasileñas.

La misión del Uruguay en los primeros momentos de la guerra representa el máximum del esfuerzo del lado de la Alianza B. U. Cuando nosotros tuviéramos que sostener recios choques, el Brasil concentraría sus masas y, en todo caso, combatiría siempre menos violentamente, en lo que sería el flanco o sección derecha de nuestras líneas.

Pues bien, una de las grandes ventajas que pueden resultar del estudio y concierto de opiniones entre jefes y oficiales brasileños y uruguayos, es la de permitirnos acortar al mínimum posible nuestro frente haciendo mucho más sólida y eficaz la resistencia a nuestro cargo.

Por ejemplo: si los contingentes de Río Grande y demás efectivos brasileños inmediatamente prolongaran su frente desde el Cuareim, o sea la frontera, hasta el Daymán, cubriendo Artigas y Salto, o algo más abajo, en dirección al Queguay, nuestro frente terrestre de cuatro grados quedaría reducido a la mitad.

El Rincón de Haedo, con su prolongación al Norte, constituye una base estratégica del más alto valor para la defensa — muy sólida del punto de vista natural. Desde Independencia hasta la desembocadura del Uruguay el río tiene un caudal de aguas y una anchura que aun con fuerzas muy inferiores se presta a una resistencia en condiciones más que favorables. Desde Independencia a Paysandú, considerando la segunda sección de este frente, hipotéticamente a nuestro cargo, existen ventajas comparables.

Con una línea natural de resistencia, que no excede de 200 kilómetros, podrían oponerse fácilmente 400 soldados por kilómetro — y quedaría una disponibilidad de 250 a 260 hombres para defender la parte de costas platenses, más o menos expuestas a desembarcos.

La línea total de contacto argentina con el Brasil y el Uruguay, representaría una extensión mucho mayor. Como no tendrían nuestros enemigos que cuidar con la misma eficacia toda su extensión, si destinaran los invasores, como es presumible, importantes fuerzas a un ataque costero, es posible que disminuyendo la presión sobre la línea brasileña para concentrarla sobre nuestro frente, pudieran excedernos un poco en la pro-

porción de 400 hombres por kilómetro, que nosotros les opondríamos entre Paysandú y la boca del Uruguay.

Se trataría de saber si el ejército brasileño podría servir su línea desde el Cuareim y las Misiones, aunque fuera débilmente, para destinar tropas suficientes a la del Uruguay, entre Santa Rosa y Paysandú, que, como se sabe, es por donde los argentinos intentarían pasar el río, por razones elementales.

No nos parece un esfuerzo excesivo, ni que las vías a preparar sean un sacrificio mayor, a cambio de que le aseguremos al Brasil la base naval de operaciones en el Plata y el Atlántico, garantizando la resistencia y todas las operaciones ulteriores, mediante la defensa de las líneas Maldonado-Montevideo-Colonia-Carmelo-Fray Bentos-Paysandú.

Poderosos elementos de guerra aérea, tienen marcado su emplazamiento en el departamento de la Colonia. Si se nos habla tranquilamente de *aplastarnos, con el "carácter fatídico de las tremendas destrucciones"*, debemos estar en condiciones de contestar, entre otras formas, por medio de una amenaza terrible, pronta a caer y sembrar la confusión, en la gran ciudad cosmopolita de la otra orilla.

Siempre hablamos condicionalmente, inspirados por un sincero deseo de paz y cordialidad hacia todos los pueblos; pero si tal o cual amenaza es proferida, si se nos amaga un golpe injusto, violento, horroroso, siempre debemos estar prontos para repeler y contestar ejemplarmente. Usar armas no significa tener intenciones criminales: el hombre de bien las maneja y las lleva para no ser víctima del crimen.

Ajustando todo propósito a esa corrección de procederes, es preciso de todos modos y con fundadas razones, apreciar la hipótesis de la agresión.

Un ejemplo de la guerra europea puede dar idea de lo que significan las cifras que hemos dado, para juzgar

la eficacia de nuestros medios militares, con servicio obligatorio y todo el plan propuesto, realizado a los efectos de una acción conjunta con el Brasil.

Servia, disminuída y aniquilada por las dos guerras balkánicas, se encontró casi sola ante un poder diez o doce veces mayor como era el de Austria Hungría. Descontados los ejércitos austriacos que hicieron frente a Rusia, durante el primer año, Servia tuvo que combatir sola contra contingentes dobles y aun triples. Sus fronteras presentaban 300 kilómetros protegidos por el Danubio, y más de 200 de límites terrestres, abiertos, cuya forma envolvente hacía muy difícil la defensa. Con un promedio de 600 soldados por kilómetro, durante más de un año, sostuvieron una lucha titánica, derrotando al enemigo, entre otras, en la memorable batalla de Valjevo, que les dió 64,000 prisioneros. Si en vez de tener su poderoso aliado a una distancia y en posición que hacían imposibles las comunicaciones, se hubiera tratado de un limítrofe (como en nuestro caso con el Brasil), no hay duda que las condiciones de la resistencia habrían sido mucho más favorables.

Como se ve, la reducción de nuestro frente, a una línea de 40 leguas con la base del bajo Uruguay y las costas del Plata, nos daría una posición excepcional y cifras relativas en materia de disponibilidad, incomparablemente superiores a las de ese pueblo, que a pesar de todo, realizó hazañas asombrosas, salvando intactas las fronteras por más de un año.

No se crea que lo que ofreceríamos al Brasil en ese caso fuera poca cosa. La garantía bajo la responsabilidad de nuestros ejércitos, del triángulo Maldonado-Colonia-Paysandú, que es de lo que se trataría, equivale al fracaso inevitable del enemigo.

Conservando Maldonado, Montevideo y la Colonia, hasta la llegada de la flota de guerra brasileña, con la formidable línea que forma el bajo Uruguay desde Pay-

sandú a Fray Bentos y desde este último punto a su desembocadura, sin dejar de atender por nuestra cuenta la defensa de la línea de Paysandú a Santa Rosa, y de Santa Rosa al territorio de Misiones por la de los brasileños, todos los efectos del ataque *busquée* que pudiera obtener la República Argentina perderían su valor.

Es cuestión de asegurar el tiempo necesario para la movilización demasiado extendida en el territorio de nuestros aliados, así como la intervención más que probable de otras fuerzas no avaluadas.

El Uruguay, pues, si no adopta el servicio obligatorio está concretamente amenazado por un destino no menos fatídico que el de Bélgica.

En cambio, si adopta el servicio obligatorio y nuestros proyectos de defensa nacional, asegura la paz y aleja toda tentación, en el sentido de un golpe de mano, ANUNCIADO Y ESTUDIADO YA POR UN PUEBLO LIMÍTROFE.

Como sabemos todo lo difícil que es convencer a gente que no conoce los términos de un problema, y que por razones de comodidad, ha resuelto las cuestiones más difíciles negándolas; como sabemos que se dirá que en todo esto puede haber exageraciones, aunque la autoridad del marino argentino Segundo Storni, es la que nos ha permitido fundar estos juicios, utilizaremos otras declaraciones no menos importantes, pertenecientes al teniente coronel Jáuregui, también argentino, autor de una obra titulada *Asegurar la paz!* Los juicios de dicho señor son más categóricos todavía, si es posible, que los del señor Storni. En ellos luce una espléndida franqueza, que debemos agradecer y utilizar, pues se analizan sin reticencias las posibilidades de conflicto, definiéndose las posiciones en una

forma, que coincide con nuestra manera de apreciar las cosas.

En lo que respecta al Uruguay, ténganse bien en cuenta las opiniones del teniente coronel Jáuregui, pues nada tienen de anfibológicas.

Incluye en su obra una carta del Río de la Plata, y marcando con rayas las aguas que nos pertenecen, dice lo siguiente:

"Como se ve, pues, el canal que nos une con el vecino, es decir con Europa y con todo el mundo, hacia el cual afluye el canal interior — única vía navegable para barcos de calado medio y superior — por la que tiene lugar todo el comercio de los ríos Paraná y Uruguay y, por fin, por donde se efectúa íntegro el servicio de pasajeros, el comercio de importación y de exportación de la República Argentina (con excepción del reducido que se hace por Bahía Blanca) y el de tránsito para el Paraguay, Bolivia y Sur del Brasil, representado en total por más mil cuatrocientos millones de pesos por año, esa vía, decimos, tendría su parte media y extrema en poder de los orientales".

"De manera que nuestro país se quedaría tan solo con la extremidad interior, mientras que la entrada quedaría en poder de nuestros vecinos".

"Como no hay que pensar siquiera en abrir un nuevo canal, dentro de lo que los orientales dicen que es nuestro, por las enormes sumas de dinero que nos costaría y, sobre todo, debido a que no es posible, por la existencia de los bancos de arena y otras razones no menos fundamentales de carácter técnico, la República Argentina quedaría a merced del gobierno de Montevideo".

"*Si los argentinos consintiéramos alguna vez en las pretensiones de nuestros vecinos, perderíamos no sólo los muchos cientos de millones que nosotros, y solamente nosotros, hemos gastado desde hace más de cincuenta años*, etc..." (Págs. 65-66).

"Ahora de nuevo el pueblo y prensa del país vecino vuelven a plantear la misma tesis *y a insistir en sus pretensiones,* con motivo de la demarcación de la laguna Merín, cedida en parte por el Brasil y cuyo primer hito divisorio fué inaugurado por el señor Muller, cuando pasó para Buenos Aires, en misión de paz y de concordia". (Pág. 67).

Tómese nota de este párrafo aún más explícito: presten sobre todo atención suficiente, nuestros amigos de Río de Janeiro, ya que a ellos va claramente dirigido:

"Algunos vecinos y no pocos de nosotros, que ignoran completamente la gravedad del asunto, hablan de que gracias a la constancia oriental en las reclamaciones, apoyadas por otros amigos nuestros, harán que el eterno espíritu de justicia argentino y su deseo de conservar la paz y de evitar alarmas, concluirá por ceder, como cedimos siempre en todo lo que otros han deseado sacarnos... !"

(No hay la menor duda de que el teniente coronel Jáuregui, habla a esta altura de la pérdida de las Misiones, dicho sea de paso, en buena ley, y mediante arbitraje).

"*La República Argentina concluirá, sí, pero no por ceder a tan injustificadas pretensiones, que afectarían nuestra existencia,* SINO POR TOMAR MEDIDAS DE LA MAYOR GRAVEDAD CONTRA CUALQUIER NACIÓN QUE SE DISPONGA A APOYAR LAS RECLAMACIONES DE LOS VECINOS DE ALLENDE EL URUGUAY Y TAMBIÉN A HACERLES SENTIR A ÉSTOS LA ABSOLUTA NECESIDAD DE CERRAR PARA SIEMPRE ESA DISCUSIÓN". (Págs. 67-68).

A continuación el teniente coronel Jáuregui, analiza las consecuencias de estas declaraciones, citando los procedimientos usados en Alemania por los hombres de gobierno, cuando se trataba de cuestiones internacionales y militares.

Convenimos en la perfecta lógica revelada por la obra del mencionado jefe argentino; nos agrada y coincidimos con el raciocinio rectilíneo, correcto, que va derecho a su objeto. Sólo anotamos *en passant:* 1.° Que la posición de la República Argentina no es ni remotamente en Sud América la de Alemania en Europa. 2.° Que los procedimientos alemanes, a pesar de la organización, la disciplina y las capacidades técnicas, de que no es bajo ningún concepto ejemplo la República Argentina, no han impedido que aquel país se haya sumergido en un verdadero abismo. 3.° Que si la fuerza con que podemos apoyar nuestros derechos es provisoriamente escasa, el mismo coronel Jáuregui se ha encargado en su obra de demostrar que, para el caso de una guerra, su país *"tiene que prepararse para hacer frente hacia dos direcciones principales, a la vez; contra el núcleo Brasil-Uruguay por el Este y contra Chile y acaso algún otro por el Oeste"* (Pág. 29); aparte de que en un capítulo especial declara que hay pocos motivos para sentirse muy seguros del lado del Paraguay.

Esta última consideración nos permite, sin aspirar al dón de profecía, establecer un juicio muy distinto del de el autor argentino en cuestión. Si su país quisiera darle una severa lección, a quien o quienes nos apoyaran en nuestras justas reclamaciones al condominio del Plata, *en el caso de la conflagración prevista por el coronel Jáuregui,* no sería la República Argentina la que podría adoptar las medidas más severas respecto de la coalición, sino que, no una alianza total como la prevista — una simple fórmula doble o triple de la que formaríamos parte, bastaría para invertir la severa lección, recibiéndola los campeones de la política de amenazas, prepotente y agresiva, en el asunto de las aguas del estuario.

El coronel Jáuregui agrega: "Nosotros no debemos

pensar en retirar un solo soldado de los que tenemos permanentemente estacionados en nuestras regiones del Norte y Cuyo, si es que nos viéramos obligados a batirnos en el Este; de la misma manera, no podemos tocar un solo reservista de las provincias de Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe, y aún del Norte de Buenos Aires, si es que hacia los Andes fuera la complicación".

Sea. Creemos como el coronel Jáuregui; por eso nos viene a la memoria la frase que muchas veces nos hemos repetido con el doctor Carlos Travieso, patriota sincero y amigo del ejército: en el caso desgraciado de una coalición, si se nos ataca, conocemos bien nuestro pueblo — y no hay duda que "a los orientales se les puede dejar por su cuenta al contingente de la provincia de Buenos Aires".

¿Qué le quedaría a la República Argentina para hacer efectivas sus amenazas contra Chile, el Brasil y nuestro país?

Los contingentes limítrofes de Jujuy, Salta, Catamarca, la Rioja, San Juan y Mendoza, ochenta o cien mil hombres para dar frente a trescientos o cuatrocientos mil soldados de la primer nación militar de América; pues si se cree que hay que vigilarlos, por lo menos quiere decir que se sospecha que puedan pronunciarse contra la República Argentina! Los de Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe, otros cien mil hombres para vigilar o combatir con el Brasil; podrían agregársele todos los de las restantes provincias y territorios, doblando la cifra (pues se trata sólo de población nacional). Con eso, se le haría frente a un país que en cuatro de sus provincias, casi limítrofes, tiene más población que toda la República Argentina(!!) quedando para "el esfuerzo de aplaste" contra el Uruguay, de que habla el capitán de fragata Storni, el contingente de la provincia de Buenos Aires(!!!).

Quiera Dios que nunca un delirio semejante se apo-

dere de los hombres públicos de la otra orilla, el día que deba tratarse la cuestión del Río de la Plata, u otro problema serio de índole internacional, susceptible de presentársele a los dos países. Si por desgracia se plantearan los antecedentes del problema en los términos previstos por los escritores militares aludidos, el más completo desastre sería el término de la aventura contra el Uruguay. Mas esto no significa que si permanecemos en el estado actual, aunque tal fuera la suerte de nuestros adversarios al fin de la contienda, de todos modos la República O. del Uruguay no quedaría destruída, aun triunfando. Sin servicio obligatorio, sin armamentos completos, sin usinas de guerra, ni defensas adecuadas en ciertos puntos, ni flotillas y minas en número suficiente, Montevideo, Maldonado, la Colonia y los departamentos limítrofes, serían atacados, cañoneados, ocupados y arrasados en definitiva, aun cuando más tarde, con la llegada de nuestros aliados y la presión sobre varias fronteras, el enemigo tuviera que abandonar nuestro territorio.

Toda la parte más rica del país quedaría talada. Eso no implica que el "aplaste" completo no se produciría, pues 180,000 kilómetros ofrecen mucho espacio para maniobrar combatiendo, ganar tiempo y replegarse al interior hasta integrar las fuerzas suficientes con nuestro aliado, para recobrar la ofensiva.

Nuestros ejércitos podrían reponerse y mantener en pie un contingente de hombres que pertrechados por medio del Brasil, realizaran dignamente la reconquista del territorio. Pero qué cuadro el de esa reconquista!! Esto es el mínimum posible. Pudiendo salvar ocho o diez departamentos del azote de la invasión, dejar reducir a escombros la capital y otras tantas ciudades, las más importantes y populosas; quedar bloqueados, aniquilados, sin ganado, sin industrias, sin una nave, sin parque, sin el dominio de las vías férreas

y fluviales, sería un crimen imperdonable y un acto de incuria por parte de los hombres de gobierno, merecedor de los más terribles cargos, de parte de todo un pueblo, entregado al éxodo y a la miseria.

Esa es la diferencia entre el caso de la invasión con servicio obligatorio y sin servicio obligatorio; con todos los elementos necesarios y en el estado incalificable en que nos encontramos.

En el primer supuesto, no dudamos que el país fuera reconstituído totalmente en su calidad de nación soberana. Lo que hay que pensar, es que, lo sería como Bélgica o como Servia — como lo anuncia el capitán argentino Storni — en las condiciones "fatídicas" que traen aparejadas "las tremendas destrucciones".

En la segunda hipótesis, más de 100,000 orientales formidablemente preparados, pertenecientes a una raza que ha acreditado sus cualidades guerreras y hasta su superioridad sobre el presunto adversario, cuando menos repelerían el ataque que se dirigiera sobre cualquiera de los puntos del triángulo Maldonado-Carmelo-Paysandú, verdadero reducto o *pivot* de la resistencia, del gran sistema de fuerzas brasileño-uruguayas.

Las dos hipótesis están separadas por perspectivas tan notablemente opuestas que, podemos decir mucho más, en el caso de tener que considerar la segunda.

Si en el estado actual hablamos de un verdadero desastre, interminables sufrimientos, para los pobladores de ocho o diez departamentos y en lo que se refiere a la parte económica, a la perspectiva de ver arrasadas las ciudades principales de la República, aunque pudieran reconquistarse más tarde los territorios perdidos; en el supuesto de haberse realizado los proyectos y leyes militares, si se nos atacara con la idea de vulnerar mejor al Brasil, posiblemente nuestros propósitos defensivos se convertirían en medios mucho más enérgicos que los de una simple defensa.

En el mar ¿hasta dónde podríamos llevar la defensiva por medio de minas, y hasta dónde podría llegar la acción de los submarinos y los destroyers de alto bordo? Es difícil precisarlo; pero es evidente que el "embotellamiento" de las escuadras enemigas podría realizarse a gran profundidad aguas argentinas adentro.

En cuanto al aire, con pilotos audaces y ejercitados, como no es imposible tenerlos, ya que los primeros formados en el país, marcaron su superioridad de condiciones sobre los mejores de América, ¿qué proporciones podrían alcanzar los *raids* sobre Buenos Aires? Tampoco podemos aventurarnos pronosticando resultados, aunque preciso es convenir, en que podrían obtenerse éxitos imprevistos, atacando y sembrando la confusión en la gran urbe cosmopolita, verdadero regulador de la vida económica y militar de un país macrocéfalo. No obstante, es en el mar donde somos más débiles—dominio que seguramente nunca disputaremos, por medio de las grandes unidades, sin que esto implique renunciar al zarpazo eficaz cerca de nuestras costas. Tampoco en el aire podemos obtener una superioridad decisiva, puesto que por ahora, sólo constituyen el avión y el aeroplano medios complementarios de combate.

Queda el ejército, base principal y decisiva de la guerra móvil, sin perjuicio de los medios accesorios que dan el dominio de las posiciones, y que, aunque en nuestro país no hayan pasos obligados, no debemos olvidar ya que las fortificaciones (permanentes y de campaña), a pesar de haber sido — y hoy más que nunca, — muy discutidas, pueden prestar siempre servicios importantísimos. (1)

---

(1) Dejando de lado las discusiones clásicas, que han pasado a la historia con las ideas de Jomini y de Vauban, puede decirse que en la época contemporánea se han presentado tres períodos críticos para los que han sostenido la eficacia de las fortificaciones. Es indu-

Si el ejército, con sus elementos fundamentales — infantería, artillería, caballería y medios auxiliares, es y será siempre el nervio de toda defensa en tesis general — y no las masas de cemento armado, ni los cañones con cúpulas de acero, esta concepción genuinamente dinámica de la guerra, resulta por diversas razones la que debe dominar con más unilateralidad que en otros pueblos todos nuestros proyectos.

Debemos sacrificarlo todo a una movilización; a disponer de un gran ejército, intensificado en sus medios de combate, mediante un presupuesto de guerra, creciente, en forma excepcional, merced a la renuncia al mar por nuestra cuenta, y aun a las fuertes erogaciones de las grandes fortalezas.

A nuestro aliado o aliados, la lucha de los *dreagnouths* y las grandes unidades, concretándonos modestamente a infectar de explosivos los canales.

En tierra sí; nuestro poder puede ser cotizado al más alto precio. Podemos cañonear toda la margen derecha del Río Uruguay—y posiblemente ir más lejos

---

dable que a la primera, correspondiente a la guerra franco-alemana de 1870, respondió la ciencia y el ingenio de Brialmont, cuyas mismas ideas sostuvieron en Francia el general Rogniat y otros, oponiendo la concepción de los *campos atrincherados* modernos.

En 1887 se produce una nueva reacción, provocada por las experiencias de la Malmaison— y seguida por el estudio de las explosiones de la melinita y la proxilina en forma de obuses torpedos.—Sin embargo, por medio del cemento armado, sustituyendo a las torres cubiertas la idea de una numerosa artillería en condiciones de ser trasladada, así como la de los cañones a eclipse—todo esto completado con ferrocarriles de cintura—y la dilatación del perímetro, de modo que el sitio y el ataque retengan grandes masas, es evidente que, las fortificaciones permanentes subsistieron, frente a los progresos destructores de la artillería, hasta nuestros días, como uno de los elementos más importantes de la defensa de las fronteras.

La guerra de 1914-19, marca la última etapa—y si bien en los primeros momentos la caída de Lieja y Namur, después de Maubeuge y de Amberes, hicieron creer por un momento que las obras permanentes habían hecho época, antes de llegar a conclusiones definitivas será preciso establecer exactamente hasta qué punto Verdún, Toul, Epinal y Belfort, en primer término, y aún Amberes, Lieja y Maubeuge han contribuído a los éxitos definitivos, dando hasta cierto punto razón a Brialmont, de Villenoisy y Mougin que tan tenazmente las preconizaron en Francia, y en otros países Crainiciano, Von Sauer y Schumann.

contando con la superioridad que las armas brasileñas podrían establecer sobre la parte alta del río.

Analicemos algunas de las ventajas a nuestro favor, en el caso de sancionarse las leyes a que nos referimos, pues si todo nuestro esfuerzo está caracterizado por el más profundo pesimismo, en el supuesto de que la opinión del país no reaccionase a tiempo, cúmplenos también, el deber de infundir confianza plena a nuestros compatriotas, si se resuelven a adoptar actitudes tranquilas, científicas, previsoras, enérgicas.

Nada más que los seis departamentos limítrofes del Uruguay, Artigas, Salto, Paysandú, Río Negro, Soriano y Colonia, representan más de 300,000 habitantes; agreguemos San José, Montevideo, Canelones y Maldonado, prontos para defender las costas del Plata hasta el Atlántico; suman 655,000 habitantes a los anteriores, es decir, más del doble que toda la provincia de Entre Ríos. Una gran parte de estas fuerzas quedarían en condiciones de ir a reforzar el ejército del Uruguay. Agreguemos que Florida, Flores, Durazno, Tacuarembó y Rivera, inmediatamente podrían incorporar sus contingentes de *élite*, al ejército del oeste, debiendo contarse 256,000 habitantes más. Es decir, que aun descontando nuestros departamentos del Este — Cerro Largo, Treinta y Tres, Minas y Rocha, que representan 225,000 habitantes más — 1.275,000 habitantes en los primeros días y un millón y medio muy poco después estarían en condiciones de dar los contingentes proporcionales para chocar con los del medio millón escaso de la provincia de Entre Ríos y los elementos de desembarco que se dirigieran a nuestras costas.

Siguiendo la línea del Uruguay, que sería la base general de combate brasileño-uruguaya, desde el Cuareim hasta las Misiones, un millón y medio de riograndenses podrían dirigir sus conscriptos contra los correspondientes a poco más de cuatrocientos mil de la provincia de Corrientes.

Sin duda las tropas de Santa Fe acudirían a marchas forzadas al teatro de la acción; pero es preciso tener en cuenta, que está por medio el Paraná — y que el transporte debería hacerse con escasas vías de comunicación, relativamente a las previsiones de que hablamos. Es lógico que, si los argentinos pensaran agredirnos opusieran concentraciones previas, que serían de efecto fatal para el Uruguay en el estado actual, pero que, en cambio, como se ha visto, no modificarían nuestra situación favorable una vez que estuviésemos organizados.

El mismo teniente coronel Jáuregui reconoce que los argentinos se hallan "en desventaja, para poder efectuar una concentración rápida, tal que nos permita proteger las fronteras o pueblos del Uruguay", etc. Sobre este particular no hay duda, lo que no implica que sigamos a ese autor en todos sus cuadros sombríos sobre la situación de la Argentina, pues no debemos olvidar que, una buena parte de ese pesimismo tiene por objeto conseguir que su país se prepare para poder luchar, si es preciso, con Chile, el Brasil y el Uruguay — verdadero programa máximo que defiende con estas palabras: "En realidad y por poco pesimistas que seamos y por menos alarmistas también, la más razonable y mínima previsión, nos aconseja considerar la situación defensiva de nuestro país, *no desde el punto de vista parcial*, como lo hemos hecho, *analizando aisladamente, primero con respecto a Chile y después con relación al Brasil*, SINO CON UN CRITERIO DE CONJUNTO; PUES LO MÁS SEGURO ES QUE EN ESA FORMA SE NOS PRESENTE Y EN ESA LO TENDREMOS QUE RESOLVER TAMBIÉN MÁS TARDE O MÁS TEMPRANO". A continuación se leen párrafos ya citados, en los que se nos incluye al lado del Brasil (pág. 29).

Resumiendo: se piensa entre los hombres de *metier* de la República Argentina, que ese país de 8.000,000 de

habitantes, debe prepararse *siempre "defensivamente"* como reza, en las declamaciones políticas y diplomáticas que tienen por objeto declinar responsabilidades más tarde, y ganar tiempo, como para poder vencer al Brasil, a Chile y al Uruguay, sin dejar de tener en cuenta, casi como enemigos seguros, al Paraguay y a Bolivia; sea, en condiciones de superar militarmente a unos 30 millones de sudamericanos.

Quiere decir esto en buen castellano, que *la República Argentina se considera obligada, "por razones defensivas", a estar proporcionalmente, cuatro veces más militarizada que todos los países limítrofes.*

Se dice que el Río de la Plata les pertenece, sin discusión; se amenaza a cualquier nación que apoyara nuestros derechos a favor del condominio; se proclama la enemistad secreta o franca hacia Chile, el Brasil, el Uruguay, el Paraguay y Bolivia, declarándose sin reticencias que deben ser considerados enemigos futuros (siempre, como es natural, por culpa de todos, menos de los argentinos); y así se afirma con más fuerza que nunca, el derecho a un predominio que se piensa podrá realizarse un día de hecho, y que no es otra cosa en el fondo que la obsesión porteña del virreinato, con la derogación, histórico-política, de todos los antecedentes relativos a las fronteras chilenas, uruguayas, paraguayas, bolivianas y misioneras.

Nosotros sí, no puede haber la menor duda, *somos y seremos adherentes sinceros a las diversas fórmulas que se traducen en el mantenimiento de la independencia, en el respeto a nuestra soberanía* y a nuestra situación entre los demás pueblos, conquistada a fuerza de heroísmo, sostenida en primera fila si no por el número de kilómetros o de habitantes, por la energía, el trabajo y el espíritu de libertad.

Si esto es rigurosamente exacto, no crean los argentinos que nuestro país esté dispuesto a aceptar detalles

de valizamiento en el Río de la Plata como hechos consumados. Si necesitan nuestros canales para el caso de una guerra con el Brasil, nada tenemos que ver con esos raciocinios kaiseristas; si tienen un gran comercio de salida por el Uruguay, sobre más de ochocientos kilómetros de orillas occidentales, nosotros tenemos cuatrocientos en la otra margen y más de mil los brasileños, hasta las nacientes; si ellos poseen una gran parte del curso del Paraná, cuyas aguas van al Plata, el estuario no les pertenece por entero, y todo el alto Paraná, sus grandes tributarios, Paraguay, Pilcomayo, Iguazú, Pequirí, Yvahy, Paranapanema y Tebicuary, son ríos principalmente brasileños, paraguayos y aún bolivianos.

Las anastomosis de los grandes ríos que tienen su puerta de comunicación con el mundo por el Río de la Plata, constituyen una garantía invencible a favor de los derechos comunes, de los que somos la más amplia, como partícipes en el dominio del estuario, en oposición al poder absorbente y exclusivo de la República Argentina. Si ellos quieren hablar en nombre de las extensiones territoriales que poseen sobre el curso de esas arterias, por las provincias de Buenos Aires, Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe, el Chaco, Formosa y aún Santiago del Estero, a sus pretensiones fundadas sobre un millón y tercio de kilómetros cuadrados, se oponen los intereses del Uruguay, el Paraguay, Bolivia, Río Grande del Sur, Santa Catalina, Paraná, San Pablo, Minas Geraes y Matto Grosso, con cerca de seis millones de kilómetros, que representan el doble de toda la República Argentina.

Si a favor de esas pretensiones se invocaran las poblaciones, a menos de que a los argentinos se les concediera el voto pluripersonal en los asuntos americanos, nada conseguirían, pues por muy interesantes que puedan ser para nuestros vecinos las teorías que

les dieran la llave de los grandes ríos, no significarían más que la opinión de 4.000,000 de pobladores más o menos ribereños, contra la de 15.000,000 de uruguayos, brasileños, paraguayos y bolivianos, tan interesados como los demás en que su comercio y sus comunicaciones no queden a merced de un gobierno exclusivo.

Tales teorías son demasiado contrarias a las tendencias democráticas de la época, que tienden a aquilatar todas las opiniones por igual, contando el número y deduciendo la solución, y son, además, contrarias al principio del equilibrio, a que instintivamente se inclinan las naciones para sobrevivir, de donde se deduce la certeza, de que si no perdemos totalmente el sentido de la realidad, dejando de armarnos, ni aún por medio de la violencia podremos ser despojados de nuestros legítimos derechos, oponiéndonos por acción propia y por los intereses vitales que implican para el Brasil, el Paraguay y Bolivia.

CAPITULO XVII

La cuestión jurisdiccional del Río de la Plata. Las tres fases del asunto referente a las aguas del estuario.—1.er período: Criterio amplio y despreocupación en materia de aguas, de los estadistas contemporáneos, del "exceso de territorios" con escasez de pobladores (Sarmiento). — 2.° período: Alarmas argentinas ante la perspectiva de que Montevideo se convirtiera en el gran *entrepôt* platense. Predominio de orientaciones económicas y marítimas: proyectos de Mitre y Vedia, ídem Mercau: venida del hidrógrafo Corthel. — 3.er período: Rivalidades con Chile y el Brasil. Nacimiento del poder naval argentino; influencia de la doctrina militar, fundada en la "necesidad" de poseer los canales y los puertos del Plata en caso de guerra. Aspecto actual del asunto: la pretensión argentina ante las conclusiones del Derecho Internacional.

La cuestión del Río de la Plata, tal como debe ser encarada su solución, pertenece al dominio del derecho internacional, derivándose de los antecedentes constituídos por los tratados que dieron origen a la delimitación de los Estados ribereños. Dentro de este orden de ideas se originaron las primeras posiciones planteadas y lógico sería que de acuerdo con ellas tuviera un día su solución. El motivo de futuros conflictos no había sido discernido claramente cincuenta años atrás. Es a causa del planeamiento de cuestiones de hecho, derivadas de necesidades comerciales y de posibilidades bélicas, que la opinión argentina ha transformado una discusión de derecho en una solución de fuerza.

Pueden notarse tres períodos en la cuestión jurisdiccional sobre el Río de la Plata. Antes de 1860, y des-

pués de haberse tratado con el detenimiento necesario la demarcación de límites, tal como ocurrió al convocarse la Asamblea Constituyente de la Provincia de Buenos Aires, ninguno de los hombres públicos de la otra orilla había pensado en derechos argentinos, más allá de las costas del Uruguay, del Plata y del Océano, quedando lo relativo a las aguas del estuario, librado a las soluciones igualitarias que el derecho internacional reserva para los ribereños, sea cual fuere la doctrina aplicada: las tres millas, tiro de cañón, etc.

Don Agustín de Vedia en el concienzudo análisis que de esta cuestión hace en su obra *Martín García y la jurisdicción del Plata*, encabeza uno de sus capítulos con estas palabras de Sarmiento: "Convendría que los Estados del Uruguay, del Plata, el Brasil incluso, celebrasen un congreso de plenipotenciarios para ponerse de acuerdo sobre el Derecho de Gentes que ha de regir en aguas que son comunes a todos" (1857). Como se ve, este criterio amplio, corresponde a lo que nosotros llamaríamos el primer período de la cuestión. No había aún una conciencia clara de la desigual distribución de facilidades naturales para ambos pueblos del Plata, así como de la ineludible subordinación geográfica de la República Argentina a las ventajas que los canales, los bancos, toda la estructura del Río de la Plata conceden a nuestro país. El segundo período o aspecto de esta cuestión se inaugura, cuando los argentinos por una parte, empezaron a definir ideas en materia de rumbos económicos, puertos y derroteros navales de futuro; y por otra, cuando un poco alejados de las discordias internas, se pensó seriamente en el Uruguay, en la construcción de un puerto o puertos con largo anticipo al de Buenos Aires en el camino de las naves que vienen de Europa, aparte de numerosas ventajas de la misma índole geográfica.

La alarma no pudo ser mayor tan pronto los argen-

tinos se dieron cuenta de la inferioridad de su posición en este hemisferio marítimo. No obstante, forzoso es reconocer que, como decía don Angel Floro Costa: "hay que hacer justicia al profundo patriotismo del pueblo argentino".

"Lo que entre nosotros no habría interrumpido la digestión de nuestras opíparas remoliendas políticas, a ellos los sumergió en honda consternación".

"No esperaban ese chasco del destino, siendo hoy mismo la exclusiva preocupación de sus gobiernos, sus congresos y su prensa, por lo pronto, espantar el fantasma, y en seguida, buscar medios de conjurarlos, en familia."

"De ahí todos esos proyectos de cauces romanos en Punta del Indio, de estudios por primera vez serios sobre esa sección del estuario, practicados por el capitán de navío Sáenz Valiente, de canales de defensa del Río de la Plata con la absoluta prescindencia de nuestra minoridad linfática de ribereños inconsultos; de proyectos gubernativos para unir Buenos Aires con los ríos por un canal costanero como el proyectado por el ilustre ingeniero don Emilio Mitre, y otras iniciativas no menos kaleidoscópicas, con las que nuestros convecinos del Plata avivan de vez en cuando sus ilusiones y mitigan sus desilusiones" ("Juan Carlos Gómez", por Angel Floro Costa, págs. 79-80).

Como la República Argentina antes de ser una nación militar, con pretensiones a la preeminencia en los asuntos de América, pensó muy atinadamente primero, en conquistar las bases que da un fuerte desarrollo mediante la inmigración, las vías de transporte y el comercio, antes de que un estado mayor de guerra y marina formulara la doctrina de la posesión exclusiva del río, intentó asegurar por medios más o menos factibles, aún dentro de conceptos a menudo fantásticos en materia hidrográfica, su completa independencia de

los canales que lógicamente pertenecen a nuestra soberanía.

A ese período se refiere, además, el famoso proyecto Mercau, ligando todo el lado argentino por gigantescas obras artificiales a realizarse en el canal de las Palmas y los pozos de Barca Grande.

El concurso científico pedido a Mr. Corthel, fué el que aplastó todos esos proyectos tan costosos como inútiles, conjuntamente con el sueño argentino de emancipación portuaria. El gran hidrógrafo les demostró que todas aquellas concepciones no tenían sentido, determinando, en cierto modo, la evolución vecina hacia formas cada vez de mayor esfuerzo y radicalismo diplomático.

La extensión territorial de ese país, la fuerte corriente inmigratoria y sus inmensas zonas valorizadas por el trabajo, unidas a los sacrificios que demanda el puerto de Buenos Aires, no tardaron en convertir esa capital en un *entrepôt* incomparablemente superior al nuestro, a pesar de todo lo que la naturaleza le ha dado al puerto de Montevideo; disminuído por nuestras discordias internas, por la subordinación de los ideales patrióticos a los intereses partidarios, y hasta para colmo de desgracias, en los últimos años, por la desorbitación que nos ha arrojado en brazos de una corriente contraria a la afluencia de capitales, al verdadero espíritu de empresa y al progreso de la energía nacional desviada hacia problemas artificiales. Pero si las dificultades naturales podían ser para los argentinos provisoriamente resueltas por sus esfuerzos y por nuestra desorientación, no había de pasar mucho tiempo sin que interviniera en detrimento de sus perspectivas un nuevo factor imperioso y vital.

Así como la necesidad económica y de relacionamiento con el mundo determinó la era de los proyectos hidrográficos irrealizables, del mismo modo las nece-

cidades militares, principalmente el conflicto con Chile y de modo más permanente después, la rivalidad con el Brasil, produjeron las exigencias militares y, como consecuencia, la doctrina prusiana de *la necesidad,* en cuanto se relaciona con la posesión total del estuario.

Sarmiento y sus contemporáneos representaban una generación de argentinos, que sintió la desproporción entre los recursos disponibles, sobre todo en capital humano, frente a la inmensidad del territorio nacional. Conocida es la frase, que explica el malestar de los pueblos con exceso de tierras: es la traducción de la inquietud, de las distancias entre los centros urbanos; de la ley, el orden y el respeto a la propiedad, dificultadas por la rebeldía del desierto. Aquellos republicanos ilustres, que no podían tener la tendencia a la posesión, del avaro en grande escala, o del que conquista por conquistar, como Luis XI o como Gustavo Adolfo, anhelaban el comienzo de una selección—la escuela difundida por todo el territorio, el trabajo en la plenitud del desarrollo, la sustitución de la sabana primitiva por la propiedad subdividida e intensificada. Los problemas de especialización, como lo son los del ejército y la marina, no se presentaban a sus espíritus. Les sobraban tierras, y no pensaron siquiera en discutir aguas que son de otros.

Los que vinieron después encontraron una patria grande y consolidada. Siguieron lógicamente la evolución de todos los pueblos colonizadores o nacientes que empiezan por ser colonizadores de sí mismos. La *mise en valeur — le peuplement,* los caminos, los ferrocarriles, los puertos, hasta el embellecimiento de la gran ciudad, que sin duda alguna estaba llamada a grandes destinos, fueron sus preocupaciones.

El imperio de la necesidad vital, tenía que surgir en Sud América primero para unos pueblos que para otros. La desigualdad de las poblaciones y los territorios,

es la que hace ya largo tiempo ha planteado situaciones de fuerza, en las que poco o nada influyen los conceptos del Derecho.

El más poblado de los estados sudamericanos con relación a su territorio utilizable es Chile. Chile fué el que primero meditó sobre los problemas militares, resolviéndolos, en parte, a costa del Perú. Al occidente de los Andes, a pocas leguas de la línea que divide aguas, se aglomera la densa masa del pueblo chileno; del lado oriental la población argentina escasea hasta enrarecerse por completo hacia la Patagonia. La ley de los vasos comunicantes, que no es menos verdadera para los hombres que para los líquidos, ha dado como resultado que, una fuerte presión humana produzca ya las mayores alarmas entre nuestros vecinos. La República Argentina obligada a pensar en los problemas militares — debido a Chile — y lesionada en su orgullo por la derrota, que el Brasil le infligió en el asunto de las Misiones, hace largo tiempo que ha entrado en la senda de los aprestos bélicos.

La formación de la clase dirigente especialista en materia militar y naval no crea los problemas sino que los precisa y permite ahondarlos. Son los estudios hidrográficos, las vistas de conjunto en sus relaciones con los demás pueblos, la noción exacta de las riquezas y del comercio, con el agregado de la necesidad de defenderlos, que han hecho nacer la doctrina radical, agresiva, de posesión total del Río de la Plata por los argentinos.

Debe agregarse a todo esto, la importancia, sin duda excesiva, que nuestros vecinos se atribuyen en los asuntos del continente. Rivalidad es sentimiento de igualdad, que casi siempre se torna en aspiración a superar. La rivalidad argentina con brasileños y chilenos es evidente; no saberlo o no reconocerlo, puede explicarse en un habitante de otro continente; pero en un sud-

americano sería la mejor demostración de que jamás habría tenido contacto con argentinos, chilenos o brasileños.

En cuanto al Uruguay, el Paraguay y Bolivia, no hay duda de que los argentinos tienen un concepto propio exagerado de las diferencias numéricas existentes entre las respectivas fórmulas nacionales y la de su país. Todos esos factores son los que han llevado a la opinión argentina, por grados, a aceptar la necesidad de que su país sea militarmente superior a Chile y al Brasil, individualmente primero, luego, como dice el coronel Jáuregui, a poder luchár contra Chile, el Brasil y el Uruguay en caso de guerra; de ahí a la necesidad de dominar el Plata para no ser "embotelladas sus escuadras" — y por ese camino, a familiarizarse y erigir en doctrina de guerra, impuesta siempre, como es natural, "por razones vitales", — *la necesidad de apoderarse de los puertos del Uruguay*, hasta la última conclusión lógica, que es la del capitán Storni, de "*aplastar con el carácter de las tremendas y fatídicas destrucciones*" a nuestro país, si es preciso, ya que no permitiría, como nadie puede suponerlo, que se le ocuparan los puertos y se le tratara como tierra conquistada, para pasar tropas con la intención de atacar a otra nación hermana y vecina.

Puede decirse que es este, a grandes rasgos, el origen de la tercera faz del asunto del Río de la Plata: la declaración de que todo el estuario es argentino, excepción hecha apenas, de una faja insignificante sobre la costa oriental.

Es evidente que en este como en otros muchos casos, el Estado Mayor del Ejército y la Marina de esa nación ha creado una doctrina abiertamente en pugna con las prácticas establecidas por el Derecho Internacional.

Los argentinos hablan en primer término, cuando se

trata de este asunto, de sus intereses comerciales, representados por 1,400 millones de pesos, cuya salida se efectúa por los canales del Río de la Plata. Siguiéndolos en tal orden de raciocinios surge la evidencia de que esa zona de aguas debe ser considerada como un mar libre. Si el comercio argentino resulta más importante que el de nuestro país, no es menos cierto que una inmensa zona del Brasil, el Paraguay y Bolivia, además del Uruguay, son tributarios de los mismos canales, y como ese comercio interesa no sólo a dichos pueblos sino también a Inglaterra, Francia y Estados Unidos principalmente, nada de extraño tendría que, como lo hizo notar esta última nación el año 1857, respecto a la navegación del Sund, los estados mencionados se propusieran en un momento dado, hacer aplicar el mismo criterio a las aguas del Plata.

No deja de implicar algo incalificable, el hecho de decir, que como las boyas y los trabajos principales de dragado hechos en nuestras aguas se deben a los argentinos, de ahí se derive para ellos un derecho posesorio. Aun cuando se tratara de algo más por nuestra parte, que de cierto descuido en los trabajos hidrográficos (que sin duda nos correspondían), no por eso quedaría derogada en el presente caso la aplicación de la ley internacional de Basset Moore, al establecer el principio de que "sólo pueden ser destruídos los derechos comunes ribereños, cuando se prueba el título exclusivo de una nación".

Más especialmente aún, en cuanto concierne a tales adquisiciones usurarias de derechos, aún en el caso de asentimiento voluntario por la parte cesionaria, sostiene Bluntschli, que "las formas admitidas en derecho privado, tales como la compra, la venta, el cambio, la transcripción, disposiciones de última voluntad, las constituciones de hipotecas, si bien usadas frecuentemente en la Edad Media, no pueden ser aplicadas a la

adquisición de la soberanía moderna" — agregando que, "la venta por la cual una de las partes cediera su soberanía y la otra pagara en compensación una suma de dinero es indigna de la época". (Opinión citada por don Agustín de Vedía, en su notable estudio sobre este asunto).

Podrá haber lugar a discusiones o convenios más o menos próximos a las fórmulas generales; pero de ahí a la más completa negación de todas las prácticas admitidas, hay un abismo.

Si el Plata es un río, dentro de límites que pueden ser discutidos y que tal vez no coincidan con los que comúnmente se le asignan, la mayor amplitud de aguas que podrían reclamar los argentinos, no pasaría nunca de la línea marcada por las prácticas admitidas.

Si de acuerdo con un estudio concienzudo sobre los bancos, la geología, las corrientes marinas y las mareas se le considera un estuario, conforme a los trabajos de Burmeister y Dámaso Larrañaga, con los que coinciden los señores Araújo y Sáenz Valiente, podría discutirse la jurisdicción de tres millas, aceptada por Inglaterra y Estados Unidos (tratado de 1818) y por Francia (tratado de 1867); las 5 millas propuestas por el Ministro americano Seward, a pesar del reclamo de Inglaterra contra tal extensión dada en el Código de Derecho Penal; y aún las seis millas propuestas en el proyecto del Instituto de Derecho Internacional de París.

Las opiniones más caracterizadas coinciden en el reconocimiento de una "gran onda mareal" que dos veces al día atraviesa todo el estuario, no siendo "ni un río ni un mar, sino la gran barra marítima de los ríos interiores".

Parece, además, que *los bajos fondos se levantan al sur del Plata;* agréguese el hecho de que, como lo hacía notar el Ministro argentino Betbeder, los canales

están a proximidad de la costa oriental, y se explicará mejor el empeño enunciado entre nuestros vecinos, ya en 1888 cuando el diputado Zapata decía, que era preciso buscar un canal "independiente de toda otra nación", hasta la actitud definida ya en los últimos años de pretender sin partazgo la posesión del Río de la Plata.

Los uruguayos, que en su mayoría tal vez crean que sea esta una cuestión sin importancia, deben saber que debido a ella, no se ha colocado el nuevo pontón faro que se necesita en el Banco Inglés...

Deben saber, también, que las líneas de boyas argentinas han avanzado en los últimos tiempos en forma que afirman las pretensiones de sus poseedores, usurpándonos, a poca distancia de Montevideo, una importantísima zona, por medio de la cual comunicamos con los demás pueblos.

Deben asociar todo eso con las declaraciones de los distinguidos militares argentinos Storni y Jáuregui, sobre nuestra posible destrucción, así como con el último formidable presupuesto de guerra argentino. Todo esto que es rigurosamente exacto, no lo decimos para despertar efervescencias populares, gritos y hostilidades desarmadas que a nada conducen, sino para exhortar al pueblo uruguayo a que trate de formarse una idea exacta de su posición, de sus intereses y de los graves peligros que lo amenazan.

Los ciudadanos de una nación viven a menudo en la mayor inconsciencia respecto de las cuestiones internacionales y militares. Cuando se encuentran frente a una solución violenta, suponen que se ha producido por generación espontánea, sorprendiéndolos, como si se tratara de un movimiento seísmico. Sin embargo, los pequeños antecedentes, observados de cerca, concatenados con la investigación de móviles que no aparecen a primera vista, dan casi siempre anticipadamente la clave de los conflictos y las guerras.

Cuando un país tiene cuestiones difíciles a dirimir con otro que dispone de mayores recursos; cuando se sigue respecto de él, lo que un Ministro inglés llamó "política de alfilerazos"; cuando por muy pacífico que sea el común de los habitantes limítrofes, ya existe una escuela de guerra, que ha establecido e inculcado a muchos políticos la necesidad de invadir al vecino, sólo una inconsciencia incomparable puede explicar la despreocupación ambiente respecto a la defensa nacional.

Felizmente muchas veces el horizonte nublado se despeja. Ello no obstante, el tránsito del estado de paz al de guerra, no es tan brusco como puede parecer. La mayor parte de las veces la guerra es precedida, como en la declaración franca de un proceso orgánico fatal, por lo que un higienista ha llamado "las fronteras de la enfermedad". Lo mismo con éstas que con las fronteras de la guerra se produce una aproximación lenta e inadvertida, pudiendo asegurarse que todo conflicto pendiente, toda usurpación sostenida sobre un límite o frontera, implica algo mucho más grave que una simple posibilidad — la guerra en potencia.

CAPITULO XVIII

La enseñanza militar en las escuelas: valor integral y preparatorio para formar el soldado y el ciudadano.—Ineficacia de la misma, del punto de vista intrínseco de la defensa: no puede formar unidades de combate.—Error de los que han pretendido reemplazar entre nosotros el servicio a cuartel, por ese procedimiento.—El soldado, además de tener conocimientos militares tiene que ser una entidad *físicamente* preparada para la guerra.—Del punto de vista combativo la instrucción del recluta en la escuela, es una cuestión resuelta negativamente: opiniones del senador francés Baudin y del coronel Ardent du Pic.—La escuela y la cátedra, complementos del cuartel, para orientar al pueblo hacia la doctrina de guerra adecuada. — Los profesores alemanes después de Jena. El "n'en parlez jamais y penssez toujours", de Gambetta: la Revancha. — La transformación exterior del Japón.—Respuestas a un estadista uruguayo sobre la idea de reemplazar el Servicio Obligatorio por la militarización en las escuelas.

Conjuntamente con nuestro proyecto de servicio obligatorio se discutió el de la militarización escolar, propuesto por el señor José Batlle y Ordóñez, al terminar su gobierno.

Para los partidarios de la defensa nacional, este capítulo de la preparación general, no puede tener inconvenientes fundamentales, al contrario. Donde tenían que dividirse las opiniones, era respecto del valor exclusivo de esa organización, considerándola en sí misma desvinculada de todo sistema militar completo; es decir, servicio obligatorio o instrucción obligatoria, y todas las iniciativas necesarias para proporcionar-

nos un gran cuerpo de oficiales, fábricas de municiones, usina de guerra, material de artillería, de ingenieros, sanitario, etc.; misión extranjera y demás elementos imprescindibles para constituir una verdadera entidad militar, de acuerdo con las exigencias de la época.

La militarización escolar, realizada conjuntamente con la de todo el país, partiendo siempre de la base del servicio personal, de los ciudadanos de veinte años (a cuartel), constituye un complemento ideal. Como elemento integral, *como preparación de orden moral*, sobre todo, *más que del punto de vista combativo*, no puede ser discutida. Queriendo convertirlo en la institución militar por excelencia y fuerza eficiente, por sí misma, aparte de un pequeño ejército permanente compuesto de profesionales, no resiste el más ligero examen.

Es encarado bajo este concepto que ha sido rechazado por la mayor parte de los que se han ocupado de esta cuestión — y por motivos de la misma índole, fué abandonado en Francia, después de los ensayos que se hicieron en dicho país, a raíz de la guerra de 1870.

El niño soldado implica un contrasentido, en el que sólo se ha podido pensar, por una concepción puramente intelectual del entrenamiento para la lucha armada. Combatir eficazmente, no es lo mismo que saber cómo se combate y quererlo hacer en un momento dado.

Si el soldado no fuera más que un hombre instruído para la guerra, sería lógico pensar que, conforme en la escuela los niños adquieren, casi totalmente, las nociones que constituirán su bagaje de conocimientos en la vida, lo mismo podrían aprender, por lo menos, los elementos necesarios para poder empuñar las armas y defender a su país.

Fácil es comprender la desproporción resultante entre el objetivo práctico de las enseñanzas militares y aquellos a quienes les estaría encomendada su realiza-

ción. Aún cuando *el soldado intelectual* pudiera salir completo de la escuela (lo que no es posible), la aptitud militar no existiría, o mejor dicho, quedaría anulada por no encontrarse reunida simultáneamente al *soldado físico* — al hombre vigoroso, endurecido, hecho a la vida de cuartel y de campamento, aparte de factores psicológicos y morales, que son resultantes de la cohesión dada por masas sólidamente amalgamadas, — como el espíritu de cuerpo, el conocimiento personal, la confianza entre los oficiales y soldados — y la mayor proximidad posible, en el tiempo, entre la práctica de los hábitos militares y la posibilidad de ser utilizados en la guerra.

Por eso dice el coronel Ardent du Pic, en una obra, en la cual le asigna su verdadero puesto a la exclusiva técnica del soldado: "Saber servirse de su arma, cuidarla, saber evolucionar de derecha a izquierda, hacia adelante y atrás, a la voz de mando, correr a caballo y colocarse la mochila al hombro, todo eso es necesario, *pero no hace un soldado*".

¿Podrá suponerse, por estas consideraciones previas, que no concedemos importancia a la preparación militar en la escuela? Nada más lejos de la verdad.

La instrucción escolar, de esa índole, es uno de los elementos preparatorios y complementarios más eficaces del poder militar. Si su importancia material inmediata es secundaria, sus resultados integrales, en cuanto se relacionan con la formación del espíritu nacional y *el alma del soldado*, (1) tienen una inmensa influencia; siendo las ideas, y sobre todo los sentimientos, los que moldean hasta cierto punto las grandes expresiones que constituyen la realidad humana, lógico

---

(1) Para comprender todo el alcance de esta expresión «alma de soldado», nada mejor que penetrar su sentido en aquella respuesta de Napoleón a Metternich ante su ejército: «Vous ne savez qu'est ce que l'ame d'un soldat».

es, que la formación de la mentalidad juvenil dará de antemano la fórmula aproximada de las dominantes de un pueblo.

Bastan algunas ideas y estados afectivos centrales, inculcados enérgicamente en la mente de dos o tres generaciones, para producir, a veces, una transformación completa, como exteriorización externa, como expresión histórica, por decirlo así. No significa que la parte profunda de la psicología nacional pueda, en ningún caso, ser transformada, lo cual constituye la gran ilusión del espíritu revolucionario y racionalista a *outrance*, en su forma legisladora y pedagógica; pero es fácilmente demostrable, que aunque la mentalidad de un pueblo permanezca, *malgré tout*, fiel a sus antecedentes hereditarios y a su *seriación* histórica propia, pueden inculcársele algunas ideas relacionadas, más que nada, con cierto automatismo, fácil de crear, que basta para transformar por completo sus reacciones habituales en un número limitado de cosas.

La vida contemporánea ofrece ejemplos notables en ese sentido. Ninguno más sorprendente que el Japón. ¿Se creerá que la mentalidad japonesa ha cambiado? ¿Que por el hecho de que el país sobresalga, en todas las manifestaciones de la vida europea, su transformación psicológica profunda, haya acompañado paralelamente la de sus aptitudes mecánicas de adaptación a ciertos estudios — al industrialismo y a la guerra? Sería confundir el mundo de las apariencias del espíritu, su envoltura exterior, si se nos permite la expresión, con el núcleo recóndito, irreductible, dentro de lo limitado de nuestra cronología, en la que permanecen como arquetipos los temperamentos nacionales.

Mas sí, es evidente que un cierto número de caracteres genuinos permanecen invariables, el Japón, Alemania y la misma Francia, son ejemplos igualmente indiscutibles, de lo que pueden algunas ideas decisi-

vas para la acción exterior, sobre todo colectiva, afirmadas dogmáticamente, sin perjuicio de la libertad y de la ciencia desde la cátedra universitaria, en la escuela, en el cuartel y por medio de la palabra oficial en todo momento.

Hablamos de la idea patriótica, del orden dentro de la libertad, del culto de los héroes, de la preparación para el sacrificio. Lógico es, que todo esto deberá ser sostenido en la hora crítica, por medio de los cañones, de las armas, del heroísmo; pero justo es pensar que la posesión de tales claves para la victoria, exige todo un orden moral y psicológico, más que nada, de sentimientos titánicamente afirmados, sin los cuales los cañones, las armas y las arcas de oro, nada, absolutamente nada, valdrían.

En tal sentido no hay ninguna institución que pueda revestir la importancia de la escuela. La escuela, además de todo lo que representa en sí misma, debe ser la antesala del cuartel; el maestro debe ser el precursor del oficial, en la formación del carácter. La familia, la escuela, la universidad, más tarde, y el cuartel, no pueden ser antagónicos. En la primera etapa, padres y maestros deben preparar al niño para que pueda servirse a sí mismo y servir a la nación; en la segunda, jefes, oficiales y catedráticos, continúan la preparación del ciudadano con idénticos fines. No puede haber antagonismos ni direcciones divergentes, toda vez que el Estado tiene que tender a la homogeneidad y a la felicidad, en cuanto se relaciona con su existencia, con su sistema moral, que fuera de todas las morales y de tôdas las opiniones filosóficas existe, como tendencia invariable a favor de la dignidad nacional, a la conservación y engrandecimiento individual y colectivo. Tal es la única moral de Estado que no puede discutirse.

El senador Baudin, que por sus ideas liberales y la participación política que tuvo en los asuntos de su país,

no podrá ser sospechado de imperialista ni muy militarista siquiera, expresa este mismo pensamiento, en su obra *La Préparation au Service Militaire*, en estos términos, hablando del ejército japonés: "¿Por qué medio en un ejército semejante puede estar constituída la disciplina? Por la exaltación del espíritu de solidaridad y virtudes superiores del individuo. Una fe ardiente en la misión de la patria, un sentimiento de la personalidad capaz de llegar al heroísmo, he ahí los resortes ocultos del ejército nipón.

¿Dónde está la fuente de esta energía? *En la educación.* ¿Dónde encontrarán los franceses las fuerzas que les permitirán vencer, si se les obliga a combatir? En la educación".

"Cinco años nunca fueron necesarios para enseñar *el metier*". "Pero era preciso fundir en las filas elementos heterogéneos, forjar caracteres, endurecer corazones".

"*Con el servicio de dos años, es preciso que la obra preparatoria sea cumplida antes de la incorporación;* que se haya establecido en la conciencia de los reclutas la convicción de que un deber superior los mantiene bajo las banderas". Si esto decía un republicano francés hablando de su país, que en ese momento tenía la ley de dos años, se comprende que nosotros no podemos pensar en otra forma, cuando a duras penas luchamos para conseguir la conscripción de un año, en un pueblo que está muy lejos de poseer la unidad moral, de raza y de tradiciones, de Francia, que es la nación más homogénea de toda Europa.

Prusia fué un país inclinado a las costumbres militares; pero la Alemania del sur se diferenciaba profundamente de sus congéneres septentrionales, hasta 1806. Estamos muy lejos de pensar en elogio alguno de la organización social-militar alemana de 1870 hasta nuestros días, la que constituyó una hipertrofia fatal para los alemanes, de todo aquello que [illegible] anterior-

mente a favor de la independencia, les devolvió en el siglo pasado su puesto entre las naciones libres.

En 1806, Napoleón humillaba a Prusia y a todos los pueblos germanos, hasta donde es posible imaginarlo; en dos semanas los franceses destruyeron el poder militar alemán y entraron a Berlín. Esto que no podía ser más doloroso para la nación vencida, era aún agravado en 1808, por un detalle cuya importancia no ha sido a nuestro juicio suficientemente valorada por los historiadores, a título de germen, de síntoma de corrupción, de decadencia del carácter nacional y envilecimiento de los primeros hombres de Alemania. Goethe, el olímpico, el más grande, el supremo alemán, y Wieland, en la entrevista de Erfurth, junto con los reyes de Baviera, Sajonia y de Wurtemberg, formaron parte del séquito de Napoleón, consagrando alrededor del genio militar de Francia la humillación de su patria... Esto pasaba en 1808 — y, sin embargo, en 1813, los alemanes se lanzaban desesperadamente a la lucha, unidos a los demás pueblos de Europa, contra Francia.

¿A quién se debía aquel resurgimiento? Era la obra de la institución que tratamos — las escuelas y las universidades unidas a la obra del cuartel, mediante la más completa interpenetración de propósitos y de procedimientos. Filósofos, poetas, soldados, todos habían trabajado febrilmente como un solo hombre. Las canciones de Köerner y de Arndt, los "sonetos acorazados" de Rückert, la prédica de un pensador de la talla de Fichte, las instituciones de Lutzow y la organización de Scharhorst, habían creado un poderoso sentimiento — sea al decir de Le Bon, el factor que hace la historia. Los sonetos acerados debían producir los cañones y los fusiles necesarios. De ahí la frase archiconocida, de que los maestros de escuela fueron los que libertaron a Alemania; justo es agregar, mediante también la ayuda de toda la Europa contra Francia, y esto después de haberla dominado cerca de veinte años.

Deduciendo las enseñanzas de ese ejemplo, una vez más afirmamos: *cread la escuela militar y patriótica en cada colegio, en el corazón y en la mente de cada maestro y de cada niño, y tendréis todo lo que necesita el país para su defensa — ejército y material.*

La Revancha de Francia en la contienda formidable a que asistimos, es, del mismo modo, la obra de los viejos maestros, que vieron la guerra del setenta; de los poetas patriotas; de los políticos y creadores de voluntades, de verdadera garra; de las instituciones de *éclaireurs de France;* de varias generaciones de oficiales admirables, entregados a un sublime monoideísmo: — la patria, concebida en un desquite, digno de la milenaria historia guerrera del pueblo galo-romano.

Una idea paciente y firme, de orgullo hecha carne en cuarenta millones de personas por medio de la palabra oral y escrita, es la que ha producido el milagro de esas batallas desiguales en que Francia recobrara el cetro de su historia — en la Marne, en Flandes, en la Champagne, en Verdún, en Alsacia y en la Marne por segunda vez.

Es la idea fija de Gambetta "N'en parlez jamais y penssez toujours", agrandada, incrustada, irradiante de pasión, hasta ser cosa imperativa y nacional — por obra y gracia de todos los padres, de todos los maestros, de los grandes hombres de Francia; son las ideas de Delcassé, los cantos de Déroulède, las memorias épicas de Lichtenberg, las invocaciones seculares de Barrés y del conde de Munn, las que dieron a los Joffre, los Foch, los Castelnau, dos generaciones de técnicos consagrados a la patria, como monjes claustrados del culto nacional — y el nervio y el músculo atizado y heroico de los soldados que vencieron la máquina de guerra más completa que registra la memoria.

Francia — la nación gala, la de aquellos incontenibles guerreros que describe César, buscando siempre

la acción personal, caballeresca y brillante; Francia la del penacho eterno, hasta la conscripción de Montmirail de 1914; la declarada combativa e invasora por destino inflexible, en los tratados de París al quitársele las plazas belgas, para darle tranquilidad a la Europa, obsesionada, con el pueblo invariable de la arremetida entre los Vosgos y el Sambre y Meusa — hela triunfando, después de una odisea de dolores, por el culto de la paciencia, de la perseverancia; por el genio de un general de ingenieros — símbolo de la defensiva, clavado con las botas en el barro de las trincheras.

¿Qué es lo que puede explicar este milagro, este *tournant* psicológico de la vida de una nación?

¿Es que el genio francés ha variado?

Absolutamente no. Es el "N'en parlez jamais y penssez toujours", de Gambetta, arraigado en cada ciudadano y en cada mujer de Francia; y el "durer, durer" — de su Estado Mayor, amplificado hasta la concepción de un sistema, de un plan constante defensivo, de desgaste enemigo y de economía propia, lo que ha hecho posible esta nueva campaña que no tiene precedentes desde Fabio el Contemporizador.

Con motivo de la presentación del proyecto de militarización escolar, que uno de los primeros hombres públicos del país afirmaba que podía sustituir al de servicio obligatorio, discutimos desde el diario "El Día" extensamente, refutando la eficacia del primer sistema, como base capaz de fundamentar la preparación del pueblo soldado. Reproducimos a continuación algunos conceptos vertidos en esa oportunidad.

¿Cuáles son en definitiva las cargas de nuestro sistema?

Pues, simplemente que 3,800 jóvenes de 20 años se harían hombres en los cuarteles, depurados, saneados,

convertidos en alta escuela de la voluntad, la inteligencia y la cultura física. Pagarían un tributo que le deben a la seguridad nacional y a la de sus propios hogares; se harían sólidos, puntuales, plenos de confianza en sí mismos; se les abriría a muchos el horizonte de la carrera militar; y en diez años terminarían las revoluciones y el anacronismo de los caudillos revolucionarios, que no saben mandar un pelotón y sus antípodas los jefes y oficiales de guardias nacionales, que no saben lo que es un cañón, ni levantar una fortificación de campaña, ni hacer un reconocimiento, ni nada que se relacione con la guerra científica moderna. Ciento treinta mil hombres en esas condiciones equilibrarían por mucho tiempo las grandes masas que pueden ser lanzadas sobre nuestras fronteras. El principio fundamental de nuestro trabajo ha sido neutralizar el número con la intensificación, la rapidez, la homogeneidad y los medios extraordinarios de defensa. Y no hay otro.

"*To be or not to be*". País pequeño, pero favorecido por ciertas ventajas — o "disocia las fatalidades", que nos asignó la descomposición del régimen colonial — y emprende la ruta contra el destino, piloteado por grandes gobernantes y grandes ministros de Guerra y Relaciones Exteriores, que sometan a todos los hombres del país a una intensa presión de cerebros y voluntades poderosas — de un gran estado mayor político y un gran estado mayor de guerra — o no perdamos tiempo en paliativos, entregándonos como tablón de naufragio a la deriva de las olas.

¿Con qué se nos propone sustituir nuestros empeños? — Con la enseñanza militar en las escuelas.

Analicemos los resultados que pueden obtenerse. La instrucción obligatoria alcanza hasta los 14 años, y pocos son los hijos del pueblo que pueden hacer completos los cursos. Desgraciadamente sus padres los ne-

cesitan demasiado pequeños. A los once, doce o trece años, la gran mayoría ya no recibe más los beneficios de la enseñanza.

Pongámonos a la altura del niño de doce o trece años, como promedio. Su cuerpo débil no permite pensar en largas marchas, ni en maniobras. Menos aún en los ejercicios de la caballería y de la bayoneta; menos todavía en hacerle oir el estampido del cañón, para lo cual se buscan hombres elegidos entre los más vigorosos. No hay que pensar siquiera en hacerlo dormir sobre el campo, con su cuerpo apenas consolidado, ni en retenerlo fuera de su casa más que algunas horas.

En una semana, se dice, el soldado se hará bastante vigoroso. ¿Cómo tener esa esperanza? Ni la pierna del esgrimista, ni el brazo del lancero, ni el pecho y toda la musculatura del conductor de cañones, del artillero, del pontonero, del zapador, se forman en diez veces más tiempo, cuanto menos concebible es formar el alma y el cuerpo de un verdadero soldado, capaz de casi no dormir, de casi no comer y de marchar 45 kilómetros diarios para ir a encontrarse con el enemigo.

Agréguese que los programas de las escuelas ya están demasiado recargados, que apenas alcanza el tiempo para darles a los niños los conocimientos más imprescindibles en la vida.

Luego se presenta la más grande de todas las dificultades: el espíritu del niño, su mentalidad.

La mentalidad del niño es algo inconcluso, menos firme y acabado que el mismo cuerpo.

La concepción del espacio y de las proporciones a esa edad están limitadas por la desproporción entre el observador incipiente y el medio enorme que lo envuelve. La generalización apenas empieza a esbozarse. Para el juicio propio del niño, las distancias son enormes; las torres tocan las nubes; los astros están todos a la misma altura; detrás de la montaña empieza el cielo; el padre y el maestro son seres superiores.

La "ambliopía mental" de Leopardi, ese ser desproporcionado, capaz de escribir como un heleno a los diez y seis años, a la vez que incapaz de juzgar las dimensiones de Roma y de sus monumentos, constituye la normalidad de la mente humana en formación.

El niño que no domina ni la abstracción numérica, ni el tiempo, ni el espacio, que no sabe ni puede saber, ni apreciar nada a fondo, ¿cómo ha de poder hacerse soldado, olvidar durante años y todavía recordar bastante ya adulto como para poder dominar los elementos que constituyen la esencia de la guerra? Un niño manejando el goniómetro del cañón, en el que un error de un milímetro produce una diferencia de trescientos metros en mil metros. No lo concebimos: no es posible.

Puede predisponerse y prepararse el espíritu con carácter integral, con carácter "concéntrico", como diría un pedagogo norteamericano, pero nada más. Puede aprender la parte decorativa y superficial, del ejército, marchas, posición del arma, movimientos sencillos del orden cerrado que es lo que menos va a utilizar en la práctica — cosas que en dos semanas aprendería mejor a los 20 años en el cuartel. Y aunque quisiera enseñársele algo más, años después, cuando fuera llamado en caso de guerra, habría olvidado hasta la nomenclatura del fusil y los toques del clarín.

Además, ¿quiénes van a instruir a los niños en nuestras escuelas diseminadas en campaña?

No van ser las maestras ni los maestros — y no es posible disponer en cada escuela de oficiales, todo el año. A los niños no se les podrá dar instrucción por armás y tácticas determinadas — y en la guerra se es infante, jinete, artillero, ingeniero, aviador, enfermero, telegrafista, algo determinado de antemano.

Esto no quiere decir que la militarización escolar o enseñanza militar en los colegios deje de ser excelente; pero lo que no tiene levante es que no puede suplir el servicio obligatorio.

Nosotros afirmamos que la instrucción es insuficiente; que sólo se forma el soldado de verdad, en el cuartel, en la época en que es susceptible de someterse a la disciplina y al endurecimiento, en la edad viril; que sólo es posible con un trabajo de un año formar un infante — requiriéndose aun más tiempo para la preparación del soldado de caballería y del artillero; — que sólo mediante el mantenimiento en pie de paz de cuadros sólidamente organizados se puede realizar una movilización casi instantánea; que si la instrucción que debe tener un soldado es factible por medio de ejercicios, el espíritu militar y la preparación paralela del cuerpo, es imposible fuera de la vida del cuartel.

Somos partidarios del proyecto que el señor Batlle y Ordóñez presentó sobre militarización de las escuelas, pero sin exagerar su alcance y *sin que de ningún modo pensemos que pueda sustituir el servicio obligatorio.*

Esa enseñanza tiene un valor enteramente distinto de la que proponemos.

La militarización escolar sólo puede tener un valor educativo. Es la preparación de lo que los psicólogos llaman una "disposición funcional" — de orden casi exclusivamente moral. En la escuela el niño no puede hacerse militar — es un niño, no es un hombre — y para ser soldado, hay que ser un hombre, en toda la extensión de la palabra, física y moralmente.

En la escuela sólo pueden adquirirse ciertos hábitos de disciplina, el conocimiento de algunas maniobras sencillas, más que nada, el amor a la patria y a la carrera de las arms, si un plan pedagógico especial se combina en ese sentido, de acuerdo con el esfuerzo convergente de todos los resortes de una sociedad que se consagre resueltamente al ideal de la patria fuerte.

La militarización escolar fuera de ese carácter educativo ha sido abandonada en todo el mundo después de largos ensayos, discusiones y "enquêtes".

En los países donde subsiste sólo tiene un carácter integral y lo que con ella se persigue, con las instituciones de "Eclaireurs de France", "Boy Scouts", etc., es formar el espíritu de la juventud, preparar a los jóvenes para el desempeño de los servicios auxiliares, y en casos graves tener a los hombres de 18 y 19 años, por ejemplo en Francia, donde el servicio empieza a los 20, en condiciones favorables para la eventualidad de una anticipación de algunos meses para el llamado de los conscriptos, como ahora se acaba de hacer y como se practicó durante las guerras del Imperio.

Es decir que de ningún modo puede sustituir el servicio obligatorio, sino completarlo, cuando ya todo el pueblo ha sido profundamente militarizado, preparando con cierta facilidad el ingreso a las filas o a los servicios auxiliares de una o dos generaciones aún no llegadas a la edad establecida por el servicio en las leyes militares.

Decíamos que no es posible tener ejército de verdad y que no hay país que tenga toda la preparación militar que se requiere para la guerra sin servicio obligatorio.

Las grandes enseñanzas de esta contienda no hacen más que darnos la razón en toda la línea. Tomamos un ejemplo al acaso. La vitalidad prodigiosa y la resistencia de Servia. Si esa pequeña nación ha resistido el primer empuje de las enormes masas austriacas; si medio agotados y doblegados bajo el peso de cuatrocientos mil hombres de refresco al mando del general Potioreck, han conseguido todavía una victoria memorable, no se crea que es sólo porque los servios forman un pueblo bravío. Es sencillamente porque la organización militar de esa nación tomada de los instructores franceses es de una perfección admirable en tiempo de paz; porque en cada una de sus cinco circunscripciones militares no falta nada absolutamente, desde los cuerpos de las tres armas hasta los cuerpos y las secciones de inge-

nieros, de equipos de puentes, de ametralladoras, de telegrafistas, material de fortificaciones, diversas agrupaciones de sanidad, columnas de munición de infantería y artillería, parques de sitio, obreros, tropas de ferrocarriles, de administración, hasta las ambulancias veterinarias. En esa magnífica organización ha residido el secreto del triunfo,—y todo eso tiene sus planteles preparados en pie de paz: todo ese mecanismo está ya pronto y no se improvisa con milicianos en caso de guerra, no habiendo necesidad, más que de dilatar los cuadros, mediante un fuerte encuadramiento previo y sólidamente organizado.

Sólo así es posible resistir el número y retirarse a pie firme con tropas que no se desbandan, que como los servios en Valjevo o los franceses en la Marne, de pronto se detienen y gracias a un enorme valor moral y a la disciplina, ejecutan puntual y precisamente las órdenes de sus jefes, con una gran unidad; informados por medio de aviadores, tropas de caballería, automovilistas y todos los medios modernos que forman la vida de relación de un ejército; abastecidos por vías férreas, medios de transporte, servicios de administración, intendencia de guerra; sostenidos en el combate por una poderosa artillería, al mando de oficiales que son hombres de ciencia — y todo reglado por un estado mayor que es un verdadero estado mayor, compuesto por autoridades que han adquirido sus posiciones escribiendo obras maestras, destacándose en las maniobras y en la guerra, consagrando una vida al estudio; al ejército, al amor más desinteresado a la paz y al honor nacional.

Eso sólo se consigue enriqueciendo al ejército con el desfile de todo un pueblo a través de la institución militar; haciendo que una buena parte de lo más selecto de la intelectualidad y de la voluntad nacional cobre afecto a la carrera de las armas a su paso por el cuartel y permanezca en él para siempre.

No hay, no puede haber ejército separado de la nación. El pueblo soldado es la fórmula moderna — y fuera del cuartel no se forman soldados — sino hombres más o menos instruídos, más o menos hábiles en el manejo del fusil.

Milicias tenía Francia en 1870; Alemania tenía soldados y la gran Francia fué casi aniquilada por no haber oído al mariscal Niel, que quiso preparar el levantamiento de la nación en armas mediante una organización científica. Los días de instrucción ciudadana que marca nuestro Código, eran muy buenos también, para la época en que los cañones se cargaban por la boca y se mordía el cartucho; pero todo eso ha pasado a la historia. Un ejército moderno es un organismo complejísimo, imposible de improvisar; imposible de atender con hombres faltos de instrucción, de resistencia, de férrea disciplina y en esta materia remitimos a nuestros impugnadores a las leyes militares de todos los países para convencerlos de que en menos de un año, es imposible formar un infante y que para la formación de un artillero o de un soldado de caballería ese tiempo es aún insuficiente.

Nadie podrá suponer que los legisladores de casi todo el mundo se hayan puestó dé acuerdo para molestar a las personas, a las cuales se les deberán aplicar las leyes — y es lógico que si en todas partes se reconoce la necesidad de retener un tiempo determinado a los conscriptos, no hay otro camino a seguir con nuestros conciudadanos.

O se hace ejército, tal como éste se entiende en las naciones que tienen derecho a ser estudiadas e imitadas — con servicio mixto obligatorio de conscriptos y "rengagés"; artillería proporcionada, servicios auxiliares, oficiales ilustrados y demás elementos imprescindibles, o se hará parodia de ejército — ejército suficiente para perseguir a simples revolucionarios, pero incapaz

de contener a ciento cincuenta mil invasores bien pertrechados, bien mandados y que hayan hecho vida de cuartel para ser soldados.

Si luchamos por ese ideal es porque tenemos un convencimiento inquebrantable; es porque vemos la inferioridad de nuestro país; es porque sabemos que no hay otros medios de salir del paso que los que hemos puesto a consideración del Parlamento.

No dudábamos que íbamos a ser combatidos, pero la conciencia de cumplir con un deber, dentro de una esfera de actividades en la que por nuestro carácter civil nadie puede sospechar un interés personal, nos hará luchar obstinadamente a favor de estas ideas.

Colorados y blancos han respondido a la iniciativa unánimemente. Es una aspiración nacional — es una necesidad vital que a nadie escapa — tenemos fe en el triunfo.

La ley Torrens tuvo cinco votos cuando fué propuesta, la ley Naquet tuvo uno y triunfaron al fin. Nuestro proyecto triunfará, si no en un mes, en un año, en dos o en tres, pero triunfará, porque el país sabrá desde la publicación de esta obra, que no hay ejército capaz de defender sus fronteras, y que el único medio de obtenerlo es con el servicio obligatorio.

ÍNDICE

CAPITULO IV

LIBRO II

Las utopías pacifistas

CAPITULO V

CAPITULO VI

CAPITULO VII

LIBRO III

Nuestro problema militar y los principios generales de organización

El servicio obligatorio

CAPITULO VIII

CAPITULO IX

Proyecto de Ley Paullier

(Presentado a la XXV Legislatura)

CAPITULO X

CAPITULO XI

CAPITULO XIV

CAPITULO XV

CAPITULO XVI